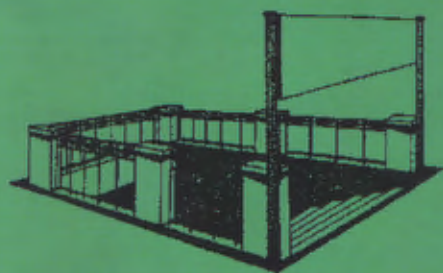


Nuevo Topo

Revista de Historia y Pensamiento Crítico

Nº 7



Dossier: Hacia un debate sobre la "burocracia sindical"

Artículos: El Partido Socialista

Perfiles: Charles Tilly

Crítica de libros: Género, historia y política

prometeo
libros

Nuevo Topo

Revista de historia y pensamiento crítico



ISSN: 1669-8487

Nº 7 - Setiembre/Octubre de 2010

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA

Nuevo Topo

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Consejo Editorial

Omar Acha - Universidad de Buenos Aires / **Ezequiel Adamovsky** - Universidad de Buenos Aires / **Hernán Apaza** - Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe / **Alejandro Belkin** - Universidad de Buenos Aires / **Lucía Brienza** - Universidad Nacional de Rosario / **Hernán Camarero** - Universidad de Buenos Aires / **Gustavo Nicolás Contreras** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Gabriel Di Meglio** - Universidad de Buenos Aires / **Silvana Ferreyra** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Juan Grigera** - Universidad Nacional de La Plata / **Carlos Miguel Herrera** - Universidad Cergy-Pontoise, Francia / **David Mayer** - Universidad de Viena, Austria / **Agustín Nieto** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Pablo Pérez Branda** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Ariel Petruccelli** - Universidad Nacional del Comahue, Neuquén / **Laura Rodríguez Agüero** - Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza / **Agustín Santella** - Universidad de Buenos Aires / **Pablo Scatizza** - Universidad Nacional del Comahue, Neuquén / **Gabriela Scodeller** - Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza / **Luciana Seminara** - Universidad Nacional de Rosario.

Nuevo Topo es una publicación independiente, de periodicidad anual, dedicada al estímulo y difusión de la producción intelectual en el campo de la historia, las ciencias sociales y el pensamiento crítico en general. Son bienvenidas todas las contribuciones tendientes a construir un puente entre el conocimiento de la sociedad y sus transformaciones.

La responsabilidad de los artículos publicados con firma es exclusiva de sus autores/as.

Para suscripciones, correspondencia y toda otra información, dirigirse a: Revista *Nuevo Topo* - Camarones 2025 - CP 1416 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: revistanuevotopo@yahoo.com.ar - Nuestro blog: <http://nuevotopo.wordpress.com/>

ISSN 1669-8487

Distribución: Prometeo Libros, 2010.

Pringles 521 (C11183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

info@prometeolibros.com

www.prometeolibros.com

www.prometeoeditorial.com

Índice

Dossier

Hacia un debate sobre el concepto de "burocracia sindical"

Presentación

- 7 La "burocracia sindical":
aportes clásicos y nuevas aproximaciones,
por Victoria Basualdo
- 25 Defendiendo al Capital:
la burocracia sindical argentina en los '70,
por Héctor Löbbe
- 41 *"Estos no solamente son burócratas".*
Acerca de la moralidad en la construcción de
antagonismos políticos en un sindicato marplatense,
por Guillermo Colombo
- 55 Retomando un viejo debate: bases,
direcciones, sindicatos y estrategias obreras,
por Gonzalo Pérez Álvarez
- 75 Entre la fragmentación de los trabajadores y los negocios propios (o
sobre qué se sostiene la actual burocracia sindical),
por Paula Varela
- 91 Burocracia y democracia sindical:
necesidades y herejías,
por Marcelo Raimundo
- 103 Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes,
por Pablo Ghigliani y Alejandro Belkin
- 117 La burocracia sindical: del concepto a la historia.
Entrevista con Nicolás Iñigo Carrera,
por Gabriela Scodeller y Pablo Ghigliani

Artículos

- 125 Dirigentes y segundas líneas en el Partido Socialista Independiente en la Capital Federal. Una mirada desde la micropolítica, 1927-1930, por Pablo Pérez Branda
- 147 La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los "comités de zona" (1930-1943), por Luciano O. Barandiarán

Perfiles

- 167 Charles Tilly (1929-2008), por Agustín Santella

Crítica de libros

Historia y política desde una perspectiva de género

- 175 Adriana María Valobra, *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1945-1955*, Rosario, Prohistoria, 2010.
Claudia Anzorena y Laura Rodríguez Agüero
- 177 Carolina Barry, *Evita Capitana. El Partido Peronista Femenino, 1949-1955*, Buenos Aires, Eduntref, 2009.
María Mercedes Prol
- 180 Alejandra Ciriza, coord., *Intervenciones sobre ciudadanía de mujeres, política y memoria. Perspectivas subalternas*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 2008.
Adriana Boria
- 182 Paola Martínez, *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009.
Alejandra Oberti
- 185 Andrea Andujar y otras, comps., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburg, 2009.
Alejandra Ciriza

Hacia un debate sobre el concepto de "burocracia sindical"

Presentación

La irrupción de las masas populares y su lucha de calles en diciembre de 2001, representa un punto de inflexión en la sociedad Argentina que repercute en los ámbitos académicos, políticos e intelectuales. Lo nuevo y lo viejo sin embargo conviven. El retorno del movimiento obrero organizado de tipo tradicional, con la figura de Hugo Moyano como baluarte de un estilo que se creía concluido, atiza un debate urgente. El tema sin dudas genera un gran interés. Un indicador de los efectos de estas novedades en el plano editorial es la proliferación de reimpressiones de "clásicos" de la izquierda marxista como también de la izquierda nacional-popular. Otro indicador es la lenta pero sostenida configuración de un renovado campo de estudios de las clases trabajadoras en la historia argentina. Renovación generacional a la vez que intelectual que cuestiona la verosimilitud de los discursos que en los ochenta y noventa proclamaron el "adiós al proletariado" y que retoma críticamente el legado de las generaciones de la doble década de los 60-70.

Nuestra convocatoria se basó en un registro histórico de larga duración sobre el movimiento obrero, donde desde sus orígenes hasta su presente las distintas corrientes político-sindicales, que intervinieron e intervienen en él, se acusaron y acusan mutuamente de antidemocráticas, reformistas y traidoras. Esta tendencia, decíamos, se vio reforzada con la sustanciación del peronismo hacia mediados de los 40, cuando el movimiento obrero organizado entró en estrecha relación con el estado argentino. No es menos cierto que desde esta vereda proliferó una batería macartista que caló profundo en el movimiento obrero, que denostó cualquier concepción alternativa de la acción sindical. Desde aquel momento refundador (porque, hay que decirlo, la problemática de la constitución de la "burocracia sindical" no comienza en 1945) todas las corrientes político-sindicales, incluidas las peronistas de izquierda, proyectaron todos los males de las prácticas burocráticas en las direcciones gremiales peronistas. Así, se fue abonando y consolidando un fuerte *sentido común de izquierda*, cuya consigna de democracia sindical se aplicó sobre las dirigencias gremiales a las que veía como dique de contención de unas bases obreras perennemente democráticas, combativas y revolucionarias.

Este sentido común filtró ampliamente en el campo intelectual, estimulando y complicando el abordaje analítico y documentado de las prácticas sindicales. Esta situación se ve agravada por la incapacidad manifiesta de muchos intelectuales de izquierda para entender y reforzar políticamente las emergentes experiencias

de una nueva generación de obreros y activistas sindicales que en su confluencia dan lugar a la conformación de cuerpos de delegados y comisiones internas, como en los casos protagonizados por los trabajadores del subte, el casino y Kraft. Por esto nuestra iniciativa de estimular una revisión del tan *abusado* y poco problematizado concepto de “burocracia sindical”.

El dossier cuenta con una entrevista a un destacado referente del campo de los estudios sobre la clase obrera argentina y con siete artículos de jóvenes intelectuales de izquierda, todos anclados en experiencias de la clase obrera argentina en la historia reciente. Estas reflexiones oscilan entre un polo de corte más ensayístico (Raimundo, Belkin-Ghigliani) y otro polo de corte más empírico (Varela, Colombo, P. Álvarez, Löbbe, Basualdo). Posiblemente la diferenciación se reorganiza con el posicionamiento de cada autor ante la alternativa del uso o abandono del concepto en su sentido “tradicional”. Dentro del primer grupo podríamos ubicar los artículos de Löbbe y Varela y en el segundo los trabajos de Raimundo, Belkin-Ghigliani, Colombo, Pérez Álvarez y Basualdo. Esta diferenciación refracta de alguna manera la disparidad de opiniones del Consejo Editorial de la revista. Sin embargo, la diversidad de perspectivas convivientes en este dossier no se postula como un problema, por el contrario, lo consideramos como un interesante punto de partida para abonar a la producción de las condiciones de posibilidad de polémicas por venir.

Ya adelantamos nuestro “haber”. Sin embargo existen varias cuestiones con las cuales estamos en deuda. Entre las más importantes podemos mencionar la virtual inexistencia de trabajos que recorran desde una perspectiva de largo plazo el devenir de la categoría histórica “burocracia sindical”. ¿desde cuándo, por quiénes y contra quiénes fue utilizada aquella categoría? También necesitamos indagaciones que trasciendan las estrechas fronteras nacionales y se propongan al menos un alcance latinoamericano. Otras fronteras a exceder son las matrices organizacionales consideradas; sería conveniente un cruce entre los procesos de “burocratización” en los sindicatos, los partidos políticos y el estado. Quizás la ausencia más importante sea la de un concepto alternativo al de “burocracia sindical” para el análisis de las prácticas de las dirigencias gremiales. Como suele ocurrir en la polémica, la revisión se inicia con un “trabajo de lo negativo”. Es imprescindible poner en suspenso los sentidos tradicionales, a todas luces limitado. Pero la negación inicial es insuficiente. La crítica reiterada, tan necesaria como un poco gastada en tanto ejercicio político-intelectual que se mece en su propia repetición, revela un rendimiento decreciente. Necesitamos un ánimo más ambicioso, creativo. Este dossier es un planteo que quizá continúe en nuestra publicación o en otras del campo de la izquierda y de los estudios sociales.

La “burocracia sindical”: aportes clásicos y nuevas aproximaciones

Victoria Basualdo¹

Se han desarrollado numerosas controversias sobre el papel de la “burocracia sindical” en la historia del movimiento obrero, incluyendo contribuciones teóricas, históricas y políticas. Este trabajo se propone realizar una aproximación a este tema organizada en tres grandes apartados. En el primero analizaremos distintas perspectivas “clásicas” sobre el papel de la burocracia sindical que han ejercido una amplia influencia en círculos académicos y políticos. En la segunda parte nos detendremos en la necesidad de examinar los presupuestos implícitos en la mirada sobre la burocracia sindical, enfatizando la importancia de explorar la cuestión de la conciencia de la clase obrera. En la tercera y última parte retomaremos algunos de los hallazgos realizados a partir de una investigación sobre el sindicalismo de base en la Argentina entre mediados de los ‘40 y mediados de los ‘80 vinculados con esta problemática. A partir de este recorrido, este trabajo enfatiza la importancia no sólo de estudiar las causas, características e impacto de los procesos de burocratización en las organizaciones sindicales, sino también de analizar en profundidad las contradicciones de la conciencia de la clase obrera.

Algunas aproximaciones clásicas a la problemática de la burocracia sindical

A pesar de la centralidad que se ha asignado al tema de la burocracia sindical, las visiones clásicas de este fenómeno desde el campo del marxismo y de la sociología del sindicalismo, muchas de las cuales han ejercido una influencia decisiva en los debates políticos e históricos posteriores, no han sido sistemáticamente examinadas. Comenzaremos entonces por plantear una primera aproximación a algunos de estos aportes, en diálogo con una valiosa contribución del investigador Richard Hyman sobre las potencialidades y limitaciones del

¹ CONICET-FLACSO Argentina. Email: basuovic@yahoo.com.ar.

movimiento sindical.² Vale la pena destacar que mientras Hyman realizó una lectura centrada en las aproximaciones optimistas y pesimistas del papel de las organizaciones sindicales y su vinculación con procesos de transformación revolucionaria, este trabajo propondrá un abordaje distinto de los autores, centrado en el tema de la burocratización y en las implicancias que tienen las diversas posturas en términos de su caracterización de la clase obrera.

Karl Marx y Friedrich Engels, los fundadores de la corriente marxista, incluyeron en muchos de sus trabajos referencias al papel positivo de las organizaciones sindicales en un proceso de transformación social radical, sosteniendo que si no existiera la organización sindical, los capitalistas reducirían los salarios durante las recesiones económicas aún más severamente, y no compensarían estas reducciones cuando el mercado mejorara.³ En este sentido, los sindicatos contribuirían “a alimentar el odio y exacerbar a los obreros contra la clase poseedora”, y se convertirían en “escuelas de guerra de los obreros, en las que se preparan para la gran lucha que no se puede evitar más”.⁴

Sin embargo, Marx y Engels visualizaron, a partir de distintos desarrollos históricos contemporáneos que de hecho se había producido una “desviación” de la función que habían atribuido originalmente a las organizaciones sindicales, y la explicaron sosteniendo que muchas de ellas no representaban a toda la clase obrera sino a una “minoría aristocrática” de “obrerros privilegiados”, capaces de obtener concesiones materiales que en principio eran inalcanzables por los obreros en general.⁵ Explicaron la ausencia de la actividad revolucionaria también en virtud de la corrupción material o ideológica de los líderes traidores, la cual era posible, desde su punto de vista, a causa de la pasividad

² Richard Hyman, *El marxismo y la sociología del sindicalismo*. México, Era, 1978 (1971). Este trabajo fundamental de Hyman constituyó la puerta de entrada a la lectura de los distintos autores, proveyendo acceso a la mayoría de las citas textuales incluidas en los dos primeros apartados.

³ Engels por ejemplo sostuvo que “si el fabricante no tuviera que esperar de los obreros una oposición concentrada y en masa, por su conveniencia, poco a poco querría rebajar cada vez más el salario.” Ver Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844*. Buenos Aires, Futuro, 1965, p. 212. Marx reelaboró este argumento en su texto “Salario, precio y ganancia” (1865), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*. Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1951.

⁴ F. Engels, *La situación de la clase obrera*, ob. cit., pp. 214, 218. Ver también el *Manifiesto Comunista* en el que Marx y Engels sostienen que “Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios (...). Esta organización del proletariado en clase (...) es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente”. Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista*, en *Obras escogidas*, ob. cit., tomo I, pp. 30-31.

⁵ R. Hyman, ob. cit., pp. 20-21.

de la base. A su vez, explicaban esta última como resultado del aburguesamiento de la clase obrera inglesa como consecuencia de la posición monopólica que ocupaba el capitalismo inglés en la economía mundial.⁶ Estos factores especiales —y se suponía que transitorios— explicaban la falta de iniciativa revolucionaria en el país donde el sindicalismo tenía sus raíces más profundas.

Estas reservas y el señalamiento de factores problemáticos en la estructura sindical fueron retomados por otras interpretaciones que profundizaron el análisis de sus limitaciones y problemas, entre los cuales apareció como un tema prominente la tendencia a la burocratización de las cúpulas sindicales. Aquí revisaremos sólo algunas pocas de estas contribuciones de gran influencia en la teoría socialista del siglo XX que se han centrado en otros aspectos del movimiento sindical que parecían limitar su potencial revolucionario.

Un análisis clásico que ha tenido gran influencia en el campo de la sociología sobre las organizaciones sindicales y en los debates en el seno del marxismo es el realizado por Robert Michels en su libro *Los partidos políticos*, publicado originalmente en 1911. En él, aunque se interesa centralmente por el funcionamiento de los partidos políticos, aborda también muchos aspectos de la estructura interna y dinámica de las organizaciones sindicales. Sostenía respecto a estas últimas que "en el movimiento gremial, el carácter autoritario de los líderes y su tendencia a gobernar las organizaciones democráticas con sistemas oligárquicos están más acentuados que en las organizaciones políticas".⁷ La tesis básica de Michels es que el movimiento obrero, a pesar de sus orígenes y objetivos democráticos y antiautoritarios, es tan propenso como otras organizaciones a una "regla férrea de la oligarquía". Esto surgía en primer lugar del hecho de que era imposible que los sindicatos operaran sobre la base de una "democracia directa", ya que la dirección de las negociaciones y las huelgas exigía de una organización conducida por funcionarios con experiencia y conocimientos especializados. Esto ocasionaba desde su perspectiva que cuanto más grande fuera el sindicato, mayor la necesidad de un liderazgo burocrático.⁸

Michels sostenía que los líderes sindicales, aún cuando estuvieran sometidos a elecciones regulares, tendían a permanecer en el cargo.⁹ En primer lugar, porque desarrollaban una pericia considerable, que los hacía "inamovibles, o al

⁶ R. Hyman, ob. cit., pp. 21-3. Hyman cita como fuentes una serie de cartas: Marx, carta a Liebknecht, 11 de febrero de 1878; Engels, carta a Marx, 30 de julio de 1869; Engels, carta a Sorge, 7 de diciembre de 1889; Engels, carta a Marx, 7 de octubre de 1958, en *Obras escogidas*.

⁷ Robert Michels, *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972 (1911), vol. I, p. 179.

⁸ R. Michels, ob. cit., vol. I, p. 69.

⁹ R. Michels, ob. cit., vol. I, p. 131.

menos difíciles de reemplazar".¹⁰ En segundo lugar, porque los trabajadores de base tendían a aceptar que los líderes investidos con determinadas funciones poseían un "derecho consuetudinario" a su cargo, cayendo con frecuencia en un virtual culto de veneración al héroe.¹¹ Y también, porque "cuando los líderes no son personas de medios, y cuando no tienen otras fuentes de ingreso, se aferran firmemente a sus puestos por razones económicas, y llegan a considerar las funciones que ejercen como propias por derecho inalienable. Esto es especialmente cierto respecto de los trabajadores manuales quienes, en cuanto llegan a líderes, pierden su aptitud para el oficio anterior. Para ellos la pérdida de su puesto sería un desastre financiero y, en casi todos los casos, resultaría casi imposible que volvieran a su antigua forma de vida".¹²

En la perspectiva de Michels, el control oligárquico se ve reforzado por la apatía de la masa: "La mayoría de los miembros es tan indiferente a la organización como lo es la mayoría de los electores respecto al parlamento". Al mismo tiempo, Michels sostiene que los líderes sindicales tienden a desarrollar un estilo de vida "pequeño burgués" y que la diferenciación social tiende a traducirse también en términos ideológicos: "los líderes pierden por completo el sentido real de solidaridad con la clase de la que han salido". Señala además que el deseo de aprobación pública es un componente adicional para la moderación en el caso del funcionario sindical: "Si sigue expresando 'opiniones razonables' puede estar seguro de conquistar a un tiempo el elogio de sus adversarios y (en casi todos los casos) la gratitud y la admiración de la multitud".¹³

Otro autor que tuvo una gran influencia en los debates sobre las potencialidades y limitaciones de la organización sindical fue León Trotsky. Trotsky, quien pensó y escribió desde un contexto social y político muy diferente al de Michels, subrayó en cambio la existencia de una estrategia activa y deliberada por parte del gobierno y la gran industria para combatir la amenaza que el sindicalismo podía implicar para el sistema capitalista. En su trabajo "¿Adónde va Inglaterra?" de 1925, Trotsky comenzaba afirmando (como ya lo habían hecho Marx y Engels en sus primeros escritos) que las coaliciones de obreros representaban implícitamente un reto a la estabilidad política del capitalismo. Sostenía al respecto que "el peligro de las *trade-unions* para el estado capitalista consiste en que éstas formulan —por el momento con tanteos, vacilaciones y equívocos— el principio del gobierno obrero".¹⁴

¹⁰ R. Michels, ob. cit., vol. I, p. 139.

¹¹ R. Michels, ob. cit., vol. I, p. 90-104.

¹² R. Michels, ob. cit., vol. II, p. 11.

¹³ R. Michels, ob. cit., vol. II, p. 98.

¹⁴ León Trotsky, *¿Adónde va Inglaterra?*, Buenos Aires, El Yunque, 1974 (1925), p. 143.

Sin embargo, Trotsky veía que esta evolución estaba obstaculizada por la ideología conservadora de los líderes sindicales: "Para conseguir que las trade-unions sean capaces de cumplir su papel ulterior, se necesita librarlas de los funcionarios conservadores, cretinos supersticiosos que esperan no se sabe qué milagros "pacíficos" y pura y simplemente, en fin, de los agentes del gran capital (...)"¹⁵ También aludía a la creciente burocratización experimentada por las organizaciones sindicales: "En los estados capitalistas se observan las formas más monstruosas de burocratismo precisamente en los sindicatos. Basta con ver lo que pasa en Norteamérica, Inglaterra y Alemania. (...) Si no fuera por la burocracia sindical, la policía, el ejército, los lores, la monarquía, aparecerían ante los ojos de las masas proletarias como lamentables y ridículos juguetes. La burocracia sindical es la columna vertebral del imperialismo británico".¹⁶

Trotsky elaboró entonces la tesis de que los líderes sindicales, al haber adquirido autoridad sobre sus miembros, fueron utilizados por los capitalistas para colaborar en el control de sus obreros: "La decadencia del capitalismo británico, dentro del marco de la declinación del sistema capitalista mundial, minó las bases del trabajo reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo se puede mantener rebajando el nivel de vida de la clase obrera. En estas condiciones los sindicatos pueden o bien transformarse en organizaciones revolucionarias o bien convertirse en auxiliares del capital en la creciente explotación de los obreros. La burocracia sindical, que resolvió satisfactoriamente su propio problema social, tomó el segundo camino. Volcó toda la autoridad acumulada por los sindicatos en contra de la revolución socialista e incluso en contra de cualquier intento de los obreros de resistir los ataques del capital y de la reacción".¹⁷

La tendencia a la constitución de un liderazgo sindical burocratizado aparece, en estas últimas perspectivas, como un factor central para explicar por qué los sindicatos no constituían organizaciones que pudieran fomentar y alentar un cambio revolucionario. Esta línea de argumentación centrada en la burocracia sindical tuvo enorme influencia y desarrollo posterior por parte de otros autores, como Charles Wright Mills. En uno de sus trabajos más importantes, Wright Mills sostenía que "la estabilización requiere de una mayor burocratización de la empresa de negocios y del sindicato laboral. Dados los arreglos industriales actuales, implica también amalgamar la burocracia sindical a la de la corporación. Esto puede tener lugar ya sea en el lugar de trabajo técnico, en el caso de las empresas

¹⁵ L. Trotsky, ob. cit., p. 146.

¹⁶ L. Trotsky, "Los errores de principio del sindicalismo" (1929), en *Sobre los sindicatos*, Buenos Aires, Pluma, 1974, p. 54.

¹⁷ L. Trotsky, "Los sindicatos en Gran Bretaña" (1933), en *Sobre los sindicatos*, ob. cit., pp. 95-96.

económicas que integran una industria determinada, ya sea entre las industrias que forman toda la economía política".¹⁸

Al mismo tiempo, Wright Mills consideraba que era en el lugar de trabajo donde esta integración se desarrollaba de una manera más completa, y que "la cooperación negocios-trabajo dentro del lugar de trabajo significa la integración parcial de la compañía y las burocracias sindicales (...) El sindicato asume gran parte del trabajo de la compañía con el personal y se convierte en el agente disciplinador de la base. (...) Compañía y sindicato (...) son agentes disciplinadores mutuos, y ambos disciplinan a los elementos descontentos entre los empleados sindicalizados".¹⁹

En la mayor parte de estas perspectivas, sin embargo, no se explica por qué las bases no se opondrían o quedarían inmóviles ante el surgimiento y la consolidación de estos liderazgos no representativos, ni cómo éstos podrían sostener su legitimidad a lo largo del tiempo. Respecto de la tendencia férrea a la burocratización que defiende Michels, hasta el propio autor reconoce que "es imposible negar que las masas se rebelan de tiempo en tiempo", aunque sostiene también que "esas rebeliones son siempre sofocadas".²⁰ Como bien sostiene Hyman, esta visión fatalista resulta altamente cuestionable, ya que los sindicatos deben preservar ciertos mecanismos de democracia interna, al menos hasta cierto punto, para legitimarse tanto frente a los trabajadores como frente a los empleadores.²¹ Muchas de estas críticas se aplican también a la posición de Wright Mills.

Otra crítica importante de Hyman a la posición de Michels se refiere a su concepción monolítica de la organización que no tiene en cuenta la ambivalencia inherente a la función sindical. Si el descontento y el conflicto excesivos quebrantan las relaciones de contratación establecidas, la pasividad excesiva resulta igualmente problemática, ya que priva a toda la institución sindical de su razón de ser básica. El funcionario sindical no puede eliminar enteramente la "rebelión" sin convertirse a sí

¹⁸ Charles Wright Mills, *The New Men of Power* (1948), pp. 223-224.

¹⁹ Charles Wright Mills, ob. cit., pp. 224-225.

²⁰ R. Michels, ob. cit., vol. I, p. 194.

²¹ Al respecto, sostiene que "el dirigente sindical puede identificar por lo menos tres fuentes de presión para hacer que se atenga a las prácticas democráticas en la ejecución de sus deberes. En orden ascendente por la urgencia con que se le pide que les preste atención, estas fuentes son: la dirección [empresaria], ciertos sectores del público en general, y los miembros." A los empresarios les agrada demostrar que los líderes sindicales no representan los deseos de sus empleados o han perdido el contacto con ellos. Para protegerse de estas acusaciones, el dirigente sindical debe tener confianza en que arrastra consigo a sus miembros. La "opinión pública" también juega un papel importante, al tiempo que la presión de los miembros también es un factor en este sentido. R. Hyman, ob. cit., pp. 57-58. La cita proviene de J. S. Coleman, "The Compulsive Pressures of Democracy in Unionism", en *American Journal of Sociology*, 1956, p. 520.

mismo y a su organización en redundantes, y por eso su labor consiste en mantener un frágil equilibrio entre la queja y la satisfacción, entre el activismo y el reposo. En este sentido, como sostiene Hyman, la "ley férrea de la oligarquía" está sometida a importantes limitaciones, y los intentos de extender el proceso de incorporación se topan con importantes obstáculos para prosperar.²²

Otros autores, entre los que se destaca Antonio Gramsci, continuaron este análisis del impacto de la burocratización, pero incorporando también otras dimensiones fundamentales como la organización de los trabajadores de base, lo que abrió la puerta para el análisis de la compleja relación entre líderes y bases e impulsó la formulación de nuevas preguntas. En varios de sus trabajos de 1919 y 1920, Gramsci consideraba a los sindicatos como "el tipo de organización proletaria específico del período de la historia dominado por el capital. En cierto sentido, puede sostenerse que ésta forma parte integrante de la sociedad capitalista y que su función es inherente al régimen de propiedad privada".²³

Además de marcar la integración de los sindicatos, Gramsci subrayaba el peso del proceso de burocratización: "Los obreros comprenden que el complejo de "sus" organizaciones se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, inherentes a su estructura y a su complicado funcionamiento, pero extraño a la masa (...). Comprenden que su voluntad de potencia no consigue hallar expresión, en un sentido neto y preciso, a través de las actuales jerarquías institucionales. (...) Los obreros se irritan por esas condiciones de hecho, pero se ven individualmente incapaces de modificarlas; las palabras y la voluntad de los hombres individualmente son muy poca cosa de cara a las férreas leyes inherentes a la estructura funcional del aparato sindical".²⁴

Gramsci sostenía que estos desarrollos internos se desprendían naturalmente de las actividades de los sindicatos en la contratación colectiva: "El sindicato concentra y generaliza su forma hasta poner en manos de una oficina central el poder de la disciplina y del movimiento, es decir, se aparta de las masas que ha regimentado, se sale del juego de los caprichos, de las veleidades propias de las grandes masas tumultuosas. Así el sindicalismo deviene capaz de establecer pactos, de contraer compromisos; así obliga al empresario a aceptar una legalidad condicionada por la confianza que el empresario tiene en la solvencia del sindicato, por la confianza que el empresario tiene en la capacidad del sindicato para obtener de parte de las masas obreras el respeto de las obligaciones contraídas".²⁵

²² R. Hyman, ob. cit., pp. 70-72.

²³ Antonio Gramsci, *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*. México, Roca, 1973, p. 37.

²⁴ A. Gramsci, ob. cit., pp. 35-36.

²⁵ A. Gramsci, ob. cit., pp. 113-114.

Destacaba, al mismo tiempo, la lógica interna de estos funcionarios que los llevaba a velar por sus intereses particulares más que por aquellos de la clase en su conjunto: "El funcionario sindical concibe la legalidad industrial como una perpetuidad. Y con demasiada frecuencia la defiende desde un punto de vista idéntico al del propietario. Ve sólo caos y arbitrio en todo cuanto sucede en el seno de la masa obrera; no universaliza el acto de rebelión del obrero contra la disciplina capitalista como rebelión, sino como materialidad del acto que puede ser en sí y por sí trivial. (...) En estas condiciones, la disciplina sindical no puede ser otra cosa sino un servicio prestado al capital".²⁶

Sin embargo, aunque Gramsci enfatizaba el proceso de burocratización de los liderazgos sindicales, otorgaba también una relevancia fundamental a las bases y a sus órganos de representación, las cuales desde su perspectiva tendrían grandes posibilidades de transformación, lo cual ofrece elementos para matizar y discutir sus afirmaciones precedentes. Gramsci desarrolló explícitamente este potencial en su análisis de las "comisiones internas" en Italia: "Hoy las comisiones internas refrenan y limitan el poder del capitalista en la fábrica y desarrollan funciones de arbitraje y disciplina. Desarrollados y enriquecidos, esos serán mañana los órganos del poder proletario que sustituirán al capitalista en todas sus funciones de dirección y de administración".²⁷

De hecho, él insistía en que las mismas características del sindicalismo tenían un gran valor por su contribución a la cohesión y confianza en sí misma de la clase obrera: "el sindicato coordina las fuerzas productivas e imprime al aparato industrial la forma comunista".²⁸ Lo esencial para él era, desde su perspectiva socialista, enfatizar la naturaleza transitoria de la "legalidad" sindical: "El advenimiento de esta legalidad industrial ha supuesto una gran conquista de la clase obrera, pero ésta no es la última y definitiva conquista: la legalidad industrial ha mejorado las condiciones de la vida material de la clase obrera, mas esa legalidad no es más que un compromiso, un compromiso que ha sido necesario contraer, que será necesario soportar mientras las relaciones de fuerza sean desfavorables a la clase obrera".²⁹

En su análisis adquiría un lugar importante la oposición entre las funciones del sindicalismo oficial y las actividades de los consejos de fábrica que habían surgido en la industria italiana. Estos últimos, sostenía, eran "instituciones de tipo nuevo en el campo obrero, instituciones de base representativa,

²⁶ A. Gramsci, ob. cit., p. 117.

²⁷ A. Gramsci, ob. cit., p. 22.

²⁸ A. Gramsci, ob. cit., p. 69.

²⁹ A. Gramsci, ob. cit., p. 114.

estructuradas de acuerdo con un plan industrial".³⁰ Gramsci sostenía entonces que "el consejo es la negación de la legalidad industrial, en todo instante tiende a anularla, como tiende incesantemente a conducir a la clase obrera a la conquista del poder industrial y a convertirla en fuente de ese mismo poder. (...) El Consejo tiende por su espontaneidad revolucionaria, a desencadenar en todo momento la guerra de las clases; el sindicato, por su forma burocrática, tiende a no dejar que la guerra de clase se desencadene nunca. Las relaciones entre las dos instituciones deben tender a crear una situación en la cual no suceda que un impulso caprichoso del Consejo determine un paso atrás de la clase obrera, una derrota de la misma, es decir, una situación en la que el Consejo acepte y haga suya la disciplina del sindicato, ni tampoco a crear una situación en la que el carácter revolucionario del Consejo tenga una influencia sobre el sindicato y que sea, en suma, un reactivo que disuelva a la burocracia y el funcionamiento sindical. El Consejo querrá salir, en todo momento, de la legalidad industrial: el Consejo es la masa, explotada, tiranizada, forzada al trabajo servil, por lo que tiende a universalizar todas las rebeliones, a dar valor y alcance resolutivo a todos sus actos de poder".³¹ En el contexto entonces de la expansión de los consejos de fábrica, el partido se identificaría "con la conciencia histórica de las masas populares" y su "movimiento espontáneo, irresistible", y su tarea consistiría en "convertir en conciencia y creación revolucionaria los impulsos a la rebelión que emanan de la situación que el capitalismo crea a la clase obrera".³²

Sin duda, sus aportes referidos a las instancias de organización sindical de base tienen el gran mérito de recordar que el liderazgo no lo es todo en la estructura sindical, sino que es necesario tener en cuenta a las bases, y a la compleja relación que se establece entre ambos, así como a las distintas formas que podría asumir la relación entre la clase obrera y el partido. Sin embargo, el pensar que los órganos de base y su acción espontánea constituirían el germen de la nueva sociedad instala en el centro una discusión sobre la clase obrera y la revolución, en la que tiene un papel clave la cuestión de la conciencia.

³⁰ A. Gramsci, ob. cit., p. 109.

³¹ A. Gramsci, ob. cit., pp. 110-111, 114-115. Sobre el tema de los consejos obreros en Gramsci, ver también Agustín Santella, "Gramsci, sindicatos y comisiones internas", en *V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, 2008.

³² A. Gramsci, ob. cit., pp. 65 y 118.

Repensando las potencialidades del movimiento sindical en relación con los debates sobre la conciencia de la clase obrera

Como vimos en el apartado anterior, la consolidación de la burocracia sindical apareció como un elemento central en la discusión sobre las limitaciones y potencialidades de las organizaciones sindicales y su relación con procesos de transformación radical del sistema capitalista. La burocratización no sólo aparece asociada, en estas visiones, con la pérdida de representatividad de estos líderes respecto a sus bases, sino que se convierte en un factor fundamental para explicar las tendencias que se proponen una conciliación de intereses con las patronales exhibidas por las organizaciones sindicales. Mientras algunos de los autores parecen afirmar implícita o explícitamente que esto resulta posible gracias a un papel pasivo, sometido y subordinado de las bases (papel que explican como directo resultado de la presión del capital, de los propios liderazgos sindicales y del estado y las fuerzas represivas), otros destacan que en estas bases radica la esperanza para el cambio.

El fuerte supuesto de que si las bases obreras pudieran expresar su voluntad sin trabas y tuvieran líderes representativos avanzarían ineludiblemente hacia la revolución es justamente lo que ponen en discusión otras perspectivas que abordan la cuestión de la conciencia de clase, tema de gran complejidad que se benefició de numerosos aportes y contribuciones desde fines del siglo XIX en adelante. En este sentido, resulta muy importante examinar críticamente una serie de aportes realizados por Lenin. Sus distintas aproximaciones a la cuestión de la conciencia de clase y la relación entre partido y sindicatos han tenido una enorme influencia en los debates políticos y académicos, aún cuando varios de ellos presentan la característica de exhibir apreciaciones diferentes y hasta opuestas.³³

En su clásico texto *¿Qué hacer?* de 1902, Lenin desarrolla, al igual que varios de los autores ya analizados, una posición crítica respecto a las organizaciones sindicales. Sin embargo, el núcleo de su cuestionamiento no lo basa en la cuestión de la burocracia sindical sino en su análisis de la conciencia "sindical." Lenin sostenía que las actividades normales de los sindicatos no representaban ninguna amenaza a la estabilidad del orden capitalista. Un elemento fundamental en este razonamiento era que la naturaleza compartimentada de la lucha

³³ La variación de las posiciones de Lenin respecto a este tema ha sido señalada por varios autores. Ver por ejemplo Hal Draper, "El mito del 'concepto de partido' de Lenin. Qué hicieron con el *¿Qué hacer?*", en *Herramienta*, n° 11, septiembre de 1999, y Antonio Carlo, "La concepción del partido revolucionario en Lenin", en *Pasado y Presente*, n° 2/3 nueva serie, julio-diciembre 1973, además de R. Hyman, ob. cit.

sindical se realizaba de acuerdo a las divisiones industriales y ocupacionales del capitalismo más que a la unión de los obreros como clase. En este sentido, Lenin consideraba que el movimiento obrero, por sus propias fuerzas, sólo podía elaborar una "conciencia tradeunionista", que sostenía "la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.",³⁴ todo lo cual no trascendía la hegemonía de la ideología burguesa. Al respecto sostenía que "todo lo que sea rebajar la ideología socialista, todo lo que sea alejarse de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa (...) pues el movimiento obrero espontáneo es trade-unionismo y el trade-unionismo implica precisamente la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía".³⁵ Lenin sostenía entonces que "la política trade-unionista de la clase obrera es precisamente la política burguesa de la clase obrera".³⁶

Sin embargo, como han señalado varios autores, la posición inflexible adoptada por Lenin en el *¿Qué hacer?* difiere en forma sustancial de otros de sus textos escritos antes y después de 1902, en los que enfatizó el potencial de la lucha sindical para elevar la conciencia de los obreros. Un ejemplo de esta segunda postura de Lenin, que además tuvo mayor desarrollo que la primera, es su artículo "Sobre las huelgas" de 1899, en el que afirmó: "Toda huelga infunde con enorme fuerza a los obreros la idea del socialismo: la idea de la lucha de toda la clase obrera por su emancipación del yugo del capital (...). La huelga enseña a los obreros a comprender cuál es la fuerza de los patronos y cuál la de los obreros: enseña a pensar, no sólo en su patrono ni en sus camaradas más próximos, sino en todos los patronos, en toda la clase obrera. Pero la huelga, además, abre los ojos a los obreros no sólo en lo que se refiere a los capitalistas, sino también en lo que respecta al gobierno y a las leyes (...). Así pues, las huelgas enseñan a los obreros a unirse, les hacen ver que sólo unidos pueden sostener la lucha contra los capitalistas, les enseñan a pensar en la lucha de toda la clase obrera contra toda la clase patronal y contra el gobierno autocrático y policéfalo. Por eso, los socialistas llaman a la huelga "escuela de guerra", escuela en la que los obreros aprenden a librar la guerra contra sus enemigos por la emancipación de todo el pueblo, de todos los trabajadores, del yugo de los funcionarios y del yugo del capital".³⁷

³⁴ Lenin. *¿Qué hacer?* (1902) en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1966, p. 142.

³⁵ Lenin, ob. cit., p. 36.

³⁶ Lenin, ob. cit., p. 37.

³⁷ Lenin. "Sobre las huelgas" en *Obras completas*, ob. cit., tomo IV, pp. 322-324.

En 1905, Lenin prosiguió en esta línea afirmando que “la clase obrera es instintiva y espontáneamente socialdemócrata”, y regresó a una posición cercana a los análisis clásicos de Marx y Engels: “El capital reúne a los obreros en vastas masas en las grandes ciudades, los agrupa, les enseña a actuar al unísono. A cada paso los obreros se encuentran cara a cara con su enemigo principal, la clase capitalista. En el combate contra este enemigo, el obrero se hace socialista, llega a comprender la necesidad de una completa reorganización de toda la sociedad, de la completa supresión de la miseria y de la opresión”.³⁸

Poco antes de la revolución de 1917, y refiriéndose a la de 1905, volvió a estas ideas: “Un arma específicamente proletaria de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner a las masas en movimiento... Sólo la lucha educa a la clase explotada, sólo la lucha le descubre la magnitud de su fuerza, amplía sus horizontes, eleva su capacidad, despeja su inteligencia y forja su voluntad. (...) La lucha económica, la lucha por un mejoramiento directo e inmediato de la situación, es capaz de despertar a las capas más atrasadas de las masas explotadas, las educa verdaderamente y las convierte —en épocas revolucionarias— en pocos meses, en un ejército de luchadores políticos”.³⁹

El núcleo de las diferencias entre el análisis de Lenin de 1902 y el Lenin de 1899, 1905 o 1917 radica en la caracterización, alcance y limitaciones de la conciencia obrera. La necesidad de un partido revolucionario que articulase la oposición de los obreros al capitalismo, que permitiera articular fuerzas para su derrocamiento y que guiase la construcción de una nueva sociedad no estaba en discusión. Lo que se debía determinar en todo caso era en qué grado las luchas sindicales hacían a los obreros susceptibles de un ensanchamiento revolucionario de conciencia, y qué tipo de relación tenía que establecerse entre el partido revolucionario y la actividad sindical espontánea.

Esto deja abiertos algunos interrogantes importantes: ¿Cuál de los Lenin tenía razón? ¿El que sostenía que la lucha obrera y sindical es una escuela de socialismo, o el que planteaba que la clase obrera está bajo total influencia de la ideología burguesa y que por lo tanto sólo el partido puede guiarla hacia el socialismo? ¿Cómo entender esta oscilación entre posiciones opuestas en un mismo autor? Nos proponemos entrar en diálogo tanto con las perspectivas sobre burocracia sindical como con los distintos aportes sobre la conciencia de la clase obrera a partir de los hallazgos obtenidos en una investigación sobre la organización sindical de base en la Argentina entre los '40 y los '80.

³⁸ Lenin, “Las enseñanzas de la revolución” (1910) en *Obras completas*, ob. cit., tomo XVI, p. 299.

³⁹ Lenin, “Informe sobre la Revolución de 1905” (1917) en *Obras completas*, ob. cit., tomo XXIV, pp. 260-263.

Hallazgos a partir del análisis de la organización sindical de base en la Argentina entre los '40 y los '80

Una vez sintetizados ciertos aportes clásicos sobre la burocracia sindical, así como algunos apuntes sobre la conciencia obrera, nos proponemos retomar los hallazgos de una investigación que se propuso abordar las grandes tendencias de la organización sindical en el lugar de trabajo en las grandes fábricas industriales en la Argentina entre 1943 y 1983, que se detuvo además en el análisis en profundidad de los casos de las fábricas de la empresa textil Alpargatas en Barracas y en Florencio Varela, y la de la empresa siderúrgica Acindar en la localidad de Villa Constitución, Provincia de Santa Fe.⁴⁰

El foco de la investigación en las formas de organización de las bases obreras en el lugar de trabajo permitió alcanzar algunas conclusiones que podrían resultar importantes para retomar y profundizar este debate. Una primera constatación que surgió tanto a partir del estudio de las grandes tendencias históricas de las instancias de base como del estudio en profundidad de la historia de organización sindical en los casos, fue que el proceso de burocratización de los liderazgos cumplió un papel muy importante en la historia del movimiento obrero argentino del período. En este sentido, no puede desestimarse la importancia que tuvo el desarrollo de mecanismos de control y represión en el interior de las estructuras sindicales, tanto en el período de consolidación de la estructura sindical nacional entre los '40 y '50, como en los años '60 y '70, lo que fue respondido por intentos de democratización de las organizaciones obreras. Es al mismo tiempo claro el papel negativo y reaccionario que han tenido muchos líderes sindicales, así como su estrecha colaboración con las patronales y los gobiernos e incluso con las fuerzas represivas en distintos períodos históricos.

Al mismo tiempo, tanto el estudio de las grandes tendencias como los análisis de los casos mostraron que el proceso de burocratización, aunque adquirió una relevancia, características e impactos particulares en las cúpulas, también afectó, aunque de distinta manera, a los representantes de base. Los delegados, representantes de los trabajadores, elegidos por los mismos mediante voto directo, estaban en permanente contacto con ellos, lo que marcó una diferencia importante respecto a procesos de elección más complejos que se caracterizaban por una distancia y dificultad mayor de la conexión entre líderes y base. Sin embargo, los derechos adquiridos por estos delegados —derechos por los que los trabajadores lucharon de manera incansable, y que consagraron gracias a su lucha— les otorgaron también

⁴⁰ Victoria Basualdo, *Labor and Structural Change: Shop-floor Organization and Militancy in Argentine Industrial Factories (1943-1983)*, Tesis de doctorado, Universidad de Columbia, 2009.

prerrogativas y poderes que los diferenciaron del resto de los trabajadores. El peligro de la burocratización, es decir de la separación de los representantes respecto de sus bases, y de la constitución de una casta con intereses propios distintos de los de sus representados, no amenazó únicamente a los dirigentes sindicales más altos, sino que se extendió también, aunque de distinta forma, a los representantes de base.

En segundo lugar, la investigación mostró que existía en el movimiento sindical argentino una fuerte interrelación entre las cúpulas sindicales y las bases, y estas últimas, lejos de estar inmóviles o de tener un papel pasivo, también tuvieron un fuerte protagonismo en esta historia. Los intentos de disciplinamiento y control de las bases por parte de sectores importantes de los líderes sindicales fue un componente importante en esta historia, pero así lo fue también la apelación y la presión de sectores de las bases a la dirigencia. Por un lado, la estructura sindical les otorgó a los representantes de base un respaldo de poder frente a las patronales, lo cual les permitió, en ocasiones, que sus luchas trascendieran el ámbito específico de la fábrica ya que a partir de esta pertenencia, no eran únicamente representantes de los trabajadores de un establecimiento sino, al mismo tiempo, parte integrante del movimiento sindical nacional. Al mismo tiempo, esta pertenencia a la estructura sindical otorgó a los delegados y a las comisiones internas el rol de eslabones vinculantes entre los trabajadores de base y las direcciones sindicales, poniéndolos a cargo de transmitir las directivas de las instancias superiores de la organización sindical. De este modo, aunque la pertenencia a una estructura sindical fuerte y centralizada les proveyó un respaldo importante, también les demandó tareas de transmisión de directivas y control sobre las bases. La investigación mostró que existió una tensión permanente entre estas dos funciones, cuyo peso relativo varió a lo largo del período y de los casos.

En tercer lugar, la investigación centrada en los procesos de organización de las bases permitió concluir que no existía una conciencia uniforme y única en la clase trabajadora, sino que por el contrario se desarrolló un fuerte debate entre dos concepciones sobre la identidad obrera con componentes y características muy diferentes. A lo largo del trabajo sobre cada uno de los períodos históricos pudo verse que tanto los trabajadores como los delegados y miembros de comisiones internas otorgaron sentidos diferentes a su tarea, los cuales estaban vinculados con concepciones distintas de la identidad de la clase obrera. Fue posible distinguir dos visiones principales, que aparecieron asociadas con dos corrientes en el seno del movimiento obrero: la corriente conciliadora y la combativa.

En la primera concepción, el proceso de producción era considerado como una empresa compartida, en la cual tanto el trabajo como el capital tenían un papel específico y recibían una retribución por sus tareas. Desde esta perspectiva, entonces, el

proceso productivo era un esfuerzo conjunto de los trabajadores y los empresarios, y no se consideraba entonces que existiera una contradicción intrínseca entre los intereses de las clases. Por el contrario, dado que el proceso de producción constituía una empresa conjunta, se consideraba deseable que el capital y el trabajo pudieran entenderse para dar el máximo de esfuerzo de cada uno, lo que permitiría lograr un mejor resultado que tendría como consecuencia un beneficio mayor para todos los involucrados. Por supuesto se contemplaban dentro de esta visión los conflictos con las patronales que se negaran a pagar "salarios justos" o a garantizar condiciones razonables de trabajo, a las que se consideraba como exponentes de un "capitalismo salvaje o despiadado." Por el contrario, a las patronales que se avenían a negociar y a contemplar derechos de sus trabajadores se las consideraba como capitalistas "razonables," con las que resultaba provechoso establecer negociaciones que garantizaran mejoras a los trabajadores.

Desde la segunda concepción, el trabajo asalariado manual aparecía como la fuente de generación de valor, y se consideraba que los capitalistas obtenían su ganancia a partir de la apropiación de parte del valor producido por los trabajadores asalariados. En esta perspectiva, a la que puede verse como inspirada e influida, en algunos de sus principios básicos por la escuela clásica y en particular por la corriente marxista, el núcleo central relevante de la relación entre las clases era que la clase capitalista obtenía su ganancia a partir de la explotación de la clase trabajadora, por lo cual los intereses de ambas clases aparecían como antagónicos. Todo avance del trabajo debía producirse a expensas del capital, y todo incremento de la tasa de ganancia de los capitalistas implicaba una mayor extracción de plusvalía de la clase trabajadora. La conciliación de intereses era por lo tanto imposible por definición, y se concebía por lo tanto que la clase obrera debía defender sus intereses frente a los empresarios, a los cuales debía enfrentarse en forma permanente para conservar o mejorar su lugar.

Resulta importante destacar que estas distintas conciencias se forjaron al calor de una tradición de fuerte intercambio e interrelación de sectores de la clase obrera con partidos y organizaciones políticas, que tuvieron un papel clave en su configuración y evolución en las distintas etapas históricas. Aunque estas dos concepciones o conciencias obreras aparecieron en la historia argentina como asociadas a dos corrientes o grandes líneas en el movimiento obrero, sus argumentos centrales se hallaron en permanente disputa dentro de estas propias corrientes, y aún en grupos de trabajadores, o delegados o trabajadores individuales, que combinaron aspectos de una con ciertos rasgos de la otra, de manera ecléctica y contradictoria. La existencia de estas dos conciencias de clase puede vincularse entonces no sólo con estos procesos de intercambio con organizaciones políticas, sino también con las complejidades de la relación entre el capital y el

trabajo en el sistema capitalista, que origina tensiones y contradicciones que atraviesan en forma brutal a los trabajadores. La fábrica es, por un lado, el ámbito de explotación y explotación en el que sufren sometimiento y disciplinamiento. Es, al mismo tiempo, el espacio en el cual se construye su identidad de trabajadores y el marco en el que se desarrollan las relaciones de solidaridad y compañerismo obrero. Frecuentemente los trabajadores expresaban un fuerte orgullo vinculado a su trabajo, a su especialidad y a su desempeño en su máquina y en su puesto, que muchas veces consideraban como suyos a pesar de que eran propiedad del capital, e instrumentos de explotación. La empresa y sus directivos, que eran vistos por algunos como sus explotadores y enemigos de clase, eran al mismo tiempo considerados por otros como los que les garantizaban una posibilidad de empleo y les pagaban el salario que les permitía la subsistencia.

Estos hallazgos surgidos del análisis de la organización sindical de base en la Argentina proporcionaron una clave para la reevaluación de algunos de los debates teóricos clásicos revisados en los dos primeros apartados. La profundización del estudio sobre la existencia de distintas conciencias en el seno de la clase obrera no sólo sería de una gran utilidad para el estudio de este proceso histórico específico, sino que permitiría profundizar el diálogo con algunos debates teóricos inconclusos. Posibilitaría, por ejemplo, situar las afirmaciones de Lenin en otro marco. Sus afirmaciones eran incompatibles y contradictorias si se pretendiera describir con una de ellas a la totalidad de la conciencia de la clase. Si en cambio se considerara que cada una de sus caracterizaciones pudiera referirse no ya a la conciencia de clase en su conjunto sino a las dos conciencias en disputa en el seno de la clase, el análisis de Lenin podría leerse como una aproximación preliminar muy interesante a estas contradicciones y tensiones en el movimiento obrero.

Reflexiones finales

El análisis de la problemática de la burocracia sindical y de las dinámicas de representación que favorecen u obstaculizan una organización democrática de los trabajadores es sin duda muy relevante para el estudio de las organizaciones sindicales, sus potencialidades y limitaciones. El abordaje de los grados y formas que adquiere la burocratización de las organizaciones resulta un punto de partida para el fortalecimiento de prácticas democráticas en el seno de los sindicatos, las cuales permitirían una mejor expresión y defensa de los intereses obreros.

Resulta cuestionable, sin embargo, asumir que el fortalecimiento de un proceso de democratización en el seno de las organizaciones necesariamente implicaría una mayor tendencia a la confrontación con el capital o un cuestionamiento

sostenido y cabal al sistema capitalista. A diferencia de lo que sostuvieron algunos autores respecto de que necesariamente la organización libre y representativa de las bases se traduciría en un germen de la sociedad socialista, la conciencia obrera parece ser considerablemente más contradictoria, lo cual puede considerarse en estrecha relación con las profundas tensiones que atraviesan al trabajo asalariado en la sociedad capitalista. Cabe, por lo tanto, convocar no sólo a profundizar el estudio de las formas de organización de la clase obrera y sus impactos, sino también a abordar de manera más consistente y profunda el análisis de las tensiones y contradicciones en su propia conciencia.

Resumen

Este artículo aborda críticamente algunas contribuciones clásicas sobre la problemática de la burocracia sindical. En primer lugar analiza, en diálogo con un trabajo de Richard Hyman, publicado en la década del '70, que sistematizó y abordó un conjunto de aportes desde el campo del marxismo y la sociología del sindicalismo, algunas de las formulaciones de Marx y Engels, Michels, Trotsky, Wright Mills y Gramsci sobre la burocracia sindical. En segundo lugar, marca la necesidad de examinar los presupuestos implícitos en las miradas sobre este tema, abordando la cuestión de la conciencia de la clase obrera a partir de algunas de las contribuciones de Lenin. En tercer lugar sintetiza algunos de los hallazgos realizados a partir de una investigación propia sobre el sindicalismo de base en la Argentina entre mediados de los '40 y mediados de los '80 vinculados con esta problemática. A partir de este recorrido, este trabajo enfatiza la importancia no sólo de estudiar las causas, características e impacto de los procesos de burocratización en las organizaciones sindicales, sino también de analizar en profundidad las contradicciones de la conciencia de la clase obrera. **Palabras claves:** Burocracia Sindical; Sindicalismo Argentino; Marxismo; Sociología del Sindicalismo

Abstract:

This article critically analyzes some classic contributions about the "union bureaucracy", its origins, characteristics and impact. Firstly, it approaches various classic contributions in the field of Marxism and the sociology of unions by Marx and Engels, Michels, Trotsky, Wright Mills and Gramsci, establishing a dialogue with a valuable work by Richard Hyman, published in the 1970s. Secondly, it emphasizes the need to examine the assumptions underlying the views about union bureaucratization, underlining in particular the need to explore the issue of working class consciousness, about which Lenin made interesting remarks. Thirdly, it synthesizes some of the findings made during a research project about the history of shop-floor organization in large-scale industrial factories in Argentina from the 1940s to the 1980s. Based on these elements, the article underlines the importance not only of studying the causes, characteristics and impact of the processes of bureaucratization in unions, but also of analyzing in depth the contradictions and tensions present in working-class consciousness.

Keywords: Union Bureaucracy; Argentine Labor Movement; Marxism; Labor Sociology

Defendiendo al Capital: la burocracia sindical argentina en los '70

Héctor Löbbe¹

El presente trabajo pretende aportar al conocimiento sobre las características y resultados del accionar de la llamada "burocracia sindical" en la Argentina. Para ello, tomaremos como objeto central de nuestro análisis el papel jugado por ese grupo dirigente en el proceso de auge y ascenso de masas protagonizado por la clase trabajadora de nuestro país a fines de la década de 1960 y primera mitad de la década de 1970. Elegimos este breve pero intenso período ya que en él se puede visualizar con mayor claridad la relación contradictoria, antagónica, pero a la vez ambigua, entablada entre la clase obrera (en especial, sus fracciones y capas de vanguardia) y la dirigencia ortodoxa "oficial", conocida popularmente, a partir de la década de 1950, como "burocracia sindical".

Este espacio de reflexión compartido que nos ofrece el Colectivo Editorial de *Nuevo Topo* es doblemente valioso y significativo: porque permite debatir desde distintas perspectivas una temática específica de profunda actualidad; pero también, y por eso mismo, porque busca trascender la discusión teórica y abstracta y colaborar en la construcción de conocimiento para la acción transformadora: esto es, la emancipación del proletariado y de todos aquellos explotados y oprimidos de nuestro país.

Como principal e imprescindible marco conceptual para abordar esta problemática, recomendamos a los lectores como material de consulta los trabajos de Antonio Gramsci (1891-1937) dedicados a ella. El gran mérito de los escritos del destacado teórico y revolucionario italiano reside en recuperar la profundidad de análisis que formula el marxismo al momento de estudiar al conflicto social como una *totalidad*, sujeto además a la interacción dialéctica del conjunto de sus elementos constitutivos. En su análisis, critica lúcidamente los límites de la acción y organización sindicales y subraya la imperiosa necesidad de forjar el Partido Revolucionario que —como herramienta insustituible— guíe las luchas económicas de los trabajadores, superando el carácter espontáneo y acotado de las mismas, hasta la toma final del poder. Por último, porque desmascara el rol jugado por la "burocracia sindical" en su accionar conservador y

¹ Universidad Nacional de Luján. E-mail: lobbehector@yahoo.com.ar.

contrarrevolucionario. Es también fundamental, como complemento de su crítica integral, la propuesta de modelos y prácticas alternativas, como los Consejos de Fábrica, que le valieron el legítimo honor de ser considerado principal inspirador de los mismos en todo el mundo.²

La burocracia sindical: una caracterización

En una investigación sobre las luchas obreras en la Argentina en la década de 1970, adelantábamos una definición sobre la “*burocracia sindical*” que seguimos considerando válida:

Un primer aspecto a destacar es que no usamos la categoría en un sentido únicamente sociológico, como grupo de funcionarios especializados dentro de una administración compleja, que defienden ciertos intereses corporativos. Tampoco responde a una visión democratista que identifica precisamente prácticas burocráticas con falta o clausura de debate y actitudes autoritarias, para oponerlas a una (abstracta) ‘verdadera democracia’.

Al referirnos a la ‘burocracia’ estamos indicando a aquella capa burguesa del proletariado, parcialmente desclasada, que juega el papel de intermediario tolerado por el capital, en su lucha contra la clase obrera. Las prácticas burocráticas y los dirigentes en que dichas prácticas se encarnan forman la primera trinchera que deben vencer los trabajadores en el marco de su enfrentamiento contra el capital. La capa de dirigentes burocráticos, en tanto conciliadores y traidores juega un rol más negativo en aquellos momentos de auge de la movilización obrera, llamando sistemáticamente al “orden y la calma”.³

Esta definición destaca varios elementos no tenidos en cuenta o subestimados, en general, por la bibliografía tradicional, tanto histórica como sociológica, referida al tema.

En primer lugar, el origen obrero de esta capa desclasada. Es decir, no se trata de un elemento “extraño” e insertado a la fuerza dentro de la clase. Ese origen de clase opera como un factor distorsionante de índole cualitativo sobre la conciencia de los trabajadores, debilitando la desconfianza de éstos respecto a las dirigencias burocráticas. Se genera así un efecto de “naturalización” en

² Véase una selección de artículos referidos a esta temática en los siguientes libros de Antonio Gramsci: *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, México, Roca, 1973; *Escritos periodísticos de L'Ordine Nuovo*, Buenos Aires, Tesis 11, 1991; *Escritos políticos (1917-1933)*, México, Siglo XXI, 1998; *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

³ H. Löbbe, *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2009, segunda edición, p. 42.

el que la masa obrera termina aceptando la comunidad de sus intereses con los de sus dirigentes, precisamente cuando unos y otros intereses sólo *coinciden tácticamente*, brindando una cobertura de legitimidad a los privilegios que busca preservar para sí la capa dirigencial.

Una segunda cuestión, íntimamente relacionada con el aspecto señalado más arriba, es que esta capa desclasada no sólo es tolerada por el Capital en su enfrentamiento contra los trabajadores, sino que es estratégicamente funcional al sistema de dominación capitalista, en su objetivo de maniar las luchas emancipadoras de los trabajadores. De allí su *necesaria* existencia para preservar el orden burgués establecido.

Por lo tanto, para el proletariado resulta fundamental identificar el papel que juega la burocracia y encarar en términos prioritarios el combate contra ella. En otras palabras, no se puede garantizar el triunfo obrero frente al Capital si los trabajadores confían y son guiados por aquellos que pretenden desviar o desvirtuar el sentido y el carácter de la lucha de clases. Estas prácticas burocráticas tienen un efecto mucho más nocivo en momentos de auge y ascenso proletario, donde se necesita reafirmar la independencia de clase frente a cualquier seudo alternativa "progresista" que, más allá de sus discursos y acciones, ratifica su adhesión al sistema.

Pero además afirmábamos: "En el caso argentino, su mayoritaria adscripción al peronismo desde la década de 1950 se transformaba en un freno objetivo, al mantener dentro de las filas obreras la hegemonía de la estrategia reformista. Estas afirmaciones no niegan las contradicciones que atravesaban a la propia capa burocrática. Ésta debía, por lo menos relativamente, legitimarse ante las bases y para ello recurría (como por ejemplo el 'vandorismo') a la táctica de presionar al sector empresario para luego sentarse a negociar. La importancia asignada a la lucha contra la burocracia, por parte de las organizaciones de izquierda y los activistas, dirigentes combativos y 'clasistas', era directamente proporcional al papel reaccionario que ella ejercía".

En términos históricos, la burocracia sindical argentina (y esto es válido hasta el presente) reporta política e ideológicamente al peronismo, en lo que podemos denominar como "nacimiento simultáneo", a mediados de la década de 1940. El peronismo, como movimiento reformista burgués, arropado en un discurso "nacional y popular", plantea desde sus orígenes la defensa de un "capitalismo independiente" para nuestro país. En su explícito discurso fundante, el peronismo postula la armonía social como parte de una idílica "comunidad organizada". Enemigo declarado de la lucha de clases, lo es también del programa revolucionario que marque el rumbo para una transformación socialista de la Argentina. Este factor ideológico, sistemáticamente eludido en otros análisis, nos ayuda a

comprender el alcance de la acción negativa de la burocracia sindical sobre la lucha a mediano y largo plazo de los trabajadores.

Aclaremos entonces que, de aquí en más, recurriremos a los términos de dirigencia sindical peronista tradicional y sindicalismo peronista ortodoxo como sinónimos de burocracia sindical, por ser en esos sectores político-ideológicos en donde se corporizó materialmente el accionar de dicha burocracia en el período estudiado.

Como señalamos más arriba, la burocracia sindical (aun la más violenta o corrupta) debe conservar, necesariamente, un mínimo margen de consenso y reconocimiento entre sus representados. De no ser así, pone en riesgo no sólo su rol dirigencial y razón de ser sino también —tal vez lo más importante— su propia existencia. Por este motivo, aun contra sus convicciones profundas, paradójicamente en forma periódica debe mostrar una actitud confrontativa con el Capital, aunque sólo sea en términos discursivos.

Estas contradicciones llevan históricamente a la dirigencia sindical ortodoxa a encarar distintas acciones reivindicativas; en algunos casos, de gran magnitud y virulencia. El comportamiento apuntado distorsiona objetivamente la percepción y conciencia del conjunto de la clase. Así, se pierde de vista y confunde la real profundidad y coherencia demostrada en los “planes de lucha” y en la instrumentación personal y política que de los mismos hace la burocracia. El resultado de esta situación equívoca son las falsas esperanzas que se forjan las masas obreras respecto al accionar de la burocracia.

Una de las principales falencias de ciertas fuerzas políticas en la década de 1970 fue formular un análisis esquemático y simplista, que desconocía o minimizaba el comportamiento dialéctico de la dirigencia burocrática y sus raíces ideológicas. Esta perspectiva se reflejó en su estrategia y praxis. Así, se buscó reforzar la lucha protagonizada por los propios trabajadores para acelerar la “depuración” de los sindicatos con la eliminación física de los dirigentes traidores, pero conservando, paradójicamente, su confianza en la ideología que les daba sustento.⁴

Con esta breve descripción creemos responder a algunas de las preguntas planteadas en la convocatoria del presente *Dossier*. Sin embargo, la

⁴ La “izquierda peronista”, enrolada en la Tendencia Revolucionaria-Montoneros fue la fuerza política que de manera más abierta y reiterada cayó en este error, entre 1973 y 1976, producto de concebir a la burocracia sindical como algo “ajeno” al peronismo y a la propia clase obrera. Así procedió en varias oportunidades a eliminar físicamente a destacados dirigentes sindicales, considerados “traidores”. Esta concepción y metodología (que implica una cierta subestimación a la capacidad de la misma clase para deshacerse de esa capa dirigencial por sus propios medios) fue una de las principales divergencias que separaron, dentro del campo de las fuerzas de izquierda revolucionaria, a peronistas de marxistas. Ídem, p. 56.

significación profunda sólo puede apreciarse en el estudio de caso que desarrollaremos a continuación.

La burocracia sindical peronista en los '70

Los historiadores más reconocidos del movimiento obrero argentino coinciden en afirmar que fue a partir del primer gobierno peronista donde se produjo el salto cualitativo del sistema sindical en nuestro país, su expansión cuantitativa en términos de afiliación a los sindicatos y además el surgimiento de una primera tanda de dirigentes sindicales ortodoxos encaramados a la dirección de dichos organismos. En este último aspecto, también destacan cómo el primer peronismo alentó la institucionalización del movimiento obrero dentro del proyecto estatal de “comunidad organizada” favoreciendo, al mismo tiempo, la aparición de un personal dirigencial firmemente oficialista e imponiendo una regimentación gubernamental creciente de los aparatos sindicales.⁵

Luego de 1955, derrocado y proscripto el peronismo, se sucedieron nuevas y diferentes camadas de dirigentes —que con lógicos matices— mantuvieron en lo sustancial no sólo sus comportamientos de subordinación conflictiva con el Estado sino también un programa reformista, que iba perdiendo radicalidad de manera directamente proporcional a los intentos exitosos de la burguesía de avanzar sobre las conquistas y condición de vida de los trabajadores. La supervivencia de esta dinámica gremial se comprende en la medida que la clase trabajadora luchaba a la defensiva y retrocedía relativamente ante la embestida del Capital. Este retroceso, a su turno, se retroalimentaba y era resultado de la carencia de una herramienta eficaz (una organización democrática y combativa) y de un programa que clarificara la verdadera naturaleza de la lucha de clases.

Resumiendo, el liderazgo burocrático peronista sobre la clase obrera *en su conjunto* (hasta comienzos de los '70) estaba en relación directa y dialéctica con los límites ideológicos, prácticos y organizativos de la propia clase, lo que explica el éxito de tal liderazgo.

Lo dicho permite comprender porqué los diferentes gobiernos (civiles y militares) y la burguesía como clase dominante pudieron mantener bajo control

⁵ Dos autores, sin embargo, son los que más avanzan en el análisis crítico acerca del papel jugado por la burocracia, vinculada con la matriz ideológica peronista: Louise Doyon para la etapa formativa y Daniel James para la etapa 1955-1976. Véase, Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, y Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

al movimiento obrero, valiéndose del inestimable concurso de una capa dirigente que no se proponía ir más allá de un reclamo económico-corporativo y cuyo máximo horizonte político-ideológico era el retorno del peronismo, es decir, un utópico modelo de capitalismo independiente "a la argentina", encarnado en un "Estado benefactor".

A comienzos de 1970, este escenario comenzó a sufrir una brusca y profunda transformación. La estructura económica argentina, en el último tramo de la industrialización sustitutiva iniciada a comienzos de 1930, había ido registrando una serie de cambios morfológicos como el crecimiento relativo de las ramas fabriles más concentradas y dinámicas, con su correlato de aumento cuantitativo y cualitativo de los sectores obreros industriales y la tendencia en curso al crecimiento de las organizaciones gremiales y las tasas de sindicalización.

Sin embargo, el elemento más novedoso y original en materia de dinámica social fue el proceso de intensa politización de las fracciones más jóvenes de trabajadores, en especial aquellos ocupados en los rubros industriales surgidos durante la etapa "desarrollista" de las décadas de 1950 y 1960, en ciertos polos regionales. De manera simultánea, se verificó también una fuerte radicalización ideológica que implicó un resurgimiento del marxismo revolucionario, al calor de la expansión de la "nueva izquierda", alcanzando dicha radicalización a las fracciones obreras ya mencionadas. Estas tendencias, asociadas y potenciadas, comenzaron a producir un desafío en términos de conducción alternativa de cierto sector de la clase obrera, obligando a un cambio de estrategia a los grupos dirigentes ortodoxos del peronismo.

A partir del "Cordobazo" (mayo de 1969) resultaba evidente que esa dirigencia tradicional podía convocar e inclusive impulsar la movilización obrera, pero luego de iniciada, le resultaba difícil contenerla, guiarla o aun instrumentarla relativamente para sus proyectos estratégicos. Esta incapacidad era, dentro del movimiento obrero, reflejo de la crisis de dominación que sufría en su conjunto el sistema capitalista argentino y que llevó cuatro años más tarde a procurar su control consensual por medio de la vuelta al régimen parlamentario y la reinserción del peronismo al universo político.

A comienzos de la década de 1970 comienza a verificarse un intenso y conciente proceso de homogenización dentro de la dirigencia gremial ortodoxa peronista, a fin de cerrar filas frente al desafío que significaba la emergencia de grupos de izquierda "clasista", que disputaban la conducción del proletariado. Este proceso no estuvo carente de contradicciones internas (como quedó reflejado en especial hacia 1975) pero resulta notable cómo dichas diferencias pasaron a un segundo plano ante la "amenaza" que visualizaban las cúpulas tradicionales.

No debemos creer, sin embargo, que éste fue el comienzo de la crisis terminal del modelo sindical burocrático. *En términos dialécticos no se podía esperar un desenlace de ese tipo teniendo en cuenta que el giro ideológico de la clase recién comenzaba y que era acotado también (en términos cuantitativos) el sector de la misma que lo estaba protagonizando. En otras palabras, la burocracia sindical pudo sobrevivir y reacomodarse trabajosamente a este desafío (además de la invalorable asistencia y protección brindada por la dictadura militar de comienzos de los '70), porque el conjunto de la clase no terminaba de metabolizar los límites que implicaba el proyecto peronista en materia de transformación social.*

Creemos responder así a la esquemática afirmación acerca de una "burocracia sindical" entendida como dique de contención de unas bases obreras perennemente democráticas, combativas y revolucionarias". Una afirmación de este tipo, formulada de manera más o menos elaborada por algunas fuerzas políticas en la década de 1970 (*pero también en la actualidad*) presenta, por los menos, dos puntos débiles. Por una parte, subestima la capacidad de adaptación y supervivencia de los mecanismos de control que dispone el sistema capitalista, registrando los mismos en su imagen estática y cristalizada, sin matices ni posibilidad de mutación para seguir siendo funcionales al sistema. Por otra parte y al mismo tiempo, crea una igualmente falsa e idílica imagen de la clase (apartándose de todo el acervo teórico marxista), como si la misma, por su sola condición de explotada pudiera construir una respuesta emancipatoria, basada en su autoactividad. Esta subestimación/sobrevaloración conduce indefectiblemente a posturas espontaneístas, en las cuales se llega a desechar la acción organizativa del Partido y la necesidad imperiosa de armarse de un programa socialista de lucha.

Baste recordar en este punto, el intento efímero y fallido protagonizado por la CGT de los Argentinos, desde 1968 hasta su progresiva extinción a partir de 1970. Allí se intentó, infructuosamente, reagrupar a distintas corrientes de izquierda (peronistas y marxistas) e independientes como alternativa a la dirección ortodoxa peronista que controlaba los sindicatos. Esa pretensión, más allá del esfuerzo y sacrificio empeñado por activistas y dirigentes terminó colapsando cuando a partir del "Cordobazo" se impuso la consigna de reunificación del movimiento obrero, *subordinado a la conducción estratégica de Perón*. De esta forma, la breve vida de la CGT-A nos muestra el error de subestimar e ignorar el papel central que juega la orientación política-ideológica *aún* en la organización y lucha económico-corporativa.

Desde mayo de 1973, con el peronismo reinstalado en la conducción del Estado, quedará explicitada la relación existente entre la capa dirigente burocratizada y el proyecto reformista burgués gobernante. El llamado "Pacto Social" (programa de estabilización económica del capitalismo argentino y "corazón" del

segundo ciclo de gobiernos peronistas) requería imperiosamente de la colaboración de las organizaciones gremiales para garantizar la "paz social", tregua exigida a la clase obrera para recomponer las posiciones de la burguesía.⁶ Se trataba de clausurar por dos años cualquier tipo de reclamo reivindicativo (como los que venían acumulando los trabajadores), detrás de un acuerdo con el Capital, a todas luces imposible en términos de intereses de clase.

Esta "tregua" fue tempranamente denunciada y resistida por los sectores de vanguardia de la clase obrera, por considerar que la misma postergaba indefinidamente sus demandas económicas y sociales. Sin embargo, esta posición no era acompañada todavía por la mayoría de la clase, que aún alentaba expectativas optimistas acerca del regreso de Perón al gobierno. Por esta situación paradójica, se puede afirmar que este "Pacto" confirmaba el papel de la dirigencia sindical tradicional, en tanto expresaba el programa reformista peronista aunque también colocaba a esa dirigencia en el centro de las críticas de las fracciones obreras más movilizadas y radicalizadas.

Para asegurar el respaldo de las dirigencias peronistas tradicionales, Perón recurrió a dos instrumentos que denotaban el carácter profundo de su programa de gobierno: reinstalar políticamente a muchos miembros de la burocracia en cargos institucionales (tanto en los legislativos como ejecutivos nacionales y provinciales) y confirmar en el control de los sindicatos a sus direcciones tradicionales, ratificadas a través de la Ley de Asociaciones Profesionales. En este último punto, la nueva ley (en vigencia a partir de comienzos de 1974), permitía expurgar a todo sector o liderazgo opositor que rivalizara con la burocracia en la conducción de los gremios.

Aunque por razones de espacio no podemos explayarnos en este asunto, apuntemos que en especial esta ley será una prueba de fuego para comprender el posicionamiento de los distintos protagonistas políticos. Mientras la burocracia tradicional salió a apoyar con todas sus fuerzas este instrumento legal (y hacer uso y abuso de él a lo largo de los dos siguientes años), la "izquierda peronista" orientada por Montoneros, adoptó una actitud ambigua: por un lado criticó y movilizó a sus seguidores contra los aspectos más regresivos de la ley pero, en última instancia, la terminó convalidando, al votar sus diputados la aprobación de la misma. Por el contrario, la izquierda marxista revolucionaria volcó todos sus esfuerzos no sólo para denunciarla sino para impedir su sanción.

De allí en más y hasta marzo de 1976, la burocracia sindical peronista cumplió acabadamente el papel que el gobierno le había asignado, defendiendo con

⁶ H. Löbbe, *ob. cit.*, pp. 51-68.

todos los recursos a su alcance el programa reformista y contrarrevolucionario, diseñado por Perón.⁷

El éxito de este accionar burocrático (alentado y protegido tanto por el Estado como por el Capital) permite comprender la dificultad de los sectores "clasistas" y combativos de izquierda para acceder o recuperar la dirección de las organizaciones gremiales y en definitiva (hacia fines de 1974), la necesidad de poner en pie una instancia de conducción alternativa (el embrión de las futuras Coordinadoras Interfabriles).⁸

Si la importancia de este proceso puede parecer secundaria (aunque no lo es en términos estratégicos y políticos, ni menos aún, en lo relativo a las condiciones socioeconómicas de vida del proletariado), avanzaremos ahora en otro aspecto que resignifica cualitativamente el análisis que venimos desplegando.

Se trata de la aplicación masiva de la violencia, por parte de la burocracia sindical, para imponer su dominio excluyente sobre los contingentes obreros. Por definición, toda burocracia sindical necesita imponerse por la fuerza directa o indirecta, marginando a sus posibles rivales. Sin embargo, lo original del caso que nos ocupa es que tal conducta alcanzó el grado más alto de virulencia conocido a lo largo de los 30 años previos.

Eran conocidas las distintas maniobras legales para invalidar la presentación de listas opositoras en los gremios y también, de manera creciente, las amenazas y "aprietes" a activistas, delegados y dirigentes combativos. Todo este arsenal de recursos se multiplicó en la etapa 1973-1976 hasta el punto de tornar imposible la recuperación o conservación de la dirección de sindicatos por parte de sectores opositores.

Más importante que esto es el hecho que la burocracia sindical fue uno de los principales afluentes en el proceso de constitución de la violencia paraestatal desarrollada bajo el ciclo de gobiernos peronistas.⁹

⁷ Afirmamos que este programa era, al mismo tiempo, *reformista y contrarrevolucionario*. Establezcamos una clara diferencia en este punto, ya que no todo programa reformista es, necesariamente, contrarrevolucionario. Lo original del que estamos considerando es que pretendía avanzar en ciertas concesiones, como respuesta a las demandas obreras (a esta altura, imposibles de desconocer), pero apuntando *estratégicamente* a cerrar el paso al auge revolucionario que se insinuaba como ascenso de la lucha de clases, en las fracciones de vanguardia de la clase.

⁸ No se trataba en este caso de una estrategia de construcción "paralela", sino simplemente de la necesidad de canalizar orgánicamente la movilización obrera. H. Löhbe, *ob.cit.*, pp. 64-67.

⁹ Suele identificarse esta violencia paraestatal con la Alianza Anticomunista Argentina (las "3A" o "Tríplice A"). Por razones lógicas y comprensibles, sus ejecutores y el propio Estado horraron prolija y sistemáticamente las huellas que los pudieran asociar, identificar y comprometer con esa acción asesina. Lo que dificulta a los investigadores (hasta el día de hoy) poder reconstruir y magnificar la proporción que alcanzó la misma. Véase un muy completo y detallado análisis de

No resulta para nada casual que de manera tan temprana como agosto de 1973 ya se registraran asesinatos de activistas opositores, directamente involucrados en la lucha democrática contra la burocracia sindical, por la recuperación de gremios, seccionales sindicales y aún Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados. El carácter clandestino de muchos de los asesinatos mencionados nos impide a ciencia cierta adjudicarlos taxativamente a sectores burocráticos, pero resulta por demás significativa tal correlación, en especial cuando estaba en curso algún tipo de conflicto obrero puntual. Por otra parte, sin revestir un carácter tan dramático, resulta abrumador el número de episodios en los que la violencia de la burocracia sindical terminaba con obreros con heridas de distinta consideración y provocaba (por un criterio lógico de preservación física) la retirada de los establecimientos de aquellos amenazados por las “patotas” de la ultraderecha peronista.

Todo lo señalado viene a cerrar nuestra interpretación, en el sentido que lo que describimos no es una “aberración” de un grupo dirigencial burocrático, sino la confirmación de cómo la burguesía recurre a la violencia cuando sencillamente el consenso resulta insuficiente.

Hacia 1975 todo este proceso se exacerbó (el mejor ejemplo es la intervención sobre la seccional metalúrgica “rebelde” de Villa Constitución¹⁰) y cuando la crisis económica y social amenazaba en derivar hacia la caída del gobierno, vemos nuevamente a la burocracia sindical peronista cerrar filas en la defensa de “su” gobierno y de las instituciones defensoras del orden capitalista, como las Fuerzas Armadas.¹¹ El colapso del Pacto Social producto, entre otros factores, de la movilización obrera que desbordaba el control de la burocracia, derivó en las intensas Jornadas de junio y julio de 1975. Ante esta situación, se multiplicaron las declaraciones (y acciones) de la dirigencia gremial ortodoxa alertando sobre la “subversión” en las fábricas, en una clara prueba del rol contrarrevolucionario de dicha dirigencia. Una vez más, se hacía presente la doble determinación que pesaba sobre la burocracia: por un lado,

este proceso en el Apartado “La Triple A y la política represiva del gobierno peronista (1973-1976)” de Andrea Robles, en Ruth Werner y Facundo Aguirre, *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, Coordinadoras Interfibriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, Ediciones Instituto del Pensamiento Socialista, 2007, pp. 483-531.

¹⁰ Para seguir todo el proceso en esa crucial seccional recuperada por el sindicalismo clasista y combativo (incluyendo la represión bajo el gobierno constitucional peronista, con la colaboración y complicidad de la “burocracia sindical”), véase Agustín Santella, “Las guerras obreras en la Argentina. Villa Constitución en 1973 y 1975”, en Inés Izaguirre y colaboradores, *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades*, Buenos Aires, Eudeba, 2009, pp. 283-308.

¹¹ Véanse las declaraciones y testimonios registrados por la prensa comercial de la época. También, en Santiago Senén González, *Diez años de sindicalismo argentino: de Perón al Proceso*, Buenos Aires, Corregidor, 1984, pp. 37-50.

la defensa del agonizante programa nacionalista burgués peronista, que provocaba la reacción de la masa obrera. Por otro lado, el carácter de principal "socio" que ostentaba esa conducción gremial respecto al Estado peronista, que legalizaba tal condición de capa dirigente. La disyuntiva para la burocracia sobre el "qué hacer" en la coyuntura se agravaba —habida cuenta que no se producía en el vacío— sino en medio de una febril dinámica organizativa y movilizadora, donde la oposición sindical de la izquierda revolucionaria disputaba con éxito la conducción de los contingentes obreros de vanguardia.

Las contradicciones de la dirigencia sindical ortodoxa quedaron expuestas cuando, por una parte se exigía la homologación de los convenios paritarios y la rectificación de la política económica, haciendo una indirecta crítica a los sectores lopezreguistas (con los cuales habían compartido, hasta ese momento, responsabilidades de gobierno y de accionar represivo). Sin embargo, no podían llevar más a fondo esta crítica por temor a provocar la caída del "gobierno de la compañera Isabel". Como admitían en privado esos dirigentes, ir un paso más allá implicaba resquebrajar el mecanismo estatal en el cual los dirigentes gremiales burocráticos jugaban el papel de disciplinadores de las masas obreras, verdadera razón de ser y existir de dicha burocracia.

La convocatoria a una Huelga General tardía (cuando en rigor el país se encontraba paralizado desde hacía dos semanas) hasta la presentación de una propuesta para salir de la crisis, revela la verdadera naturaleza de la dirigencia ortodoxa peronista, en momentos que las fuerzas de izquierda revolucionaria políticas y gremiales impulsaban un programa alternativo radicalizado, de contenido económico, social y político.¹²

Como pudimos probar en nuestra investigación citada, en las Jornadas de Junio y Julio de 1975 fueron las conducciones de la izquierda revolucionaria quienes agitaron, organizaron y condujeron *en la práctica* la movilización de las fracciones de vanguardia del proletariado.¹³ Los factores ya mencionados (las restricciones legales, la represión estatal y paraestatal y los propios límites de la conciencia del *grueso de la clase obrera*) permiten explicar, a nuestro entender, porque la triple crisis económica, social y política no tuvo un desemboque revolucionario.

Para completar el panorama, acotemos que la dispersión relativa de las fuerzas revolucionarias, su juventud e incipiente experiencia, coadyuvó involuntariamente

¹² La propuesta de la CGT se puede consultar en el periódico *Última Hora*, del 22 de julio de 1975. Véase una transcripción de los avanzados programas de las Coordinadoras Interfabriles (orientadas por la izquierda revolucionaria), en Héctor Löbbe, ob. cit., pp. 127-170, 295-297.

¹³ La historiografía "oficial" (no casualmente alineada con la actual gestión kirchnerista), en tanto, prefiere ocultar o negar tal protagonismo. Véase, Julio Godio, *Historia del movimiento obrero*, Buenos Aires, Corregidor, 2000.

al fracaso del proceso insurreccional que se insinuaba en el horizonte argentino. Así, dentro del espacio trotskista más desarrollado, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), tal vez como resabio de su táctica "entrista" en el peronismo, cifró expectativas en sectores "rescatables" de la burocracia, a pesar del enfrentamiento cotidiano con ella en las fábricas. Política Obrera (PO), a su turno, levantó la equívoca consigna de "Gobierno de la CGT" en medio de la crisis político-social de junio-julio de 1975, en el convencimiento que las bases obreras estaban suficientemente maduras para desbordar a sus direcciones burocráticas, aunque luego autocriticó y varió su posición a fines de dicho año. La Juventud Trabajadora Peronista (JTP)-Montoneros, en una tardía (pero igualmente equívoca) rectificación, salió a rescatar un idealizado "peronismo auténtico" (y por tanto, clasistamente obrero) para canalizar el descontento de los trabajadores. Mucho más clara, en este punto, fue la actitud de un conjunto heterogéneo de organizaciones de izquierda marxista, durante el pico más agudo de la crisis: impulsar decididamente la movilización de masas y la lucha intransigente contra cualquier acuerdo con la dirigencia ortodoxa peronista. Podemos citar así a la maoísta Vanguardia Comunista (VC), el trotskista Grupo Obrero Revolucionario-Corriente Clasista (GOR-CC), el "socialismo revolucionario" expresado en la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) y el marxista-guevarista Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). A pesar de las diferencias entre todas las organizaciones nombradas, la evidencia empírica que pudimos relevar demuestra de manera incontrovertible (salvo para el "negacionismo" de la historiografía oficial) la presencia e influencia dentro de las filas del "clasismo" y de la vanguardia obrera de dichas fuerzas políticas.¹⁴

El rápido reacomodamiento de la dirigencia gremial ortodoxa y la debilidad relativa de las fuerzas revolucionarias explican la frustrada salida de la crisis, lo que, a su turno, facilitó y precipitó la acción contrarrevolucionaria burguesa de marzo de 1976, que vino a suturar las grietas del sistema capitalista argentino.

Finalmente, cuando al concluir el año 1975 el deterioro del régimen peronista se transformó en terminal, emergieron todas las diferencias que, como contradicciones secundarias, trabajaban al interior del aparato sindical burocrático. La conducción de la CGT oficialista (Casildo Herreras) buscó tomar distancia del gobierno, mientras las "62 Organizaciones Peronistas" (brazo "político" del peronismo, encabezado por Lorenzo Miguel), por el contrario, mantuvieron hasta el final una defensa acérrima de la presidenta. A esta dispersión y enfrentamiento interno se sumó un sector desprendido de la dirigencia ortodoxa peronista (el "antiverticalismo", liderado por el gobernador bonaerense

¹⁴ H. Löbbe, *ob. cit.*, capítulo III.

y ex-dirigente metalúrgico, Victorio Calabró). Esta última fracción burocrática redobló la apuesta y entró de lleno a jugar a la desestabilización política, acortando los tiempos de la inevitable intervención militar de marzo de 1976. Con su accionar, el "antiverticalismo" expresó su coincidencia y adhesión al programa contrarrevolucionario de la burguesía, disimulado detrás del súbito "endurecimiento" de sus posturas y declaraciones.

Conclusiones

En este breve artículo intentamos una aproximación a la acción de la burocracia sindical en nuestro país, eligiendo tal vez el punto más alto de la lucha de clases en la Argentina del siglo XX. Lo hicimos convencidos que en coyunturas como la abordada es donde más se transparenta y cobra sentido el accionar de esta capa desclasada de origen obrero, que viene a jugar el papel de aliada consciente y militante del Capital, al momento de preservar el orden burgués establecido. La intención de este artículo, al reflexionar sobre el pasado, es extraer conclusiones para el presente.

Cualquier construcción política alternativa, en especial cuando la misma se concibe dentro de una estrategia revolucionaria y socialista, no puede pasar por alto un análisis dialéctico como el que hemos pretendido realizar. Ubicar en el contexto social, político y económico a los distintos protagonistas de la lucha de clases y estudiar su comportamiento objetivo es un reaseguro para evitar cifrar falsas expectativas.

Posiblemente una de las mayores falencias de la izquierda revolucionaria en los '70 haya sido elaborar una explicación demasiado esquemática respecto a las características que presentaba la clase obrera: fracciones que la constituyan, experiencia política y organizativa, niveles de conciencia. Así, al tomar a la clase como un todo homogéneo no pudo visualizar que la creciente influencia y capacidad de conducción de los sectores "clásicos" era exitosa en la vanguardia proletaria, pero todavía incipiente. Asimismo, que tal influencia estaba muy desfasada respecto a la *totalidad de la clase* y en especial, la distinta disposición a la lucha y a abrazar un programa revolucionario socialista que presentaban las distintas fracciones obreras más avanzadas. Potenciando esta falencia analítica, sumó su propia subestimación de la burocracia sindical con la cual estaba confrontando por la dirección de la clase.

Desde luego, la burguesía en su totalidad (incluyendo el conjunto de sus aparatos ideológicos y formales de control social) reconoce sobradamente el papel que juega la burocracia sindical en la lucha de clases. Por eso, cualquier defensa de

esa capa dirigente desclasada no es una defensa ingenua, por más que la intenten disimular con una compleja interpretación y formulación académica. Aquellos que la llevan a cabo lo hacen sabiendo y midiendo sus efectos. Polemizar a partir de esas premisas de clase es prestarse a discutir (aun inadvertidamente) con las "reglas del juego" de la burguesía y de acuerdo a sus parámetros. Caer en esta trampa implica, por acción u omisión, convalidar no sólo la hegemonía ideológica burguesa, sino agregar confusión y desviar la lucha por la emancipación de los oprimidos. De allí, una vez más, la imperiosa necesidad de dar la batalla *también* en el campo de las ideas, comprendiendo que las mismas son vitales instrumentos en los procesos de transformación social.

Aquellos que, desde las ciencias sociales, levantan la bandera de la "objetividad" y la "asepsia" valorativas, terminan contribuyendo al enmascaramiento ideológico de la lucha de clases, en un terreno donde no hay más que dos trincheras: la de los explotadores y la de los explotados.

En este sentido, la burocracia sindical era y es algo mucho más complejo que un conjunto de individuos y estructuras corporativas, mediadoras en las relaciones no necesariamente antagónicas entre el Capital y el Trabajo, como pretenden sostener (desde la sociología y la historia) weberianos y "funcionalistas".

Tampoco se trata de una distorsión "patológica", encarnada en dirigentes traidores a sus compañeros, que puede ser curada con leyes u ordenamientos democratistas, dentro del régimen burgués. Por el contrario, los "defectos" atribuidos a la burocracia son en realidad "virtudes" que dicho régimen contempla y alienta, para garantizar su supervivencia.

Hasta tanto no se ponga en discusión, a la luz del pensamiento marxista, todo el complejo entramado de relaciones internas que sostiene al capitalismo, la "burocracia sindical" seguirá siendo un fenómeno desgajado de cualquier determinación o anclaje social. Es decir, como pretende la burguesía, una manifestación "natural" de una sociedad estratificada.

Combatir esta interesada versión del "sentido común" es entonces prioritario, no sólo en el terreno ideológico sino también en la organización práctica cotidiana de los trabajadores. Sólo así se podrá colaborar con la clase trabajadora a recorrer el largo y duro camino que lleva a su definitiva emancipación del Capital.

Resumen

El presente artículo aborda el estudio de la llamada "burocracia sindical" en la Argentina. El comportamiento de los dirigentes sindicales burocráticos fue elegido como objeto de análisis en el período más agudo de la lucha de clases en nuestro país en el siglo XX (1969-1976). Tratamos de demostrar cómo las intervenciones de esos dirigentes sindicales convierten a la burocracia sindical en socio prominente de la burguesía, al obstaculizar la lucha de clases y las reivindicaciones de la clase trabajadora. Así, la burocracia sindical, con su práctica cotidiana, protege también, directa o indirectamente, los intereses del Capitalismo.

Palabras clave: Clase obrera; Burocracia sindical; Lucha de clases.

Abstract

The present article deals with the study of what is known as the Trade Union Bureaucracy in Argentina. The bureaucratic union leaders' behavior was chosen as the object of analysis in the most acute period shown by class struggle in our country in the 20th century (1969-1976). We seek to demonstrate that the interventions of those union leaders turn the Trade Union Bureaucracy into one prominent partner for bourgeoisie, by hindering class struggle and the demands of the working class. The Trade Union Bureaucracy, with their daily practice also protects, directly or indirectly, the interests of Capitalism.

Keywords: Working Class; Trade Union Bureaucracy; Class Struggle.

“Estos no solamente son burócratas”.

Acerca de la moralidad en la construcción de antagonismos políticos en un sindicato marplatense

Guillermo Colombo¹

Introducción

“Para mí un burócrata es el que hace demasiados trámites y avanza poco en la lucha” señala un activista gremial opositor a la conducción del Sindicato Obrero de la Industria del Pescado (SOIP) de la ciudad de Mar del Plata. Y agrega “pero estos tipos acá... estos tipos en el caso del SOIP no solamente son burócratas sino que son traidores”. La afirmación plantea dos aspectos fundamentales de la lucha sindical. En primer lugar, aparece la categoría *burocracia sindical* para caracterizar a la conducción del gremio. En segundo lugar, el señalamiento de una “traición”. Como sabemos, la categoría *burocracia* no sólo se usa en la lucha gremial, sino también en trabajos académicos. Sin embargo, la recurrencia en su uso generalmente no ha sido acompañada por una discusión más conceptual sobre sus alcances y limitaciones. Tal vez por su omnipresencia, la categoría no se problematiza, ni se define, ni se explica. Pero ¿no es necesario preguntarnos por las capacidades explicativas del concepto? ¿Por las soluciones que aporta y los problemas que conlleva? ¿Agota en la dicotomía *burocracia-democracia* las prácticas dentro de los gremios? A su vez ¿existen demandas por parte de los trabajadores buscando *la democratización*, a las cuales *la burocracia* insistentemente se opone? ¿En qué medida la noción contribuye a la comprensión de los procesos que llevan a legitimar o deslegitimar a las conducciones sindicales? Una dirección burócrata ¿carece siempre del apoyo de los trabajadores?

El punto es que, lejos de ser una categoría meramente analítica o histórica, e inclusive trascendiendo su función en la caracterización política, el concepto de *burocracia sindical* se convirtió en una denuncia moral.² Ya no sólo refiere a una

¹ GESMar-UNMDP-CONICET-UNLP. Email: guilcolombo23@hotmail.com.

² Recientemente Torre señaló que la noción de burocracia sindical cumplió dos funciones: “La primera función fue de carácter cognoscitivo, pues permitió dar cuenta de unos comportamientos entre los trabajadores que no siempre estuvieron a la altura de las expectativas depositadas en

capa que defiende sus propios intereses, que no representa a las bases, que realiza prácticas no democráticas y que tiende a la integración con el Estado. Además, por definición, el burócrata se ha convertido en corrupto y traidor. Tal vez por ello, la *burocracia sindical* y sus prácticas han sido estudiadas como el reverso patológico y desviado de lo que debiera ser una correcta vida sindical, muchas veces descuidando los aspectos que, en diferentes ocasiones, llevan a las estigmatizadas direcciones gremiales a contar con el apoyo de “las bases”. Uno de los puntos de partida de este trabajo es que ese descuido analítico, su rechazo y su falta de problematización, ha llevado a una incomprensión de las dinámicas sindicales que lejos estuvo de favorecer la intervención política y la reflexión académica, convirtiéndose en un obstáculo para comprender la lucha de clases en la Argentina. Asumimos entonces el riesgo “revisionista” de pensar la *burocracia sindical* convencidos de que la reproducción de imágenes vulgares que atribuyen a conducciones burocráticas “despiadadas”, al decir de James,³ todos los fracasos de la clase obrera argentina, obstruyen en lugar de favorecer la comprensión analítica y la lucha política.

A grandes rasgos, los usos de la categoría burocracia sindical reconocen diversos sentidos: a) como categoría sociológica-descriptiva vinculada a la noción de *burocracia* weberiana, para referirse a los funcionarios que ante el crecimiento de las necesidades administrativas de las organizaciones sindicales, realizan dichas tareas sin acceder por cargos electivos;⁴ b) como otro ámbito en que se cumple con la *ley de hierro de la oligarquía* de Michels en la medida en que los líderes sindicales desarrollan una identidad de grupo diferenciada con cierto status, beneficios económicos, saberes particulares, que los hacen desarrollar intereses distintos a la masa de afiliados;⁵ c) desde una visión

ellos. Así, adonde se constataba un reflujo de las luchas obreras, lo que en verdad había era una operación de la burocracia sindical tendiente a incorporar a los trabajadores al sistema social y político existente. La segunda función de esta idea fue legitimar las pretensiones de un liderazgo alternativo. En un escenario definido por las maniobras integradoras de la burocracia sindical, la oposición de izquierda buscó proyectarse como quien mejor encarnaba los impulsos y los sentimientos de los trabajadores. Frente a la traición, se levantó el estandarte de la fidelidad” Juan C. Torre, “Política y violencia en el movimiento obrero: a propósito de ‘la idea de la burocracia sindical’ y sus efectos”, en Héctor Schmucler, comp., *Política, violencia, memoria. Génesis y circulación de las ideas en la Argentina de los años sesenta y setenta*, La Plata, Al Margen, 2009, pp. 15-16.

³ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

⁴ Max Weber, *¿Qué es la burocracia?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985. El crecimiento organizativo de los sindicatos aparece en Hugo Del Campo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Bs As, CLACSO, 1983 y Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943 - 1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁵ Véase Richard Hyman, *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, México, Ed. Era, 1978. También Louise Doyon, *Perón y los...* ob. cit.

institucionalista-liberal, se puede hablar de burocratización en la medida en que no se cumplen determinados indicadores de funcionamiento democrático (la proporción de los trabajadores afiliados que votan, la existencia de una oposición reconocida a las conducciones oficiales, el grado de rotación en la cúpula sindical y las garantías legales);⁶ d) desde las izquierdas la *burocracia sindical* se define por su programa reformista, de integración al Estado,⁷ constituye una capa desclasada, traidora, que realiza prácticas burocráticas caracterizadas por la *verticalidad* o el *autoritarismo*, opuestas a la *democracia obrera* y que consolidan el divorcio entre *dirigentes* y *bases*, conformando un obstáculo para el desarrollo de la conciencia clasista en los trabajadores;⁸ e) desde las izquierdas peronistas aparece la *burocracia sindical* como aliada de la patronal, la policía y el régimen, en contra de los trabajadores.⁹ También como encarnación de un peronismo de aparato, reformista, en contraposición al peronismo revolucionario.¹⁰

Más allá de las virtudes o defectos de las interpretaciones brevemente reseñadas, tomaremos un camino diferente para pensar la noción de *burocracia sindical*, volviendo la mirada hacia la disputa político-gremial en su dimensión discursiva. Nuestro objetivo lejos está de pretender señalar un rumbo de interpretación único. Por el contrario, buscamos agregar a la discusión más general un aspecto que de manera corriente es soslayado en la indefinición o cuando se busca construir categorías de corte sociológico. Proponemos volver la mirada sobre las formas en que los sujetos que participan de la lucha gremial significan a sus opositores en un contexto de enfrentamiento. Allí, la categoría *burocracia sindical* funciona en la lógica amigo-enemigo tanto como forma de evaluar la actuación política de la conducción gremial, así como modo de sanción moral que se dirige desde los opositores hacia la cúpula sindical formando parte del intento por deslegitimar al oponente. En este sentido, la acusación de burócrata es acompañada por descalificativos que están

⁶ Juan C. Torre, "La democracia sindical en la Argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 55, 1974, pp. 531-543.

⁷ León Trotsky concebía a la burocracia sindical como el órgano de dirección a través del cual el Estado burgués ejerce su hegemonía sobre los trabajadores y, su horizonte, el reformismo, sólo podía sobrevivir transformándose en socioimperialismo. León Trotsky, "Los sindicatos en la época del imperialismo", México, 1940, en línea: www.bolcheviques.com.ar.

⁸ Véase Héctor Löblbe, *La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976*, Buenos Aires, RyR, 2009, p. 42. También Alejandro Schneider, *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo en la Argentina, 1950-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005. La idea de traición de la burocracia sindical aparece claramente en el film "Los traidores" (1973) de Raymundo Gleyzer.

⁹ Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, de la Flor, 1994. Es interesante por su contraposición con la interpretación de Walsh, la lectura del texto de Roberto Carrí, *Sindicatos y poder en la Argentina*, Buenos Aires, Sudestada, 1967.

¹⁰ John W. Cooke, "Apuntes para la militancia", 1964, en línea: www.elortih.org.

más vinculados a la condena moral que a la crítica política, pero que sin embargo constituyen un modo recurrente de *hacer política* en el universo gremial. En este aspecto, no está de más mencionar que nadie jamás se reconoce a sí mismo como *burócrata*, sino que son los adversarios quienes lo acusan de ser tal cosa. De ahí que resulta de interés bucear en el contenido moral que asume dicha denuncia.

Las batallas sindicales en el discurso de activistas y dirigentes sindicales¹¹

“... una cosa es el burócrata por ahí... que se va en papelería y estira la cosa y estira la cosa y por ahí negocia y negocia mal. O sea, mal para los trabajadores. Por ahí para él obviamente negocia bien ¿no? Y para mí eso es la burocracia y encima son... estos son burócratas y traidores”. Estas palabras constituyen la respuesta que R. Muñoz nos dio ante la pregunta por su caracterización de la dirigencia gremial. De su intervención podemos comprender que para él “el burócrata” es quien “avanza poco en la lucha” y “se va en papelería”. Pero al referirse concretamente a la conducción del SOIP, señala que no sólo son burócratas, sino también “traidores”. Y la acusación tiene al menos dos sentidos. El primero refiere a una consideración de carácter más general que refiere a la idea de traición a la clase. El que “no lucha, traiciona”. El segundo afecta a la persona de Mamerto Verón, actual asesor del sindicato. ¿Por qué es un “traidor”? Para ello tenemos que conocer mínimamente el itinerario del dirigente.

Desde mediados de los años '80, Verón conformó la Lista Celeste,¹² principal oposición de izquierda a la entonces conducción del SOIP. En aquel entonces militaba en el Partido Comunista. A mediados de la década del noventa abandona aquella organización y se integra al PO. Desde allí, y para dar una contención política a los obreros que habían perdido la relación de dependencia,¹³ se crea la Unidad Obrera

¹¹ El siguiente apartado se basa en entrevistas realizadas durante el año 2008 a los principales dirigentes obreros de la industria del pescado. Ellos son: Luis Verón, asesor del SOIP, ex militante del Partido Obrero (en adelante PO); Roberto Villaola, dirigente de la Central de Trabajadores Argentinos; Alberto Rosas, dirigente de la agrupación Evita Trabajadores de la Industria del Pescado y Ricardo Muñoz, ex militante del Peronismo de Base. También utilizamos una entrevista realizada por G. Yurkievich a Patricia Comparada, dirigente del PO y ex dirigente del SOIP.

¹² La lista Celeste data del año 1983, encabezada por los dirigentes Mamerto Verón y Elda Taborda, ambos vinculados al Partido Comunista. Ya en los años noventa, con la llegada de Verón al PO, la Celeste se constituyó en una lista multipartidaria pero encabezada por este partido.

¹³ A comienzos de la década del '90 se crearon cooperativas de trabajo para el faenado de pescado. De un total de 6 mil trabajadores que hacían filete, aproximadamente el 50 por ciento comenzó a trabajar bajo ese sistema. Pronto se hizo visible que, lejos de ser un modo de trabajo solidario,

del Pescado¹⁴ de la que Verón, junto a su hermano Luis, será uno de los principales dirigentes. Finalmente, con la victoria de la Lista Celeste en el año 2002, Verón se integró a la dirección del sindicato. Pero ¿qué "traicionó"? Muñoz argumenta: "Y traicionaron como ser de que... lo que se abogaba siempre cuando andábamos en las luchas y él era uno de los que siempre más gritaba por ahí. Siempre estaba con el paro y la movilización". En este aspecto la "traición" de Verón es haber dejado de "luchar". Haberse "bajado" de determinadas consignas. Continúa: "Por eso te digo, uno se puede... no me gusta la palabra *aggiornar* porque la decía Menem y después todo el mundo la decía este... pero no puede llegar a traicionar si tiene convicción". Es decir, se puede "ir más despacio", pero no "desviarse de la línea". ¿Pero cuál fue ese "desvío"? "...ellos lo primero que hicieron fue traicionar el convenio colectivo. Esa es una gran traición, no es una pequeña traición. Nos quisieron poner el (convenio) Pyme entre gallos y medianoche con los empresarios, y eso es una traición".¹⁵ Para Muñoz, la intención de la dirección gremial de "blanquear" a los trabajadores de las cooperativas bajo otra modalidad fue "traicionar el convenio". Así, en la disputa gremial, el contenido moral de la política indica que la dirección del SOIP al "bajarse" de algunos principios cometió "traición". En la lectura no hay crédito a la imagen que pretendió construir la dirección, según la cual había que negociar en función de que las relaciones de fuerza no permitieron imponer el convenio 161/75. Pero ¿por qué un dirigente como Verón, con una larga militancia en la izquierda, traicionó? La explicación remite a "la corrupción". Verón se "ha vendido" a la patronal. Dice Muñoz:

"Bueno yo lo que creo que... para poder ser un dirigente... realmente a favor de los trabajadores del pescado hay que tener demasiada conciencia porque... por

constituyó una estrategia empresarial para disminuir los costos del salario e introducir la flexibilidad laboral en la rama. Ver J. Mateo, G. Colombo, y A. Nieto, "Precarización y fraude laboral en la industria pesquera marplatense. El caso de las 'cooperativas' de fileteado de pescado, 1989-2010". *Informe presentado en el Concurso Bicentenario de la Patria*, La Plata, Ministerio de la Provincia de Buenos Aires, 2010.

¹⁴ La UOP fue el agrupamiento constituido a mediados de la década del noventa por dirigentes del PO para organizar a los trabajadores de las cooperativas y obreros desocupados de la industria del Pescado. Llevaba las consignas de registración laboral bajo el convenio 161/75 y el fin de las pseudo cooperativas e instaló la reivindicación de un subsidio de 500 pesos. En el proceso se integraría a la Lista Celeste.

¹⁵ El convenio vigente en el SOIP es el que se firmó en 1975. El problema surge con la invención de las cooperativas que dejó a la mitad de los trabajadores por fuera del convenio. De ahí que una de las primeras reivindicaciones de la lucha obrera fuese el "blanqueo" bajo el convenio del '75. No obstante, según la conducción del SOIP, la debilidad del movimiento obrero y las nuevas condiciones de la actividad pesquera obligaron a buscar otra manera de "blanquear" a los trabajadores de las cooperativas. Para eso se discutió con los empresarios lo que se conoce como el convenio para Pequeñas y Medianas Empresas, con el cual se "blanquearon" hasta el momento más de mil trabajadores, pero que el grueso del activismo rechazó por considerarlo un convenio "a la baja".

la razón que hay mucha plata acá en la industria. Y así se compran al más mentado. Pueden decir que son de la ultraizquierda, o de la recontra ultraizquierda, y que son marxistas leninistas y de todos los 'istas' que haiga y después cuando llegan ahí estos tipos... ésta clase de tipos ¿no?... son fáciles de comprar".

De este modo, en la visión de Muñoz es "la integridad" de un dirigente la garantía para que no se "venda". La "tentación" de "venderse" está siempre presente debido a que los empresarios tienen "mucha plata". Así, es el principio moral de la honestidad la característica personal que asegura un buen desenvolvimiento en la función gremial. Para Muñoz, Verón ha demostrado ser "corrupto". Abandonó sus principios ideológicos porque "se vendió". R. Villaola va un paso más adelante en la denuncia. Respecto de la dirección del SOIP dice:

"y estos más que burócratas sindicales, son burócratas sindicales, sinvergüenzas, porque alguien que no defiende a los trabajadores, lo ignora al trabajador... lo ignora y lo usa y tal si fuera poco 'transa' —porque esa es la palabra— con patronos a la hora de firmar un convenio, como firmaron un convenio a espaldas de los trabajadores que se llama convenio Pyme no puede ser... es un acto más delictivo, más delictivo que burocrático. Así que te diría ¿cómo lo encuadro? Lo encuadro cómo alguien que... no sé... no tiene un concepto que no sea lo rayano en lo delictivo. Así de claro".

De este modo, el opositor político deviene en "delincuente". Y ello a partir de que la conducción firma un convenio que los opositores desapruueban, tanto por la forma como por el contenido. P. Comparada, quien compartió la militancia con Verón en el PO así como los dos primeros años de gestión en el SOIP, explica:

"El problema es que nosotros teníamos algo... estábamos parados en algo que había que bajarse. Y estar dispuesto a bajarse era transar con el patrón (...) Quiere decir que esta cosa de decir busquemos el mal menor no hace más que introducirte en la vía de la burocracia ¿Cómo empezás los primeros pasos hacia la corrupción? Empezás de a poco. Nadie dice que vos de un día para otro te transformaste en un gran hijo de puta. No, te vas transformando en un gran hijo de puta".

En esta clave de interpretación, la moderación en la lucha, el "bajarse" de ese "algo en el que estábamos parados" se convierte en un arreglo con el patrón, una traición. La conducción no "luchó" más porque "transó". Al contrario, la dirección del SOIP entendía ese proceso —lo veremos más adelante— como un intento de "reconstruir el gremio". A ello, Comparada lo define como buscar el "mal menor". Y eso es "bajarse de la lucha", de las consignas y acciones "clasistas". La lucha debiera haber sido "a todo o nada". La victoria en esa lucha estaba garantizada por la combatividad de quienes la llevaban a cabo. Pero una parte de la dirigencia "traicionó". De ahí la derrota. También, en la interpretación de Comparada, el "burócrata", por definición, es "corrupto". Entonces queda un escenario moralmente

allanado. El opositor, a la cabeza del sindicato, es un “ladrón”, un “corrupto”, un “delincuente” y un “traidor”. Características que, podemos sospechar, son opuestas a las que portan aquellos que acusan. La conducción del sindicato no sigue una mala política, sino que es inmoral. Pero, ¿qué piensa la conducción gremial de sí misma? ¿Cómo explican ellos el haberse convertido en “burócratas”? L. Verón señala:

“hay veces que hay que tener mucho cuidado porque vos no estás en un país socialista (...) Vos estas dentro de un capitalismo y dentro del capitalismo vos tenés que tratar de mejorar las cosas para la gente (...) yo me di cuenta de una realidad cuando yo vine al gremio. Yo antes de estar en el gremio yo quería una gran asamblea y una huelga por tiempo indeterminado para lograr las cosas... los objetivos de los trabajadores. Y cuando vine al gremio, la realidad es que hicimos una huelga, una asamblea dentro de un gremio de 6 mil trabajadores (...) terminamos en una asamblea de 300 trabajadores y peleándonos con muchas tendencias políticas (...) lo único en que terminamos de acuerdo en conjunto de votar un paro por tiempo indeterminado (...) A eso la gente no respondió, nunca respondió (...) a veces, para quien no está dentro del sindicato, la gestión le parece que es de burocracia, pero dentro de todo es el mandato de la mayoría de la gente (...) La mayoría en el gremio es trabajadora, no es militante. El militante quiere el paro permanentemente. Yo como militante también quería el paro permanentemente, pero era yo el militante. Después en el gremio yo me di cuenta que era yo, que no era lo que pensaba la gente”.

En su interpretación Verón señala un “antes”, es decir un período previo a su llegada a la conducción del gremio. Por entonces él pensaba de otro modo, creía como el resto del activismo, que era posible imponer paros y movilizaciones. Sin embargo, a ese antes le continuó un “después”. Y ese después se corresponde con un cambio en el modo de concebir las tareas políticas. Es en la gestión cuando advierte un desfase entre “ellos”, los activistas políticos, y los intereses inmediatos de los trabajadores. Cómo “no estamos en un país socialista”, Verón “entendió” que de lo que se trata es de mejorarle las condiciones de vida a la gente y no “llevarlos al paro permanentemente”. Mientras que en la lectura del activismo aparece como “burocrata”, por el contrario, en su comprensión, el “trabajador” le pide “que le gestione”, “que le consiga cosas”, “que le mejore su situación”. Explica:

“Hubo muchísimas contradicciones internas de uno... de lo que uno tiene como principio ideológico, adaptarse a la representatividad de los trabajadores. Hay una gran distancia, una gran distancia de una militancia a lo que piensa un trabajador, entonces yo me sentí que tuve que volver para atrás. Yo tenía un fórmula 1 y los compañeros iban en colectivo (...) Entonces ahí descubrí que yo era el que estaba embaldado y la gente no estaba... me estaba mirando que yo me iba a hacer mierda contra la pared. Eso es lo que miraba la gente. Entonces uno tiene que rebobinar y volver para atrás. Porque si no terminás solo”.

Las palabras de Verón señalan un “desfasaje” entre el activismo y los trabajadores. Para él, el “grado de conciencia de los trabajadores”, su “predisposición a la lucha”, no guarda relación con los objetivos de la militancia de izquierda. El peligro para los dirigentes es no entender esto y “quedarse solos”. De este modo, se invierte la fórmula base/activismo/burocracia, quedando en este caso la dirección del SOIP como representante de las bases, mientras que los activistas se han quedado “solos”. En los siguientes apartados veremos el desarrollo histórico de esta disputa, nacida algunos años atrás.

Cuando “el clasismo” venció a “la burocracia”

Las disputas entre diferentes agrupamientos en la industria del pescado están atravesadas por la división entre trabajadores bajo relación de dependencia y aquellos que trabajan en las cooperativas, quienes carecen de representación gremial. A mediados de la década del '90 y al calor del crecimiento del desempleo, su precaria situación fue cobrando visibilidad, a partir del inicio de una creciente protesta en las calles.¹⁶ En esas manifestaciones, además del enemigo patronal y los reclamos al Estado, también se fue delineando un antagonista en la conducción sindical. Hasta el año 2002, dirigió el sindicato la lista Azul y Blanca encabezada por Abdul Saravia desde fines de la década del '60 hasta su muerte en 1997, cuando lo reemplazó Carlos Darguibel. Por aquellos años, coincidiendo con la crisis de la pesca, los enfrentamientos entre la conducción del SOIP y quienes a partir de su presencia en las protestas callejeras se iban constituyendo como representantes de los obreros cooperativizados comenzaron a hacerse recurrentes.¹⁷ En enero de 1998 todos los gremios marítimos declararon un paro, con la única oposición del SOIP. Ante esto, los representantes de la Lista Celeste señalaban: “Todos los gremios que participaron consiguieron algo, menos el SOIP, porque estos pseudo-dirigentes se abrieron de la lucha cuando se declaró el paro. Una vez más estos traidores han demostrado que son agentes de las cámaras patronales, por eso se abrieron del frente de lucha, para no quedar mal con sus amos los patrones. Y por temor a que les corten la cometa”.¹⁸ Las elecciones del gremio que correspondían al año 1998 fueron suspendidas, a partir de que las listas opositoras presentaron recursos de amparo denunciando

¹⁶ Ver Guillermo Colombo, “Hasta que el recurso nos falló... Crisis de la merluza y protesta obrera. La dinámica de los enfrentamientos en el puerto marplatense (1997-2002)”, Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, UNMdP, Septiembre, 2008, mimeo.

¹⁷ Entre 1997 y el año 2001 la actividad pesquera en la Argentina atravesó por una profunda crisis, manifiesta a partir de la sobrepesca de la merluza.

¹⁸ *Boletín Lista Celeste*, 02/1998.

irregularidades, quedando la vieja dirección como custodios de los bienes sindicales. Así, el enfrentamiento entre las corrientes gremiales adquirió un nuevo escenario a partir de que la conducción no estaba legitimada en una victoria electoral.

El 29 de junio de 2000, en el marco de una movilización, alrededor de 300 obreros ingresaron a la sede gremial del SOIP y expulsaron a los dirigentes que había dentro del lugar.¹⁹ Desde el interior del edificio, los dirigentes de la UOP anunciaron la promoción de un "programa reivindicativo, que la dirección expulsada del SOIP se negó siempre a convalidar". Entre los objetivos planteados aparecían "la efectivización de todos los trabajadores cooperativizados, la actualización salarial y de garantía horaria".²⁰ P. Comparada, entonces dirigente de la UOP, dijo: "Nosotros los trabajadores del mar y los trabajadores de tierra que estamos en negro, ya hemos declarado el paro. Eso ya no se discute. Estamos discutiendo que, en nuestro gremio tenemos un sector carnero, traidores, a quienes no les importa nada de nosotros".²¹ Vemos allí como se articulan la denuncia política, con la noción de *traición*.

Hacia fines de 2001 el Ministerio de Trabajo de la Nación nombró un interventor en el SOIP para normalizar el gremio.²² Se realizaron elecciones en marzo del año 2002. Un volante de la Lista Celeste se titulaba "Recuperemos el SOIP para los trabajadores". El dato electoral sorprendente lo constituyó la victoria de la Lista Celeste, que derrotó a la antigua conducción. El triunfo señalaba un hecho particular dentro del escenario sindical marplatense al llevar a la dirección de uno de los gremios industriales más importantes de la ciudad una lista identificada como clasista. La victoria sorprendió incluso a los propios ganadores, porque según ellos mismos reconocían, su mayor influencia política estaba entre los cooperativizados, quienes no votan en las elecciones. La estrategia desarrollada por los dirigentes de la Celeste consistió en llevar como candidatos a un conjunto de trabajadores con poca experiencia gremial, pero que cumplían los requisitos para poder presentarse en las elecciones, con S. Salas como secretario general. Mientras, los cuatro dirigentes de la UOP y entonces militantes del PO, P. Comparada, M. Dematteis y los hermanos, Luis y Mamerto Verón, ingresaron al sindicato en calidad de asesores gremiales.²³ En un artículo de la Prensa Obrera, diario del PO, se señalaba con entusiasmo "Lejos de tratarse de una interna gremial, la recuperación del sindicato

¹⁹ Imágenes de Canal 10 de Mar del Plata, 29 de junio de 2000, archivo personal.

²⁰ *La Capital*, Mar del Plata, 2/07/2000.

²¹ *El Atlántico*, Mar del Plata, 30/06/2000.

²² *El Atlántico*, 10/01/2002.

²³ Vale destacar que una posición distinta sostuvo entonces el Partido Comunista que lanzó la formación de un sindicato paralelo para los cooperativizados, vinculado a la Central de Trabajadores Argentinos, pero que no tuvo mayor éxito y pronto se disolvió.

obrero más importante de la zona será una palanca para la transformación del cuadro político del sindicalismo local”.²⁴ Sin embargo, pronto brotaron las diferencias que llevaron a la división, al retirarse del sindicato las asesoras Comparada y Dematteis, el secretario gremial R. Quiroga y el secretario de actas E. Ulloa, al mismo tiempo que los hermanos, Luis y Mamerto Verón se quedaban en la conducción del sindicato junto al resto de la comisión directiva y eran separados del PO.

La división de la conducción “clasista”

Los primeros conflictos habían surgido al poco tiempo de asumir la dirección del gremio y se hicieron visibles cuando en el año 2003 el sindicato convocó a una huelga con la finalidad de conseguir un incremento salarial para los obreros bajo relación de dependencia y, al mismo tiempo, exigiendo la registración laboral bajo el convenio 161/75 para los trabajadores de las cooperativas. El resultado de esa huelga arrojó balances disímiles. Según M. Verón la huelga tuvo que levantarse porque “los compañeros volvían a trabajar” y allí advirtieron la imposibilidad de imponer el convenio de 1975, por lo que “necesariamente debimos buscar otra forma de efectivizar a los compañeros”. Mientras que para Comparada, se trató de una “huelga impresionante, imparable”. La escisión se expresó en el llamado a una asamblea general extraordinaria para discutir quiénes serían los delegados en las futuras negociaciones paritarias. Después de la realización de dicha asamblea, que nunca finalizó por una escaramuza entre los diferentes grupos, los dirigentes del PO reclamaron la convalidación de los delegados elegidos. Mientras que el otro sector de la comisión directiva aseguraba que la asamblea no fue legítima. Finalmente aquellos delegados no fueron legalmente reconocidos y las paritarias se suspendieron. Para el grupo comandado por el PO: “El pliego reivindicativo ratificado en una asamblea general de 700 trabajadores, preserva todas las conquistas convencionales del Convenio Colectivo de Trabajo del '75 (...) Pero se lanza a recuperar y a conquistar otras reivindicaciones”. La posibilidad de alcanzar esas mejoras consistía en que: “Las reivindicaciones fueron votadas con plena conciencia de que su imposición dependerá del grado de movilización y organización de todo el gremio. Por abrumadora mayoría, fue designada una comisión combativa”.²⁵ En cierto modo, en la visión de los dirigentes del PO la propia combatividad de los delegados es lo que asegura la lucha (y también la

²⁴ *Prensa Obrera*, n° 746, 21/03/2002, extraído de Gonzalo Yurkievich, “Trayectoria y discurso de ‘La Celeste’”, 2009, mimeo.

²⁵ *Prensa Obrera*, n° 849, 06/05/04.

victoria en esa lucha) por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. La legitimidad de la asamblea es la que se defiende como el lugar donde se expresa "la voluntad de las bases". Fuera de la comisión paritaria quedaban no sólo los asesores gremiales, Luis y Mamerto Verón, sino incluso el propio secretario general S. Salas, quien "fue excluido de las paritarias luego de que llamó abiertamente a flexibilizar el convenio".²⁶ Poco después, desde la prensa del PO se denuncia la existencia de una "mafia patronal-burocrática". De este modo, el ejercicio de legitimación y de diferenciación de quienes hasta hacía poco habían sido compañeros, implicó la denuncia político-moral del adversario. Comparada señala: "Es que la base estaba convencida, el problema es que se nos corrompió media comisión directiva, se nos vendió media comisión directiva y la otra mitad quedó desplazada del gremio. Es muy simple". Así, las diferencias políticas se vuelven también diferencias morales. Se compite contra "corruptos" y "mafiosos".

La victoria de "los burócratas"

Con la escisión ya consumada los dirigentes del PO abandonaron la comisión directiva. En este contexto la Lista Celeste²⁷ emitió un boletín en el cual, después de enumerar las dificultades con las cuales se encontraron al asumir la conducción del sindicato, se sostiene:

"Verificamos además las grandes dificultades que tenemos por delante. No preveíamos que un grupo de compañeros podía arrugar ante la gran cuesta que todavía queda por remontar. Pero toda experiencia es buena si se sacan las conclusiones: los que no supieron o no quisieron reconstruir el Sindicato están más cómodos cascoteándonos el rancho desde afuera, así ellos no asumen ninguna responsabilidad".²⁸

Así, la conducción prioriza "reconstruir" el sindicato, tarea que implicaba un trabajo que no permitía mantener la radicalidad en acciones y posturas. Dice L. Verón:

"capaz que si hubiese pensado a mi ideología antes de entrar en el sindicato, capaz que si hubiésemos pensado... si yo tenía que funcionar así, capaz que no

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ A partir de la escisión se inició una disputa por qué sector se apropiaría del nombre de la Lista Celeste. En un primer momento, los dirigentes del PO intentaron conformar una lista denominada Celeste Histórica, pero más tarde perderían la batalla. Finalmente, en las elecciones del año 2006, el oficialismo con Salas a la cabeza se presentó con el nombre Lista Celeste. Por su parte, los dirigentes del PO acudieron al color Bordó.

²⁸ *Boletín Lista Celeste*, 2004.



aceptaba. (...) Yo entré convencido que iba a hacer la revolución desde el sindicato ¡En serio! Entré convencido de que desde el sindicato iba a hacer la revolución. Y si alguien me hubiese dicho 'Mira Luis, vos desde el sindicato no vas a hacer nada, ninguna revolución', capaz que no hubiese venido. Ahora, cuando tomé la responsabilidad, tomé la responsabilidad de que las cosas habfa que mejorárselas a la gente".

En el año 2005, desde *Prensa Obrera* se explica del siguiente modo la escisión: "En junio la cámara patronal y el Estado terminan de cooptar a la 'camarilla' en franca descomposición de Salas-Verón y con un 'golpe de Estado' desplazan a la fracción clasista de la conducción del gremio".²⁹ También por esta época comienzan a denunciar la ligazón de la dirigencia del SOIP con el kirchnerismo, cosa que los "acusados" desestimaran insistentemente. De este modo, los "expulsados" del sindicato se plantean como el clasismo independiente del Estado, mientras que la conducción del SOIP, acusan, "fue cooptada".

Poco más tarde, la Lista Bordó, aún entonces definida como Celeste Histórica, a través de un boletín denunció el "Convenio negrero CIPA³⁰-SOIP" y pidió la expulsión de los "entregadores".³¹ Para la agrupación el convenio "está escrito de cabo a rabo por los abogados de la cámara patronal". Se trata de "una estafa".³² Al contrario, los dirigentes del SOIP se defendían: "...nosotros no le llamamos convenio sino, como dice el acta le llamamos acuerdo transitorio de partes, el acta acuerdo se firmó para regularizar a los compañeros que están en las pseudo cooperativas con fraude laboral".³³ Y argumentaban: "No se trata de reducir todo a la lucha en defensa del Convenio del '75 cuando hay compañeras y compañeros que sufren la tortura del trabajo en negro o de las cooperativas truchas, se trata de luchar cotidianamente en pos de lograr mejorar las condiciones de trabajo y de vida de miles de obreras y obreros del pescado".³⁴

En el año 2006 las corrientes sindicales volvieron a medir fuerzas en elecciones. El PO se presentó a través de la Lista Bordó-Marrón, junto al Partido Comunista Revolucionario.³⁵ Según su prensa, la única lista "clasista" era la Bordó-Marrón y por ello su victoria constituía la clave para abrir: "un camino definitivo para reconquistar el Convenio 75 para todo el gremio, para terminar

²⁹ *Prensa Obrera*, n° 891, 17/03/05.

³⁰ Cámara de Industriales Pesqueros Argentinos.

³¹ Aquel era el primer acuerdo que buscaba efectivizar a un grupo de trabajadores bajo una forma distinta del convenio de 1975.

³² *Boletín Lista Celeste Histórica*, 2006.

³³ *El Obrero del Pescado*, 2006.

³⁴ *Boletín Lista Celeste*, 2006.

³⁵ En total se presentaron siete listas. Además de las dos mencionadas, participaron de la elección la Lista Blanca-Azul-Blanca, la Lista Azul, la Lista Tricolor, la Lista Rosa y la Lista Roja y Negra.

con el trabajo en negro y los convenios negreros por fábrica..."³⁶. No obstante, el resultado de las elecciones arrojó un total de 419 votos para la Lista Celeste y le siguió con 366 sufragios la Bordó-Marrón. A pesar de las denuncias de fraude finalmente el Ministerio de Trabajo convalidó aquel resultado.

A modo de conclusión

En este trabajo se intentó poner el foco de análisis en la disputa sindical y en las prácticas discursivas puestas en juego por los contendientes. Se procuró problematizar el uso de las categorías con las cuales los oponentes disputan, resaltando las distintas evaluaciones morales implícitas en la noción de *burocracia sindical*. En este sentido, la denuncia del carácter inmoral del oponente preterde tener eficacia en la pelea por el poder, al mismo tiempo que incide en los modos de la lucha política, configurando un terreno donde este tipo de acusaciones son moneda corriente. Es por ello que el enemigo no sólo rivaliza en términos estrictamente políticos. Además es acusado de traidor y/o corrupto. Así, señalando al oponente como inmoral, a la vez que se afecta el poder del adversario, permite, por oposición, legitimar al acusador.

Al concentrarnos en las disputas de los diferentes sujetos, tan sólo hemos abordado de modo lateral la relación bases/dirigentes. No obstante, a partir de la comprensión de los sentidos que los actores depositan en la disputa gremial, podemos inferir los límites que para entender la contienda presenta el esquema según el cual las bases se rebelan contra la dirigencias. Cuando miramos los procesos que el investigador resuelve bajo aquella fórmula, advertimos que se pierden de vista no sólo los vínculos que esas dirigencias mantienen con las bases (movilizan, ganan elecciones), sino también se vuelve invisible el proceso de construcción de direcciones alternativas y que, aunque no lleguen a estar institucionalizadas siendo sus manifestaciones episódicas, no por ello dejan de ser menos reales. Resulta comprensible que esas nuevas direcciones apelen en sus prácticas discursivas a representar al conjunto de las bases dotando de generalidad sus demandas. Pero ello no debe ser tomado literalmente por el analista. A su vez, aquella mirada convencional, tampoco permite observar cómo se construyen relaciones de representatividad en la vida gremial, las que refieren a procesos que hacen a la cotidianidad sindical. Por todo, y aunque la reflexión excede los alcances de este trabajo, adelantemos que desde nuestro punto de vista "la base" en cuanto tal no se rebela. Cuando esa rebelión se produce comienza a funcionar

³⁶ *Prensa Obrera*, n° 944, 04/05/06.

una dirección alternativa en disputa con la institucionalmente establecida y, al mismo tiempo, con otras posibles alternativas. Las más de las veces esta dirección naciente es derrotada y no deja huellas. Pero a veces obtiene la victoria, logrando la institucionalización, como sucede en nuestro caso durante el año 2002, alcanzando la dirección sindical. De ahí que la noción de disputa gremial implique la constitución de direcciones. Sin éstas, no hay enfrentamiento posible.

Por último, consideramos que explicar todos los “fracasos” de la clase trabajadora a partir del análisis del status de sus dirigentes señalados como “burócratas” construye una imagen demasiado caricaturesca de las conducciones sindicales. En este sentido, no debiéramos perder de vista que las distintas categorías que los sujetos enuncian en la lucha gremial, entre ellas la acusación de burócrata, están cargadas de elementos que hacen a la contienda sindical, a la deslegitimación del adversario y a la evaluación moral de las conductas políticas. Cuestiones que se deben tener en cuenta cuando las intentamos utilizar también como categorías históricas o analíticas, así como al momento de caracterizar la realidad para la intervención política.

Resumen

La noción de burocracia sindical es usualmente utilizada para describir el accionar de determinados líderes gremiales a los que se caracteriza como reformistas, poco democráticos, defensores de sus propios intereses y proclives a la integración con el Estado. La categoría ha sido generalmente más usada para condenar que para explicar. Este trabajo se basa en el análisis de las contiendas gremiales en un sindicato de la industria pesquera en la ciudad de Mar del Plata (Argentina). Indagamos en el concepto de burocracia a partir del significado que ocupa en las batallas sindicales, donde recurrentemente se construye al enemigo no sólo como burócrata sino también como traidor.

Palabras Clave: Trabajadores; Sindicatos; Burocracia; Moralidad.

Abstract

The notion of “tradeunion bureaucracy” is usually used to describe the leader action trade union who are characterized as reformers, undemocratic and defenders of their own interest tending to state integration. This category has been generally used to judge trade union leaders more than to explain it. The goal of this paper is inquire about the concept of “bureaucracy” and the meaning of it inside the trade union battles. In these, the enemy is constructed like a bureaucrat and traitor. This study is based on union struggles analyzes carried out in one fishing industry unions in Mar del Plata, Argentina.

Key words: Workers; Trade Union; Bureaucracy; Morality.

Retomando un viejo debate: bases, direcciones, sindicatos y estrategias obreras

Gonzalo Pérez Álvarez¹

Introducción

Nuestro proyecto de investigación busca avanzar en el conocimiento del proceso de luchas sociales en la región noreste de Chubut entre 1989 y 2005. Con este objetivo hemos desarrollado trabajos que enfocan el proceso en términos generales y avances sobre fracciones específicas de la clase obrera.²

En forma constante se nos ha planteado como un problema el observar las relaciones entre bases obreras y dirigencias, y explicar cómo se conforman y qué expresan esas direcciones obreras. Este debate se traduce al de las estrategias que se hace posible observar a partir del estudio de los enfrentamientos sociales, las prácticas organizativas de la clase, las alianzas que se conforman y los intereses que ellas representan.

El otro eje fundamental del trabajo será abordar la discusión sobre la relación entre sindicato y proyecto u organización política, y el vínculo que se establece entre las estrategias que se desarrollan, los proyectos políticos³ que

¹ CONICET-Universidad Nacional de la Patagonia. Email: gperezalvarez@gmail.com. La reelaboración contó con el aporte de los integrantes de la mesa *Pasado, presente y porvenir de la movilización, organización y lucha de la clase obrera en Latinoamérica*. Agradecemos también la lectura crítica y las opiniones del Mg. Mauricio Fernández Picolo.

² G. Pérez Álvarez, "Lucha y memoria obrera en el noreste del Chubut. Una aproximación desde la fábrica Modecraft 1990-1991", en *Historia Antropología y Fuentes Orales*, n° 41, 2009, pp. 25-48; "Protestas obreras en el noreste de Chubut: los textiles y los metalúrgicos en la década del 90", en *e-l@tina*, vol. 6, n° 24, 2008 [<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm>]; "Aunque parezca, la red no está vacía. Luchas de los obreros pesqueros del noreste de Chubut, 1990-2005", en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, n° 2, 2009, pp. 171-183; y "Los trabajadores desocupados: el caso del noreste de Chubut, continuidad, ruptura y estrategias", en *Razón y Revolución*, n° 19, 2009, pp. 53-68.

³ Consideramos que los proyectos políticos que se ponen en disputa hacen a las diversas concepciones de la sociedad que se busca construir, a los distintos ideales de organización social que se anhelan y a los caminos que se consideran necesarios para hacer posible esa intención. Ese proyecto político puede estructurarse como un conjunto de ideas articulado y sistemático, y

en ellas están presentes y el tipo de organización necesario para llevar adelante dichos proyectos. En este sentido la intención es repensar la clásica discusión sobre el papel de los sindicatos y su posible constitución en obstáculo al desarrollo político de la clase.

Método e hipótesis

La necesidad de construir la historia de las luchas obreras en la región nos llevó a una aproximación *molecular*⁴ al proceso. Gramsci busca en esa expresión la referencia a la unidad mínima de la experiencia vital, al particular inmediato.

En "Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos",⁵ nos alerta sobre las dificultades para investigar la actividad de los grupos oprimidos. Si bien en los procesos de conflicto social hay una clara tendencia a la unificación de estos grupos, dicha intención es atacada por los grupos dirigentes y, casi siempre, derrotada. Por eso "todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral".

Buscamos hacer observable "este lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico en el que se verifica el hecho histórico".⁶

En este camino ha sido central el aporte que nos han brindado las entrevistas a trabajadores. Sabemos que más allá de lo que nos diga sobre los acontecimientos,⁷ este aporte nos dice sobre el significado que tuvieron esos hechos para los sujetos concretos que los desarrollaron. Aún las declaraciones formalmente "equivocadas" tienen un aspecto verídico, y puede que de allí surjan elementos subjetivos que sean más importantes que los datos fácticos.

hasta tener una organización política propia que lo lleve adelante, o puede expresarse en formas más difíciles de hacer observables.

⁴ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el estado moderno*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1997.

⁵ En <http://www.gramsci.org.ar>.

⁶ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, ob. cit., p. 99.

⁷ Se ha hecho común, entre críticos de la historia oral, el plantear las dificultades para determinar la validez de lo que nos aportan los sujetos que cuentan su historia. Los estudios sobre memorias y sobre lo central que es comprender no sólo lo que se dice, sino cómo se lo dice y, sobre todo, lo que se calla, ha permitido avanzar en un tratamiento más rico de estas fuentes. En todo caso estas críticas a la historia oral encubren una visión ingenua de las fuentes escritas, las cuales suelen ser valoradas con un contenido de validez superior a las orales.

Se trata de hacer observables cuáles son las estrategias que la clase obrera desarrolla en cada período, en el marco del proceso de lucha de clases. Esa estrategia va a estar condicionada por la correlación de fuerzas sociales, tanto la que se estructura a nivel objetivo como la que se expresa a nivel subjetivo.

La comprensión de los procesos de constitución de las dirigencias obreras, debe comenzar por entender que lo determinante es el proyecto político que dirige a la mayoría de los trabajadores, proyecto que se expresa en una estrategia y en la conformación de una dirigencia que lo sostiene e impulsa. Una cuestión que queremos plantear en este trabajo es que esos proyectos hacen a las formas organizativas que se adoptan y a los límites que, a su vez, ellas generan sobre el proceso.

Los proyectos políticos se expresan en formas organizativas, las cuáles necesitan de aparatos administrativos, dada la complejidad de tareas que deben asumir. Estos aparatos son administrados por la capa dirigente de la clase, que va desarrollando una relativa autonomía e intereses propios, en la mayoría de los puntos coincidentes con los que expresa la clase, pero que en otros pueden ser distintos.⁸

Los intereses particulares de esa capa dependen de que se mantenga esa forma organizativa y ese aparato administrativo, fuente de su poder y al que considera la victoria de su proyecto político. Es aquí donde se produce un quiebre en el proceso y toman realidad los enfrentamientos entre esa capa dirigente y los procesos de radicalización que se producen en algunos sectores de la clase, especialmente durante los enfrentamientos sociales. El quiebre entre la conciencia restringida a la situación de vendedores de fuerza de trabajo y la conciencia como expropiados de sus condiciones materiales de existencia encuentra en esa capa una oposición a su desarrollo.⁹ Ese cambio podría implicar la pérdida de su poderío, ya que la

⁸ En la carta de Engels a Conrado Schmidt del 27 de octubre de 1890, se muestra como la división social del trabajo genera una burocracia estatal que pasa a tener intereses propios, con algún grado de independencia relativa y ese "nuevo poder político, que aspira a la mayor independencia posible y que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio", comienza a su vez a influir sobre el proceso global. Se encuentra en Marx y Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 383. La propuesta de tomar esta carta para pensar la categoría de burocracia sindical, fue planteada por Nicolás Iñigo Carrera en las Jornadas Interescuelas de Historia del 2009. En un sentido semejante Gramsci sostiene "De esta manera se viene creando una verdadera casta de funcionarios y de periodistas sindicales, con un espíritu de cuerpo en absoluto contraste con la mentalidad obrera: espíritu que ha llevado a aquellos a adoptar, frente a la masa obrera, idéntica postura que la de la burocracia gubernativa frente al Estado parlamentario". A. Gramsci, *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, México, Roca, 1973, p. 46.

⁹ Proceso que explica Carlos Marx en "Las huelgas y las coaliciones de los obreros", en C. Marx, *Misericordia de la filosofía*, Buenos Aires, Cartago, 1985.

clase necesitaría otras formas de organización que le permitieran seguir avanzando hacia un proyecto alternativo de sociedad. Aquí el sindicato, como forma organizativa, se transforma en una traba al desarrollo de la plena conciencia obrera.

Esto no quiere decir que esa capa dirigente (o "burocracia", como se llama a la mayoría de las conducciones sindicales en Argentina), no represente en algún nivel los intereses de sectores de la clase obrera o no sea dirigente de los procesos de lucha. Nosotros consideramos que en verdad lo que se manifiesta en los procesos organizativos de la clase obrera argentina, más que un divorcio entre "burocracia" y "bases", es una significativa correspondencia entre las formas de conciencia dominante en la mayoría de los trabajadores y las direcciones sindicales.

La cuestión es que la conciencia no es algo estático sino un proceso en continua transformación. Y es esa posible transformación de la conciencia la que esa capa dirigente que se ha conformado en Argentina enfrenta en casi todos los sindicatos, ya que implicaría que sectores de la clase pasen a estar dirigidos por otro proyecto político, que a su vez plantea la necesidad de otras formas organizativas que superen los límites de la forma sindicato.

El sujeto: ¿burócratas, bases o la clase?

Gran parte de la izquierda argentina ha utilizado en forma muy imprecisa la categoría de burocracia sindical en sus análisis acerca de la clase obrera. Se ha construido la imagen distorsionada de una dirigencia siempre opuesta a generar procesos de lucha y enfrentada a bases que constantemente estarían dispuestas a luchar y radicalizar los procesos.¹⁰

Para nosotros esta visión imposibilita una explicación científica del cómo se desarrollan los conflictos de la clase obrera y, por lo tanto, impide encontrar las respuestas políticas correctas. El mayor problema de esta perspectiva es que fragmenta a la clase, por suponer que las dirigencias están por fuera de ella, formando una capa que no comparte ningún interés con la clase de la cual proviene y que no representa en ningún nivel sus formas de conciencia. Así este enfoque supone que es posible la existencia de dirigencias sin bases y de bases sin dirigencias.

¹⁰ Inés Izaguirre alerta que "cuando se trata de analizar los conflictos políticos *al interior* de un gremio, se tiende a polarizar entre 'la base' y 'las cúpulas' sindicales, es decir, tendiendo a un corte jerárquico en términos de poder institucional o político-sindical y prestando poca atención a la *fractura vertical* de 'la base' que se expresa en *enfrentamientos de vección horizontal*". I. Izaguirre, "Problemas metodológicos y construcción de observables en una investigación sobre luchas obreras", en Daniel Campione, comp., *La clase obrera de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, CEAL, 1994.

Esta visión desde la izquierda se conformó, en gran medida, como una respuesta a la mirada tradicional de la historiografía, que pretendía explicar la historia de la clase solamente desde lo institucional. Allí la historia de los trabajadores pasaba a ser la de sus sindicatos y, especialmente, la de sus dirigentes. Se escondía el enfrentamiento social, el conflicto, algo que sí está presente en el enfoque de la izquierda.

La respuesta que proponemos trata de recuperar una mirada holística del proceso social, que no lo fragmente en el abordaje (aunque esto sea necesario luego, pero como instancia de análisis que debe completarse con la síntesis) y que tome como sujeto a la clase en su conjunto, donde se comprenda a las bases obreras y a sus dirigencias como partes de esa clase en constante transformación y no como arquetipos ya definidos en forma apriorística.

Decimos que la forma en que se utiliza el concepto de "burocracia" suele encubrir una deficiente profundización acerca de la relación entre bases y direcciones. Debemos investigar seriamente el papel de esas direcciones y su relación con las bases, buscando las causas de los procesos: "causas que no deben buscarse ni en los móviles accidentales, en los méritos, en las faltas, o en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social (...)".¹¹

Es interesante observar que en las entrevistas a militantes obreros de la región¹² casi no aparece el concepto de burocracia, a pesar de que era permanentemente utilizado por la izquierda partidaria (sólo es usado en los testimonios de Jaime y Gerardo).¹³ Sí, en cambio, es permanente la denuncia a las actitudes persecutorias de la mayoría de las conducciones, sus ataques a la oposición sindical y sus prácticas de connivencia con la patronal.

En casi todos los casos hay una valoración negativa de las dirigencias. Así, si bien no aparece el concepto de burocracia, sí se hace evidente la idea de que estos dirigentes, aún los que venían con un pasado combativo, una vez que llegaban al gremio dejaban de tener como problema central el asegurar los intereses de sus compañeros de trabajo. El sindicalista pasaba a ser visto como "distinto", y dejaba de ser considerado un "compañero".

¹¹ F. Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, Buenos Aires, Polémica, 1976, p. 11.

¹² Son más de veinte entrevistas a trabajadores pesqueros, metalúrgicos, textiles, petroleros, de movimientos de desocupados, etc. En su mayoría han sido participantes o simpatizantes de sectores de izquierda que se planteaban la necesidad de luchar por la conducción del sindicato o de crear instancias de organización paralelas a los sindicatos existentes.

¹³ Jaime fue militante petrolero y dirigente del Movimiento Al Socialismo durante muchos años. Gerardo fue parte de la lista opositora a la conducción histórica de la UOM en Puerto Madryn, trabajaba en Aluar y era simpatizante del Partido Comunista.

A través de distintas anécdotas se hace patente la idea de que hasta en el estilo de vida ya no eran los mismos.¹⁴ ¿Por qué sucedía esto? La primera respuesta que emerge de los relatos, simple y directa, es que la mayoría de esos dirigentes se vendieron. Pero es claro que esto no explica mucho: ¿cómo podía ser que esos hombres, que habían expresado a parte de los sectores más combativos de los obreros de la región, pudieran traicionar lo que habían defendido durante años?

Es claro que la cuestión es más compleja. Un elemento importante es el tipo de estructura gremial existente en Argentina, ultra centralizada y que impone unas normas que hacen casi imposible la supervivencia política de aquel que intente apartarse de ellas. Una vez en la dirigencia, esos trabajadores encuentran que su posibilidad de acción está constreñida a cumplimentar determinadas reglas, prácticas y discursos.¹⁵

La práctica de buscar en primer lugar el acuerdo con la patronal, de restringir los reclamos al trámite legal y de anular la iniciativa autónoma de los trabajadores planteando que es la dirigencia la que soluciona los problemas, es un camino directo hacia esa diferenciación entre dirigentes sindicales y bases obreras.

El testimonio de Jaime nos trae otro elemento clave: ¿cuál era la conciencia de esa base que hacía posible que esos hombres fueran su dirigencia? Si bien es uno de los que usa la categoría de burocracia, cuando reflexiona sobre la escasa reacción ante la privatización de YPF, reconoce que la postura del sindicato (que no superó una oposición formal) tenía apoyo entre los trabajadores, que en su mayoría coincidían en que la empresa sería más eficiente una vez privatizada y soñaban con ser contratistas y/o empresarios.¹⁶

En verdad esa dirigencia sindical actuaba como expresión del nivel de conciencia y de la disposición de sus bases. Se le puede criticar no haber discutido

¹⁴ Desde el mudarse al centro de la ciudad, a vestirse distinto, ir a otros bares, dejar de ir a jugar al fútbol con el equipo de la fábrica, etc.

¹⁵ Retomamos aquí elementos del trabajo de Daniel Campione, "Estado, dirigencia sindical y clase obrera", Buenos Aires, Fisyp, 2002 [<http://fisyp.rcc.com.ar/Dirigencia%20sindical%20y%20clase%20obrero.pdf>]. Allí plantea que "La repetida 'burocratización' de dirigentes honestos y combativos una vez que asumen cargos de dirección, no puede ser leído desde el ángulo conspirativo, como traiciones, sino como la respuesta casi obligada frente a la inclusión en una burocracia muy estructurada, que tiende a 'asimilar' a todo cuerpo extraño".

¹⁶ Aquí debemos destacar, sin profundizar la reflexión, la necesidad de pensar la distinción entre los trabajadores estatales y los privados. Creemos que en el caso de los estatales, los procesos de desarrollo de conciencia como expropiados de sus condiciones materiales de existencia y de ruptura de la hegemonía del estado capitalista, generan elementos de suma complejidad. Hay una identificación de sus intereses con los del estado que hace muy difícil la negación del mismo en tanto estado capitalista y, por tanto, complejiza la posibilidad de enfrentar su dominación. Intentaremos pensar esta distinción en otros trabajos.

la perspectiva de los obreros, pero no se les puede negar el ser legítima expresión de la situación de esa fracción de la clase en ese momento de hegemonía del capital financiero.

Estrategias y alianzas

Desde la concepción de que el sujeto que debe ser investigado y observado es la clase obrera en su totalidad, avanzamos en la perspectiva de profundizar la comprensión acerca de cómo se mueve esa clase, cómo se transforma. Y para nosotros ese cambio se desarrolla en el marco de los enfrentamientos sociales.

Como plantea Marx, la clase obrera se conforma en el proceso de lucha contra la otra clase fundamental del capitalismo.¹⁷ E. P. Thompson avanza en este sentido, proponiendo que el concepto de lucha de clases es más sólido que el de clase, ya que este último puede caer en una visión estática de la realidad.¹⁸ Sólo desde esa perspectiva podremos hacer observable cómo se configuran los grados o niveles de conciencia que los trabajadores van desarrollando sobre sus intereses.

Es en ese proceso de lucha cuando las clases van adquiriendo conciencia de sus intereses comunes, desarrollan organizaciones y acciones para defenderse, y luchan contra aquellos que pretenden perjudicarlos. Pensamos que es posible encontrar, en el conjunto de los enfrentamientos que se van desarrollando, distintos objetivos entre los sujetos que participan.

La demarcación de las formas de acción, de los niveles de conciencia, de los formatos de organización, de la relación entre lo consciente y lo espontáneo y entre lo institucional y la acción por fuera de lo institucional, nos posibilita encontrar un sentido general del proceso de lucha. A ese sentido general lo denominamos estrategia.¹⁹ En todo proceso habrá más de una estrategia y variables dentro de la estrategia general. Pero lo que buscamos demostrar es que se puede encontrar, entre esas tendencias parciales, una tendencia que explica lo central. Encontrar la tendencia central es clave para comprender la formación de dirigencias obreras, el proyecto político del cuál son expresión y su relación con las bases.

¹⁷ "(...) esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí". C. Marx, *Miseria de la filosofía*, ob. cit., p. 136.

¹⁸ Si bien desarrolla esta idea en varias obras, específicamente lo tomamos de E. P. Thompson, "Algunas observaciones sobre clase y 'falsa conciencia'", en *Historia Social*, n.º 10, 1991, pp. 27-32.

¹⁹ Este concepto lo desarrolla especialmente N. Itigo Carrera, en *La estrategia de la clase obrera 1936*, Buenos Aires, PIMSA-La Rosa Blindada, 2000.

A su vez esas estrategias necesitan de determinadas alianzas sociales, las cuáles tienen directa relación con el proyecto político que dirige el proceso. Siempre que la lucha deviene política se realiza entre fuerzas sociales, las cuáles se conforman a partir de alianzas de clases o fracciones de clases que levantan un programa común. Según cuál interés sea el predominante en el programa podremos evaluar cuál es la clase que hegemoniza esa fuerza social y que le imprime centralmente su estrategia.

Una alianza se hace observable a partir de las acciones que los sujetos desarrollan en el marco de los enfrentamientos, más allá de lo que pueda expresarse en términos de voluntad. Como en toda investigación las alianzas deben estudiarse por lo que se hace y no por lo que los sujetos que intervienen dicen que hacen.²⁰ En este caso esto es aún más importante ya que muchas veces las alianzas se dan más allá (y hasta en contra) de la voluntad de los sujetos que las realizan.

A lo largo de los años que hemos estudiado es posible observar una estrategia mayoritaria entre los trabajadores del noreste del Chubut. Esa estrategia es reformista, expresando los intereses de los obreros en tanto asalariados que viven en dicha región. Por ello suelen avanzar hacia la conformación de alianzas con "sus" respectivos empresarios. Así se conforman alianzas entre obreros y empresarios textiles, entre obreros y empresarios pesqueros, etc.

El modelo de polos de desarrollo instalado tuvo, como elemento central, un discurso que planteaba la comunidad de intereses entre obreros y patrones de la región, cuyo objetivo común era asegurar el "desarrollo de la Patagonia". Esto se reforzaba con la necesidad de mantener la paz social, para no poner en riesgo los planes de promoción industrial.²¹

Estos rasgos hacen que esa estrategia reformista, que para nosotros es mayoritaria también a nivel nacional, presente en la región elementos de menor

²⁰ Que lo central sea lo que se hace y no lo que se dice, no implica que lo que se dice no deba ser valorado. Pero ese aporte se puede valorar desde tener claro lo que objetivamente sucedió, más allá de lo que los sujetos intervinientes buscaban (o decían que buscaban) realizar. Allí podrá observarse quién pudo llevar adelante sus cometidos y quién no, quién fue consecuente con sus planteos y quién logró imponer, en mayor medida, su voluntad a la resultante global del proceso.

²¹ Estos proyectos tenían una incidencia clave de la Doctrina de Seguridad Nacional. Esto se reflejaba, por un lado, en el discurso de la necesidad de "poblar la Patagonia", como región estratégica por su riqueza en recursos naturales y por la hipótesis de conflicto con Chile e Inglaterra. Por otro, retomando teorías elaboradas en Estados Unidos, se proyectaba dividir a una clase obrera que en los núcleos clásicos venía cuestionando puntos fundamentales del sistema, a través de la creación de nuevos centros industriales. No es por azar que tanto la concreción del Parque Industrial Textil en Trelew como la licitación de Aluar para ser instalada en Puerto Madryn, se lanzan en 1971, tras el Viborazo.

confrontación. Sin embargo algunos grupos de obreros van perfilando otra estrategia, que se expresa en la oposición a la conducción de la AOT y la UOM,²² en las tomas de fábricas textiles y plantas pesqueras durante los '90, en los movimientos piqueteros, en la huelga de la pesca del 2005, etc. Es una estrategia que definimos como un reformismo obrero, en oposición a la anterior a la que denominamos reformismo burgués.²³

El reformismo obrero busca quebrar las alianzas con el empresariado (que siempre reservan un lugar subordinado a los obreros, siendo el programa de la patronal el que dirige el proceso) y postula un proyecto que pone en primer término las demandas de la clase. Además busca la unidad con las demás fracciones obreras y la alianza con sectores de la pequeña burguesía.

Esta segunda estrategia se plantea desde diversos grupos y surge con distinta fuerza en cada conflicto importante. Pero en general no logra hegemonizar los procesos, ya que no suelen tener un proyecto que vaya más allá de la lucha. Hay un intento de quebrar lo corporativo y de construir un proyecto que integre a otros sectores de la clase, pero no se logra acumular la fuerza material y moral para construir un programa alternativo con peso social.

Contra el planteo de salir a defender a los empresarios "que invierten en la región", estos trabajadores planteaban la voluntad de unir a los de abajo. La búsqueda de romper con lo corporativo, construir y buscar la unidad de la clase, se constituye como una estrategia alternativa a la dirigencia gremial. Si bien no implicaba romper el reformismo de las demandas, sí permitía ir más allá a partir de generar un programa de la clase en su conjunto.

En cambio el programa defendido por la mayoría de las dirigencias gremiales dejaba la lucha circunscripta a cada fracción obrera, al grupo económico corporativo. En ese estrecho círculo sus intereses parecían igualarse con los de sus patrones: la posibilidad de seguir trabajando estaba en que a "sus" respectivos patrones les fuera bien y no quedaba otra que defender a las patronales como único camino para defender "la fuente de trabajo".

Es en el plano de la lucha donde esas estrategias se hacen más evidentes. En el plano de la teoría y estructurada como un conjunto de propuestas, sí encontramos formulada la estrategia del reformismo burgués que encarna la mayoría de la dirigencia sindical. No así la del reformismo obrero, estrategia

²² Asociación Obrera Textil y Unión Obrera Metalúrgica.

²³ Retomamos aquí a Bela Balvé y Beatriz Balvé, *Acercas de los movimientos sociales y la lucha de clases*, en *Cuadernos de CICOSO*, n° 14, Buenos Aires, 1991. También nos sirvió el aporte de Gustavo Contreras, "El peronismo obrero. La estrategia laborista de la clase obrera durante el gobierno peronista. Un análisis de la huelga de los trabajadores frigoríficos de 1950", en *PIMS* 2005, 2007, pp. 74-127.

que debemos rastrear desde un estudio molecular de los procesos y leyendo la historia a contrapelo.

Ideas inherentes y derivadas

Rudé propone que la cultura popular proviene de dos elementos, de los cuales uno es propio de las clases oprimidas mientras que el otro es adoptado desde la clase dominante.²⁴ Del primer elemento surge una serie de ideas a las que llama “inherentes”, basadas en las tradiciones, en la memoria colectiva. Para él es como la “*leche materna*” de las clases subalternas. Este aporte se manifiesta de forma espontánea, sin lograr desarrollar un sistema de ideas estructurado.

Estas ideas inherentes son claves para comprender el desacople que se manifiesta entre algunas dirigencias sindicales y las bases obreras. Las diferencias muchas veces no se expresan desde lo político, sino desde aspectos culturales. La posibilidad de acceder a otros ámbitos, el compartir costumbres y gustos con otra clase social, va permeando a esa dirigencia que cada vez se parece más en el estilo de vida a la patronal que a los obreros.

El otro elemento que para Rudé constituye la cultura popular, al que denomina ideas “derivadas”, se presenta como un sistema más estructurado de ideas, que parte de lo inherente pero es permeado por ideas provenientes de otras clases. Es el que estructura las visiones más conscientes sobre el proceso histórico, el que da sustento a los programas que elabora e intenta desarrollar la clase obrera.

Así la cultura popular siempre está integrada por elementos propios y externos pero, por su condición de subalternidad, son esos elementos externos los que juegan un papel central en la posibilidad de formular proyectos sistemáticos.²⁵

A lo largo de los conflictos que hemos relevado, vemos que los trabajadores que por sus prácticas proponían un reformismo obrero no logran plasmar esa práctica en un proyecto político alternativo que logre un apoyo mayoritario. Cuando la lucha supera lo económico, y entra en el terreno político-ideológico, se quedan sin herramientas para seguir adelante.

Planteamos como hipótesis que el reformismo obrero opera más como una idea inherente que como una propuesta política alternativa en la clase obrera

²⁴ George Rudé. *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona. Crítica, 1981.

²⁵ El debate acerca de esta temática ha sido central en la historia del desarrollo organizativo de la clase obrera. Para una síntesis de las distintas posiciones véase Paula Klachko. *La forma de organización emergente del ciclo de la rebelión popular de los '90 en Argentina*. Tesis de Doctorado en Historia, UNLP. 2006.

argentina, y le da sustento a esa división muchas veces observada entre la fuerza y combatividad de su organización sindical a nivel de base y las posturas más conciliadoras a nivel de las dirigencias.²⁶ Es la leche materna que hace que el individualismo sea mal visto, que la solidaridad y el compañerismo sean los valores más importantes. Pero esto no se materializa luego en una expresión política y programática concreta.

Si el reformismo obrero opera como idea inherente en la cultura obrera de nuestro país, el reformismo burgués lo hace como la corriente hegemónica, a partir de la fuerza central que tienen las ideas derivadas de la ideología burguesa, expresadas fundamentalmente en la influencia del justicialismo y su propaganda acerca de la posibilidad de una armonía de clases y de la coincidencia de intereses entre patronales y obreros. Así se manifiestan esas formas de conciencia de la clase obrera que aparecen como contradictorias, y que integran en su mismo seno la reivindicación de la posibilidad de una armonía de clases con el reclamo de justicia social y la defensa de los derechos laborales.²⁷

Así el reformismo obrero es capaz de organizar a los trabajadores a nivel de base y en los procesos de lucha sindical, pero esto no se materializa en un programa político distinto al de las patronales. Cuando se pasa al nivel de la discusión programática el reformismo burgués es hegemónico y dirige tras su práctica a la mayoría de la clase.

El “sentido común”

El abordaje de Gramsci complejiza la mirada de Rudé. En varios fragmentos discute qué significa la conformación de un “sentido común” en la sociedad, específicamente para fundamentar el desarrollo de la noción de hegemonía. Busca comprender los complejos procesos a través de los cuáles se construye “... una misma y común concepción del mundo (general y particular, transitoriamente operante –por vía emocional– o permanente, cuya base intelectual está tan arraigada, asimilada y vivida, que puede convertirse en pasión)”.²⁸

²⁶ Véase, entre muchos otros: Adolfo Gilly, “La anomalía argentina. Estado, corporaciones y trabajadores”, en Pablo González Casanova, coord., *El Estado en América Latina: teoría y práctica*, México, Siglo XXI, 1990; Adrián Piva, “El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989 – 2001)”, en *Actas XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Bariloche, UNCo, 2009.

²⁷ Proponemos pensar este concepto de “justicia social” como una combinación del reformismo obrero inherente permeado por la ideología burguesa del justicialismo.

²⁸ A. Gramsci, “El lenguaje, los idiomas, el sentido común”, en www.gramsci.org.ar.

Una concepción del mundo que opera de forma invisible y no cuestionada, ya que casi nunca se hace consciente. A eso se refiere Gramsci, cuando plantea que se convierte en “una pasión”, en un elemento del comportamiento humano que aparece como irracional, como por fuera de toda reflexión intelectual consciente.

Pero obviamente esto es solamente la apariencia. Detrás de esto la realidad es que operan las relaciones de dominación en una sociedad basada en la explotación de clase. A eso hace referencia la noción de hegemonía. Observar el sentido común que se construye y cómo este parte de la hegemonía que logra imponer la clase dominante, es tarea central del investigador que busca comprender los fenómenos de conciencia de las clases sociales, especialmente de aquellas que están en relación de subalternidad.

En el apartado “Relaciones entre ciencia-religión-sentido común”, Gramsci recupera estas reflexiones. Allí observa que un grupo subordinado suele presentar “por razones de sumisión y subordinación intelectuales, una concepción del mundo no propia, sino tomada en préstamo de otro grupo, y la afirma verbalmente, y hasta cree seguirla, porque efectivamente la sigue en ‘tiempos normales’, o sea, cuando la conducta no es independiente y autónoma, sino, como queda dicho, sometida y subordinada”.

Lo que no siempre se da es la conciencia crítica de esta situación. En tanto el sentido común opera como un factor de dominación invisibilizado, para el investigador se trata de construir desde allí la noción de hegemonía; demostrar cómo, a través de ese sentido común, opera la hegemonía de una clase social: “el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de político-práctico, porque implica necesariamente y supone una unidad intelectual y una ética acorde con una concepción de lo real que ha superado el sentido común y se ha convertido —aunque dentro de límites todavía estrechos— en concepción crítica”. El concepto de hegemonía hace visible la dominación y permite por eso la crítica. La crítica a su vez hace posible la transformación práctica.

Quedan debates abiertos. La conceptualización de Rudé suele sufrir la crítica de que esconde una mirada esencialista. Creemos que esto no es así, ya que la construcción teórica de estos conceptos recupera la historia de la lucha de las clases como constructora fundamental de su cultura y sus experiencias.

La perspectiva de Gramsci incluye la posibilidad de que lo no expresado en forma sistemática no sea solamente aquello ocultado por considerárselo peligroso o lo que los sectores subalternos no han logrado estructurar como un conjunto de ideas sistematizadas. Sino que lo no dicho opera, fundamentalmente, como una

forma de dominación invisible.²⁹ El sentido común parecería como el ejercicio clave de la hegemonía, ya que no se hace observable.

¿Dónde se cruzan estos caminos y miradas? Para nosotros el reformismo burgués logra conformar un sistema estructurado de ideas y propuestas, algo que no consigue hacer el reformismo obrero. Por eso decíamos que cuando se llega al nivel de la discusión programática el reformismo burgués es hegemónico, y dirige tras su práctica a la mayoría de la clase. Pero esa hegemonía se sustenta a la vez en lo no dicho. Se basa en el sentido común operante que plantea como única forma posible de organización social al capitalismo. Para hacer viable el pensar un proyecto social alternativo se debe romper ese sentido común. Se trata de hacer visible la dominación de clase, la hegemonía, para que ello nos permita avanzar hacia la crítica y la posibilidad de la transformación práctica.

La organización: sindicatos, asambleas, consejos... ¿partidos?

Son muchas las formas en que la burguesía le pone obstáculos a la posibilidad de que los trabajadores puedan construir un proyecto político propio. Es en el proceso de lucha cuando pueden ser superados. Los enfrentamientos cambian las condiciones y la descorporativización de las demandas llevan a que la lucha pueda tomar un carácter político.

En los conflictos que hemos trabajado es repetida la impugnación de la burguesía a los métodos asamblearios y a la posibilidad de que se unifiquen reclamos. Contra esto se levanta, como única instancia que da seguridad para la negociación, el acordar con los dirigentes. Esta práctica organizativa y de toma de decisiones no es una simple anécdota: es parte del proyecto político que dirige a la mayoría de los trabajadores, que no ve como sujeto a la clase sino a su dirigencia y que pone como única forma organizativa posible al sindicato. Por eso la otra impugnación clásica es a todo lo que supuestamente esté “politizando” el conflicto.

La oposición de la burguesía es a todo lo que pueda llevar la conciencia a un nivel superior al de vendedores de fuerza de trabajo, un nivel superior al de la lucha económica. Sin caer en fetichismos organizativos consideramos que la forma asamblea puede jugar un papel clave en este proceso, ya que es

²⁹ Creemos que esta reflexión puede enriquecerse a partir del debate con algunos trabajos del grupo de estudios subalternos. Específicamente consideramos necesario repensar desde esta dimensión el artículo de Gayatri Spivak. “¿Puede hablar el subalterno?”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, enero-diciembre de 2003, pp. 297-365.

un formato organizativo que busca romper la personificación del ciudadano vendedor de fuerza de trabajo que negocia con el empresario. Idealmente en la asamblea la clase responde como colectivo, como personificación general de los intereses comunes. Por eso la burguesía no admite lo que en general define como “un estado de asamblea permanente” que “hace imposible cualquier tipo de negociación”.³⁰

Sin embargo la asamblea puede jugar este rol sólo en contadas situaciones. En general lo hace en momentos de auge y pierde ese carácter cuando pasa dicha situación. Muchas veces se convierten en procesos de convalidación de decisiones tomadas en espacios de organización más sistemáticos. En otros casos pasan a ser parte de un ritual de grupos que toman como eje de propaganda el funcionamiento asambleario, pero sin que esto garantice la ruptura del corporativismo o el nacimiento de nuevas formas democráticas.³¹

Pese a estos límites, en la asamblea siempre está presente (explícita o implícitamente) el debate sobre las formas de decisión. Contra las decisiones tomadas en forma centralizada y sustentadas en el supuesto conocimiento superior de los dirigentes, otros trabajadores plantean la recuperación de instancias colectivas que puedan romper con los límites de la forma sindicato.

Este debate también incluye el cómo superar la inmediatez que puede aportar la forma asamblea. Cómo desarrollar formas organizativas que puedan sustentarse en el tiempo, que abonen la organización obrera de base pero con una perspectiva superadora de lo sindical. Esta discusión tiene un antecedente muy transitado en la comparación que realiza Gramsci entre sindicatos y consejos de fábrica. Allí destaca que es en los consejos donde “el concepto de ciudadano caduca y es reemplazado por el de compañero”.³² El sindicato se restringe a los límites del obrero como ciudadano, como individuo de la sociedad burguesa.

Adolfo Gilly plantea una mirada semejante: “Mientras la clase obrera tiene que vender su fuerza de trabajo por un salario, necesita el sindicato. Pero éste, hemos visto, no cuestiona el poder de decisión en la fábrica ni la estructura del Estado. Más bien tiende a ser parte normal de esta estructura, como un instrumento de regulación del conflicto entre capital y trabajo. El consejo, en cambio, por su existencia misma constituye un cuestionamiento potencial o

³⁰ Declaraciones de altos funcionarios del gobierno provincial ante la huelga pesquera del 2005. Diario *Jornada*, 20 de mayo de 2005, pp. 16. Ver artículo de mi autoría citado en nota 2.

³¹ Para observar algunos contenidos que pueden tomar la forma asamblea, ver el artículo de Pablo Ghigliani, “Dilemas de la democracia sindical: la Federación Gráfica Bonaerense (1966-1975)”, en Alejandro Belkin, comp., *Relatos de Luchas*. Buenos Aires, Desde el Subte, 2008, pp. 91-115.

³² A. Gramsci, *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*. México, Roca, 1973, p. 38.

actual del poder de decisión del capital y, en consecuencia, indirectamente de su Estado".³³

Por eso para Gramsci es en los consejos donde vive la lucha de clases: "El sindicato es un elemento de la legalidad y se ve obligado a hacerla respetar a sus organizados. El sindicato es responsable de cara a los industriales, como lo es ante sus adherentes; él garantiza la continuidad del trabajo y del salario —esto es, del pan y del techo— al obrero y a su familia. El Consejo tiende, por su espontaneidad revolucionaria, a desencadenar en todo momento la guerra de clases; el sindicato, por su forma burocrática, tiende a no dejar que la guerra de clase se desencadene nunca".³⁴

Decíamos que en las entrevistas casi no aparece la palabra burocracia, pero que es constante la denuncia de las prácticas antidemocráticas de la dirigencia. Especialmente hay una valoración negativa de la dirección en los procesos de lucha. Como lo marcamos, parece claro que juega un papel clave la estructura centralizada de los sindicatos, y la dificultad para hacer algo distinto desde los espacios regionales.

Son coincidentes las historias de la UOM de Puerto Madryn y la AOT de Trelew tras la caída de la dictadura. En la primera elección durante el régimen constitucional ganaron listas que se definían como pluralistas y combativas, siendo en ambos casos reemplazadas por las anteriores conducciones en la siguiente elección.

Pero el fracaso mayor de estas experiencias fue no conseguir modificar el rol político de las regionales de esos sindicatos. Desde una relación de fuerzas que hacía difícil otro resultado, las nuevas conducciones no pudieron romper con la lógica corporativa y la búsqueda de acuerdos con las patronales. No logran superar el marco de la defensa de los trabajadores en tanto vendedores de fuerza de trabajo de una fracción particular de la clase, en una región particular del país. Por eso no consiguen generar procesos de unidad con otros colectivos de trabajadores y menos aún pueden plantearse una lucha en términos más amplios y sostener la posibilidad de dar una disputa también en lo político.

Creemos que aquí se expresa esa indicación de Balvé y Balvé, de lo importante que es saber encontrar: "ese momento del desarrollo de la lucha de clases en donde el sindicato como institución, se constituye en traba al desarrollo del proceso de producción de los obreros como clase social, en su sentido más estratégico. Esa forma institucional, localizada, fijada a la base material, constreñida a los asalariados

³³ A. Gilly. "Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", en *Coyacán Revista Marxista Latinoamericana*, n° 5, 1978, p. 54.

³⁴ A. Gramsci. *Consejos de fábrica*, ob. cit., p. 115.

ocupados, en cierto momento de un proceso más general, se constituye en traba, obstáculo, al intercambio de acciones entre distintas fracciones que componen al conjunto obrero, debiendo ser subordinada a una forma de organización superior ya que el sindicato no contiene ni puede contener a las masas, y éstas lo desbordan”.³⁵

La valoración general es que en la región los sindicatos han caído casi siempre en esa incapacidad de generar lazos entre las distintas fracciones de la clase. Esto se hizo evidente ante la falta de respuestas al proceso de despidos masivos. Los sindicatos no plantean una firme oposición, ya que no logran impugnar el derecho de los patrones a despedir a sus trabajadores. La mayoría de los sindicatos restringen el reclamo a exigir la indemnización, o sea a que se respete la “legalidad”.

La gran burguesía ponía al conjunto de la clase ante la realidad de su situación concreta: que son expropiados de sus condiciones materiales de existencia. Eso se vivenciaba en la desocupación. Para luchar contra esto era necesario otro nivel de conciencia, uno que permitiera formular un proyecto alternativo al del poder, que cuestionara la legalidad del sistema, y para eso ya no servía una conciencia limitada a lo corporativo.

Nuevamente encontramos en las reflexiones de Antonio Gramsci indicaciones claras. Para él: “El sindicalismo organiza a los obreros no como productores, sino como asalariados, es decir, como criaturas del régimen capitalista de propiedad privada, como vendedores de la mercancía llamada trabajo. El sindicato une a los obreros según el instrumento de trabajo o según la materia a transformar, o, dicho en otras palabras, el sindicalismo une a los obreros de acuerdo con la forma que les imprime el régimen capitalista, el régimen del individualismo económico (...) El obrero concibe esa su aptitud no como un momento de la producción, sino como un puro y simple medio de ganar dinero”.³⁶

El sindicato no tiene la capacidad de ser una herramienta de transformación social por sí sola, ya que su accionar se dirige a buscar vender a mejor precio la fuerza de trabajo de un determinado grupo de obreros. En lugar de generar la unidad de la clase, cuando se sostiene un proyecto político que constriñe a la clase a que el sindicato sea su única forma organizativa, se abona esa división: “La naturaleza esencial del sindicato es competitiva; no es, en manera alguna, comunista. El sindicato no puede ser, pues, un instrumento de renovación radical de la sociedad”.³⁷

La estrategia obrera de reformismo burgués deja a los trabajadores como única herramienta organizativa al sindicato. Les restringe la posibilidad de formular un

³⁵ Beba Balvé y Beatriz Balvé, *El 69 Huelga política de masas*. Buenos Aires, RyR-CICSO, 2005, p. 221.

³⁶ A. Gramsci, *Consejos de fábrica*, ob. cit., p. 51.

³⁷ *Ibidem*, p. 37.

proyecto político alternativo, algo para lo cual deberían avanzar hacia otra forma organizativa, expresión a su vez de otro nivel de conciencia.

En el marco de los límites de dicha estrategia nunca se podría avanzar hacia la forma organizativa final que propone Gramsci, la que él postula como el último punto del proceso investigativo sobre los grupos subalternos, y que trata de las formaciones que afirmen la autonomía integral de estos grupos. En el marco de ese proyecto sólo se puede llegar a formaciones propias para reivindicaciones de carácter parcial, o a nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos.

Resolver esta situación con la acusación de “burócratas” o “traidores” inhibe la necesidad de observar que el problema que se tiene por delante es más de fondo. El problema no es que un dirigente sea un burócrata, sino que la mayoría de la clase apoye un proyecto político y una estrategia que no coincide con sus intereses en términos generales, pero sí con los intereses que su grado de conciencia limitada a lo corporativo sindical le permite comprender.

La imposibilidad de observar esto por parte de importantes sectores de la izquierda no es algo menor. Suponer que el único problema es que determinados dirigentes sean burócratas es ocultar el problema de la necesidad de construir un proyecto político alternativo que tenga apoyo de masas. Es ocultar que en nuestra sociedad opera un sentido común que presenta como única opción al capitalismo, y que funciona para que los trabajadores no puedan sistematizar ni siquiera un proyecto sólido de reformismo obrero.

Reflexiones finales

Sabemos que las reflexiones vertidas en este artículo tienen un carácter polémico y, por tanto, necesariamente provisorio. Los temas que abordamos hacen a históricas discusiones sobre las formas de organización de la clase obrera argentina, el papel de los sindicatos, el rol del peronismo, etc.

Conscientes de esto creemos que es necesario profundizar dichos debates. La necesidad de relacionar los niveles de conciencia de las bases obreras con sus direcciones, la formación de estrategias dentro de la clase y la posibilidad que han tenido de constituirse como proyectos políticos sistemáticos, es clave para entender la historia de los trabajadores.

La dificultad para elaborar un proyecto alternativo al que la burguesía ha logrado imponer como hegemónico se condice con los niveles de conciencia de la clase, y se expresa en la estrategia mayoritaria que desarrolla. Esto no quiere decir que el proyecto político que implica una sumisión al dominio de la burguesía sea

seguido en cada uno de sus puntos: la adhesión se da tras pasar por ese tamiz de la cultura popular que transforma aspectos importantes (aunque no esenciales) del mismo.

A su vez se expresa una estrategia alternativa, que logra organizar a los trabajadores a nivel de su lucha sindical pero no lo consigue a nivel de la lucha política. En ese ámbito el dominio de la ideología burguesa hoy parece difícil de confrontar.

Pensar que el problema se reduce a la dirección sindical expresa una grave incompreensión. Suponer que las dificultades de la clase obrera argentina para construir un proyecto alternativo al capitalismo se limita a la necesidad de "acabar con la burocracia sindical" o de hacer llegar a "nuevos dirigentes democráticos", es no salir de los límites del sindicalismo. Es otra expresión de que el problema es más grave y hace a la conciencia de la clase, algo que se refleja en estas posturas de las corrientes de izquierda más numerosas en nuestro país.

Ni siquiera se comprende que el hecho de que exista (y pueda seguir existiendo) una dirigencia burocrática sin que esto provoque el rechazo absoluto de la base, es expresión de una problemática mayor. Volvemos a Gramsci: "En todo caso es preciso poner de relieve que las manifestaciones morbosas de centralismo burocrático han ocurrido por la deficiencia de iniciativa y de responsabilidad existente en la base, vale decir, por el primitivismo político de las fuerzas periféricas".³⁸

Pero la profundidad del conflicto va aún más lejos. En el apartado "Algunos aspectos teóricos y prácticos del economismo", Gramsci plantea: "Diferente es el caso del sindicalismo teórico en cuanto se refiere a un grupo subalterno al que con esta teoría se impide convertirse alguna vez en dominante, desarrollarse más allá de la fase económica corporativa para elevarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y dominante en el Estado. (...) Es innegable que en tal movimiento la independencia y la autonomía del grupo subalterno que se dice expresar son sacrificadas a la hegemonía intelectual del grupo dominante (...) Se excluye la transformación del grupo subordinado en grupo dominante (...)".³⁹

Decir esto es afirmar que cuando la mayoría de la izquierda argentina se queda anclada en esta dimensión del problema lo que está dejando de lado es el problema de la hegemonía. Se mantiene en el plano del sentido común dominante, de la hegemonía invisibilizada. O, para decirlo aún más claramente, es continuar con ese viejo estigma de la izquierda argentina que hace que nada esté más alejado de sus preocupaciones que el problema del poder.

³⁸ A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, ob. cit., p. 92.

³⁹ *Ibidem*, p. 40.

Resumen

Buscamos avanzar en el conocimiento del proceso de luchas en la región noreste de Chubut. En ese camino se nos ha planteado el problema de las relaciones entre bases obreras y dirigencias. Este debate se traduce al de las estrategias que se hace posible observar a partir de los enfrentamientos sociales. El otro eje será abordar la discusión acerca de la relación entre los proyectos políticos en disputa y el tipo de organización necesario para llevarlos adelante. La intención es repensar la clásica discusión sobre el sindicato y su posible constitución en obstáculo al desarrollo político de la clase.

Palabras claves: Organización Obrera; Sindicatos; Dirigencias; Estrategia; Poder.

Abstract

We seek to advance knowledge about the process of struggle in the northeastern region of Chubut. In this way we have raised the problem of relations between workers bases and leaderships. This debate is translated into strategies that may be possible to observe from the social confrontations. The other axis will approach the discussion about the relationship between political projects in dispute and the type of organization needed to carry them forward. The intention is to rethink the classic discussion about the trade unions and its possible constitution in an obstacle to the political development of the class.

Key words: Worker's Organization; Trade Unions; Leaderships; Strategy; Power.

Entre la fragmentación de los trabajadores y los negocios propios (o sobre qué se sostiene la actual burocracia sindical)

Paula Varela¹

“Yo a Moyano lo banco, a pesar de su pasado”, me escribió un compañero kirchnerista que siempre se reivindicó “nacional y popular”, en el medio de un intercambio de mails sobre la contundente afirmación de Hebe de Bonafini acerca de la colaboración de Hugo Moyano con la Triple A.² Primero me tomé un tiempo para salir de la sorpresa por la naturalidad con que había escrito “a pesar de su pasado”, teniendo en cuenta que hablar de la Triple A es hablar de decenas de activistas sindicales y militantes políticos asesinados entre el 1973 y 1976,³ y teniendo en cuenta también que ser kirchnerista hoy en Argentina requiere, al menos discursivamente, defender los DDHH (y sobre todo si refieren al pasado y no al presente). Repuesta de la sorpresa, me ocupé de averiguar en qué ideas o datos empíricos se sostenía este “aguante” a Moyano. “Mirá cómo los tiene a los camioneros, con uno de los mejores convenios colectivos a nivel salarial, de las mejores obras sociales y encima se anima a provocar con la amenaza de construir un hotel sindical en Punta del Este, territorio de oligarcas, si los hay”. Así se resumía la argumentación del apoyo incondicional al sindicalista que hoy es el principal sostén del gobierno kirchnerista. Esa fue la segunda vez que escuché, en boca de un militante afín a posiciones que podrían considerarse de izquierda, una reivindicación del líder de la CGT (la primera vez había sido en boca, ni más ni menos, que de uno de los representantes del “sindicalismo de base” en lo que nunca se supo si era un chiste o una afirmación controversial).

En este artículo propongo analizar qué significa defender a Moyano, para intentar aportar a la reflexión sobre el papel y significado actual de la burocracia sindical.

¹ UBA-CONICET, Instituto de Pensamiento Socialista “Karl Marx”. Email: lavarela01@yahoo.com.ar.

² Véase <http://www.tvpts.tv/spip.php?video=1483>

³ Véase Andrea Robles “La Triple A y la política represiva del gobierno peronista (1973-1976)”, en Ruth Werner y Facundo Aguirre *Insurgencia obrera en la Argentina. 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, IPS, 2007.

La unión hace la fuerza

Richard Hyman, en su libro *El marxismo y la sociología del sindicalismo* toma, como punto de partida para una discusión marxista sobre la organización sindical (sus potencialidades y sus límites) la afirmación de Engels acerca de que “lo que da importancia real a estas asociaciones, y a los turn-outs que de ellas provienen, es que son la primera tentativa de los obreros para anular la competencia. Se han convencido de que el dominio de la competencia de los obreros entre sí, es decir, el fraccionamiento del proletariado, depende de la oposición entre obreros aislados. Y porque ellos [los sindicatos] se vuelcan parcialmente contra la competencia, contra la forma de vida del moderno orden social, resulta que son tan peligrosos para este orden. El obrero no puede atacar a la burguesía, y con ella a la organización social existente, en un punto más ulcerado”.⁴ Siguiendo esta misma línea argumental, Hyman agrega una cita del Manifiesto Comunista de Marx en la que dice “a veces los obreros triunfan; pero es un éxito efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros”.⁵

Esta función sustancial del sindicato (la de superar la instancia de enfrentamiento de los obreros entre sí y del obrero individual con el patrón, y transformarla en enfrentamiento del colectivo de clase) está directamente ligada a una discusión central sobre la burocracia sindical en la actualidad: la que hace al papel jugado por las cúpulas sindicales como garantes, ya no de unidad, sino por el contrario, de división del movimiento obrero y consolidación de capas a su interior que faciliten la generación de intereses contrapuestos en la clase obrera.⁶ Lenin se refería a este proceso y al sector privilegiado dentro de los trabajadores como “esa capa de obreros aburguesados o la ‘aristocracia obrera’, enteramente pequeñoburguesa por su género de vida, por la magnitud de sus salarios y por toda su concepción del mundo, es (...) hoy día, el principal apoyo social (no militar) de la burguesía”.⁷

⁴ Richard Hyman, *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, México, Era, 1978, p. 14.

⁵ *Ibidem*, p. 18.

⁶ Ya en Engels y Marx está la idea de que los sindicatos no representan al conjunto de la clase obrera sino a una minoría aristocrática de obreros privilegiados, atribuida a que Inglaterra es la nación de mayor desarrollo burgués, motivo por el cual puede desarrollar (en forma transitoria) una aristocracia obrera (un “proletariado burgués”). Al respecto, dice Lenin: “Hay que señalar que en Inglaterra la tendencia del imperialismo a dividir a los obreros, a fortalecer el oportunismo entre ellos y a causar una descomposición temporal en el movimiento obrero, se manifestó mucho antes de fines de siglo XIX y comienzos del XX. Pues a mediados del siglo XIX se observaba ya en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: vastas posesiones coloniales y monopolio sobre el mercado mundial”, en *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Buenos Aires, Polémica, 1974, p. 131.

⁷ *Ibidem*, p. 131.

Ligada a la generalización del capital monopolista,⁸ la política burguesa de consolidación de una aristocracia obrera introdujo una novedad en relación a la fragmentación de la clase obrera, constituyendo un sector privilegiado y por ende conservador, en la medida en que alentaba un doble proceso: por un lado, y en base a la propia experiencia cotidiana de progreso o ascenso social de este sector, reforzaba toda visión armónica de la relación entre capital y trabajo; por otro, naturalizaba también la división (y competencia) entre sectores claramente diferenciados de la clase obrera. Aquí, lo importante a destacar es que la conformación de un sector de trabajadores privilegiados (siempre en relación con el conjunto de trabajadores) no es la expresión “natural” de la heterogeneidad propia de la clase obrera, sino que es una política determinada de los capitalistas que requiere, necesariamente, la colaboración de direcciones sindicales para ser llevada a cabo.

Si bien este proceso es propio de los países centrales, en la medida que una de las claves para la formación de la aristocracia obrera reside en la capacidad de las burguesías de dichos países de otorgar “beneficios” a los trabajadores gracias al saqueo de las naciones oprimidas, se extiende, sin embargo, de un modo particular (degradado) a los países periféricos dando a luz sectores de trabajadores, generalmente ligado a las empresas multinacionales de capital extranjero, que constituyen “una especie de aristocracia obrera” de estos países. Y que reproducen, también de manera degradada, las dos características principales de la aristocracia obrera. En primer lugar sus altos salarios (y en general, calificación) lo que los acerca a un estilo de vida (tanto económico, cultural como social) de clase media. En segundo lugar, su carácter de base de apoyo de la cúpula sindical, en la medida en que es esta cúpula la que opera como mediación para garantizar estos privilegios. Es decir, la cúpula sindical opera beneficiando al capital en la

⁸ Trotsky complementa el análisis de Lenin sobre la creación de una aristocracia obrera en la fase de capitalismo monopolista, con un análisis acerca de la modificación en la relación entre los sindicatos y el Estado. La tesis central al respecto es que, dada la creciente concentración y centralización del capital, y la cada vez mayor relación de la burguesía centralizada con el Estado, las organizaciones obreras se veían impelidas o bien a una política de ruptura con el Estado, o bien a buscar su fuerza de negociación en su vínculo con el Estado nacional profundizando el proceso de subordinación de los sindicatos a la tutela estatal. “De ahí la necesidad que tienen los sindicatos —mientras se mantengan en una posición reformista, o sea de posiciones basadas en la adaptación a la propiedad privada— de adaptarse al Estado capitalista y de intentar cooperar con él. A los ojos de la burocracia sindical, la tarea principal es la de “liberar” al Estado de sus compromisos capitalistas debilitando su dependencia de los monopolios y atrayéndolo a su favor. Esta actitud armoniza perfectamente con la posición social de la aristocracia y la burocracia obreras, que luchan por obtener una migajas de las superganancias del imperialismo capitalista”. Véase Trotsky, *Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios*, Buenos Aires, IPS, 2009, p. 126.

medida en que debilita al conjunto de los trabajadores, dividiéndolos (o más precisamente garantizando y legalizando su división); al tiempo que opera también beneficiando a una fracción minoritaria de trabajadores que se transforma en base de apoyo de esta cúpula sindical.

Si uno de los rasgos centrales del sindicato como instrumento de poder de la clase obrera es su capacidad de unir lo que el capital divide, cualquier política de fragmentación y creación de capas internas a los trabajadores, no puede sino debilitar este poder de la clase obrera, aunque fortalezca a una fracción y sobre todo a la mediación en sí misma, es decir a la dirección sindical en cuestión. Esto último es lo que permite hablar abiertamente de *burocracia sindical* en la medida en que la política de la cúpula sindical desplaza la función del sindicato de “instrumento” de poder de la clase obrera, a instrumento de “beneficios” de un sector de la clase obrera, y debilitamiento del conjunto, y por supuesto, beneficios de los funcionarios sindicales como mediadores necesarios.

Hablar hoy de “una especie de aristocracia obrera” en Argentina puede parecer un contrasentido, y en cierta medida lo es en función de la actual situación de los trabajadores en la que, por poner un ejemplo, el 70% no alcanza a cubrir la mitad de la canasta familiar.⁹ Pero lo que no resulta en absoluto un contrasentido y mucho menos algo anacrónico, es la pregunta por las divisiones actuales de la clase obrera y el rol jugado por las cúpulas sindicales al respecto. Dicho de otro modo, y volviendo al diálogo que dio inicio a este artículo, para que Moyano “tenga así a los camioneros”, ¿qué tiene que garantizar en relación al resto de la clase obrera?

Custodios de la restauración conservadora

Suele afirmarse en algunos ámbitos académicos o militantes que la actual reactivación de la vida sindical expresada en la firma de numerosos Convenios Colectivos de Trabajo (CCT), negociaciones paritarias, y un inobjetable protagonismo de las cúpulas sindicales (particularmente de la CGT) en la vida política nacional, es, de por sí, la manifestación de una reversión de la pérdida de derechos sufrida durante la década del noventa. Sin lugar a dudas, esta reactivación sindical permite destacar una diferencia de importancia respecto de la década pasada: el crecimiento del empleo (post devaluación) lo que marcó un corte con las tasas de más 20% que primaron a inicios de los 2000. Además, vuelve más evidente la refutación empírica de las teorías (de diverso tipo y proveniencia)

⁹ Fuente: Encuesta Permanente de Hogares (EPH).

sobre el fin de la clase obrera, de sus formas de lucha, o de sus organizaciones (aunque la revisión de estas teorías no ha sido aún suficientemente abordada en las ciencias sociales).

Sin embargo, si se observan las condiciones sobre las que se despliega este protagonismo de la conflictividad sindical y de las cúpulas sindicales en la escena nacional, esa reversión mentada se transforma más bien en el mantenimiento (y en algunos casos, la profundización) de la precarización y flexibilización laboral dejados por la década del noventa en nuestro país. Vamos a referirnos, brevemente, a tres elementos que consideramos cruciales para determinar el grado de fragmentación de la clase obrera en que se sostiene el aumento de protagonismo de las direcciones sindicales en el modelo kirchnerista hegemonizado por el liderazgo de Hugo Moyano frente a la CGT.

En primer lugar, lo que hace a las divisiones entre trabajadores no registrados, trabajadores precarios y trabajadores estables. La falta de credibilidad de las estadísticas oficiales hace sumamente complejo un análisis de la situación del mercado laboral en profundidad. Sin embargo, hay coincidencias en afirmar que en la actualidad la tasa de trabajo no registrado (en negro) se encuentra entre el 36 y el 40% aproximadamente. Es interesante observar aquí que la tasa de trabajo en negro en la década del '80 era del 25% y ascendió abruptamente al 40% hacia el final de la década del noventa. Es decir que en la actualidad la tasa de trabajo en negro es similar a la de finales de la década del noventa luego de las contrarreformas neoliberales. Claudio Lozano en un informe sobre el mercado laboral realizado por la CTA en 2008, analiza una serie de variables que complementa el cuadro de situación de precariedad laboral.¹⁰ En primer término, incluye dentro de los trabajadores que "padecen algún signo de degradación de su inserción laboral" a aquellos cuyos contratos son temporarios, como así también a los asalariados y cuentapropistas cuyos ingresos están por debajo de la línea de pobreza. "Así, considerando el conjunto de estas categorías, la precariedad laboral afecta al 58,7% de la fuerza laboral".¹¹ A su vez, el informe destaca el elevado nivel de trabajadores que, estando ocupados, buscan otro trabajo, ubicando (al primer trimestre de 2007) la presión sobre el mercado laboral en un 27,8% de la PEA. Por otro lado, evalúa también la existencia de trabajadores ocupados que desean trabajar más pero no demandan (no buscan),

¹⁰ Lamentablemente, las investigaciones realizadas por la CTA no han redundado hasta el momento en una política distintiva contra la precarización laboral en aquellos sectores (como estatales) en que esta central es relativamente fuerte.

¹¹ Claudio Lozano *et. al.*, "Sin mucho que festejar: radiografía actual del mercado laboral y las tendencias post-convertibilidad". Informe del Instituto de Estudios y Formación, CTA, mayo de 2008, p.11.

a partir de lo cual prácticamente el 34,5% de la PEA esté disponible (desea trabajar más) lo que representa un marcado grado de insatisfacción laboral de un espectro significativo de la fuerza laboral. A este elemento, el informe de la CTA agrega otro factor que indaga también sobre el grado de insatisfacción laboral actual: la cantidad de horas trabajadas. Según detalla, en la actualidad el promedio de horas trabajadas es de 12 horas, habiendo una variación entre los trabajadores no registrados —que estarían realizando jornadas promedio de 12,5 horas diarias— y los registrados —cuya jornada estaría situada en 11,7 horas de trabajo promedio—. ¹² Aquí es interesante observar también que, como contrapartida a la sobreocupación, el 9,1% (1.515.728 personas) de la PEA está subocupado, es decir, son trabajadores ocupados que trabajan menos de 6 horas y desean trabajar más. Si se suman los trabajadores desocupados y los subocupados, resulta que el 16,6% de la PEA presenta algún problema de ocupación.

Estos números se traducen en condiciones de trabajo y de existencia sustancialmente diferentes, que muchas veces conviven en un mismo establecimiento laboral. Ese es el caso de cientos de fábricas o establecimientos de servicios en los que un alto porcentaje de los trabajadores que cumple funciones semejantes o idénticas al resto, están bajo un convenio laboral que establece condiciones salariales y de trabajo más precarias.

En segundo lugar, queremos destacar como fuerte factor de fragmentación del colectivo de clase las diferencias salariales que devienen de los diversos grados de precarización laboral. En este campo, vemos que “en 1998 el sector ‘formal’ tenía ingresos un 20,3 % por encima del promedio de ingresos del conjunto. En 2006 este porcentaje se encontraba en un nivel levemente superior, un 22,3%. En lo que hace al sector ‘informal’, recibía en 1998 ingresos un -34,2% inferiores al promedio, una cifra que se amplió en 2006 hasta el -40,4%. Por el contrario, los ocupados del sector ‘público tradicional’ tenían en 1998 ingresos un 18,7% por sobre el promedio y en 2006 vieron una ampliación de este porcentaje al 27,7%”. ¹³ Si miramos las diferencias salariales en su conjunto, encontramos que el promedio de salario de los trabajadores ‘no registrados’ (en negro) representa hoy la mitad del de los registrados. ¹⁴

Del mismo modo que es inobjetable que el crecimiento económico basado en la devaluación de 2002, y el consecuente crecimiento del empleo, concentrado en la industria manufacturera y la construcción, significó un corte abrupto con

¹² Ibidem, p. 12

¹³ Christian Castillo y Fredy Lizarrague. “Hacia el fin de un ciclo”, en Revista *Lucha de Clases*, No. 8, junio 2008, p.16.

¹⁴ En base al INDEC.

un aspecto de la situación previa: la desocupación masiva a tasas mayores al 20%; también lo es, que no sucede lo mismo en relación a la calidad del trabajo o, dicho en otros términos, a las exigencias y recompensas que trabajar implica. En este otro aspecto, el corte con la situación previa no es tal. Por el contrario, el crecimiento de la ocupación de 2003 en adelante se desarrolló *sobre las bases del mantenimiento de las condiciones de ocupación conquistadas por los empresarios en la década del noventa*, específicamente en la segunda mitad. Estas condiciones están signadas por la flexibilización y la precariedad laboral que se expresa en el mantenimiento de los contratos temporarios, la jornada de trabajo en alrededor de las 12 horas promedio, el trabajo en negro y el salario real de una parte importante de los trabajadores, por debajo de la línea de pobreza.¹⁵

En tercer y último lugar, un elemento central para el análisis de la fragmentación entre trabajadores es el que refiere a los niveles de sindicalización. Según la Encuesta de Indicadores Laborales,¹⁶ únicamente el 37% de los trabajadores privados registrados en el país están agremiados. Sin embargo, si se tiene en cuenta que dicha información proviene de un universo delimitado a los trabajadores registrados, la tasa real de sindicalización es sustancialmente menor. Si miramos estas cifras más detalladamente, encontramos dos cuestiones interesantes. En primer lugar, que sólo un 56% de las empresas cuenta con al menos un trabajador afiliado a un sindicato, lo que significa que en casi la mitad de las empresas del país los trabajadores, no sólo no tienen delegados sino que tampoco están afiliados a ningún sindicato. En segundo lugar, que la tasa de afiliación de los trabajadores registrados es notablemente menor (11 puntos porcentuales) en el conurbano

¹⁵ En lo referido a las diferencias y continuidades respecto de la década del noventa, resulta de especial interés el análisis de los CCT firmados entre 2003 y 2007 que realizó Ambruso *et. al.* (en el marco del Observatorio del Derecho Social de la CTA). Allí se compara las cláusulas de flexibilización laboral (relacionadas con las condiciones de trabajo) incorporadas en los CCT de este período, con las incorporadas en los CCT homologados entre 1991 y 1999. Tomadas de conjunto, el análisis de las cláusulas flexibilizadoras de los actuales convenios colectivos permiten concluir que, *lejos de una reversión de las condiciones de trabajo flexibilizabilizadas que fueron legalizadas en la década del noventa, lo que se encuentra es una tendencia a su continuación*. Los nuevos CCT mantienen el carácter flexibilizador tanto en lo que hace a la jornada de trabajo como lo que hace a la organización del trabajo. Véase, Ambruso *et al.*, "La negociación colectiva 2003-2007. Un estudio comparativo con el período 1991-1999, en particular sobre la regulación de la jornada y organización del trabajo", Documento de Trabajo del *Observatorio del Derecho Social CTA*, Buenos Aires, 2008.

¹⁶ La EIL es una encuesta permanente (con frecuencia mensual) realizada por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social desde 1998, en cinco conglomerados urbanos del país: Gran Buenos Aires, Gran Rosario, Gran Córdoba, Gran Mendoza y Gran Tucumán. Véase David Trajtemberg *et al* "Encuesta de Relaciones Laborales", ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, 2005.

bonaerense que en el interior del país, siendo del 34,9% en el GBA, y 46,2% en el interior del país, lo que hace suponer que el conurbano bonaerense concentra un muy alto porcentaje de trabajo desindicalizado. Cuando las direcciones sindicales operan como mediaciones estatales lo hacen en representación legal de menos de la mitad de los asalariados. Dicho de otro modo, más del 50% de la fuerza de trabajo está hoy fuera de la representación legal.

Estos datos implican una situación de alta indefensión para la gran mayoría de los trabajadores en Argentina que pone en duda la tesis, sostenida por diversos analistas, acerca de la sinonimia entre crecimiento del empleo y crecimiento de su calidad, lo que Marta Novick designa como el desempeño “virtuoso” tanto en materia de cantidad como de calidad del empleo.¹⁷ Lo que aparece es más bien un desfase entre cantidad y calidad, o dicho más precisamente, un aumento de la cantidad sobre el mantenimiento (e incluso profundización en ciertas áreas) de la calidad de precarización de la situación de los asalariados basada en las divisiones extremas (que en el caso de los trabajadores en negro llega a la individualización de la relación laboral) y ausencia de la representación sindical para la mayoría de los trabajadores. Eso explica que, con crecimiento económico récord y crecimiento del empleo de alrededor de 4 millones de nuevos puestos de trabajo, la participación de los asalariados en el ingreso haya pasado del 31% en 2001 al 28% en 2007.¹⁸

Esta estrategia de la burguesía de debilitamiento de los trabajadores vía fragmentación no es un invento ni argentino ni actual. Sin embargo, los niveles inéditos a los que llegaron las contrarreformas neoliberales en este campo, pero sobretudo su mantenimiento en la actualidad, vuelven insostenible toda visión ingenua sobre la responsabilidad de las direcciones sindicales. La frase “mirá cómo tiene a los camioneros”,¹⁹ utilizada como defensa del dirigente de la CGT Hugo Moyano, adopta entonces nuevo significado. Esta afirmación es la aceptación, con más o menos conciencia, del abandono del objetivo básico de los sindicatos de constituirse en contratendencia de la fragmentación a la que el capital somete a la clase obrera. En definitiva es, la aceptación de *la transformación de las direcciones sindicales en partícipes responsables de la fragmentación del colectivo*

¹⁷ Véase Marta Novick “¿Emerge un nuevo modelo económico-social? El caso Argentino 2003-2006”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 11, n° 18, 2006.

¹⁸ Véase Eduardo Basualdo “La distribución del ingreso en Argentina y sus condicionantes estructurales” en *Derechos Humanos en Argentina, Informe anual*, CELS, 2008.

¹⁹ Es importante destacar que el protagonismo de Hugo Moyano en el entramado del sindicalismo argentino está relacionado con el peso estratégico que cobró el sector del transporte automotor de mercancías, luego de las privatizaciones y desguace de la red ferroviaria en nuestro país. El análisis de ese proceso excede los objetivos de este artículo.

de clase (como han sido claramente denominados “gordos” en la década del 90) y/o en custodios responsables de su continuidad en la actualidad (como es el caso de la dirección moyanista).²⁰ Es decir, es la aceptación del sindicato ya no como herramienta de poder de los obreros sino como herramienta de consolidación de una de las estrategias centrales de la burguesía, a través de la conformación de una minoría de trabajadores “con salarios dignos y promesas de hoteles en Punta de Este”, que se sostiene sobre la base de una mayoría sin derechos y sin promesas, una mayoría negada en su calidad de trabajadores. Sobre esta negación son sumamente ilustrativas las declaraciones del Secretario General de la CGT, Hugo Moyano, sobre los despidos de 2008 en la industria automotriz cuando afirmó que “en algunos casos no se ha convocado al personal eventual”.²¹ Lejos de la retórica sobre la “dignidad” y la reivindicación de los derechos de los trabajadores de los actos, los trabajadores contratados de las automotrices y autopartistas (los dos sectores que sufrieron con mayor fuerza la ola de despidos en 2008-2009 producto de la crisis internacional), pasaron a denominarse “personal eventual” y su despido, pasó a denominarse “no convocatoria”, haciendo primar la libertad de las patronales para “convocar” o “no convocar” por sobre los derechos laborales de los trabajadores. Ni dignidad ni derechos para los contratados.

Por los servicios prestados

En los análisis acerca de las modificaciones sufridas en los sindicatos en la década del noventa, predomina una visión extendida que tiende a analizar las políticas sindicales (de la denominada CGT oficialista, el MTA –o CGT disidente– y la CTA) como diversas *reacciones* ante las modificaciones en el mundo del trabajo a nivel de mercado de trabajo, por un lado; y a nivel de las formas de organización y control laboral, por el otro. A nivel de la estructura sindical nacional, el hincapié está puesto en las medidas desregulatorias del Estado que afectaron la negociación colectiva y de este modo quitaron poder de negociación a los sindicatos; a nivel de las empresas, en las modificaciones en la organización del trabajo y en la tecnología con una fuerte política de individuación del trabajador de forma tal de lograr la identificación con la empresa y no con el sindicato. Estos dos elementos serían, en estos planteos, los centrales para comprender el debilitamiento de la

²⁰ A este respecto, si bien la CTA ha tenido históricamente una retórica contra la precarización laboral (al igual que contra el desempleo), en cuanto a sus políticas en aquellos gremios en los que es fuerte, no presenta diferencias sustanciales respecto de la CGT.

²¹ *Crítica de la Argentina*, 12.11.2008

organización sindical y, en relación a los aspectos más subjetivos, la denominada crisis de representatividad en tanto crisis de identificación y adhesión de los trabajadores hacia la organización sindical. En este sentido, desde el "sindicalismo empresario" hasta el denominado "nuevo sindicalismo" (atribuido a la CTA) es visto como el abanico de respuestas posibles a este cambio producido desde el Estado y las patronales.

Sin devaluar la importancia de estos factores (transformaciones en el mercado de trabajo y nuevas estrategias patronales de disciplinamiento), la traslación mecánica entre estos factores y la denominada crisis de representatividad sindical, deviene en un grave error. En primer lugar, porque tiende a quitar responsabilidad a las propias direcciones sindicales atribuyendo el retroceso en los derechos laborales, a la imposición "objetiva" de las modificaciones estructurales. Lo cierto es que, si bien pueden encontrarse diferentes y disímiles estrategias por parte de las cúpulas sindicales, la dirigencia sindical dominante avaló en sus propios sindicatos y en su relación con el capital los preceptos neoliberales limitando las perspectivas de acción a simples gestores del descontento y oteando su futuro, sólo vislumbraron delinear sindicatos de corte empresarial que permitiera autonomizar su supervivencia a los destinos de sus representados. De allí que, a la luz de los hechos, el proceso de debilitamiento de la clase obrera (a través de la pérdida progresiva de derechos), y el proceso de debilitamiento de las cúpulas sindicales, no resultan dos procesos ni idénticos ni paralelos. Por el contrario, el achicamiento de la base social de los sindicatos (por la precarización, flexibilización y desindustrialización que mencionamos arriba) operó con el contrapeso sustancial del manejo de los fondos millonarios de las obras sociales por parte de las direcciones, lo que habilitó todo tipo de negocios para las cúpulas sindicales, y la oferta de una gama de servicios a los afiliados.

Este predominio de la oferta de "servicios" como núcleo de la actividad sindical ha sido atribuido en general, básicamente, a lo que se denominó "el sindicalismo empresario" (los denominados "gordos" de la CGT oficialista durante los 90). Sin embargo, es una tendencia que excedió ese sector de sindicalistas y se introdujo como lógica de acumulación de poder de los dirigentes sindicales en general y como lógica de "fidelización" de la minoría de afiliados correspondientes.

Para muchos autores esta estrategia de "refugiarse" en la propia estructura sindical, fue la única opción posible para preservar las instituciones sindicales, y en esa medida, preservar cierta fortaleza de la clase obrera. La actualidad nos permite ver con mayor claridad lo intencionado de esas interpretaciones. Hoy, que las condiciones de crecimiento económico y del empleo permitirían, sin lugar a dudas, romper esa "lógica de acumulación" que autonomiza la organización sindical del destino de sus trabajadores, nos encontramos, sin embargo, con un doble proceso. Por una parte, como hemos dicho más arriba, las negociaciones colectivas

mantienen los niveles de precarización y flexibilización del empleo de los noventa; por otra, el proceso de consolidación de sindicatos de servicios con impronta empresarial (que tuvo su salto cualitativo con las privatizaciones de la década del noventa) continúa hoy ampliamente. Para poner un ejemplo, el propio Hugo Moyano que encabezó el ala disidente de la CGT de los noventa, ha sumado recientemente a las empresas controladas junto con sus familiares, la ART "Caminos Protegidos Aseguradora de Riesgos del Trabajo", que se suma a la empresa de seguros para automotores homónima, a la constructora ANCORA y a la gerenciadora de la obra social de camioneros IARAI S.A. Más aún, ha sido bajo el gobierno kirchnerista que el achicamiento de la base de representación de los sindicatos (dado el mantenimiento de las condiciones de precarización de los noventa) encontró una nueva forma de compensación (no de reversión): las llamadas "contribuciones voluntarias", es decir, el descuento compulsivo de la cuota sindical a los trabajadores independientemente que estén o no afiliados al sindicato.

Este predominio de los sindicatos de servicios no es independiente del proceso de fragmentación de la clase obrera. Por el contrario, la consolidación del sindicalismo de servicios es la *política complementaria* de la consolidación de la fragmentación e individuación de la clase trabajadora. Ambas conducen a que el horizonte de organización de la clase como tal se diluya, primero, en la experiencia cotidiana en los lugares de trabajo y fuera de ellos de la división entre diferentes condiciones de trabajo, salario y sindicalización, es decir, condiciones de vida. Luego, en la experiencia cotidiana de la pertenencia al sindicato como dador de servicios. En ambas experiencias lo que prima son las tendencias contrarias a la percepción de la pertenencia al colectivo de la clase obrera, a lo que Marx llamó "la unión cada vez más extensa de los obreros".

Por último, y de vital importancia para el debate sobre la burocracia sindical, resulta muy interesante el análisis que realiza Richard Hyman sobre la relación entre la concepción del sindicato como prestador de servicios, la naturalización de la eficacia como criterio de evaluación de la política sindical y la democracia sindical.²² Vale aclarar que, dado que Hyman escribe en la década del 70 no se refiere a la prestación de servicios ligada a la empresarización de los sindicatos, sino a la concepción y práctica sindical según la cual las condiciones de trabajo e incluso las mejoras salariales son "servicios" que el sindicato otorga en mayor o menor grado según sea su eficiencia en la negociación con la patronal. Esto es muy interesante para pensar la actualidad en la medida en que permite establecer una línea de continuidad entre el sindicalismo empresario (al que Basualdo denomina la fase superior de la burocracia) y el sindicalismo que sin ser empresario, basa

²² Véase Richard Hyman, *Relaciones industriales. Una introducción marxista*, Madrid, Blume, 1981.

su práctica exclusivamente en la obtención de reivindicaciones cual si fueran “prestaciones” para sus afiliados. Dice Hyman, “Esta cuestión [de la satisfacción de los afiliados] puede relacionarse con un tema tratado previamente en este capítulo: la extensa preocupación por la eficiencia como principal piedra de toque de las relaciones de control en los sindicatos. El argumento habitual es, en esencia, que los dirigentes que tienen relativa libertad para poner en práctica sus propias opiniones puede dirigir los asuntos del sindicato con mayor eficacia, y por tanto proporcionar mejor servicio a sus afiliados. En consecuencia, puede esperarse que éstos aprueben el resultado de la toma de decisiones sindical, incluso aunque ejerzan poco o ningún control sobre el propio procedimiento (...) Una debilidad fundamental de este enfoque es que el significado de la eficacia pocas veces se considera expresamente. El concepto de eficacia es aplicable con propiedad sólo cuando consideramos métodos o técnicas, costes y beneficios relativos de distintos medios utilizables para lograr un fin u objetivo dado. De ello se sigue que nada sensato se puede decir acerca de la eficacia de cualquier procedimiento hasta que no se haya especificado el objetivo, y se sepa qué se va a contabilizar como costes y beneficios (...) ¿Cuáles son entonces los objetivos del sindicalismo? Si los sindicatos son instrumentos de poder para la clase obrera, elementos de una estrategia para ejercer control sobre su entorno de trabajo hostil, de ellos resulta que su finalidad debe definirse en términos de las aspiraciones de sus miembros. Tanto si la democracia sindical es un método eficiente para lograr los objetivos sindicales, como si no, la separación entre democracia y formulación de esos objetivos subvierte la verdadera razón fundamental del sindicalismo”.²³

Conclusiones

La restauración conservadora de los noventa dejó, como secuelas en la actualidad, cúpulas sindicales que offician de custodios de una fragmentación de los trabajadores que el neoliberalismo llevó al paroxismo, y de gestores (cuando no, directamente de capitalistas) de empresas de servicios que transforman a los trabajadores en “clientes”. Ambas características constituyen la forma en que hoy se expresa el núcleo central del concepto de burocracia sindical: la autonomización de las direcciones sindicales respecto de los trabajadores. El enriquecimiento de estos burócratas es la muestra obscena de esa autonomización. Pero, quizás, una secuela tan profunda como estas direcciones al frente de los sindicatos, sea la naturalización de esta situación en amplios sectores de la intelectualidad (y

²³ R. Hyman, *Relaciones industriales*, ob. cit., pp. 98-100, destacados míos.

también de la militancia) denominada progresista. “Yo a Moyano lo banco”, es la expresión de esta secuela.

La idea de la autonomización de las cúpulas sindicales respecto de los trabajadores, como núcleo duro del concepto de burocracia sindical a partir del cual se abren una serie de problemas conceptuales y sobre todo políticos, ha sido criticada desde el punto de vista de la eficacia para la prestación de servicios a los afiliados. Ese es, ya sea encubierto bajo retóricas de realismo político, ya sea expresado abiertamente como programa, el discurso dominante en la actualidad. Como señala Hyman, el discurso de la eficacia encubre, en el mejor de los casos la no problematización de los objetivos estratégicos que debe tener la organización sindical. En el peor de los casos, la negación directa de que los sindicatos sean instrumentos de poder de la clase obrera a partir de lo cual, puede abrirse un debate de estrategias sobre cómo construir ese poder.

La frase que desató este artículo debería reescribirse en función de lo que el líder de la CGT representa en la actualidad. Hugo Moyano encarna, hoy, la garantía de la continuidad de las contrarreformas de los '90. Continuidad expresada en una política de consolidación de la fragmentación de la clase obrera y del sindicalismo de tipo empresarial, que permite que en un extremo del degradé de esta clase trabajadora fragmentada un sector se haya tenido que enfrentar, en los últimos años, a la expropiación de una parte de sus ingresos mediante el impuesto a las ganancias; otro sector de asalariados conforme el 45% de trabajadores que no superan la línea de pobreza, instalando la categoría de “trabajadores pobres” como nuevo estatus que pretende sumarse a la galería de sentidos comunes incuestionables;²⁴ mientras un tercer sector, los trabajadores desocupados, hayan sido confinados a depender de la asistencia del Estado para poder sobrevivir. Es este lugar de garante el que lo vuelve, sin lugar de dudas, una expresión contemporánea de la burocracia sindical.

Las zonas “grises” que puede presentar el término de burocracia sindical, la pertinencia de discutir la tesis de inevitabilidad de la burocratización (tan de moda recurrentemente), la necesidad de precisar la distinción entre diferenciación funcional y diferenciación social, el cuestionamiento incluso al uso indeterminado del concepto, no pueden redundar en la negación del fenómeno en sí mismo que, a la luz de lo expuesto en este artículo, tiene plena vigencia. Y sobre todo, tiene plenas consecuencias políticas, para el conjunto de los trabajadores (sindicalizados y no) y particularmente para las nuevas expresiones de sindicalismo de base que se desarrollan en la actualidad.

²⁴ Artemio López, 30.04.2010. Véase. <http://rambletamble.blogspot.com/2010/04/una-mirada-sobre-el-mercado-de-trabajo.html>.

Como es sabido, junto al protagonismo de las cúpulas sindicales en la vida política del país, se desarrolla desde 2004 un sindicalismo de base que ha vuelto a poner el foco en el lugar de trabajo como *locus* de la organización sindical. El cuerpo de delegados de subterráneo y la comisión interna de Kraft-Foods constituyen hoy, los ejemplos más visibles de este proceso que se extiende por fábricas y lugares de trabajo de forma heterogénea.²⁵ Este sindicalismo de base expresa el contexto de contradicciones en que se da el nuevo protagonismo de la actividad sindical en Argentina. Por una parte, no es posible comprenderlo sino como parte del mismo proceso que fortaleció a estas cúpulas sindicales burocráticas. Por otra parte, constituye la posibilidad de su negación a partir de la recuperación de la fuerte tradición de organización en el lugar de trabajo que siempre distinguió al sindicalismo argentino, y que dio lugar, en distintos momentos de la historia de la lucha de clases en nuestro país, a fuertes experiencias de democracia sindical, de control obrero, a huelgas radicalizadas, e incluso al protagonismo político de los trabajadores organizados desde abajo. Pero lejos de una mirada idealizante (a la que frecuentemente sucumbe la academia en sus estudios sobre los fenómenos que emergen), este sindicalismo de base, encarna tanto “lo nuevo”, la ruptura con las “fábricas tumba” de los noventa, la aparición de “jóvenes que se vuelven militantes de sus derechos”,²⁶ como las secuelas de “lo viejo”, las derrotas que experimentó la clase trabajadora desde la dictadura genocida, y particularmente durante la década del noventa, que se manifiestan en la persistencia de un extrañamiento respecto de la política (tanto práctico como ideológico), de la propia historia como clase, de los propios aprendizajes.

En este contexto, las discusiones sobre cuáles deben ser las estrategias hacia las patronales, el Estado y también la burocracia sindical, se vuelven cruciales. Los propios procesos de lucha, las derrotas pero también los triunfos, abren los espacios para esos debates. En algunos sectores, como las fábricas de la alimentación de Zona Norte, con centro en la experiencia de Kraft del año pasado, esos debates han sido expresamente puestos sobre la mesa a partir del intento de definir lo que hoy constituiría una política clasista en Argentina. En otros sectores, esos debates se expresan de hecho en la práctica, pero no son alentados, constituyéndose en un reforzamiento de los prejuicios contra la lucha y la organización política. En cualquier caso, lo que es seguro es que la negación de la categoría de burocracia sindical (y con ello la negación de la burocracia sindical como

²⁵ Para un análisis del “sindicalismo de base” véase Paula Varela, “Repolitización fabril. El retorno de la política de fábrica en la Argentina post devaluación” en Claudia Figari y Giovanni Alves, orgs., *La precarización del trabajo en América Latina*. San Pablo, Praxis, 2009.

²⁶ Véase Collado y Varela “Jóvenes que se vuelven militantes de sus derechos”, en revista *Lucha de Clases*, no. 8, julio de 2008.

fenómeno existente) significaría un retroceso del punto de partida de la discusión sobre las potencialidades y límites del sindicalismo de base, y particularmente de las estrategias que debe darse este nuevo movimiento obrero.

Resumen

Este artículo propone un análisis acerca de las condiciones sobre las que se asienta el protagonismo actual de las cúpulas sindicales en la vida política nacional, en función de aportar una reflexión sobre la vitalidad (y necesidad política) del concepto de burocracia sindical. El artículo se divide en cuatro apartados. El primero, coloca el debate sobre los sindicatos y la actuación de las direcciones, en relación con la fragmentación del colectivo de clase como estrategia patronal. El segundo describe, en base a distintas fuentes, la continuidad en la actualidad de las condiciones de fragmentación y precarización extrema en que dejó a los trabajadores las contrarreformas neoliberales, y la política de las cúpulas sindicales (particularmente de la CGT) de constituirse en garantes de esa fragmentación. El tercero, suma al análisis la relación entre fragmentación y sindicalismo de servicios, como unidad complementaria sobre la que se basa la burocracia sindical hoy. El cuarto, realiza algunas reflexiones finales.

Palabras clave: Clase Obrera; Burocracia Sindical; Marxismo.

Abstract

This article proposes an analysis of the conditions upon which sits the current prominence of the union leaderships in Argentina, in terms of providing a reflection on the vitality of the concept of union bureaucracy. The article is divided into four sections. The first, places the debate on trade unions and the performance of the directions in relation with fragmentation of the working class as management strategy. The second describes, based on different sources, the continuity in the present conditions of extreme fragmentation and insecurity for workers that left the neoliberal counter-reformations, and the policy of the union leaderships (particularly of the CGT) of being constituting in guarantors of such fragmentation. The third paragraph, adds to the analysis the relationship between fragmentation and business unionism, as complementary unit on which the union bureaucracy is based today. The fourth, makes some final thoughts.

Keywords: Working Class; Trade-Union Bureaucracy; Marxism.

Burocracia y democracia sindical: necesidades y herejías

Marcelo Raimundo¹

El retorno del protagonismo de la clase trabajadora en las luchas sociales de los años recientes ha devuelto la esperanza sobre su papel fundamental para la transformación y superación del sistema capitalista. Si bien esta creencia nunca fue totalmente abandonada por muchas de las organizaciones pertenecientes a la tradición de izquierda, es indiscutible que la reestructuración del capitalismo a nivel mundial en marcha desde los años '70, que articuló una reconfiguración productiva, altos niveles de represión a los movimientos laborales y una fuerte ofensiva a nivel ideológico, sumó a muchos pensadores radicales y militantes políticos y sociales a las filas de los que asumieron que sus posibilidades revolucionarias estaban agotadas.

Este resurgimiento, ha traído consigo la reedición de viejos temas considerados clave ya que en ellos se juegan la consolidación de determinadas experiencias de clase. Así, uno de los núcleos en debate vuelve a ser el de las *formas de gobierno de las organizaciones sindicales*. Históricamente, los procesos de participación y toma de decisiones en las instituciones obreras han sido evaluados como la llave maestra que permite desencadenar la potencia contenida de los colectivos laborales y construir el tan ansiado *poder obrero*, pilar básico de todo proyecto emancipador de alcance general. De esta manera, retornan al centro de la escena antiguos contendientes de la lucha sindical: democracia versus burocracia sindical. Pero esta vez son acompañados por una serie de reflexiones hechas a lo largo de los últimos tiempos que han buscado complejizar la relación existente entre ambos.

En las siguientes páginas, serán recuperados puntos de vistas de algunos autores sobre esta cuestión y organizados a partir de prestar atención al contenido de algo que muchas veces parece superfluo y de sentido común: las *palabras* en uso. Es muy frecuente que desde las vertientes de pensamiento crítico que analizan las formas de organización y representación de la clase trabajadora, el problema se sitúe en la raíz de los términos: el *demos* en el caso democracia y el *bureau* para la burocracia. En esta línea, es indudable el carácter de opuestos

¹ Universidad Nacional de La Plata. Email: marcelo.raimundo@gmail.com.

que presentan los mismos, cuestión que incluso puede provocar múltiples derivaciones, llegando a vincularse con la relación dicotómica entre direcciones y bases obreras. Una de las contracaras de este énfasis es el olvido de *cracia*, la parte de las palabras que justamente estaría sugiriendo la identidad de estos opuestos. Ahora bien, si según una de sus funciones los sufijos tienen consecuencias semánticas, de significado: ¿qué pasa si se trae esta coordenada al análisis tanto de la burocracia como de la democracia sindical? Para intentarlo entonces, se verán a continuación algunos estudios sobre la dinámica de poder en los sindicatos, que han ido tocando o acercándose a estos problemas desde distintos puntos de vista. Sin la pretensión de alcanzar la totalidad de los aspectos que rodean el asunto, la idea es componer un aporte entre otros para poder pensar un poco más complejamente las organizaciones de los trabajadores, y lo que se impone hoy (y una vez más) como una necesidad imperiosa al movimiento de la clase obrera.

* * *

Resulta indudable que uno de los avances que más ha marcado el análisis de la política interna en los sindicatos fue el reconocimiento de las limitaciones producidas por la concepción que trata su dinámica en los términos casi dualistas de “burocracia” y “bases”. Richard Hyman señaló hace ya unas décadas que esta interpretación ha estado en gran parte relacionada con las estrategias políticas que enfatizaron las luchas y la organización en el lugar de trabajo como punto de avance hacia un cambio social. En general, estas explicaciones se tiñeron de diversos grados de idealización y romanticismo de las bases y terminaron así por clausurar cualquier pregunta acerca de posibles variaciones sobre dichas imágenes, entre ellas la de la existencia de diferenciaciones en su interior y sus implicaciones. Un cúmulo de contradicciones y tensiones presentes al interior de los organismos sindicales estuvieron ausentes del escrutinio crítico durante un largo período de tiempo.²

Puede considerarse que Daniel James fue uno de los pioneros en la introducción de este enfoque para el caso de la clase trabajadora argentina. Si se

² Richard Hyman, “The Politics of Workplace Trade Unionism: Recent Tendencies and some Problems for Theory”, en <http://thecomune.wordpress.com/2009/12/10/the-politics-of-trade-unionism-recent-tendencies-and-problems-for-theory/>, originalmente en *Capital and Class*, vol. 3, n° 2, 1979. El autor también hace referencia a que el término anglosajón *rank and file* (bases) es una metáfora militar que favorece la indiferenciación de intereses que pueden estar expresando las distintas categorías de trabajadores en relación a su participación en la actividad sindical. (Las citas de textos extranjeros son de traducción propia.)

toma la secuencia de sus producciones traducidas al castellano, el camino comenzó a ser trazado en un temprano artículo de 1981 que analiza el papel de las comisiones internas, y que finaliza con una polémica declaración, en la que claramente sienta posición frente a una visión considerada tradicional: “el análisis que he trazado, si bien ha sido parcial, tiene la ventaja de apartarse de dos abstracciones metafísicas que han dominado gran parte de las discusiones sobre el sindicalismo peronista y la clase obrera: una clase obrera que siempre lucha e intenta organizarse en forma independiente y una cúpula sindical que siempre traiciona y reprime estas aspiraciones”.³ Luego en 1987, la idea de la ambigüedad de los obreros argentinos —representada por la tensión entre ideología y comportamiento— resulta refinada por la introducción de la significación simbólica del peronismo como herramienta para la constitución como clase.⁴ Pero es en su obra más conocida, donde el desafío a la visión dicotómica llega a su máxima expresión: el protagonismo de las bases trabajadoras aparece en la trama explicativa controversialmente articulado con las dirigencias gremiales. La conjetura básica que guía su investigación es que hablar del “vandomismo” meramente como manifestación de un estilo coercitivo de dominación y de un proyecto integrador resulta un paradigma demasiado simplista.⁵ Es decir, si éstas son características definitorias del movimiento obrero en periodo que va de la reconstitución del sindicalismo post 1955 hasta fines de la década del ‘60, sus raíces no deberían encontrarse en una política manipuladora “desde arriba” por parte de las cúpulas sindicales, sino en una imbricación entre bases y burocracia. Más que una situación polar, lo que en realidad operó según James, fue un consenso pragmático de las bases hacia las direcciones, en vistas de un contexto histórico marcado por una gran ofensiva burguesa y estatal. Esta dinámica sería de alguna manera la más racional en tal situación que, además, acumulaba una caída de la participación a raíz de la derrota y desmoralización de las bases provocadas por las luchas de los años 1959/60. En este marco, la existencia de un sistema de negociación colectiva dominado por las organizaciones de nivel nacional, hacía perder sentido a la organización alternativa de las bases trabajadoras. La ambivalencia expresada en el par resistencia/integración —según el autor— no resultaba un juego suma cero, sino una posición

³ D. James, “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, n° 83, 1981, p. 349.

⁴ D. James, “17 y 18 de Octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en *Desarrollo Económico*, n° 107, 1987.

⁵ D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

adecuada tanto para mantener el poder de las cúpulas sindicales como para la reflejar las reivindicaciones salariales de los afiliados. El mayor logro hegemónico de la lógica sindical vanguardista fue expresar esos aspectos ambivalentes de la experiencia y conciencia de la clase trabajadora.

La postura de James fue recibida de diversas maneras por el campo de los historiadores. Hubo quienes celebraron el lugar dado en ella a las comisiones internas, ya sea como expresión de la autonomía de clase o como auténtico reflejo de una relación de fuerzas en determinado momento de retroceso de la lucha de clases. En cambio, otros han mantenido una distancia crítica. Es el caso de Alejandro Schneider, que en su estudio sobre las prácticas gremiales del área metropolitana bonaerense, ha cuestionado profundamente una de las piedras de toque del trabajo de James: las derrotas en rededor de 1960.⁶ En su trabajo, Schneider comprueba que muchos de los convenios firmados por esos años nunca se llegaron a aplicar al extremo, debido a la continuidad de la resistencia de las bases en los lugares de trabajo. Inclusive afirma que el mismo poder de presión y negociación logrado por las cúpulas, habría encontrado sustento en la vital actividad de los trabajadores, invirtiéndose de esta forma la fórmula presentada por James.

Más allá de las controversias, es indudable el aporte realizado por James al estudio histórico del fenómeno burocrático en los sindicatos a través del cuestionamiento de su *negatividad* absoluta, imagen en general basada en aspectos reales (coerción, manipulación) y valorativos (traición, deshonestidad). A este respecto, resulta llamativo cómo ciertas metáforas sobre la burocracia hablan ya sobre cierta tensión interpretativa pero pasan a menudo desapercibidas. Un ejemplo es cuando se acusa a la burocracia de ser un “dique” para la iniciativa de las bases. Sin embargo y en rigor, los diques contienen de ambos lados: entonces las dirigencias burocráticas estarían frenando no sólo a las bases, sino que también pondrían del otro lado un tope o imposición a los patrones en al menos mínimas cuestiones que son reconocidas por los afiliados.⁷ Esto lleva el problema desde la dominación entendida unilateralmente hacia el problema de la hegemonía, y por lo tanto a los mecanismos de consenso.

El consentimiento brindado a las dirigencias gremiales supo ser interpretado en los términos de la tesis dicotómica —como una cuestión entre bases

⁶ A. Schneider, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2006.

⁷ El límite clasista a la burocracia —que la pone en una situación de autonomía relativa respecto a las bases— existe de hecho por un obligado funcionamiento democrático, aunque este sea meramente formal. Véase Juan Felipe Leal, “Apuntes sobre la burocracia en las agrupaciones sindicales”, en *Cuadernos Políticos*, n° 23, 1980.

y dirigencia—, pero con el paso del tiempo se ha ido prestando atención a las instancias de mediación, que son las que forman la estructura intermedia de representación y poder gremial: las dirigencias sindicales locales, los delegados y las comisiones internas. Es interesante destacar cómo el papel jugado por estos niveles —sobre todo los últimos— ha estado tironeado por al menos tres concepciones. Una, es la que realza su rol protagónico en términos conflictivos y de representación directa de los intereses y deseos de las bases obreras, jugando fuerte en este tipo de explicación el supuesto de que la proximidad de estos órganos de representación con los trabajadores “inhiben el desarrollo de tendencias burocráticas y corporativas”.⁸ Por otro lado, existen juicios sobre estas instancias que por distintas vías escatiman su papel activo: “en primer lugar, haciendo hincapié en las causas estructurales de los conflictos a expensas de la agencia; en segundo lugar, al reconocer la presencia de activistas, pero asignándoles una función delimitada como ‘el instrumento y no la causa del conflicto’, y, en tercer lugar, haciendo hincapié en el aspecto funcional de la actividad de los delegados, como ‘lubricantes y no irritantes’ en la maquinaria de relaciones laborales en el lugar de trabajo”.⁹ Sin embargo, existen análisis —aunque son un número reducido— donde se revela en realidad la existencia de una posición contradictoria de los delegados, una tensión entre las fuerzas de la representación y la burocratización, “(e)ntre la necesidad de representar los deseos inmediatos de los miembros y ofrecer una estrategia a largo plazo que protejan los intereses de los miembros”.¹⁰ Hyman señala también la “ironía” de muchas direcciones de sindicatos locales, que tradicionalmente estuvieron comprometidas con luchas para democratizar sus organizaciones a nivel nacional, pero que a la vez resistían las presiones de mayor participación al nivel de sus organizaciones de base. De ahí que este autor resalte que la cuestión democrática en los sindicatos no se reduce meramente a la relación que existe entre los líderes y funcionarios de tiempo completo y los activistas, sino que abarca a la relación entre ambas categorías y los afiliados en general.

Con este cambio de mirada aparece entonces en primer plano la existencia de una distribución diferencial de experiencias y activismo, que provoca la dependencia de la masa de trabajadores de la iniciativa y estrategias de un pequeño grupo de cuadros.¹¹ En realidad, esta preeminencia tiene las características de una autonomía relativa, ya que puede entrar en tensión por distintos motivos. Por

⁸ R. Hyman, ob. cit.

⁹ Ralph Darlington, “‘Agitator Theory’ of Strikes Re-evaluated”, en *Labor History*, vol. 47, n° 4, 2006.

¹⁰ R. Hyman, ob. cit.

¹¹ Entre otras ventajas, estos poseen el monopolio de la información, experiencia, oportunidades de negociación y controlan los contactos entre los miembros del sindicato.

un lado, como destaca Ralph Darlington, existe un proceso continuo de reciprocidad entre los representantes de planta y las bases, pues estas no sólo pueden presionar a los delegados a que alcancen ciertos objetivos, sino también constreñir su influencia y autoridad. Por otro, el liderazgo es una actividad dinámica que en determinados momentos —por ejemplo, los de conflicto abierto— es ejercido no sólo por los militantes y activistas, sino por otras figuras como la del “afligido” (*griever*) o del “líder de opinión” (*opinion-leader*).¹² Complejizar de esta manera los fenómenos, permite ir cambiando las coordenadas del análisis, pasando de una interpretación en términos de estratos o capas, a ver las relaciones que atraviesan el conjunto de prácticas sindicales. Hyman un tiempo después afirmó que: “Al dejar de lado la significación de determinantes estructurales más amplios, entonces se atribuyen con facilidad los fallos de la democracia a características personales de los miembros o de los dirigentes: ‘apatía’ por una parte, ‘corrupción’ o ‘arribismo’ por otra. Sin embargo, permanecer en este nivel de análisis más que explicar es moralizar”.¹³

* * *

Al formar parte y operar en el cotidiano laboral, muchas de estas situaciones y relaciones hacen difícil el registro del funcionamiento de dinámicas democráticas y/o burocráticas para el análisis histórico. Uno de los puntos que se han demostrado más valiosos para identificarlas son las distintas instancias de decisión que conforman el entramado representativo de las organizaciones sindicales. Por ello tomaremos, para ilustrar algunos de los problemas hasta aquí señalados, a Pablo Ghigliani, quién en un reciente trabajo sobre las prácticas democráticas de la Lista Verde de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB), retrata una serie de situaciones que se llevaban adelante paradójicamente en uno de los gremios más comprometidos con el *sindicalismo de liberación* y una concepción *basista* de la organización gremial en los años 60 y 70.

Si bien se admite como un reduccionismo hablar de la existencia de democracia en los sindicatos porque se participa en *elecciones generales* de manera periódica, no se debe descartar de plano que su existencia e importancia es incuestionable. Aunque es sólo uno entre otros mecanismos de representación de

¹² R. Darlington, *ídem.*, pp. 496. El afligido, remite al trabajador que es víctima de alguna injusticia (*grievance*) y no es necesariamente alguien de rasgos izquierdistas sino simplemente un trabajador que tiene una conciencia de “recompensa de la privación” y una mayor disposición que otros para identificar y actuar sobre las quejas. El líder de opinión es alguien con influencia permanente sobre los trabajadores, quienes suelen recurrir a él para que articule los reclamos en su nombre.

¹³ R. Hyman, *Relaciones industriales. Una introducción marxista*, Madrid, Blume, 1981, pp. 91-93.

los afiliados, es el que decide la posesión de la estructura organizativa. El reclamo democrático básico de cualquier oposición sindical siempre es poder participar con una lista en dicha instancia. Por ello, uno de los cargos más fuertes que se le imputa a la burocracia sindical es imposibilitar la presentación de listas alternativas, además de las posibles manipulaciones en torno al acto eleccionario en sí y a las condiciones en que se realiza. En relación a esto, Chigliani encuentra que en el caso de la FGB “(e)n las primeras elecciones, las de 1968 y 1970, se votó en la sede gremial y en los talleres más grandes, pero en las últimas dos sólo se pusieron mesas en el sindicato, dato curioso si nos atenemos a las antiguas críticas dirigidas a la Lista Rosa cuando como conducción gremial no disponía de mesas en las plantas más importantes”.¹⁴

En cuanto a los *ámbitos asamblearios* —mucho más ligados a lo que se entiende como democracia “participativa” o “directa”— comúnmente funcionaban como instancias plebiscitarias de la política de la Comisión General Administrativa del gremio (CGA) y no se definían en ellas políticas sindicales. Los militantes y activistas de la lista dirigente solían tener la precaución “de no agitar demasiado las asambleas generales con discusiones sobre paros generales y planes de lucha, a los que preferían tratar en los plenarios de delegados”. Esto no era contrario a una profunda y comprometida actividad por la democracia sindical: “manifiestan esta vocación las 21 asambleas generales, las 756 asambleas de talleres realizadas en la sede gremial, las 141 reuniones y plenarios de delegados, asambleas de rama, y reuniones paritarias y de prensa con activistas, que fueron organizadas por la FGB entre el 13 de noviembre de 1966 y el 31 de diciembre de 1973”. Podría afirmarse entonces, que un buen número de reuniones son el plafón necesario para la existencia de democracia sindical, pero hay cuestiones que no se agotan en la cantidad. No debería olvidarse que también en las asambleas se dan luchas invisibles, que se entablan por y más allá de las palabras. Esos mecanismos, que suelen quedar muchas veces ocultos para una mayoría no militante, cumplen cierto papel de transformar a las instancias masivas de participación en meramente formales. Existe también una distancia entre *qué* se resuelve (por ejemplo en asamblea) y *cómo* se lo efectiviza luego. En asamblea se suele tomar una o a lo sumo un puñado de decisiones colectivas, en su mayoría las fundamentales para una coyuntura. Pero a continuación vienen las que toman los *ejecutores* de aquella decisión, que no necesariamente pueden estar en total consonancia con los deseos de los representados, ya que entran en juego una nueva serie de mediaciones, por ejemplo los mecanismos de negociación con las patronales o los propios estilos sindicales.

¹⁴ Pablo Chigliani, “Los dilemas de la democracia sindical: la Federación Gráfica Bonaerense 1966-1975”. En Alejandro Belkin, comp., *Relatos de luchas*, vol. 1, Buenos Aires, Desde el Subte, 2009.

En el caso de los *plenarios de delegados y activistas*, Ghigliani verifica la existencia de una dinámica democrática más rica, “(p)ero aún así, el debate es previsible, y se ciñe por lo general a las coordenadas demarcadas por los representantes de la CGA, muy raramente se dirimen en los plenarios políticas gremiales alternativas”. Cuando se trataba de instancias más directas de encuentro entre las demandas de las bases y la política de la dirección sindical, como era el caso de la *comisión interna* de Fabril Financiera —una de las fábricas más importantes de la rama— se puede registrar la presencia de espacios para discutir política para la planta. Pero al emerger diferencias al interior del colectivo laboral derivadas de los distintos intereses seccionales, comenzaban las disputas en torno a la forma adecuada para tomar las decisiones: “Cuando se polarizaban las posiciones el mecanismo elegido para dirimir una controversia bien podía arrojar resultados distintos; por regla general, para una sección numerosa con capacidad de movilización la asamblea general de personal presentaba mejores posibilidades mientras que para las secciones más pequeñas los juegos de alianzas dentro del cuerpo de delegados aparecían como canales más propicios para imponer sus posiciones”.

Ahora bien, ¿cómo interpretar este conjunto de prácticas, que en otro contexto serían directamente tildadas de burocráticas? Una de las clásicas respuestas —asociada a la vertiente llamada fatalista— ubica el problema en la oposición *eficacia/democracia*, dilema sólo salvable en casos de alta homogeneidad y calificación laboral y cultural de los trabajadores. Sin embargo para Hyman, “(e) s innecesariamente pesimista suponer que la heterogeneidad de los afiliados genera tendencias *irresolubles* hacia la segmentación y el fraccionamiento, que sólo pueden ser detenidas mediante la supresión de la democracia; o que unos afiliados de baja cualificación son incapaces constitutivamente de realizar una participación eficaz y un control de la toma de decisiones en cuestiones sindicales claves”.¹⁵ Otra posibilidad de explicar estos fenómenos es poner la cuestión en contexto. Hyman, también enfatiza las diferentes presiones a que están expuestos los sindicatos, desde ideológicas hasta materiales como la fuerza represiva del estado y la violencia patronal. Para el caso, Ghigliani habla de que un conjunto de factores “constreñían las decisiones y acciones de los trabajadores y de los delegados condicionando el ejercicio de la democracia en la planta”, y coincide en que tampoco debe reducirse la democracia sindical a mecanismos o voluntades. La democracia, es “un proceso que forma parte de la lucha por la construcción de poder obrero”, y en el que no sólo la patronal y estado juegan sus cartas, sino que también las determinaciones productivas (capas laborales, secciones, tamaños de planta) hacen las veces de una dura materialidad que complejiza la cuestión.

¹⁵ R. Hyman, ob.cit.

Por ello, concluye que la democracia sindical depende en última instancia de las “relaciones de fuerza entre los contendientes” y que muchas veces se eligen “los procedimientos según las necesidades de la coyuntura”. De esta manera, Ghigliani sutilmente instala así la pregunta de si un uso *táctico* de determinadas formas de participación podría ser considerado práctica burocrática o no según esté enmarcado o bien en una estrategia de corte combativo o clasista, o bien en una estrategia reformista/conservadora. En cuanto a estos interrogantes, Hyman encuentra que muchas veces la búsqueda de eficacia provoca la redefinición explícita o implícita del concepto de democracia, de manera de reducir el control ejercido por las bases. Es más, antes de eso, la misma renuncia a lo individual por lo colectivo ya pone el tema del control en el centro de la cuestión sindical.

* * *

¿Nos puede sugerir algo la historia de las palabras acerca de estos tópicos? *Demo* (del griego *demos*) significa originariamente pueblo; en la Grecia clásica hablaba específicamente de aquellos desposeídos que podían participar de los asuntos comunes al ser igualados al resto, pero sólo en términos de libertad. *Buró* (del francés *bureau*) es una derivación de *bure* o *bura*, un trapo de lana oscura, y *bureau* sería luego el nombre del paño de bura usado para cubrir las mesas para escribir; posteriormente se denominaría así a la propia mesa.

Cuando vamos a *cracia* encontramos una variación en los significados. *Krátos* en la actualidad suele traducirse por gobierno, poder, potencia o fuerza, pero Benveniste —uno de los grandes lingüistas franceses— postuló su desacuerdo con estas traducciones ya que hay varios términos que existen en el griego antiguo para denominar dichas categorías, y propuso analizar todo el conjunto léxico asociado a dicha voz. Así, utilizado como sustantivo, no es simplemente fuerza en general, sino que habla más de una “facultad de vencer una prueba de fuerza”.¹⁶ *Krátos*, entonces, estaría indicando en realidad la *superioridad* de un hombre (o un pueblo), pero que está condicionada en varios sentidos: es otorgada por alguien (por ejemplo Zeus); aparece siempre *temporalmente* (no es fija, cambia según el humor de los dioses); y tiene condiciones diversas según las circunstancias (por ejemplo la fuerza física). Esta superioridad no es sólo referente al *combate*, sino que se manifiesta también en la *asamblea*. Como verbo, Homero le otorgó dos propiedades convergentes: la de tener *ventaja* o prevalecer y la de ejercer un *poder sobre* otros, una autoridad, que es la que más se acerca al uso actual. Cuando *krátos* se deriva en adjetivo, las cosas cambian y ya no es una cualidad de elogio sino una carga

¹⁶ Émile Benveniste, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, Taurus, 1983.

negativa: principalmente “dureza” y el sentido pasa a ser el de cruel, brutal, o violento. Si nos permitimos agregar connotaciones mitológicas, encontramos que Krátos era el dios titán que personificaba la fuerza y el poder, y fue el que capturó y encadenó a Prometeo luego de que robara el fuego del dios Hefestos para entregarlo a los hombres. La figura de Prometeo, sugestivamente, representa la lucha contra la divinidad y es símbolo de la libertad, la independencia, lo intelectual y la conciencia.

¿Pueden estos viejos vocablos sugerir relaciones y fenómenos que resuenen a la hora de analizar las dinámicas de poder sindical? Considerar al poder como la propiedad de prevalecer sobre otro en el marco de una contienda o de relaciones de fuerza, no debe obviar que lograr esa ventaja en la lucha alberga en sí dos aspectos concomitantes: el que remite a la entablada con un otro adversario o enemigo y el que refiere a la base misma para alcanzar esa facultad, que es siempre de alguna manera provista por alguien y en términos temporales. En el caso de la lucha de la clase trabajadora, la superioridad en el combate (hacia fuera) se articula indefectiblemente con la superioridad en la asamblea (hacia dentro) como espacio de disputa. Ahora, la asamblea —entendida como el colectivo laboral, más allá de su forma precisa— es el ámbito que determina a la primera, sus posibilidades de realización. En los ejemplos observados, dentro del marco de las organizaciones obreras, al parecer, la necesidad del *krátos* termina por licuar frecuentemente la oposición entre el *demos* y el *bureau* en lo que atañe a los asuntos internos. El *krátos* logra predominar sobre la forma en que aparece y lo hace posible, emerge así la dureza de su sustancia. Por eso se torna clave comenzar a identificar y reconocer este problema, ya que una de las grandes apuestas de la estrategia emancipadora hoy pasa justamente por sus formas. Palabras antiguas, problemas vigentes.

Si se considera entonces plausible —como menciona Hyman— que la necesidad de control existente en las organizaciones laborales lleva a una redefinición de la democracia, y por lo tanto un reforzamiento de *lo burocrático*, resulta sugerente pensar esos momentos como emergencia de una política de la *verdad*. A su manera, la filosofía política contemporánea postmarxista sintetiza muy bien uno de los nudos presentes en la realidad de las organizaciones de clase: “No hay democracia sin un elitismo oculto, presupuesto. (...) En la democracia, se puede luchar por la verdad, pero no decidir lo que es la verdad (...) la democracia nunca es absolutamente representativa en el sentido de re-presentar adecuadamente (expresar) un conjunto pre-existente de intereses, opiniones, etc., ya que estos intereses y opiniones sólo se constituyen a través de tal representación”.¹⁷ Aunque ciertamente, fue Foucault quién señaló

¹⁷ Slavoj Žižek, *La revolución blanda*. Buenos Aires. Editorial Atuel/Parusia, 2004, p. 41. La frase concluye: “Como ya sabía Hegel, la ‘democracia absoluta’ sólo podía realizarse en la forma de su ‘determinación oposicional’, como terror”.

la relación existente entre el poder y la verdad: "La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma".¹⁸ Lamentablemente, lo hizo de una forma muy refractaria para el pensamiento de la izquierda al ponerlo en una situación bastante incómoda. Por ejemplo, cuando habló de los campos de confinamiento soviéticos afirmando que "El Goulag no es un residuo, o una consecuencia. Es un presente candente",¹⁹ fue para decir que estos eran una tecnología de poder positiva, no una desviación, y de que allí residía el núcleo duro de los dilemas reales. Ver las cosas de esta manera provoca indefectiblemente un cambio de términos. Para acercarse entonces a las razones por las que el *krátos* subsume sus formas de producción, quizás ya no deberíamos referir meramente a *elecciones* hechas frente a un contexto que determina de diversas maneras las acciones de la clase, sino que tendríamos que encontrarlos con *decisiones*, iniciativas propias, procesos de subjetivación, para los que se necesita prevalecer de algún modo.

Prestar atención a señalamientos de este tenor —aunque no necesariamente en sus mismos términos— a raíz de observar una problemática similar latente en los estudios sobre la clase trabajadora, puede que abra un campo fértil para avanzar en la forma de explicar la burocracia y la democracia sindicales, que ayude a buscar articulaciones novedosas entre los sujetos, sus prácticas y las determinaciones externas.

Resumen

El retorno del protagonismo de la clase trabajadora en las luchas sociales de los años recientes, ha traído consigo la reedición de viejos temas y debates, entre ellos los relacionados con las formas de gobierno de las organizaciones sindicales. Sin la pretensión de alcanzar la totalidad de los aspectos que rodean el asunto, en las siguientes páginas serán recuperados y articulados algunos puntos de vista sobre esta cuestión con la idea de realizar una contribución para pensar con mayor complejidad este aspecto de las organizaciones de los trabajadores.

Palabras clave: Clase obrera; Sindicatos; Burocracia sindical; Democracia sindical.

Abstract

The return of the role of the working class in the social struggles of recent years has brought the reissue of old issues and debates, including those associated with forms of government in unions. Without the pretension of discussing all the issues surrounding the matter, on the following pages are retrieved and articulated some views on this issue with the idea of making a contribution to think in more complex ways this aspect of worker's organizations.

Keywords: Working Class; Trade-Unions; Trade-Union Bureaucracy; Trade-Union Democracy.

18 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1991, p. 189.

19 *Idem*, pp. 165.

Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes

Pablo Ghigliani¹ y Alejandro Belkin²

En el 2009, el conflicto en Kraft/Terrabusi y la lucha de los trabajadores del subte por la *personería gremial*, que se sumó a la ya tradicional demanda de la CTA, instalaron fugazmente en los medios de prensa la discusión sobre el modelo sindical argentino. En ese contexto, los grandes diarios expusieron, nuevamente y después de mucho tiempo, las viejas aporías gremiales de la patronal argentina: el cuestionamiento gorila de una dirigencia sindical a la que prefiere mil veces frente a las alternativas izquierdistas. A su vez, varios columnistas provenientes de las ciencias sociales encontraron la oportunidad de introducir en la discusión sus opiniones sobre las bases del poder sindical, el rol de los grandes sindicatos durante los noventa y la situación actual del movimiento obrero.³

Aunque menos visible, fue también un momento propicio para que retomara impulso el sordo debate sobre la naturaleza de la burocracia sindical, que viene desarrollándose dentro de la izquierda en distintos medios sindicales, políticos y académicos.⁴ En este debate, la formulación clásica (o su sátira) comenzó a ser cuestionada desde un enfoque que pretende recuperar la complejidad del fenómeno atacando algunas de sus premisas más elementales. En medios académicos, esta tendencia se manifestó en argumentos críticos de los esquemas ortodoxos que separan tajantemente a las dirigencias de los trabajadores de base hasta el

¹ Universidad Nacional de La Plata, IdHICS-CONICET. E-mail: pablo.ghigliani@gmail.com

² Universidad de Buenos Aires. E-mail: umbelkin@gmail.com

³ Entre otros, véase Paula Abal Medina, "Delegados en doble confrontación", en *Crítica*, 15 de noviembre de 2009; Nicolás Iñigo Carrera y Fabián Fernández, "Cronología de un conflicto emblemático", en *Le Monde Diplomatique*, n° 125, noviembre de 2009; Héctor Palomino, "El retorno de las relaciones laborales", en *Le Monde Diplomatique*, n° citado.

⁴ De manera más o menos directa, hemos participado de estos debates con A. Belkin y P. Ghigliani, "Sindicalmente hablando", en *Tinta Roja*, n° 3, La Plata, 2009; P. Ghigliani, "Dilemas de la democracia sindical: la Federación Gráfica Bonaerense", en A. Belkin, comp., *Relatos de lucha* n° 1, Buenos Aires, Desde el Subte, 2009; A. Belkin, "Reflexionando sobre la burocracia sindical", en *La Llamada: revista de discusión política*, n° 1, marzo de 2009; A. Belkin, "La AGTSyP sigue haciendo historia: importante avance en la lucha por el reconocimiento estatal al Sindicato del Subte", en *ANRed* (Agencia de Noticias Red Acción), www.anred.org.

punto de volver irreconocible el mundo sindical realmente existente. Según este esquema binario, burocracia sindical y clase obrera serían entidades diferenciadas y opuestas, cuando no, extrañas; por un lado, el mundo de las direcciones, por el otro, el mundo de los trabajadores de base.⁵

El ímpetu revisionista tuvo repercusiones sobre el uso de la categoría *burocracia sindical* en las ciencias sociales. Más allá de la polisemia del término, hoy es improbable encontrar una definición que enuncie una visión cruda de la burocracia sindical como capa escindida del estado de organización y conciencia de los trabajadores y sin sustento alguno entre las bases.

En este breve ensayo exploraremos la siguiente hipótesis: que denunciar la separación que establecen los análisis ortodoxos entre dirigentes y bases, demostrar la relativa representatividad de los primeros y criticar el esencialismo de la premisa de la que usualmente parten, esto es, el carácter ontológicamente revolucionario de la clase obrera, es un primer paso, sin duda importante, pero insuficiente.⁶ Es insuficiente, por un lado, porque corre el riesgo de transformarse en una justificación complaciente de direcciones que militan activamente contra la construcción de un poder obrero con metas emancipadoras; por el otro, porque no alcanza a romper con la naturaleza binaria del esquema ortodoxo que se critica. Como consecuencia, queda clausurada toda la rica discusión sobre las complejas relaciones de representación, consenso, intereses, movilización, que atraviesan al movimiento sindical.

Intereses y representación⁷

Mientras que la crítica a la formulación ortodoxa condujo al reconocimiento de que las direcciones sindicales sustentan su poder en el apoyo activo o pasivo

⁵ Este uso responde además a un modo de concebir el desarrollo histórico de la clase obrera y su poder social que conduce a la cosificación de su movimiento contradictorio al reducirlo al choque entre dos entes extraños; por un lado la burocracia, por el otro, los movimientos anti-burocráticos, véase P. Ghigliani, "Los usos de la noción de derrota en la historia reciente del movimiento obrero", en *V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, 10 de diciembre de 2008, La Plata.

⁶ Por otra parte, es necesario reconocer que esta actitud revisionista no avanza mucho más allá de los planteos que hiciera oportunamente Daniel James, véase Daniel James, "Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial", en *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 83, 1981, pp. 321-349; D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

⁷ Permítasenos dejar a un lado la compleja discusión sobre la categoría interés (una síntesis sucinta puede encontrarse en P. Ghigliani, *The Politics of Privatisation and Trade Union Mobilisation*:

de los afiliados y que expresan, aún en forma distorsionada, intereses genuinos de los trabajadores, la versión extrema de este argumento sugiere que las direcciones gremiales son una expresión directa de sus bases sociales y por lo tanto, deben ser respetadas.

Al igual que las posturas ortodoxas, el revisionismo tiende a ignorar así un aspecto clave del problema: el *proceso de formación de los intereses colectivos inmediatos de los trabajadores*. De este modo, ortodoxos y revisionistas operan como si los intereses de las bases fueran algo dado y preexistente. Cuando ello se combina con un determinismo mecanicista, asumen que el antagonismo estructural en el que se encuentra situada la clase obrera basta para identificar las demandas colectivas inmediatas (como un producto natural de la posición objetiva) y las formas de acción que llevaría adelante de no mediar obstáculos y desvíos. Cuando no, simplemente deducen, suponen o imaginan los verdaderos intereses obreros. Luego de cumplida esta tarea, ortodoxos y revisionistas pasan a examinar en qué medida y en qué grado, estos intereses son obstruidos o expresados por las direcciones.

El punto de partida de nuestra exploración es otro. Los intereses colectivos de los trabajadores son la resultante de un complejo proceso social, esto es, construcciones sociales. La manifestación empírica de los mismos es el resultado siempre contradictorio del choque entre intereses particulares e intereses colectivos debido a la fragmentación, la subordinación y la explotación de la clase. *La organización, el liderazgo, los procesos de toma de decisión y las propias direcciones sindicales, juegan un papel central en este proceso*. Desde este punto de vista, el problema adquiere una formulación distinta. La cuestión no consiste

The Electricity Industry in the UK and Argentina. Düsseldorf, Peter Lang Press, en prensa. Basta aquí, con postular su utilidad en tanto y en cuanto dicha categoría descansa sobre una teoría de la explotación y sobre el reconocimiento de múltiples niveles de análisis que faciliten abordar la complejidad de los intereses y demandas obreras bajo el capitalismo, véase John Kelly, *Rethinking Industrial Relations*. Londres y Nueva York, Routledge, 1998. Tales niveles deberían permitir integrar el examen de deseos, preferencias y creencias con el plano de las demandas y acciones concretas, pero sobre todo, requiere mantener la imputación de intereses objetivos a los agentes de acuerdo a sus posiciones de clase. Ello por dos motivos: porque el elemento estructural es central para hacer inteligible el comportamiento social y porque es esencial para una crítica de las acciones de la clase obrera bajo el capitalismo (referencias y discusiones diversas pero igualmente útiles en Isaac Balbus, "The Concept of Interest in Pluralist and Marxian Analysis", en *Politics & Society*, n.º 1, 1971, pp. 151-177; Alex Callinicos, *Marxism and Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 1985; Jeffrey Isaac, *Power and Marxist Theory. A Realist View*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1987; Steven Lukes, *Power: a Radical View*, 2a. edición, Basingstoke, Palgrave-McMillan, 2005; Paul Edwards, "Power and Ideology in the Workplace: Going Beyond even the Second Version of the Three-Dimensional View", en *Work, Employment and Society*, vol. 20, n.º 3, 2006, pp. 571-581.

en medir en qué grado las organizaciones y las direcciones sindicales obstruyen o representan los genuinos intereses de las bases, sino que ellas mismas son poderes constituyentes de los intereses colectivos de los obreros. Por lo tanto, desde esta perspectiva, la cuestión de la burocracia trasciende las características y políticas del grupo dirigente. Lo que está en juego es el modo colectivo de organización y definición de los intereses obreros, lo que se vincula con el tipo de organización social de las relaciones entre obreros, activistas, dirigentes.

Las estructuras organizacionales, el balance entre centralización y descentralización del poder dentro del sindicato, las dinámicas de interacción entre sus miembros (trabajadores y trabajadoras de base, activistas, delegados, cuadros medios, dirigentes rentados) no son datos inocuos a la hora de examinar qué tipo de demandas y qué tipo de acciones terminan imponiéndose. Los líderes formales e informales cumplen un rol central al darles (o no) un sentido a las injusticias que experimentan las obreras y los obreros atribuyendo culpas a patrones y gobiernos en lugar de fuerzas económicas incontrolables o la simple fatalidad; promoviendo (o no) un sentido de pertenencia y contribuyendo al reconocimiento de intereses comunes frente a los empleadores; incitando (o no) a la acción colectiva mediante un proceso de persuasión dirigido a vencer las resistencias frente a los posibles costos individuales; legitimando (o no) las medidas de lucha frente a los argumentos contrarios de patrones y autoridades públicas.⁸ Y distintos procesos de toma de decisión conllevan grados distintos de discusión y participación, y muy posiblemente, distintos resultados.⁹

A ello debemos sumarle que la organización sindical está materialmente determinada, esto es, las formas y prácticas sociales a través de las cuales las obreras y los obreros definen sus demandas y formas de acción se erigen sobre determinadas condiciones materiales. Los sindicatos son organizadores secundarios.¹⁰ O como escribió Gramsci en *L'Ordine Nuovo* en 1919: "el sindicalismo une a los obreros de acuerdo con la forma que les imprime el régimen capitalista". Ello significa que organizan una fuerza de trabajo cuya composición (siempre cambiante) depende de las estructuras de la propiedad, los procesos de trabajo y la fisonomía de la industria, el comercio y los servicios. A su vez, una vez iniciada la institucionalización de las interacciones con la patronal y el estado, lo que el sindicato organiza, y cómo lo organiza, pasa a estar condicionado también por las instituciones de la negociación colectiva.

⁸ Ralph Darlington, "Union Militancy and Left-Wing Leadership in London Underground", en *Industrial Relations Journal*, n° 32, 2001.

⁹ P. Ghigliani, "Dilemas de la democracia sindical. ob. cit.

¹⁰ Walther Muller-Jentsch, "Trade Unions as Intermediary Organizations", en *Economic and Industrial Democracy*, n° 6, 1985.

Así, la diferenciación entre dirigentes y dirigidos que en un principio tiene un origen político que se activa sobre todo durante los conflictos abiertos, deviene paulatinamente delegación permanente de funciones derivadas de la negociación colectiva, lo que introduce la diferenciación sociológica en la que se ha concentrado la mayoría de las investigaciones sobre la burocracia sindical. Este desarrollo no es simplemente una consecuencia inevitable del crecimiento de la organización sino más bien un fruto de las relaciones institucionales objetivas que comienzan a desarrollarse a partir de que la patronal y el estado ceden y la co-administración rutinaria del conflicto incrementa la necesidad de la disciplina obrera en los momentos de "paz". Se trata de una institucionalización en cuyo origen se encuentran conquistas y acuerdos que históricamente favorecieron el crecimiento de organizaciones obreras con determinadas funciones en detrimento de otras. En el caso argentino, además, a mediados de los cuarenta, la subsunción y reglamentación por el estado del incipiente sistema de relaciones industriales potenció esta tendencia dándole un contenido concreto al postulado abstracto de que la dirección sindical debe ejercer *poder sobre* los trabajadores para estar en condiciones de ejercer *poder para* ellos.¹¹ A partir de ese momento, la ley no solo condiciona los procedimientos de negociación y administración del conflicto sino las mismas estructuras sindicales. En síntesis, es a lo largo de este proceso que a la diferenciación política entre dirigentes y dirigidos se adhiere una diferenciación sociológica que determina una desigualdad real en el seno de las organizaciones obreras que no se reduce ni al crecimiento, ni a la ideología, ni a la traición, ni a los estilos de conducción.

Esta dimensión es la que la *interpretación sociológica* se dedica a escrutar con perspicacia, aunque mistificando su origen, manteniendo el esquema binario que venimos criticando y reduciendo la noción de burocracia al comportamiento extendido de los grupos que la personifican en sindicatos medianamente consolidados.¹² Su idea básica es que los dirigentes sindicales conforman una oligarquía con intereses comunes e independientes de los intereses de la base. Las distintas formulaciones de esta *interpretación sociológica* suelen distinguir entre aquellos factores que en este tipo de organizaciones promueven el deseo de perpetuarse en

¹¹ Richard Hyman, *Relaciones industriales: una introducción marxista*, Madrid, Blume, 1981. Este punto encierra otra discusión, íntimamente vinculada a la de este ensayo, pero cuyo desarrollo se ubica en un nivel de abstracción mayor, la de las bases sociales del potencial extrañamiento (alienación) de la asociación obrera devenida institución sindical.

¹² Véase Robert Michels, *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, 2 vols., Buenos Aires, Amorrortu, 1969; Michel Collinet, *El espíritu del sindicalismo*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1955; Seymour Martin Lipset, *El hombre político: las bases sociales de la política*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

el cargo y aquellos otros factores que ayudan a que ello efectivamente suceda. Los trabajadores que son elegidos para ocupar cargos directivos, no sólo se distancian de la experiencia laboral cotidiana de aquellos a quienes representan, sino que gozan de prestigio social. Los dirigentes son rodeados de cierto honor y deferencia que los ubican en un lugar distinto del simple trabajador de base. A su vez, el mero ejercicio del cargo va generando una distancia social cada vez mayor entre la posición del líder y los miembros ordinarios. Sus funciones los exponen a nuevas experiencias cotidianas que los vinculan a diversas esferas de la vida social y los diferencian de la masa de sus adherentes: administración de recursos, viajes y el contacto permanente con empresarios, autoridades, políticos y otros dirigentes gremiales. Todo ello repercute sobre los conocimientos, los horizontes intelectuales y las aspiraciones de los dirigentes.¹³ Pero además, gracias al desempeño de sus cargos, los dirigentes desarrollan ciertas habilidades que el obrero medio no tiene oportunidad de adquirir. Las funciones que cumplen los entrenan en el uso de la palabra, aprenden a pronunciar discursos, consiguen una mayor facilidad de expresión. También aprenden las artes de la organización y la conducción. Y todas estas destrezas les ayudan, a su vez, a ganar el consentimiento de sus representados.¹⁴ No obstante, lo crucial es que junto con el cargo los dirigentes obtienen una serie de prerrogativas que incrementan su poder político dentro del sindicato, entre ellas, el acceso privilegiado a la información y el control de los medios formales de comunicación de la organización, y más en general, de los diversos recursos del aparato sindical. En el caso argentino, como señalamos más arriba, nos encontramos con la dificultad extra que plantea el marco legal que concentra el poder en la cúpula y otorga un control descomunal a las direcciones sobre la vida interna y los procesos de toma de decisión de los sindicatos. La normativa jurídica se encuentra estructurada de tal manera que beneficia la perpetuación del oficialismo y obtura, en gran medida, las posibilidades de presentar listas opositoras. Esta interpretación no está tan alejada después de todo, de las formulaciones marxistas clásicas que enfatizaron la diferencia entre las condiciones de la reproducción social de obreros y dirigentes, y la tendencia a que la preservación de la organización devenga un fin en sí mismo para los últimos.¹⁵

Una conclusión elemental que se deriva de la sumatoria de los agudos aportes de la *interpretación sociológica* y del análisis crítico del rol que juega el estado y sus leyes en el ordenamiento de las relaciones entre capital y trabajo en Argentina es que la pelea al interior de los sindicatos y entre diferentes direcciones sindicales

¹³ S. M. Lipset, ob. cit., p. 354.

¹⁴ Ibidem, p. 356

¹⁵ Alex Callinicos, *Socialists and the Trade Unions*, Londres, Cox and Wyman, 1995.

resulta desigual. Las distintas orientaciones políticas no se encuentran en pie de igualdad para disputar la dirección del movimiento obrero. Las direcciones establecidas cuentan con recursos de poder para enfrentar las amenazas opositoras; la clase dominante (y el estado) intervienen en las disputas sindicales, favoreciendo aquellas conducciones cuya política redunda en mayores beneficios para sus intereses. Sin mencionar aquellos casos donde las fracciones sindicales que cuentan con el aval de los empresarios y el estado recurren a métodos violentos y fraudulentos para imponer sus decisiones o para volcar a su favor el resultado de las elecciones a cargos directivos; o peor aún, los casos, por todos conocidos, donde los dirigentes se venden a la patronal.

No obstante, nuestra hipótesis es que un análisis que se mantenga en estos niveles, esto es, en una conceptualización de la burocracia como régimen político, capa social u orientación política, seguirá preso de las apariencias y recaerá tarde o temprano en los esquemas binarios que venimos criticando, esquemas que se fundan sobre la fractura conceptual entre intereses y representación.

No se trata de que en los sindicatos prevalezcan siempre los intereses del grupo dirigente por sobre los intereses de las trabajadoras y los trabajadores. Tampoco de la distancia social de las y los dirigentes; en Argentina, como adjetivo, el término se aplica cotidianamente a delegados y comisiones internas. Ni siquiera de la orientación política de la dirección; para constatar esta afirmación, basta con revisar descarnadamente la historia de las organizaciones sindicales conducidas por corrientes de izquierda. La cuestión más bien reside en que las organizaciones hiper centralizadas, los liderazgos substitutivos y los mecanismos de toma de decisión restrictivos y esporádicos limitan objetivamente la definición colectiva de intereses y demandas que vayan contra las estructuras y expectativas de la negociación colectiva y los modos públicamente autorizados de la administración del conflicto. Y reside también en la existencia de poderosas presiones materiales e institucionales para que prevalezcan este tipo de organizaciones, liderazgos y mecanismos. Debiera ser obvio a esta altura, que explorar este argumento no significa que este ensayo postule que existen modos alternativos que garantizan la expresión sin distorsiones de los verdaderos intereses obreros, discutiremos este mito en la sección siguiente, sino que las prácticas y las formas sociales de organización son procesos constitutivos de las demandas y las formas que asume la acción sindical.

Burocracia y democracia

En la lógica de los esquemas binarios, es común que *democracia sindical* devenga el antónimo, consciente o inconsciente, de *burocracia sindical*. Ello

es natural. Las dirigencias sindicales en Argentina son reacias a las prácticas democráticas.¹⁶ Es común el fraude; suelen impedir la presentación de listas opositoras; recurren a menudo a la violencia física para resolver diferencias políticas; los estatutos sindicales tienden a ser restrictivos hasta el ridículo; desconfían de las asambleas, los delegados, y más en general, de los contenidos y formas de la democracia directa. La lista podría continuar.

La dificultad surge cuando la *democracia sindical* deviene un fetiche. Hay quienes optan por la denominación *democracia obrera* para indicar un tipo determinado que descansa en la más amplia participación y en procedimientos de democracia directa. Sin embargo, el problema no se resuelve seleccionando otro adjetivo o exaltando en abstracto un mecanismo determinado. Es necesario analizar en detalle los factores que constriñen las decisiones que se toman (y las que se dejan de tomar) en las organizaciones gremiales. Los mismos no se reducen a estatutos y procedimientos; la democracia no es una cuestión técnica aunque sea innegable que los métodos, y en especial, sus aplicaciones prácticas, son esenciales.

Existe una variada y lúcida literatura que ha destacado los obstáculos y presiones externas que enfrenta el ejercicio democrático en las asociaciones obreras, y la debilidad de los enfoques que confinan el análisis a la vida interna del sindicato.¹⁷ Son dos las fuentes principales que suelen invocar estos análisis: el poder de la patronal y el poder del estado. Parece redundante justificar estas aseveraciones. La represión y las tácticas anti-sindicales de la patronal dificultan la solidaridad y la comunicación entre los trabajadores; la legislación determina aspectos cruciales de las relaciones laborales en los lugares de trabajo como así también de los procesos internos a través de los cuales se toman las decisiones en los sindicatos; los ejemplos posibles son innumerables. Y, otra vez, es necesario subrayarlo, las determinaciones productivas juegan un papel

¹⁶ Es común encontrar en la literatura la asociación causal un tanto irreflexiva entre peronismo y burocracia sindical. Joel Horowitz, sin embargo, describe el poco apego a las prácticas democráticas durante la década del treinta (y antes) en gremios como la Unión Ferroviaria, Federación de Empleados de Comercio, la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, Unión de Obreros y Empleados Municipales. Su estudio muestra la existencia de estatutos restrictivos, intervenciones de seccionales, expulsión de opositores, fraude, larga permanencia en cargos directivos, etc. El problema de la burocracia sindical hunde sus raíces en lo más profundo de la historia del movimiento obrero argentino. Véase Joel Horowitz, *Los sindicatos, el estado y el surgimiento de Perón, 1930/1946*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2004.

¹⁷ Colin Crouch, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1971; Richard Hyman, ob. cit.; Claus Offe y Helmut Wessenthal, "Two Logics of Collective Action", en Claus Offe, *Disorganized Capitalism*, Oxford, Polity Press, 1985; John Kelly, *Trade Unions and Socialist Politics*, Londres, Verso, 1988.

clave: la estructura de la industria, las características de los procesos de trabajo, la composición social y técnica de la clase. La dispersión geográfica o el tamaño de los establecimientos suelen dificultar la organización; las calificaciones han sido la base de jerarquías y diferencias de poder que han obstaculizado la definición de demandas comunes; la diversidad nacional o étnica han sido siempre desafíos para las organizaciones obreras.

Dicho de otro modo, cuando estas determinaciones materiales e institucionales no son consideradas, categorías como interés, representación o democracia, suelen contaminarse de ese racionalismo ingenuo que sirvió de base a las teorías políticas del liberalismo clásico. Es ese el caso, por ejemplo, cuando la asamblea deviene un espacio temporal mítico en el que las relaciones de fuerzas quedan suspendidas mientras obreros ideales deliberan en libertad y extraen conclusiones radicales de la experiencia de la explotación.

Además, es una concepción que entiende la acción colectiva sobre fundamentos individualistas y como agregación de voluntades. Supone que los intereses preexisten o han sido previamente conformados, intereses que los actores confrontan de manera más o menos transparente en la arena democrática para definir sus demandas. Es una concepción que sostiene entonces al menos una de las afirmaciones centrales de las teorías pluralistas sobre la democracia liberal: la neutralidad de las instituciones políticas respecto a la definición de los intereses en juego.¹⁸ Así, corre el riesgo permanente de reducir la democracia a un conjunto de procedimientos y reglas y a la libertad individual de aquellos que deciden.¹⁹ La extensión de la democracia, como un ideal que denota la activa participación de los trabajadores en las decisiones y en el control sobre los destinos de la organización, deja de ser entendida como parte del proceso de lucha por la construcción de poder obrero. Se aleja de la tradición socialista que liga democracia a igualdad real de condiciones de ejercicio y participación.²⁰ Deviene, en cambio, un conjunto de fórmulas y mecanismos abstractos y supletorios; un abracadabra institucional que garantiza la liberación de la combatividad que las direcciones frustran.

Las fuentes del poder interno de las direcciones sindicales provienen no sólo del entramado institucional de gobierno, de la conformación y representación efectiva de ciertos intereses obreros inmediatos, del consentimiento pasivo y de la movilización controlada; en determinados momentos también juega a su favor

¹⁸ Jeffrey Isaac, ob. cit.

¹⁹ Cornelius Castoriadis, "La democracia como procedimiento y como régimen", en <http://www.inisoc.org/Castor.htm>, 1996.

²⁰ Umberto Ceroni, *Política. Métodos, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías*, México, Siglo XXI, 1992.

el individualismo y el conservadorismo existente entre los trabajadores. Cuentan además con fuentes de poder externas, producto de sus compromisos y de su participación en alianzas reformistas (o conservadoras), que suelen ser cruciales para la delimitación de los objetivos de su política sindical. Por el contrario, una organización combativa con una constitución democrática pierde su razón de ser cuando no logra renovar el compromiso militante de sus miembros y el seguidismo tácito de los indiferentes que verán afectada, más tarde o más temprano, su cotidianeidad por el agudizamiento de las disputas laborales. Sus compromisos y alianzas son de una naturaleza distinta y en general provienen de fuerzas sometidas a lógicas similares que demandan un involucramiento activo de sus miembros, en particular, insistimos, en los momentos de enfrentamiento abierto.

Por ello, el problema de la democracia desde el punto de vista de la construcción de poder obrero con perspectivas socialistas trasciende la crítica anti-burocrática. Ni siquiera se reduce a la crítica de las formas liberal-representativas que subsisten en la vida política interna de las organizaciones gremiales en Argentina, un aspecto crucial sin duda, sino que engloba al conjunto de estreñimientos que operan sobre la política sindical. No es sólo un problema de procedimientos, aunque ello forme parte de la cuestión, sino de organización y liderazgo. En síntesis, es una dimensión más de la pelea sobre las formas organizativas y políticas de la clase en su enfrentamiento estructural, y por lo tanto irremediable, contra el capital.²¹ Una pelea en la que distintas fuerzas político-sindicales deben imponer sus agendas pero evitando el triunfo pírrico porque dependen siempre del apoyo y la disposición a actuar, ya no sólo de quienes los apoyan activamente, sino del número más amplio posible de trabajadores, organizados o no. Por ello, el análisis de la dinámica organizativa y política de la clase, que nociones como burocracia y democracia intentan captar, apunta directamente a las relaciones de fuerza.

Conclusiones

Con los años fue tomando forma el concepto de burocracia sindical que denominamos *clásico u ortodoxo*, de uso corriente tanto en los ámbitos políticos como académicos. Se puede encontrar una exposición arquetípica de este punto de vista en el libro de Jorge Correa *Los jerarcas sindicales* que separa de manera tajante direcciones y bases. Según el autor: “los rasgos de la elite sindical deben ser considerados producto no tanto de la naturaleza del movimiento obrero y de las

²¹ C. Offe y H. Wiesenenthal, ob. cit.

propensiones de sus componentes como de la injerencia de las clases dominantes y de su ideología particular".²² Todas las cualidades consideradas meritorias (honestidad, combatividad, apego a las normas democráticas) fueron depositadas en las bases obreras. Por el contrario, los rasgos reprobables fueron adjudicados a los dirigentes (fraude, corrupción, traición, aversión por la democracia). De esta forma, los años sedimentaron una imagen donde afloraban dos mundos enfrentados y de naturaleza opuesta. Por un lado, los trabajadores de base, ontológicamente revolucionarios, son presentados como animadores permanentes de la lucha contra el capital. Las direcciones burocráticas, por su parte, son percibidas como frenos permanentes a los deseos transformadores de sus dirigidos.

Esta perspectiva fue criticada hace ya casi tres décadas por Daniel James. El historiador inglés advirtió sobre el peligro de caer en visiones simplistas de la dinámica social, erigiendo la *traición* de los dirigentes sindicales como clave explicativa general. Demostró que los líderes gremiales, aún los considerados burocráticos, mantenían cierto nivel de consenso entre sus representados. En el análisis de la interrelación entre bases y cúpulas, subrayó la importancia del contexto donde se generan estos vínculos. Se apartó de dos abstracciones metafísicas, como él mismo las denomina, que han dominado el debate sobre el sindicalismo peronista y la clase obrera: "una clase obrera que siempre lucha e intenta organizarse en forma independiente y una cúpula sindical que siempre traiciona y reprime".²³

La crítica realizada por James representó un avance significativo respecto a la visión tradicional sobre el tema y abrió la puerta de la perspectiva *revisionista*. Sin embargo, este ensayo partió de la hipótesis de que tanto *ortodoxos* como *revisionistas* mantienen un enfoque binario que conserva la dicotomía entre bases y dirigentes. Es cierto, James tiene la ventaja de restablecer, en cierta manera, el vínculo entre ambos extremos. Según su posición, los dirigentes no giran en el vacío, sino que se sustentan en el consenso de sus representados. Pero mantiene la división entre los intereses colectivos de los trabajadores y las conducciones gremiales. James demuestra que esos intereses, de alguna manera, están presentes en las decisiones de las cúpulas sindicales.

La pretensión de este ensayo ha sido avanzar un paso más criticando a *ortodoxos* y *revisionistas* por ignorar los complejos procesos sociales a través de los que se constituyen los intereses colectivos inmediatos de los trabajadores. Esta discusión nos llevó, a su vez, a señalar las premisas metodológicas individualistas y las concepciones de raigambre racionalista y liberal que suelen contaminar

²² J. Correa, *Las jerarcas sindicales*, Buenos Aires, Obrador, 1974, p. 10.

²³ D. James, "Racionalización y respuesta de la clase obrera", *ob. cit.*, p. 349.

dichos enfoques. Aún las advocaciones a la democracia obrera corren el peligro de recaer en dichas premisas y concepciones por su premura en saltar del nivel estructural al de la acción obviando mediaciones y determinaciones. Cuando la acción esperada no aparece, la burocracia carga con todas las responsabilidades.

En este camino, tropezamos con diversos aspectos a los que no siempre se les otorga el valor que realmente tienen. Las formas organizativas, los diversos mecanismos de decisión, los liderazgos formales e informales, la normativa jurídica, son todos ellos elementos claves en la constitución de los intereses colectivos inmediatos del proletariado. Shandro ha señalado que las instituciones y las prácticas del movimiento obrero estructuran sus experiencias y percepciones.²⁴ Por lo tanto, el esquema binario que separa prolijamente bases y direcciones, intereses y representación, democracia y burocracia, debe replantearse. Para decirlo en los términos del debate entre *ortodoxos* y *revisionistas*, las conducciones sindicales son parte constituyente de los intereses obreros. Si ello es así, las coordenadas del debate cambian. Ya no se trata de rastrear en qué medida los intereses de los trabajadores previamente constituidos se expresan en las decisiones que adopta la conducción gremial. Se debe partir de una evaluación de todos los condicionantes (estructurales, jurídicos, organizacionales, subjetivos) que determinan las decisiones efectivas que adopta la clase obrera.

²⁴ Alan Shandro, "La conciencia desde fuera: marxismo, Lenin y el proletariado", en *Herramienta*, n° 8, octubre de 1998.

Resumen

El ensayo aborda el problema de la burocracia sindical. Su punto de partida es que en Argentina fueron dos las corrientes de pensamiento predominantes sobre el tema, el enfoque *ortodoxo* y el enfoque *revisionista*, el primero caracterizado por establecer una clara demarcación entre los intereses de las direcciones sindicales y los de las bases trabajadoras, y el segundo, caracterizado por establecer algún tipo de conexión entre ambos. El ensayo explora la siguiente hipótesis: que ambos enfoques fallan al ser incapaces de analizar la construcción social de los intereses y demandas obreras y los procesos sociales que participan en dicha construcción. Así, el trabajo concluye resaltando la importancia de estudiar cómo variables organizacionales, estilos de liderazgo y los procesos de toma de decisión, entre otros, juegan un rol en la definición de los intereses inmediatos y las demandas de la clase obrera.

Palabras clave: Burocracia Sindical; Movimiento Obrero; Representación; Interés; Sindicalismo.

Abstract

The essay addresses the controversial issue of trade union's bureaucracy. It posits at its starting point that two strands of thought have prevailed about this topic in Argentina. These are called in the paper as the *orthodox* and *revisionist* approaches, the former clearly demarcating a division between the union leadership's and the rank-and-files' interests and the latter establishing a relative connection between them. The essay explores the following hypothesis: that both approaches fail to grasp the nature of the relationship between the question of interest definition and the social processes involved. It doing so, it concludes the importance of studying how organizational variables, leadership styles and the mechanism of decision-making, among others, play a role in the definition of workers' immediate interests and demands.

Key words: Union Bureaucracy; Labor Movement; Representation; Interest; Trade Unionism.

La burocracia sindical: del concepto a la historia. Entrevista con Nicolás Iñigo Carrera

Gabriela Scodeller y Pablo Ghigliani

Recorrimos junto a Nicolás Iñigo Carrera —historiador, docente y miembro del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA)—, la trama que compone el cuadro de la burocracia sindical. Su utilidad como categoría de análisis, junto a la necesidad de abordar históricamente la relación entre bases y dirigencias incorporando la observación de las estrategias de la clase obrera, son algunos de los elementos que el entrevistado propone para pensar la problemática propuesta por el dossier.

Pablo Ghigliani —Gabriela Scodeller (PG-GS): —¿Qué indica para vos el concepto de burocracia sindical?

Nicolás Iñigo Carrera (NIC): —Bueno yo creo que esta noción de burocracia sindical no puede entenderse si no es en el contexto de la sociedad capitalista en primer lugar, donde la tendencia a la burocratización es general, no es una cuestión sólo del sindicalismo. En la medida en que se complejiza la sociedad, surgen burocracias. ¿De qué estamos hablando cuando hablamos específicamente de burocracia sindical? En el desarrollo de la lucha de la clase obrera, ésta se va dando sus organizaciones, para la defensa de sus intereses tanto inmediatos como históricos; y en la defensa de sus intereses inmediatos la forma de organización es la organización sindical. En la medida en que se complejiza la sociedad, y se complejiza el movimiento obrero porque comienza a institucionalizarse, empieza a ser reconocido desde el sistema institucional, empiezan a existir leyes que reglan el funcionamiento de las relaciones entre los asalariados y sus patrones. En la medida en que todo eso se complejiza, empieza a surgir dentro de las organizaciones de los trabajadores una especialización, un funcionariado, que tiene como tarea ocuparse de estas relaciones entre los asalariados, los patrones y el Estado. Y de ahí es que brota este funcionariado o esta burocracia que es una resultante del mismo desarrollo del movimiento sindical. Eso no quiere decir que sea la única forma posible pero, de hecho, en la sociedad capitalista se ha dado generalmente así. Entonces, cuando se habla de que existe una burocracia, un funcionariado,

de lo que se está hablando es de un desarrollo relativamente importante del movimiento sindical o del lugar que ocupa en la sociedad, de las relaciones que tiene con el gobierno, con las organizaciones patronales y demás. Y en este sentido me parece que es totalmente pertinente usarlo como una categoría válida para el análisis del movimiento obrero.

Ahora, el problema aparece cuando se supone apriorísticamente que bases y dirigencias o burocracias están necesariamente separadas o en confrontación. Peor aún, cuando se atribuye una especie de esencia revolucionaria a la clase obrera frente a una burocracia retardataria que impide el desarrollo en un sentido progresivo del movimiento obrero y de la sociedad. Me parece que ése es el problema que hay que analizar en cada caso. Cuando uno está haciendo un análisis del movimiento obrero, justamente lo que hay que ver es si esa contraposición existe o no existe. Hay una vieja frase que dice que las bayonetas sirven para muchas cosas, menos para sentarse sobre ellas. No es demasiado esperable que una organización sindical funcione solamente sobre la base del matonismo de esas cúpulas sindicales sobre los trabajadores. Puede ser que haya casos así, en algún momento puntual, en alguna situación puntual, pero en todo caso hay que demostrar que es así. Y en general, lo que uno por lo menos ve en los trabajos de investigación sobre procesos históricos, es que hay cierta relación entre lo que es el grado de conciencia que tienen determinadas bases obreras y las direcciones que tienen.

Porque cuando ha habido esa contraposición entre bases y direcciones, hay muchos ejemplos que muestran que las bases han sacado a las direcciones que no se correspondían con el grado de combatividad o las metas que ellas tenían. No fácilmente, no es que se van sin resistir, pero han sido desplazadas, y en muchos períodos históricos. Porque uno puede poner el ejemplo de Agustín Tosco o de René Salamanca en los '60-'70, o el ejemplo de la UOM de Villa Constitución también en los '70, pero también tenés el mismo proceso después del '83. Entonces, eso existe. Tenemos ahora el proceso que se da en los subtes. Ahí hay una dirección distinta, que confronta con la otra dirección, pero como tiene base puede ir afirmándose en su política alternativa o diferente de la que se da en la dirección del sindicato. Entonces, me parece que, justamente, habría que analizar esto en cada caso y no dejarse llevar por un discurso que, yo entiendo, es un arma en la lucha política. Históricamente, por lo menos ya en la década del 30, pero viene de antes, todas las corrientes políticas han acusado de burocráticas a otras corrientes: los socialistas a los sindicalistas, los comunistas a los socialistas, los anarquistas a todos, después todos estos a los peronistas; de manera que es un arma en la disputa político-sindical.

Por una cosa es la disputa político-sindical, otra cosa es el análisis que uno tiene que hacer de la realidad. Y justamente un problema que debería dilucidarse

es si efectivamente hay o no hay correspondencia entre dirección sindical o burocracia sindical y bases. Hay ejemplos también, que son casi inversos, que tenés direcciones que van mas allá que sus bases, y voy a poner un ejemplo, que no es precisamente de izquierda. En el año 2002, Moyano convoca una marcha contra el Fondo Monetario Internacional. Una marcha que reúne 7.000 personas, que para lo que podía movilizar la CGT es poco; entonces, la dirección de la CGT quiere movilizar y los sindicatos y los trabajadores no van. A lo que voy es que es un tema mucho más complejo. Es erróneo resolverlo en términos de que hay una permanente disputa entre bases radicalizadas o combativas y direcciones frenadoras y retardatarias. No es eso lo que se encuentra en la realidad, hay situaciones muy diferentes.

PG-GS: —La utilización del concepto suele ser indiferente a la historia. ¿Qué lugar podría ocupar la misma en el estudio del desarrollo de las burocracias?

NIC: —Lo de la formación de este funcionariado es un proceso larguísimo, porque comienza cuando empieza a profesionalizarse la condición de dirigente, que tiene que ver con esto de la complejización de las relaciones. Y eso ya en la década del '30 lo encontrás bastante, en los sindicatos grandes, en los sindicatos fuertes. Por un lado tenés dirigentes sindicales, que vienen de la militancia sindical, que vienen de haber trabajado en esa rama, en esa actividad, pero que después se convierten en secretarios de su gremio y siguen y siguen. Y por otro lado tenés ya también, gente que entra como empleado del sindicato y que su carrera en el movimiento sindical no pasó en ningún momento por ser trabajador de base. Eso que se dice de algunos dirigentes sindicales de hoy, en el '30 ya lo tenés, y de dirigentes de izquierda, militantes de izquierda. Porque en ese momento no había peronismo, pero eran militantes, militantes políticos que entran como empleados del sindicato y después hacen sus carreras como militantes políticos dentro del movimiento obrero. También ahí hay que analizar todo este proceso. No hay duda de que en la década del '40-'50, con el cambio de estatuto de la CGT en 1950, hay otra relación con el aparato estatal y una mayor verticalización del movimiento sindical, sin duda que eso favorece la burocratización. Pero eso también tiene que ver con la complejización de la sociedad y la institucionalización de la clase obrera.

PG-GS: —¿Qué diferenciaría a un burócrata de los años '30 de uno en la actualidad? Por ejemplo: ¿el sindicalismo empresario de los '90 cuánto tiene de innovador y cuánto de tradiciones sindicales previas?

NIC: —Bueno, me parece que tiene que ver con este proceso en el que aparecen fenómenos que uno los ve como nuevos, que es esto de que el sindicato,

directamente el sindicato es empresario. Participa de la propiedad de empresas donde se explota a otros trabajadores, asociado al capital, incluso al financiero. Recuerdo un trabajo que mostraba cómo en la década del 900, me parece que era la UGT, la Unión General de Trabajadores, había puesto una fábrica de cigarrillos y convocaba a los obreros a fumar esos cigarrillos porque eran ingresos para el movimiento obrero. No hay duda de que no es lo mismo que la situación de ciertos sindicatos hoy, que de hecho son accionistas de empresas privadas. Porque el problema es que al entrar en el sistema institucional, todo eso que se llama corrupción entra por esa puerta. Porque la corrupción es inherente al capitalismo, no hay capitalismo sin corrupción y nunca lo hubo, siempre es corrupto, más aún el capitalismo en su fase financiera. Y como es un movimiento dentro del sistema capitalista, lógicamente tiene muchas de las características de lo que es este sistema, entre otros, estos aspectos que se pueden considerar de corrupción. Insisto, no quiere decir que todo sea igual, porque hay muchos ejemplos de dirigentes que no han sido corruptos, que no han entrado, pero en general tienen otra concepción de lo que es la sociedad y otra concepción de lo que es el sindicalismo, no sólo verbal, sino en los hechos.

PG-GS: —Ligado a esto de la complejización aparece la idea de que se genera una capa que entra en contradicción con la base, porque se crean intereses diferentes, intereses propios de la capa.

NIC: —Cuando se genera una capa, casi un grupo profesional, que reproduce su vida de una manera diferente a lo que es el conjunto de los por ellos representados, es evidente que empiezan a surgir intereses que le son propios como capa. Ahora, ahí yo creo que eso tiene un par de límites. Primero, que si se vuelven contrapuestos a todo interés de los trabajadores (y acá hay que diferenciar entre el interés inmediato, esto que yo llamo el interés del asalariado, de lo que es el interés histórico de la clase obrera como expropiada), si no representan ningún interés, y por lo tanto no es seguida por nadie, ¿qué función cumple en el sistema? No le sirve a nadie, no le sirve ni al Estado, ni a los patrones, ni tampoco a los trabajadores. Entonces, una situación así, yo creo que es irreal, no existe, algún interés de los trabajadores tiene que estar expresando. Ahora, que además tenga intereses propios, sí, porque reproduce su vida de una manera diferente a la de sus representados. Porque no vive de trabajar en una empresa, con un patrón, vive de mantener la organización, obtener mejores condiciones para la organización.

Y acá esto también entronca con otra cuestión, que plantea Marx para el origen del movimiento obrero: para los trabajadores, la organización de su interés, interés inmediato, es lo más importante. Dicho en otras palabras, el peor sindicato es mejor que ningún sindicato, y en la medida en que esta capa burocrática o dirigente

organiza y permite tener la fuerza necesaria para por lo menos, negociar con el capital o buscar las mejores condiciones posibles, en ese sentido, es obvio que van a seguir a esa capa. Aunque en esa negociación, la capa también busca su propio interés. Pero ahí hay una vinculación entre los dos intereses. Es bien interesante también ver una carta de Engels donde habla sobre la burocracia estatal y la relación con la clase burguesa, que es lo mismo. Es decir, esa fracción empieza a tener intereses propios en cuanto funcionariado estatal, pero no puede pasarle por arriba a la burguesía o a las clases dominantes. Entonces, allí hay un interés, que puede ser que en algún caso haya dirigentes que ni siquiera ese mínimo interés de organización lo respeten, pero yo creo que en esos casos, es cuando los desplazan.

PG-GS: —¿Puede entenderse a este funcionariado como una capa burguesa dentro del proletariado, como agente de la burguesía?

NIC: —Si refiere a una capa con conciencia burguesa, o sea, que su conciencia de la situación y cómo resolverla, es a la manera que la resuelve la burguesía, uno podría decir, sí. Ahora nuevamente, si esa capa es seguida por la mayoría de los trabajadores o una parte importante de los trabajadores, entonces ¿no será que es toda una fracción de la clase obrera que tiene conciencia burguesa?, ¿qué quiere resolver el problema a la manera que lo resolvería la burguesía o una parte de la burguesía? Es decir, dentro del capitalismo, mediante la competencia, etc. Ahora, pensar que hay una capa que es burguesa (en un sentido diferente que la aristocracia obrera)... ¿qué es lo que define el hecho de ser burgués? ¿Qué es la burguesía en términos objetivos? Propietaria de sus condiciones de existencia. ¿Es la burocracia propietaria de sus condiciones de existencia? No, son funcionarios, son funcionarios prebendados por la burguesía, sí; pero no son propiamente propietarios de sus condiciones de existencia.

Creo que ahí también, porque el problema es éste, la eliminación de la burocracia sólo es posible en un estadio que la humanidad no ha alcanzado, aunque puede haber mayores o menores grados de aproximación; que no lo alcanzó plenamente ni siquiera en las revoluciones en los estados socialistas

PG-GS: —El concepto de *estrategia* que vos utilizás, tiende a tratar de ver más objetivamente las diferentes tendencias en el desarrollo de la clase obrera que implican determinadas políticas. ¿Te parece que puede ser de utilidad para esta cuestión de la relación burocracia-base? ¿Cómo lo compatibilizás con el problema del liderazgo sindical?

NIC: —Me parece que los liderazgos tanto personales, como de los partidos, son en definitiva, manifestaciones de esas estrategias. Yo miro la estrategia como el desarrollo, como la tendencia, en la que va dando sus enfrentamientos, sus luchas,

en este caso la clase obrera, o pedazos de la clase obrera, fracciones, siempre en alianzas. Lo que voy a encontrar es que estos dirigentes, estos liderazgos, sean individuales o de partido, son a la vez, expresión de la estrategia y alternativas que se abren acerca de cómo llevar adelante esa estrategia, o en su caso, de otra estrategia. Frente a un problema que se le plantea a la clase obrera, una situación que necesita resolver, toma conciencia de la situación en que se encuentra y trata de resolverla. Puede tratar de resolverla de maneras muy distintas, a veces más eficientes, a veces totalmente ineficientes, pero eso depende del grado de conciencia que tiene. Frente a esa toma de conciencia de la situación, hay uno que dice "miren, la solución va para allá", el otro dice "la solución va en esta otra dirección", hay otro que dice "la solución es esta tercera", y según cual sea el camino que se sigue, ahí uno puede ver cuál es la estrategia de la clase, frente a las distintas alternativas que se fueron planteando. A veces pueden tener que ver con estrategias distintas, o pueden tener que ver con cómo llevar más eficientemente adelante una sola estrategia. Por eso es un indicador importante la huelga general, que es el momento en que la mayoría de la clase obrera se mueve, porque permite ver a qué convocatoria responde, cuáles son las metas por las cuales se moviliza la mayoría de la clase obrera.

Así que me parece que es imprescindible introducir el tema de la estrategia, lo cual no quiere decir que se deje de lado ni el problema de las alternativas políticas, ni tampoco el problema de los liderazgos. Porque el tema incluso del liderazgo personal, es también importante. Plejánov tiene un trabajo sobre el papel del individuo en la historia, que dice: el dirigente es dirigente porque desea más, y como desea más, hace más fuerza, se esfuerza más, y por eso es dirigente. Ahora, si justamente, esa capacidad de liderazgo, de desear más y de esforzarse más, logra que ese camino sea el seguido, ahí también tenés el tema de por qué esa alternativa. Y porque había un individuo que era capaz de llevarla adelante, encarnarla.

PG-GS: —Hay formulaciones que presentan a la burocracia como externa al conjunto a la vez que freno de los movimientos de base: ¿no es esta una mirada tributaria de una forma liberal de pensar la historia, centrada en el rol fundamental de actores individuales?

NIC: —Bueno, tiene que ver con una concepción de la sociedad como una suma de individuos, y las clases y los partidos como suma de individuos. Sería el papel de esos individuos el que logra, de alguna manera, frenar. Eso yo creo que está demostrado hasta el hartazgo que es un camino que no refleja la realidad. Es lo mismo que atribuirle a los partidos la historia de la clase, que es una cosa que está también muy generalizada. Te dicen, hay que hacer la historia de la clase obrera; entonces al principio eran anarquistas, después eran socialistas o sindicalistas,

después socialistas y comunistas, después peronistas. No, no, paren un poquito ¿qué quiere decir eso? Es transformar la historia de una clase en la historia de un partido. Ahí Gramsci tiene unas cosas muy interesantes, dice que la historia de un partido en realidad es la historia de la sociedad, vista desde un punto de vista monográfico. Pero en general no se lo ve así.

PG-GS: —¿No existe una fe desmedida en lo asambleario como mecanismo liberador de las fuerzas de las bases? ¿No se trata también de una concepción liberal de la democracia que se fascina con los individuos que deliberan mientras ignora las relaciones de poder?

NIC: —Sí, sí, yo creo que es una concepción... porque no hay tampoco tantas cosas distintas, y eso es liberalismo, sí. Todo lo que acentúa, lo que potencia el papel del individuo en abstracto, no como producto social de esta sociedad, es liberalismo. Y hay miles de ejemplos que se expresan y siguen a esas conducciones porque las encuentran eficientes para lo que ellos quieren. En eso lo de la estrategia del asalariado y la conciencia del asalariado a mi me parece que es muy esclarecedor. Ahí tenés dos situaciones que son contradictorias, dos elementos que son contradictorios. Uno es, si yo vivo del salario, lo que tengo que hacer es conseguir las mejores condiciones para vender mi fuerza de trabajo, y si para eso yo tengo un dirigente, que pelea más o menos, que a mí me paguen más o menos, cuando las condiciones son favorables avanza un poquito más, cuando las condiciones son desfavorables hay que defender el sindicato. Y en definitiva, vuelvo a decir, el peor sindicato es mejor que ningún sindicato. Entonces, aún en esas peores condiciones, es aceptable, para determinados niveles de conciencia. Esa conciencia del asalariado no va más allá de eso. Ahora con esa conciencia de asalariado, y esto es una cosa que me parece importante, se han dado luchas tremendas, con muertos, con presos, con heridos, porque no es que no luchan, luchan un montón, con esa conciencia. Y esa conciencia es condición de la otra, y si no empieza por pelear por esas condiciones nunca va a pelear por otra sociedad. Ahora, otra cosa es tomar conciencia de que es expropiado de todo, entonces, lo que se pone en cuestión ahí es la propiedad, pero eso es un punto de llegada.

PG-GS: —¿Qué lugar debería ocupar la lucha contra la burocracia en la política sindical?

NIC: —La experiencia, no sólo actual sino histórica, es que como instrumento la lucha anti burocrática, ha habido veces que sirvió para sumar, y ha habido veces que sirvió nada más que para aislarse. Entonces, vuelvo a decir, depende de cada situación. Ahora a mi me parece que mucho más interesante que la lucha anti burocrática, sería plantearse el problema de la conciencia de esas bases. Qué se

hace, porque se hace, pero obviamente no es suficiente. Qué se hace para construir conciencia, otra conciencia en los trabajadores. Y entonces la caída de esas burocracias es algo que viene por añadidura. Pero si no, hay casos tremendos, de militantes que van contra la burocracia y los trabajadores del gremio reaccionan negativamente, lo corren al que va en contra porque ataca a sus dirigentes.

Volviendo sobre la pregunta anterior, el espacio de lo asambleario se convierte en fetiche cuando se vincula con esta idea de que las bases siempre son combativas y radicalizadas. Ahora, si se da una relación entre una conducción que tiene una meta y unas bases que pueden expresar su opinión y ahí se va articulando y elaborando y construyendo conciencia en dirección a esa meta, puede ser. A mí me parecería que eso es la cosa de la asamblea, del consejo, es un camino. Por lo menos es la forma que ha tomado hasta ahora en el mundo, cualquier proceso de transformación revolucionaria ha tomado esa forma. Ahora, mantener eso vivo es un... Claro, porque implica conciencia de todos, sin contar con que el enemigo te quiere destruir, además, pero digo, además necesita de conciencia de todos.

Dirigentes y segundas líneas en el Partido Socialista Independiente en la Capital Federal. Una mirada desde la micropolítica, 1927-1930

Pablo Pérez Branda¹

“...todo hombre que haya actuado en política sabe que eso es inexacto, que no hay tal cosa que se llame un partido homogéneo.”
Federico Pinedo, 1972.

Palabras preliminares

El 7 de agosto de 1927 quedó constituido el Partido Socialista Independiente (PSI) mediante un Congreso Constituyente celebrado en la Capital Federal ese mismo día.² El nuevo partido fue el corolario de la expulsión y renuncia al Partido Socialista (PS) de un numeroso grupo de afiliados a raíz de una serie de desencuentros intradirigenciales, algunos de vieja data.³ El detonante de la fractura

¹ Pablo Pérez Branda. CONICET. Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Cehis, e-mail: perezbranda@speedy.com.ar.

² José Rouco Oliva fue el encargado de organizar aquel encuentro fundador del que participaron 84 delegados de los centros escindidos tanto de la Capital como del resto del país. Aquel cónclave sólo pudo avanzar en la definición del nombre del nuevo partido, y en sólo dos puntos de la declaración de principios: además de elegir autoridades provisorias. Recién el I Congreso Ordinario del PSI celebrado los días 28 y 29 de enero de 1928 aprobó los estatutos del partido, su Declaración de Principios y el Programa de Acción. Entre el Congreso Constituyente y el I Congreso el PSI funcionó de hecho en materia programática, y se rigió con el estatuto del viejo PS.

³ Los antecedentes de la división del '27 han sido rastreadas desde 1923, a raíz de un álgido debate que se desató en el interior del PS con relación a los reclamos de incompatibilidad entre la labor parlamentaria y el ejercicio de las profesiones liberales que involucraba a varios miembros del selecto Grupo Parlamentario Socialista. Dichas disputas ocuparon buena parte de las discusiones del XVII Congreso Ordinario del PS celebrado en Mar del Plata en 1923, aunque los principales acusados de incurrir en posiciones “antisocialistas” —Antonio De Tomaso, Federico Pinedo, Héctor González Iramain y Fernando de Andrés— fueron absueltos por ese cónclave. Para R. Walter, las razones de la división tuvieron que ver con “una lucha por el dominio de la dirección del partido socialista más grande e influyente de la Argentina.” (Richard Walter, *The socialist Party of Argentina, 1890-1930*. Univ. Of. Texas Press, Austin, 1977, p. 208). L. Prislei pretendió alejarse

fue el retiro, por parte del Grupo Parlamentario Socialista Nacional, del pedido de intervención a la provincia de Buenos Aires que el Diputado Nacional Adolfo Dickmann había presentado, como respuesta a un proyecto de ley que proponía legalizar el juego en el territorio provincial. Pedido que hizo con el aval de radicales antipersonalistas y conservadores, que creían entorpecer con la iniciativa el inminente triunfo de Hipólito Yrigoyen en las elecciones nacionales de 1928.⁴

A diferencia de las cuatro divisiones anteriores que había sufrido el PS hasta 1927, la que decantó en la fundación del PSI cobró relevancia debido a que quienes se fueron del PS constituían buena parte de sus más encumbrados dirigentes.⁵ Éstos fueron acompañados, además, por un significativo número de afiliados de las “segundas líneas” partidarias que aportaron experiencia y legitimidad a la fuerza que nacía.

de las explicaciones que adjudican la plena responsabilidad del cisma socialista de aquellos años a la traición de sus dirigentes. La autora busca dar entidad a “un tan difuso como insofocable nacionalismo” (Leticia Prislei, “Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente” en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 219-248). En una ponencia reciente, Ricardo Martínez Mazzola acentuó el marcado antiyrigoyenismo del grupo liderado por de Tomaso como uno de los elementos más influyentes a la hora de evaluar la ruptura. Si bien “(a) partir de la década del '90, el socialismo argentino construyó una mirada fuertemente negativa acerca del radicalismo” existieron estrategias contrapuesta hacia adentro de la fuerza sobre cómo enfrentarlo (R. Martínez Mazzola, “El difícil equilibrio ante el populismo yrigoyenista. La propuesta socialista de intervención a la provincia de Buenos Aires y el nacimiento del PSI” en *Actas de las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, 27-30/10/2009).

⁴ Sobre la trama del retiro del proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires puede verse, Sylvia Saffta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 223-247. También, R. Martínez Mazzola, ob. cit.

⁵ Entre quienes dejaron el PS en 1927 se encontraban los diputados nacionales Antonio de Tomaso, Héctor González Iramain, Augusto Bunge, Alfredo Spinetto, Fernando de Andrés, Edmundo Tolosa, Juan Remedi, Agustín Muzio, Ricardo Belisle, Pedro Revol y Raúl Carballo que representaban 11 de las 20 bancas socialistas en la cámara baja. También se sumaron los concejales por la Capital Federal Carlos Manacorda y Manuel González Maseda. La división de 1927 fue la quinta escisión del PS. Sin embargo, ninguna de las cuatro divisiones anteriores incidió con importancia en el funcionamiento ni en los resultados electorales del tronco original. La primera ruptura fue la separación del Centro Socialista de Balvanera en 1898 que luego volvió al partido; en 1906 rompieron con el PS los sindicalistas revolucionarios que de allí en más comenzarían a crecer como movimiento que reivindicaba su autonomía con respecto a los partidos políticos. La expulsión del dirigente Alfredo Palacios por motivos disciplinarios en 1915 significó la fundación del Partido Socialista Argentino, pero esta agrupación no tuvo mayor difusión y se disolvió rápidamente. Más importante fue el cisma de 1917 que permitió la creación del Partido Socialista Internacional en 1918, que luego cambiaría su nombre por el de Partido Comunista en 1920, después de adherir a la Internacional Comunista. Esta última ha sido la fractura socialista más analizada de todas las que sufrió el partido a lo largo de su historia.

Reconocemos que la denominación “segundas líneas” puede resultar conflictiva, poco precisa. Raanan Rein, para el caso del peronismo, consideró que se trataría de aquellos mediadores entre el líder carismático y las masas. El historiador israelí justificó su consideración a partir del estudio de los casos de Juan Atilio Bramuglia, Miguel Miranda y Domingo Mercante.⁶ Si bien compartimos la consideración de mediadores que propone Rein para las segundas líneas, creemos que para los casos del PS y el PSI la caracterización tiende a ser menos reduccionista y hace foco en aquellos miembros que, a la vez que “activistas”, consiguen posiciones de poder dentro de la estructura del partido y son artífices necesarios del funcionamiento de éste, sin llegar a ser las figuras más visibles.⁷ Creemos también que las fronteras del grupo son altamente permeables.

La consideración mencionada se fortalece, si acentuamos la idea de que la estructura partidaria del PS como el PSI respondió más al formato interno de características “poliédricas” o de “estratarquía” que a una estructura de mando altamente centralizada, afincada en el esquema evolutivo de Robert Michels. Según Samuel Eldersveld, aun cuando un partido pueda dar la impresión de ser un sistema organizado sobre la base de una autoridad ejercida de arriba hacia abajo, el partido puede ser considerado como “una estructura de respeto recíproco”.⁸ En ese sentido, las segundas líneas que caracterizaremos en este estudio se revelan importantes para llevar adelante el funcionamiento partidario y condicionan los conatos centralistas que históricamente se le han adjudicado a la fuerza.

Los pocos estudios que han analizado al PSI ya sea directa o tangencialmente, hicieron foco sólo en unos pocos hombres que formaban parte del grupo de dirigentes que fueron expulsados o renunciaron al PS entre los meses de julio y agosto de 1927; básicamente, en aquellos que ocupaban espacios de importancia tanto en el Grupo Parlamentario Socialista Nacional y Municipal, como en aquellos que formaban parte del Comité Ejecutivo del PS. Horacio Sanguinetti recuperó las trayectorias personales de algunos escindidos, enfatizando en el rol que habían jugado dentro del PS durante los años previos a la fractura.⁹ Para Sanguinetti, la división de los independientes habría sobrevenido a raíz del excesivo “moralismo”

⁶ Raanan Rein, *Peronismo, populismo y política: Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1998, p. 34.

⁷ Alan Ware sostuvo que “Cuando se habla de los activistas de un partido de masas, se está haciendo referencia a aquellos miembros especialmente implicados en las tareas del partido, a diferencia de aquellos afiliados que se contentan con pagar sus cuotas”. Alan Ware, *Partido políticos y sistemas de partidos*, Madrid, Istmo, 1996, p. 113.

⁸ Samuel Eldersveld, *Political parties. A Behavioral Analysis*, Chicago, Ran McNally & Company, 1966, pp. 1-13.

⁹ H. Sanguinetti, *Los Socialistas Independientes*, Buenos Aires, CEAL, 1987, 2 tomos.

ejercido por la “familia chertkoffiana” (aludiendo a las hermanas Chertkoff, casadas con los históricos líderes socialistas Juan B. Justo, Nicolás Repetto y Enrique Dickmann) que tornaba intolerable la vida de algunos afiliados.¹⁰ Previamente, Joaquín Coca había reconstruido lo que consideró la traición de un pequeño grupo de socialistas “aburguesados” destacando, fundamentalmente, el papel que le cupo a Antonio de Tomaso como líder de los escindidos, y las supuestas vinculaciones de éste y otros “confabulados” con sectores del conservadurismo y el antipersonalismo que tenían el afán de destruir “la histórica fuerza de los trabajadores”.¹¹

No obstante, tanto Sanguinetti como Coca —aunque a partir de tesis disímiles respecto a los móviles del cisma— sólo se concentraron en lo más granado de la dirigencia escindida, dejando de lado, sobre todo, a las segundas líneas partidarias que tuvieron un papel destacado tanto en la gestación como en el devenir del PSI, ya que fueron ellas quienes otorgaron legitimidad, volumen y dinamismo a la fuerza naciente.

Este artículo tiene como objetivo profundizar en el análisis del elenco político del PSI entre 1927 y 1930.¹² La decisión de hacer foco en un recorte temporal estrecho se funda en el interés de estudiar esos años formativos, donde los logros organizativos y electorales lo convirtieron en un referente político en la capital del país que, tras el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930, pudo configurar alianzas con las distintas fuerzas que apoyaron la llegada de Agustín P. Justo a la presidencia en 1932.

Buscamos, entonces, resaltar el lugar que ocuparon los profesionales universitarios y el aprovechamiento del saber especializado de algunos de ellos en el manejo de las relaciones político-organizativas tanto internas como externas al partido. Rescataremos el papel que jugaron las segundas líneas que engrosaron el PSI en la coyuntura divisionista y durante el desarrollo partidario, ya que consideramos que el éxito en la arena electoral que obtuvo el PSI a poco de producida la fractura obedeció no sólo al renombre de sus más importantes referentes —como Antonio de Tomaso, Augusto Bunge, Federico Pinedo o Héctor González Iramain— sino también a que las segundas líneas estaban compuestas por

¹⁰ Uno de los argumentos que esgrimieron con frecuencia los socialistas que formaron el PSI fue que el partido estaba dominado por una “dictadura familiar” que cerraba el paso a la participación democrática de todos los afiliados y simpatizantes del PS, fundamentalmente, y que cercenaba y sancionaba las opiniones en desacuerdo con “la familia reinante” (“El llamamiento del PSI a todos los ciudadanos libres”, en *Libertad!*, 20/8/1927).

¹¹ Joaquín Coca (1931), *El contubernio. Memorias de un diputado obrero*. Buenos Aires, La Campana, 1981, p. 24.

¹² Nos concentraremos en la dirigencia de la Capital Federal sin desconocer que el PSI intentó instalarse en otros puntos de la geografía nacional aunque con escaso o nulo éxito.

personal político experimentado, que le dio rápida forma y legitimidad frente al electorado porteño.¹³ Estos últimos puntos serán abordados desde una mirada que, arriesgando algunas sentencias, denominamos micropolítica. Buscamos hacer foco en los órganos primarios del partido, en su nivel celular, es decir, en los centros socialistas. Esta veta de investigación pretende visualizar algunas de las relaciones sociales y políticas de los afiliados y militantes de los centros y cómo se estrecha la distancia existente entre la norma y la práctica de la actividad político-partidaria que muestra, sin considerarla una patología política, cierta tendencia de actuar con arreglo a fines en lugar de actuar con arreglo a valores.

Esta perspectiva de análisis, que procura explicar la dinámica de los años formativos de un partido y que para el caso de los partidos políticos nacionales ha sido poco frecuentada o difundida, permite dejar atrás las sentencias con una fuerte carga liberal-democrática de lo que debe ser un partido político, para hacer foco en otro plano que pone en tela de juicio consideraciones marmóreas desarrolladas ampliamente para el caso socialista. Entendemos que un abordaje de estas características nos permitirá evaluar las fricciones en el seno de la fuerza, la penetración territorial y sus límites, y los reposicionamientos y lealtades personales existentes.¹⁴ En suma, creemos que nos permitirá realizar un acercamiento mayor entre la praxis política y sus protagonistas menos visibles.

La masa de afiliados de la Capital Federal y el núcleo dirigencial del PSI

El informe presentado por el Comité Ejecutivo PS al XIX Congreso Ordinario que se desarrolló en la Capital Federal los días 9, 10 y 11 de octubre de 1927 denunció que por causa de la escisión se dio de baja a 939

¹³ El PSI logró la primera minoría de Diputados por la Capital Federal en las elecciones generales del 1 de abril de 1928, desplazando al PS de esa posición a sólo siete meses de consumada la separación. El 2 de marzo de 1930 consiguió la mayoría en el mismo distrito relegando a la UCR y al PS.

¹⁴ Entre los estudios que han abonado, desde nuestra óptica, desde una perspectiva micropolítica destacaremos para el caso del primer peronismo el de Nicolás Quiroga, "Las unidades básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local" en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea]. Debates, 2008, puesto en línea el 16 de abril de 2008. URL: <http://neuvomundo.revues.org/index30565.html>. Para el caso del Partido Comunista argentino, Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

afiliados.¹⁵ De ellos, 467 pertenecían a la Capital Federal.¹⁶ Estos números no contrastaron con aquellos que el Consejo Directivo Provisorio del PSI puso a consideración del I Congreso Ordinario del nuevo partido el 29 de enero de 1928. En ese cónclave los socialistas independientes decían contar con 1100 afiliados en todo el país, de los cuales 685 residían en la Capital Federal. Si tenemos en cuenta que entre el informe del Comité Ejecutivo del PS y el I Congreso Ordinario del PSI pasaron sólo cuatro meses, los datos se presentan como verosímiles considerando nuevas incorporaciones. Sin embargo, y frente a la dificultad que supone el hecho de no disponer con un padrón de afiliados al PSI, nos guiamos también con los datos que surgen de la competencia interna realizada para elegir candidatos a diputados por la Capital Federal para las elecciones de 1928 y de 1930. Estas cifras nos pueden dar un panorama más fiable del volumen de afiliación que tuvo el PSI en el principal distrito del país.

En la primera compulsiva interna del PSI para elegir candidatos a diputados que se desarrolló en febrero de 1928 votaron 667 afiliados, aunque los independientes adujeron que fue un número inferior al esperado a causa del mal tiempo.¹⁷ En la puja interna por las candidaturas para las elecciones de 1930, cuando el PSI estaba en su máximo esplendor, votaron 1076 afiliados de la capital.¹⁸

Consideramos entonces que entre su fundación y 1930, el PSI contó con alrededor de 1000 afiliados en la Capital Federal. Entre éstos pudimos reconstruir, con mayor o menos detalle, 118 trayectorias personales de quienes, entendemos, formaron parte del grupo de dirigentes principales y de las segundas líneas partidarias.

Una primera aproximación al recorte nos muestra que la media de edad de los 118 afiliados hacia 1927 era de 36 años, aunque el promedio se incrementa notablemente a 45 años si hacemos el mismo cálculo sólo entre aquellos que no eran médicos, abogados e ingenieros (los considerados “profesionales”). La referencia generacional también se ha tenido en cuenta al momento de evaluar el porqué del cisma, sobre todo si atendemos a las tesis que anidan en la idea de una “creciente impaciencia [por parte de los profesionales detomasistas] por tomar el relevo del grupo fundador, que por su parte retenía un férreo control del

¹⁵ Informe de la Comité Ejecutivo Nacional del PS. “Reorganización interna”. Buenos Aires, septiembre de 1927, p. 21.

¹⁶ “Cómo ha repercutido en la masa de afiliados la acción de los traidores”, en *La Vanguardia*, 12-9-1927.

¹⁷ “Ayer en la Casa Suiza”, en *Libertad!*, 16-2-1928.

¹⁸ “En un ambiente vibrante de entusiasmo se realizó anoche la asamblea local del partido”, en *Libertad!*, 24-1-1930.

partido”.¹⁹ Aunque existan buenos motivos para sucumbir ante la tentación de aceptar la idea de que los independientes formaron parte de una generación de afiliados socialistas con intereses más o menos comunes, es menos claro que ese dato haya tenido una gravitación importante a la hora de evaluar el cisma. Sobre todo si consideramos que las lealtades personales y el control territorial, sobre todo en la Capital Federal, jugaron un papel sustantivo a la hora de apostar por uno u otro bando en conflicto. Incluso podría considerarse que tomas de posición en temas como el nacionalismo económico, las posibilidades de constituir alianzas con otras fuerzas del arco político y el lugar que debía ocupar el PS para enfrentar al yrigoyenismo, debieron haber tenido alguna incidencia y cruzaban todos los cortes etarios que existían entre los afiliados.

Antonio de Tomaso fue el líder indiscutido del PSI hasta su temprana muerte en 1933. Ingresó al PS en 1907, fue electo Diputado Nacional en 1914 hasta 1918, reelecto para el período 1918-1922 y 1922-1926, todavía en el marco del viejo partido. Se graduó de abogado en 1914; ese no era un dato menor: el título universitario era considerado una cualidad o atributo que aceleraba el crecimiento de quienes decidían “hacer carrera” dentro del PS. Como ya ha sido señalado en un trabajo reciente para los casos de radicales y conservadores, “el interés individual de los estudiantes o profesionales universitarios o terciario por hacer política se combinaba con el afán que tenían los partidos políticos por incorporarlos a la hora de nutrir sus cuadros”.²⁰

De Tomaso, además, complementaba su intensa actividad política con los compromisos privados. En efecto, compartía la titularidad de un estudio jurídico con su amigo y también afiliado socialista Custodio Maturana.²¹ El *cursus honorum* partidario de Antonio de Tomaso había comenzado en el centro de la circunscripción 20ª de la Capital Federal. En el marco de aquella agrupación entabló una estrecha relación con el también abogado Federico Pinedo y el médico Carlos Manacorda, quienes siempre le reconocieron sus condiciones para el liderazgo.²² Una vez producido el cisma, ocupó la dirección de *Libertad!* (principal órgano

¹⁹ Tulio Halperín Donghi. *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2005, p. 251.

²⁰ Marcela Ferrari. *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp. 122-123.

²¹ Además de de Tomaso y Maturana, los dirigentes del PSI que publicitaban sus servicios como profesionales fueron los abogados Federico Pinedo, Fernando De Andrés, Héctor González Iramain; Bernardo Sierra y Damián Ciancio (Ciancio compartía el estudio jurídico con Sierra). Entre los médicos se contaban Carlos Manacorda, Germinal Rodríguez y Domingo Arizaga. También se publicitaba el ingeniero civil Raúl Carballo. Véase, “Gufa de profesionales”, en *Libertad!*, 30-1-1928.

²² Federico Pinedo. *En tiempos de la República*, Buenos Aires, Mundo Forense, 1946, p. 43.

de prensa del PSI) hasta enero de 1928, mismo mes y año en que fue designado Secretario General del PSI por el período de un año.

El líder fue acompañado, entre los profesionales universitarios, por los médicos Alfredo Spinetto, Sixto Pastor, Oscar Rodríguez, Germinal Rodríguez, Carlos Manacorda, Augusto Bunge y Domingo Arizaga. Entre los abogados se contaban Edmundo Chedufau, Custodio Maturana, Federico Pinedo, Fernando De Andréis, Roberto Noble, Bernardo Sierra, Damián Ciancio y Héctor González Iramain; también por el ingeniero Raúl Carballo. Podríamos incluir casi en un pie de igualdad con el selecto grupo de los profesionales universitarios que fundaron el PSI, a los bien cotizados afiliados consagrados a las actividades periodísticas Miguel Pizza, Alfredo Pasqualetti, Antonio Zaccagnini, Gabriel Jordán, José Rouco Oliva, Javier Lobo, Octavio Palazzolo, Isidoro de la Calle y Roberto Giusti.

Los abogados y médicos que formaron el PSI estuvieron en el ojo de la tormenta: Joaquín Coca denunció las “argucias de leguleyo”, de profesionales de todas las variedades que pretendían poner al PS al servicio de los más bajos de los intereses de la burguesía.²³ En efecto, las querellas en torno a las incompatibilidades entre la política y la actividad profesional en las cuales habrían incurrido un grupo de afiliados, y que fueran expuestas en el XVII Congreso Ordinario del PS de 1923 celebrado en Mar del Plata y retomadas en el V Congreso Extraordinario que se desarrolló en la ciudad de Córdoba en enero de 1925, habilitó a que en los estatutos del PS fueran reformados en el XVIII Congreso Ordinario realizado en Mendoza ese mismo año. El artículo n° 49 rezaba:

“Los representantes del PS en el Congreso Nacional, las legislaturas provinciales y los municipios, no deben tener relación profesional ni pecuniaria con empresas o empresarios que tengan o gestionen contratos, concesiones o franquicias del Estado o de los municipios, salvo la de pagar por el uso personal de servicios públicos (...)”.²⁴

Tal magnitud alcanzó la polémica como disconformidad en algunos de los socialistas que se fueron que, a fines de enero de 1928, el I Congreso Ordinario del PSI no incluyó en sus estatutos dichas incompatibilidades. Este tipo de resoluciones tuvieron buena acogida en algunos círculos intelectuales liberales: por caso el escritor Carlos Villalobos Domínguez, que había disuelto en 1926 el minúsculo Partido Liberal Georgista y se incorporó a las filas del PSI en 1928.²⁵

²³ Joaquín Coca, op. cit., p. 39.

²⁴ *Estatuto del Partido Socialista*, parte III artículo n° 49. Buenos Aires, La Vanguardia, 1925.

²⁵ El Partido Liberal Georgista (1921-1926) fue fundado por Carlos Villalobos Domínguez y su hermano Cándido junto al escritor Arturo Capdevila, Manuel López Villamil, Cosme Mariño y Manuel Frescara.

Con Villalobos Domínguez, quien tenía a su cargo las "Notas Políticas" de la revista *Nosotros* y comenzó a colaborar con *Libertad!*, desembarcó en el PSI Alfredo Bianchi, que compartía la dirección de dicha revista con el doctor en letras Roberto Giusti que, por su parte, cultivaba adhesiones dentro del ámbito universitario y la intelectualidad porteña junto a los jóvenes abogados Bernardo Sierra y Roberto Noble. Sierra había militado activamente en las filas del reformismo universitario en la Universidad de Buenos Aires y había presidido la Federación de Estudiantes Secundarios. Los vínculos contraídos en esas experiencias lo posicionaban, junto a Noble, Giusti y el médico Domingo Arizaga, como los referentes del PSI entre el estudiantado universitario capitalino.

El hecho de ser profesional (y también periodista) potenciaba las posibilidades de crecer en el partido, aunque eso no implicó que se pudiese hacer carrera política con otros atributos como la trayectoria sindical y partidaria, o estar inserto en cooperativas u otras instituciones. Existieron dirigentes encumbrados dentro del grupo escindido como Agustín Muzio que, siendo curtidor de oficio, había conseguido ser miembro del Comité Ejecutivo del PS en 1916 y Diputado Nacional desde 1920 de manera continuada hasta la "revolución" septembrina. Su carrera fue cimentada por el voto de los afiliados a raíz de una incesante actividad gremial desde 1908, que lo llevó a encabezar el Sindicato de Curtidores y a participar como integrante de la Comisión Directiva de la Confederación Obrera Argentina.

El caso de Muzio no era el único. También Jacinto Boix logró crecer dentro del PS y luego en el PSI, donde se convirtió en un nexo de referencia entre la cúpula partidaria y los centros socialistas. Boix era un comerciante librero afiliado al PS desde 1910 y que por su intensa actividad cooperativista y partidaria en la circunscripción 9ª había llegado a ser vocal del Comité Ejecutivo del PS entre 1923 y 1925. Consiguió incluso el aval de los afiliados al PSI de la capital para ser candidato a Diputado Nacional y a Concejal capitalino en 1928 y en 1930 respectivamente; formó parte, también, de la primera Comisión Directiva del PSI en 1928 con el cargo de Tesorero. Jacinto Boix, junto a José Rouco Oliva y Felipe Di Tella estuvieron al frente del Comité de Acción que fue el órgano que coordinó las actividades políticas del grupo de escindidos los días previos a que se formalizara la creación del PSI. Las ocupaciones político-partidarias y comerciales de Boix le dejaron tiempo para participar activamente en el fomento de actividades deportivas: formaba parte del Consejo Directivo de la Asociación de Fútbol Amateur de la cual era también su fundador y del Consejo Directivo del club Atlanta, que lo cuenta entre sus socios fundadores.²⁶

²⁶ "Semblanza de nuestros candidatos", en *Libertad!*, 14-2-1930.

Felipe Di Tella tenía 51 años de edad cuando se produjo la división. Era sastre de oficio y desde muy joven militaba en el centro de la circunscripción 15ª de la Capital que lo había visto pasar por todos los cargos de aquella unidad partidaria (Secretario General, Secretario de Actas, Vocal y Tesorero). Había fundado junto a varios socialistas la Unión Obreros Cortadores, Sastres y Costureros en 1898. Los pergaminos de militante gremial y su actuación en el Comité de Acción durante la coyuntura divisionista de 1927, lo hicieron acreedor de un lugar en el primer Consejo Directivo del PSI con el cargo de vocal. Luego, el voto de los afiliados lo llevó a ocupar el quinto lugar en la lista de candidatos a diputados por la Capital Federal para las elecciones del 2 de marzo de 1930.

Otro caso es el de Gregorio Beschinsky quien estaba afiliado al socialismo desde 1914 en el centro de la circunscripción 4ª de la cual había sido su Secretario General en dos oportunidades. Dentro del PS había sido candidato a Concejal por la capital, había pasado por la secretaría de la Federación Juvenil Socialista y por la dirección del Ateneo Popular. Beschinsky trabajaba, junto con su amigo y también afiliado al PSI Duncan Haynes, como agente comercial de la casa de importaciones y representaciones propiedad del médico Eugenio Etchegoin, que era acusado por el PS de financiar al nuevo partido.²⁷ La cuestión del financiamiento se presenta vital para explicar la continuidad de la empresa propagandística partidaria. No sorprende que el diario *Libertad!* diera a conocer el “ejemplo” de quienes apostaban por su continuidad a partir de donaciones “desinteresadas”; también estaban las colectas y mítines debidamente difundidos, además del permanente llamado a la difusión y venta del diario.

Más allá de los dirigentes antes mencionados, buena parte de los codiciados lugares en las listas de candidatos a Diputados Nacionales y Concejales por la Capital Federal que presentó el PSI para las elecciones del período 1928-1930, fueron ocupados —con escasas excepciones— por los abogados, médicos y periodistas del partido.

²⁷ “Sociedad de bombo mutuo”, en *Polémicas. Publicación Mensual Socialista*, año 1, n.º 2. Buenos Aires, enero de 1928.

TABLA 1. Nombres de los miembros del PSI que obtuvieron un lugar en las listas de candidatos y/o en los más importantes espacios de decisión partidaria

Nombre	CDP1927	DL1927	CD1928	DL1928	LCD1928	LCC1928	LCD1930
Jacinto Boix							
Miguel Pizza							
Atilio Moro							
Germinal Rodríguez							
J. Rouco Oliva							
Felipe Di Tella							
Antonio de Tomaso							
H. González Iramain							
Augusto Bunge							
Alfredo Spinetto							
Fernando de Andrés							
Agustín Muzio							
Raúl Carballo							
Carlos Manacorda							
M. González Maseda							
Gregorio Beschinsky							
Juana Begino							
César Cichero							
Roberto Giusti							
Cristóbal Solari							
Federico Pinedo (h)							
Luis Poggi							
Octavio Palazzolo							
Antonio Zaccagnini							
Roberto Noble							
Domingo Arizaga							
Sixto Pastor							
Isidoro de la Calle							
Tomás Scaglia							
Edmundo Chedufau							
Damián Ciancio							
Bernardo Sierra							

Referencias: **CDP1927** (Consejo Directivo provisorio 1927-1928); **DL1927** (Dirección del diario *Libertad!* 1927-1928); **CD1928** (Consejo Directivo PSI de 1928); **DL1928** (Dirección del Diario *Libertad!* 1928-1930); **LCD1928** (lista de candidatos a diputados nacionales por la Capital Federal para las elecciones de 1928); **LCC1928** (lista de candidatos para concejales por la Capital Federal para las elecciones de 1928); **LCD1928** (lista de candidatos a diputados nacionales por la Capital Federal para las elecciones de 1930). Sombreado los cargos ocupados.

Como puede observarse en la tabla 1, la cohorte de 118 afiliados que consideramos como el núcleo que se movilizó y permitió el desarrollo del PSI desde el momento de su fundación, se reduce considerablemente si en cambio sólo tenemos en cuenta a quienes ocuparon los espacios más importantes en los órganos de decisión partidaria y en los lugares en las listas de candidatos que presentó el partido para las elecciones en el distrito capitalino entre 1928 y 1930.

Entre los 32 afiliados que mostramos en la tabla 1, se repartieron los 64 lugares disponibles. Podríamos arriesgar que esa treintena de dirigentes conformaron la elite del PSI aunque con claros matices entre ellos. De esos 32 dirigentes, 22 eran profesionales universitarios o estaban consagrados a las actividades periodísticas, lo que parece otorgarles un plus en la consideración del resto de los afiliados. No obstante, hay que hacer algunas salvedades. La mayoría (9) de los parlamentarios (diputados y concejales) que se escindieron del tronco socialista original en 1927, ocuparon 20 de los 64 más importantes espacios en la estructura y en las listas partido.²⁸ El Concejal Manuel González Maseda, por ejemplo, fue electo en el Congreso Constituyente del PSI para ejercer provisionalmente la secretaría general del partido hasta que fuesen consagradas autoridades regulares.²⁹ En enero de 1928 el I Congreso Ordinario del PSI rubricó a González Maseda como uno de los 11 miembros del Consejo Directivo. Ese mismo consejo le otorgó el cargo de vocal. Fue electo además para ocupar el primer lugar en las lista de candidatos a concejales capitalinos para las elecciones de diciembre de 1928 y estuvo al frente del Grupo Comunal Socialista Independiente hasta 1930.

Se puede hacer alguna otra salvedad en relación con algunos afiliados que, sin formar parte del grupo más granado de dirigentes, ocuparon lugares en la estructura partidaria. Un ejemplo es el de la escritora Juana Begino que junto a Luis Poggi fueron vocales durante 7 meses del primer Consejo Directivo provisorio del PSI.³⁰

²⁸ No incluimos a los dos diputados por Córdoba escindidos, Edmundo Tolosa y Juan Remedi. Tampoco al diputado Ricardo Belisle que una vez vencido su mandato en 1928 no lo localizamos compitiendo por espacios dentro del PSI.

²⁹ Manuel González Maseda tenía una extensa trayectoria dentro del socialismo. Había formado parte en dos oportunidades del Comité Ejecutivo del PS (1923-1927) y fue candidato a diputado nacional también por el PS y concejal electo. Era Secretario general de la unión Gráfica Bonaerense, fundador de la Federación Gráfica Nacional y fundador de la Comisión Socialista de Información Gremial. Fue miembro, incluso de la Federación Obrera Regional Argentina.

³⁰ Juana Begino era una obrera sombrerera y escritora de intensa militancia feminista. Había ingresado al PS en 1901 y estuvo entre las fundadoras del primer Centro Socialista Femenino del Barracas. Algunas de sus piezas teatrales fueron reproducidas por *Libertad!* y la revista *Crítica y Acción*. Luis Poggi era un carpintero de origen italiano que militaba en la circunscripción 9ª desde 1900. Para 1927 acumulaba 32 años de afiliación al PS. Había sido Secretario del Comité de Propaganda Gremial del PS, formó parte del Comité Directivo de la revista *Crítica y Acción*. Era miembro además de la Unión General de Trabajadores.

En suma, la cúpula dirigenal del PSI entre su fundación en agosto de 1927 y finales 1930, sin llegar a ser un núcleo dirigente totalmente osificado, se constituyó entre quienes eran el grupo de profesionales universitarios y periodistas. Sin embargo, la consagración por intermedio del voto de los afiliados de algunos nombre en las lista de candidatos a diputados del PSI para las elecciones de 1930, generó algunos desencuentros que no pasaron sin consecuencias y alteraron su fisonomía cuando el partido se encontraba en la cresta de la ola.

La renuncia de Agustín Muzio y el II Congreso Ordinario del PSI

Por intermedio de una extensa carta dirigida al Consejo Directivo del PSI fechada el día 3 de marzo de 1930, Agustín Muzio renunció a su condición de afiliado y a la banca que había conseguido en la Cámara de Diputados en las elecciones de 1928. La fecha era por demás inoportuna: habían transcurrido sólo un día de la justa electoral que les permitió a los independientes conseguir la ansiada mayoría de diputados nacionales por la Capital Federal. La noticia fue anticipada públicamente el 24 de febrero por *La Vanguardia* y generó indignación entre los independientes que la catalogaron como "Un infame plan de los dictatoriales para sorprender al electorado".³¹ Días después debieron reconocer que la renuncia de Muzio estaba siendo tratada por el Consejo Directivo del PSI, no sin que se lo haya intentado persuadir para que no abandone las filas partidarias. Decía Muzio en su carta de renuncia:

"Mi actitud es el resultado de la atenta y prolongada observación con que he seguido la marcha interna y externa del partido organizado después de la división que nos fuera impuesta (...) La situación política excepcional de nuestro país debió ser para todo socialista sincero la ocasión en esforzarse en acallar más bien la pasión personal que lo dividió de fuerzas afines (...) Si en realidad deseábase derrotar al gobierno desorbitado del presidente Irigoyen, debió empezar por hacerse la mejor y más seria fuerza opositora sobre la base de la unión de los dos partidos socialistas".³²

Muzio fue uno de pocos que abandonó tempranamente el PSI en desacuerdo con la marcha del partido y la política abiertamente antiirigoyenista que los independientes emprendieron a partir de la vuelta a la presidencia del líder radical en 1928. Sin embargo, era uno de los que más vigorosamente había justificado

³¹ "Desmentido terminante", en *Libertad!*, 25-2-1930.

³² "La renuncia del afiliado", carta de Agustín Muzio en *Libertad!*, 7-3-1930.

la escisión, incluso, utilizando a la Cámara de Diputados como tribuna para discutir el pleito socialista doméstico: “vamos a ver de aquí en adelante quienes tendrán más derecho de representar al socialismo, como movimiento de libertad y democracia”.³³

La actitud antiyrigoyenista a ultranza no era lo único que lo desvelaba. Años más tarde, Germinal Rodríguez sostuvo que existieron fuertes razones de orden interno:

“Desgraciadamente, el vicio del falderismo que vimos fructificar en el viejo partido, pudo más que nuestros propósitos y fue así, como ya a temprana hora tuvimos que ver con dolor la renuncia del diputado Muzio y su núcleo arguyendo que no estaban dispuestos a ser miembros de una comparsa política”.³⁴

Todo parece indicar que la decisión obedeció a la disconformidad con los resultados de la elección de la Asamblea Local del 23 de febrero de 1930 que eligió la lista de candidatos del PSI para Diputados Nacionales por la Capital Federal.

“Todo ha tenido su esperado y preparado corolario en la circular enviada a los centros antes de la Asamblea Local que eligió los candidatos a Diputados. En esa circular se hace elogio desmesurado a algunos ciudadanos que, y en vísperas de las elecciones de 1928, estuvieron a punto de sumarse a las huestes del radicalismo antipersonalista, donde veían posibilidades más seguras para satisfacer sus incontenibles afanes. Fomentando y tolerando esas lacras no se construye una organización socialista; se la destruye. El resultado de esa circular tuvo su repercusión en la Asamblea Local y ha dejado bien marcada sus huellas en la lista de candidatos”.³⁵

Si bien no contamos con la circular a la que Muzio hizo mención, tampoco se desmintió su existencia desde *Libertad!*. Creemos que la diatriba refiere al médico Domingo Arizaga y a los abogados Roberto Noble y Bernardo Sierra que relegaron en esa elección interna a los experimentados socialistas Oscar Rodríguez, Sixto Pastor, Tomás Scaglia e Isidoro De la Calle.

Las denuncias de Agustín Muzio trajeron a la discusión prácticas duramente reprochadas a los líderes del PS durante la coyuntura divisionista, a poco tiempo de que el PSI se aprestaba a celebrar su II Congreso Ordinario los días 5 y 6 de julio de 1930. Tal vez alertados por la situación, la comisión estatutaria de aquella reunión partidaria presentó un proyecto para que las autoridades del partido sean electas por medio del voto directo de los afiliados de todo el país cuando hasta

³³ Intervención de Agustín Muzio. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 22ª reunión - 15ª sesión ordinaria, Tomo II, 27-7-1927, p. 998.

³⁴ Germinal Rodríguez, *Sociocracia y socialismo independiente*, Buenos Aires, Imprenta Fontana, 1933, p.11.

³⁵ Carta de Agustín Muzio, ob. cit., 7-3-1930.

ese momento, eran seleccionadas por los delegados del congreso partidario. El despacho fue aprobado y se pidió elevar una lista de candidatos para ocupar los 11 lugares disponibles en el máximo órgano del PSI, remitiéndose los sobres en los días subsiguientes.³⁶

Entre los candidatos no figuraban aquellos que habían comandado el partido hasta ese momento, dejando los espacios para que fueran cubiertos por algunos nombres que conformaban las segundas líneas de la organización. Enviaron su voto 2922 afiliados de todo el país, que dieron como ganadores a Isidoro De la Calle, Oscar Rodríguez, Atilio Moro, Damián Ciancio, Ramón Morena, Basilio Vidal, Tomás Scaglia, Miguel Pizza, José Gierberg, Héctor Saporitti y Carlos Kelly.³⁷

No obstante los ascensos de algunos hombres de las segundas líneas a los puestos de decisión partidaria, el nuevo Consejo Directivo designó al Diputado Nacional Antonio Zaccagnini como Secretario General del PSI, en una lógica política que renovaba la confianza en las principales figuras como guías de la organización. En definitiva gran parte del equipo directivo del PSI ya estaba inserto en la Cámara de Diputados y el Consejo Deliberante de la Capital y seguían siendo, para la opinión de la prensa y del arco político todo, los líderes indiscutidos del partido.

El rol de las segundas líneas en el nacimiento y desarrollo del PSI

Al margen de lo ocurrido en el II Congreso Ordinario del PSI de 1930 que, como vimos, le abrió las puertas a un puñado de cuadros medios a la dirección del partido, éstos habían tenido un papel destacado durante la coyuntura divisionista de 1927 y garantizaban que el PSI fuese un partido electoralmente competitivo sobre una base organizativa sólida.

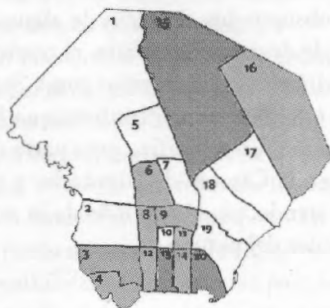
La agitación interna que vivió el socialismo entre los meses de junio y julio de 1927, puso al descubierto las dificultades que tuvieron las máximas autoridades del PS para retener en el partido a la mayoría de los centros socialistas de la Capital Federal. Muchos afiliados de las segundas líneas partidarias se solidarizaron con el grupo de parlamentarios que amenazaba escindirse y comenzaron a cultivar la idea de que era necesario declarar la autonomía de dichos centros. En efecto, varias de las agrupaciones del distrito más importante del país y donde

³⁶ Informe de la Comisión de Estatutos, en *Versión taquigrafada del II Congreso Ordinario del PSI*, 5-7-1930.

³⁷ "El nuevo Consejo Directivo del partido", en *Libertad!*, 1-8-1930.

el PS concentraba casi la totalidad de su fuerza electoral debieron ser disueltas por las autoridades del partido cuando comenzaron a notar que en muchas de las asambleas circunscriptoriales se cuestionaban algunas actitudes de la cúpula partidaria. Si bien las autoridades máximas del PS tenían el control mayoritario de las principales instancias de decisión partidaria, no consiguieron disciplinar a muchas de las agrupaciones que cimentaban la organización. A raíz de aquello, el Comité Ejecutivo del PS decidió disolver 12 de los 22 centros socialistas que el partido tenía en la Capital Federal.

GRÁFICO 1:
Centros socialistas de la
Capital Federal disueltos
por el PS durante julio de 1927



Fuente: *La Vanguardia y Libertad!*,
junio-julio de 1927

El mapa del poder organizativo del PS se modificó al compás de las resoluciones que se dieron en los niveles inferiores del partido donde las segundas líneas jugaron un papel superlativo. Perder dirigentes y viejos activistas de nivel barrial –y además perder la mayoría de los centros de circunscripción– implicaba cortar alguno de los nexos importantes que los unía al electorado y los legitimaba como fuerza política.

TABLA 2. Centros declarados autónomos y secretaríos generales de los centros respectivos durante el conflicto (todos ellos afiliados luego al PSI)

Centros	Secretaríos Generales	Centros	Secretaríos Generales
3°	Arturo López	11°	Cayetano Moreno
4°	U. Mazzaluomo	12°	Emilio Ferreras
6°	Pedro Revol	13°	Fernando De Andrés
8°	Vicente Ferraro	14°	Atilio Moro
9°	Jorge Boragina	15°	Romeo Rafo Bonta
10°	Carlos Kelly	16°	J. Rouco Oliva

Fuente: Diario *La Vanguardia* y revista *Crítica y Acción*, junio-julio 1927.

En la Capital Federal fue donde el “grupo rebelde” sentó sus bases de sustentación y definitivamente se convirtió en autónomo del PS, coordinando sus actividades a través de un Comité de Acción que encabezaba José Rouco Oliva.³⁸ En muchos casos, los afiliados díscolos pudieron apropiarse de los locales partidarios poniéndolos a disposición de asambleas que reunían a buena parte de la militancia socialista. El control de los centros capitalinos dependió del posicionamiento de los referentes principales de cada una de las comisiones administrativas respectivas y a la capacidad de movilización que tuvieron esos hombres para torcer a su favor las decisiones que se tomaran en las unidades en conflicto. En este sentido reflexionaba Federico Pinedo que “el partido estaba gobernado por los centros, teóricamente, pero los centros no tenían afiliados, a una asamblea de los centros concurrían ocho o cinco o cuatro personas, de manera de que si un partido contrario hubiera metido 20 personas en cada centro que había se habría ganado el partido (...)”.³⁹

Podemos ver en la tabla 2, entonces, que todos los centros que pasaron al grupo escisionista en la Capital Federal estaban encabezados por hombres que nutrirían las filas del nuevo partido. Los socialistas independientes consiguieron separar del PS a los centros de las circunscripciones de la Capital federal 3^a, 4^a, 6^a (Caballito), 8^a, 9^a, 10^a, 11^a, 12^a, 13^a, 14^a, 15^a, 16^a (Villa Urquiza). Los centros de la 3^a (Santa Lucía) y la 4^a (San Juan Evangelista, la Boca) eran las agrupaciones más tradicionales e importantes del PS en la Capital Federal no sólo por los resultados electorales que el PS había obtenido allí históricamente sino también por la cantidad de afiliados inscriptos a dichos centros: 120 y 123 respectivamente para 1927.

Si observamos con algún detalle la faz electoral de las circunscripciones, notamos que los independientes pudieron escindir algunas de las históricamente más exitosas para el socialismo. En las diez elecciones de diputados que hubo en la Capital Federal entre 1912 y 1926, el socialismo obtuvo su mejor resultado en la circunscripción 4^a con 10 triunfos, cuyo centro quedó en manos de los separatistas. El mayor predominio fuera de la Boca se dio en las circunscripciones 2^a y 3^a. En tanto las circunscripciones 6^a, 7^a, 8^a y 15^a fueron históricamente muy disputadas con la Unión Cívica Radical.⁴⁰

No sorprende entonces que buena parte del conflicto entre socialistas tuviera su epicentro entre las circunscripciones 3^a y 4^a, ya que simbólicamente representaban la pretendida encarnadura obrerista del PS. El Secretario General del centro

³⁸ José Rouco Oliva era amigo de la infancia de Antonio de Tomaso, Horacio Sanguinetti, ob. cit., p. 21.

³⁹ Luis Alberto Romero. “Entrevista a Federico Pinedo” en *Archivo de Historia Oral*, Instituto Torcuato Di Tella, 1972, p. 3.

⁴⁰ Darío Cantón y Jorge Raúl Jorjat. *Elecciones en la ciudad 1892-2001, Tomo II (1912-1973)*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, pp. 212-215.

de la circunscripción 3ª, Arturo López, estaba afiliado al PS desde 1914 y siempre había pertenecido al centro que comandaba.⁴¹ Panadero de oficio, se desempeñaba como comerciante, desdoblando su tiempo con las actividades partidarias y sindicales. Había sido electo durante 4 años para el cargo de Secretario de Actas de la mencionada agrupación y fue elegido como delegado para participar en los Congresos Nacionales del PS de 1923 y 1925. Como sindicalista, fue miembro del Sindicato de Panaderos.

Junto a López, varios viejos activistas de la 3ª decidieron confrontar con las autoridades del PS. Entre ellos, Vicente Ferraro —afiliado al PS desde 1908— también comerciante, de 47 años de edad y una larga carrera partidaria en donde se destaca haber ocupado durante 5 años el cargo de Tesorero de la agrupación. Además contaba para 1927 con 15 años de pertenencia a la Cooperativa el Hogar Obrero. Aquella agrupación también tenía entre sus filas a Adolfo Giménez, que era un obrero marítimo afiliado al PS desde 1902, con 52 años de edad. Giménez fue Secretario General del centro de la 3ª durante cuatro períodos consecutivos y se desempeñaba como vocal del mismo cuando estalló la controversia. Era vicepresidente de la Cooperativa La Internacional y sus compañeros lo habían elegido en varias oportunidades para desempeñarse como Delegado en Congresos Nacionales y de la Federación Socialista de La Capital. Otros viejos militantes de la 3ª que acompañaron la ruptura fueron los hermanos José y Pedro Orueta, ambos con 25 años de afiliación al PS para 1927, y Antonio Petruccelli, un trabajador marítimo de origen italiano que contaba con 24 años de afiliación, que también se desempeñaba como Vocal de la agrupación y era viejo socio de la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos y de la Cooperativa La Internacional.

El centro de la sección 4ª contaba para 1927 con 123 adherentes, pero sólo 22 voluntades fueron suficientes para declarar la autonomía de dicho centro.⁴² Su Secretario General, Ubaldo Mazzaluomo, era un empleado de comercio con 12 años de afiliación al PS y 35 de edad. Mazzaluomo junto a otros socialistas habían sido los fundadores del subcomité de la sección 4ª. Era además miembro del Sindicato de Empleado de Comercio y socio de la Sociedad Luz. La Cooperativa el Hogar

⁴¹ Los Estatutos del PS, reformados en el XVIII Congreso Ordinario del partido en 1925 obligaba a los afiliados a inscribirse en los centros socialistas de acuerdo a sus domicilios, no pudiendo pertenecer a más de un centro a la vez. El mismo Estatuto reconocían la dificultad de organizarse fuera de la capital del país ya que en su artículo N° 5 ponía como requisito para formar una agrupación (centro socialista) la necesidad de contar al menos con 30 afiliados en la Capital Federal. En cambio la exigencia se reducía a la mitad en el caso de las agrupaciones que se constituyesen en las provincias. Véase *Estatuto del Partido Socialista*, parte III artículo N° 5, editorial La Vanguardia, Buenos Aires, 1925.

⁴² "La situación actual del partido", en *La Vanguardia*, 6-7-1927.

Obrero y la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos. En aquel centro se destacaba también la militancia de César Morbo y de Sixto Pastor. Morbo era un trabajador metalúrgico de veinte años de afiliación al PS. Se desempeñaba como Secretario del Sindicato de Metalúrgicos y fue Alcalde del Grupo Comunal Socialista. En 1908 había organizado junto a Antonio Zaccagnini la Juventud Socialista de la Boca y se había desempeñado como Secretario General del centro y como Secretario de Actas. También era miembro de la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos. Sixto Pastor era médico, tenía 14 años de afiliación al PS para 1927 y una sólida relación de amistad con Ubaldo Mazzaluo, a quien había conocido en el subcomité de aquella circunscripción. Pastor había sido elector a Senador Nacional en dos oportunidades y era secretario del Ateneo Popular. Cuando se fundó el PSI, fue elegido para desempeñar el cargo de Secretario de la Comisión de Cultura del nuevo partido.⁴³

Las segundas líneas que ejemplificamos con aquellos que formaban parte del los centros de la 3ª y 4ª circunscripción, eran quienes impulsaban el crecimiento de la estructura organizativa del PSI, que se potenciaba con la fundación de centros y sub-comités partidarios en las postrimerías de las elecciones. Los centros eran los encargados de llevar adelante cuatro de las actividades vitales del partido: la propaganda, la competencia interna, la financiación y el reclutamiento. Es por esta razón que aquellos que comandasen un centro o acompañasen con frecuencia las actividades de éste, se transformaban en piezas importantes e insustituibles del partido más allá de que no fueran parte de su "coalición dominante".⁴⁴

Las segundas líneas trasladaron la experiencia adquirida en el PS para dar forma al nuevo partido. Ellos eran la base de una fuerza que pretendió, con éxito, disputar la identidad socialista con el tronco original. Con las herramientas que conocían redoblaron los esfuerzos por intentar mostrar en los barrios capitalinos que ellos eran los verdaderos socialistas. Dinamizaron los centros, fundaron bibliotecas, participaron de mítines y debatieron en los congresos partidarios. Sin embargo en muy pocos casos consiguieron escalar posiciones, ya sea formando parte de los principales órganos directivos o siendo electos para formar parte de las listas de candidatos del PSI.

⁴³ De la base de datos del autor.

⁴⁴ Entendemos por el concepto de *coalición dominante* como una "integrada por aquellos actores, pertenezcan o no a la organización, que controlan las zonas de incertidumbre más vitales del partido". Angelo Panebianco, ob. cit., p. 90.

Consideraciones finales

El análisis pretendió mostrar cómo y quiénes conformaron el equipo dirigencial del PSI a partir de la reconstrucción y articulación de más de un centenar de trayectorias personales. Tratamos de apuntalar nuestro análisis desde una mirada micropolítica, es decir, aquella que busca conocer cómo operan los estratos medios y bajos tanto hacia adentro como hacia afuera del partido que, sin independencia de la faz reglamentaria, adquieren lógicas de hecho que generan conflictos, mutaciones y prácticas poco revisadas por la literatura histórica, antropológica y relacionada con las ciencias políticas.

Entendiendo la política como un espacio de disputa de intereses y necesidades de clase, como también un ámbito donde se mixturaban móviles personales e ideología, visualizamos cuáles fueron los factores que hicieron posible que un número relativamente reducido de dirigentes circulara por buena parte de los espacios más importantes del partido, rescatando no sólo el papel que tenían asignado los socialistas “profesionales”, sino también aquellos atributos que hacían que algunos nombres ganasen la confianza de sus pares y tuvieran capacidad de movilización y por tanto importancia en la estructura partidaria. En ese sentido, la lógica instrumental de los “aptos” se complementó a la vez, reivindicando el “origen obrero” que cobraba un sentido con una fuerza simbólica difícil de desdénar por los socialistas.

Recuperamos, también, el rol que le cupo a las segundas líneas tanto en el nacimiento como en el desarrollo del PSI. Si bien en la mayoría de los casos las carreras políticas de los cuadros medios no se vieron beneficiadas por ascensos o reposicionamientos, el partido y sus figuras de renombre dependieron de ellos para darse una organización, para llevar adelante el reclutamiento, la propaganda y la financiación, para dotar de vida al partido. Fueron ellos quienes legitimaron a su elenco de líderes. Fueron estas segundas líneas en contacto con los afiliados quienes les renovaron las credenciales para ocupar los lugares de privilegio, no sin que ello implicase que se reservaran una cuota importante de poder dentro de los diferentes estamentos de la organización que dependía de sus centros como la fórmula para instalarse en los barrios, para dotar de visibilidad al partido y llevar adelante lo que consideraban una ineludible tarea pedagógica. No obstante, los centros de circunscripción llevaban una vida perezosa durante la mayor parte del año, que se tornaba frenética en tiempos de contienda electoral. Esa poca participación permitía a los afiliados más dinámicos adquirieran una cuota de poder importante, que era utilizada cuando los centros debían movilizarse. Justamente este compromiso específico y una cierta competencia técnica avalada por la trayectoria de sección o los vínculos

externos, fue la línea de demarcación entre los dirigentes de segundas líneas y el simple afiliado.

El círculo que conformó la cúpula del PSI no supo o no quiso romper con la lógica tan cara al socialismo que le reservaba un lugar central a los más preparados, a sus profesionales y a unos pocos destacados por su trayectoria sindical y militante. Si bien el partido asistió durante finales de los años '30 a una suerte de recategorización simbólica, en general, las segundas líneas del PSI fueron un grupo casi tan estable como el dirigencial y se complementaron con él.

Resumen

El artículo tiene como objetivo profundizar en el análisis del elenco político del Partido Socialista Independiente entre 1927 y 1930. Rescataremos el papel que jugaron las segundas líneas partidarias en la coyuntura divisionista y durante la consolidación del partido, ya que consideramos que el éxito en la arena electoral que obtuvieron a poco tiempo de producida la fractura obedeció no sólo al renombre de sus más importantes referentes como Antonio de Tomaso, Augusto Bunge, Federico Pinedo o Héctor González Iramain, sino también a que las segundas líneas estaban compuestas por personal político experimentado que le dio rápida forma y legitimidad frente al electorado de la ciudad de Buenos Aires.

Palabras Claves: Partido Socialista Independiente; Dirigentes; Segundas Líneas.

Abstract

The objective of this article is to analyze in depth the Independent Socialist political party staff between 1927 and 1930. We will focus on the role that second party lines played in the divisive juncture during its consolidation. We believe that the electoral success achieved by the party after the breakdown was due to its well known representatives such as Antonio de Tomaso, Augusto Bunge, Federico Pinedo or Héctor González Iramain, also, to the second lines formed by experienced politicians that gave the party a fast shape and legitimacy against the Buenos Aires city electorate.

Key words: Independent Socialist Party; Leaders; Second Lines

La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los “comités de zona” (1930-1943)

Luciano O. Barandiarán¹

Introducción

En las tres primeras décadas del siglo XX, el Partido Socialista Obrero Argentino (PS) se caracterizó por la amplia adhesión electoral obtenida en grandes espacios urbanos, como Capital Federal, Avellaneda, Mar del Plata, Bahía Blanca y Mendoza. Esto se puede observar a partir de sus éxitos y de sus fracasos electorales, así como en una compilación que abordó su historia, en la que la mayor parte de los trabajos allí contemplados analizaron diferentes dimensiones vinculadas a esos espacios, en especial la Capital Federal.² Por el contrario, en el ámbito rural los socialistas tuvieron un respaldo político más limitado.³

¹ Centro de Estudios Sociales de América Latina (CESAL)-UER ISHIR CONICET/ Facultad de Ciencias Humanas, UNCPBA/ CONICET. E-mail: cleido7@yahoo.com.ar. Una versión preliminar de este trabajo se presentó en las XI^o Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia, realizadas en Tucumán en septiembre de 2007. Agradezco los comentarios que en esa oportunidad me brindaron Nicolás Iñigo Carrera y Hernán Camarero.

² La referencia es a Hernán Camarero y Carlos Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005. Otros trabajos han analizado el rol del PS en el interior del país. Véase especialmente Pablo Lacoste, *El Socialismo en Mendoza y en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1993; María Lilitiana Da Orden, “¿Prácticas tradicionales en un partido moderno? Socialismo y poder local. Mar del Plata, 1916-1929”, en F. Devoto y M. Ferrari, comps., *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Editorial Biblos-UNMDP, 1994; Leticia Prislei, “El Despertar de un Pueblo: gestión política y debates culturales en una comuna socialista de la cordillera patagónica (1933-1936)”, en Leticia Prislei et al., *Pasiones sureñas*, Buenos Aires, Prometeo/ Entrepasados 2000; Luciano Barandiarán, *Sembrando ideas en la piedra. Los socialistas tandilenses, 1912-1946*, Tesis de Licenciatura en Historia, Tandil, UNCPBA, 2004; y *Un socialista del interior: Juan Nigro en Tandil (1928-1946)*, Tandil, Municipio de Tandil, 2009; María Ulivarri, “El partido en su laberinto. La Federación Socialista Tucumana, 1931-1937”, en *Historia Regional*, Sección Historia, ISP n° 3, Año XXI, nro. 26, 2006.

³ Si se analiza el centro socialista de la ciudad bonaerense de Tandil, por ejemplo, se observa que entre sus afiliados la cantidad de chacareros y trabajadores rurales en la década de 1930 fue exigua. Véase Luciano Barandiarán, “Los primeros socialistas de Tandil. Reflexiones en torno a

Pero a pesar del parco peso del socialismo entre la sociedad rural, esta fue un elemento central en su discurso, en especial desde que el congreso partidario de 1901 aceptó el “Programa Socialista del Campo”, escrito poco antes por Juan B. Justo.⁴ En los años posteriores los socialistas intentaron implementar las ideas presentes en ese plan a través del ámbito parlamentario. Paralelamente, las difundieron a través de diversos medios, buscando el apoyo electoral de la población urbana y rural. Entre otros mecanismos implementados para que los habitantes del campo conocieran sus propuestas, en la década del ‘30 cobraron importancia en el interior de la provincia de Buenos Aires los “comités de zona”.

Analizaremos el origen y desarrollo de esos organismos entre los años 1930 y 1943, los inconvenientes que afrontaron los socialistas para constituirlos y algunas de las propuestas sugeridas por los afiliados para mejorar su funcionamiento. Se trata, por ende, de una exploración que intenta conocer un mecanismo, escasamente abordado hasta el momento, implementado por el PS en un principio

su perfil global y a sus apelaciones al trabajador rural”, en *Actas de las IX Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Córdoba, septiembre de 2003. También Pablo Lacoste observó que el socialismo obtenía la mayor parte de su soporte popular en los sectores urbanos, si bien en Mendoza logró un respaldo importante entre los trabajadores rurales (pequeños propietarios, contratistas, arrendatarios y obreros asalariados) de la viña. Eso se debía a la homogeneidad de intereses, la proximidad de los trabajadores, el contacto con las ciudades, y la penetración del exterior discursivo impulsado por el dirigente socialista provincial Benito Marianetti, que difundió el discurso del PS entre aquellos trabajadores. A eso contribuyó haber pasado su niñez entre parrales y viñas, donde tomó contacto con el obrero rural, trabajando él mismo en el marco de una explotación familiar agraria. Ver Pablo Lacoste, *El Socialismo en Mendoza...* ob. cit., p. 85-86.

⁴ Juan B. Justo, *El Programa Socialista del Campo*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1915. Numerosos trabajos han analizado el peso de su concepción en torno a la estructura agraria pampeana y su influencia en el PS. Véase al respecto: Tulio Halperin Donghi, “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 95, octubre-diciembre de 1984; Jeremy Adelman, “Una cosecha esquiva. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, en *Anuario IEHS*, n° 4, Tandil, 1989; Osvaldo Barsky, Marcelo Posada y Andrés Barsky, *El pensamiento agrario argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1992; Adrián Ascolani, “Corrientes sindicales agrarias en la Argentina. Socialismo, anarcocomunismo y sindicalismo (1900-1922)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 15, Rosario, 1992; José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999; Juan C. Portantiero, *Juan B. Justo, Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE, 1999; Osvaldo Graciano, “Soluciones para la crisis del capitalismo argentino. Las propuestas socialistas para la transformación de la economía pampeana en la década de 1930”, en Guido Galafassi, comp., *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*, Quilmes, UNQ, 2004; Osvaldo Graciano, “El agro pampeano en los “clásicos” del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928”, en Osvaldo Graciano y Talfá Gutiérrez, dirs., *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006; Luciano Barandiarán, “La concepción socialista del trabajador rural: de Juan B. Justo a Juan Negro”, en Osvaldo Graciano y Talfá Gutiérrez, dir., *El agro en*, ob. cit.

para relacionarse con los sectores rurales. Las fuentes principales para dar cuenta de tales comités han sido los informes de la Junta Ejecutiva de la Federación Socialista Bonaerense,⁵ así como los cuadernos de proposiciones de los centros, los cuales eran elevados y discutidos en los congresos partidarios provinciales. ¿Es posible pensar, como afirma Jeremy Adelman, que el proyecto rural socialista se hundió “porque el reclamo de transformación socioeconómica no tuvo eco entre quienes nunca habían exigido prioritariamente dicho cambio”?⁶ ¿No puede residir también en las limitaciones para llevar esa propaganda a los integrantes de la sociedad rural otra razón importante para entender el escaso peso del socialismo en el campo? Estos serán los principales interrogantes en torno a los cuales girará este trabajo.⁷

El PS y el campo

El interés del PS por los sectores populares rurales surgió luego de su formación en 1896, instalando desde principios de siglo XX la “cuestión agraria” en sus plataformas electorales: hacia 1898 se observan las primeras referencias hacia los trabajadores rurales, al establecer en sus programas electorales la abolición de las leyes de vagancia presentes en los códigos rurales provinciales. La declaración de principios del partido señalaba que la apropiación individual del suelo del país había provocado el surgimiento de grandes latifundios, estableciéndose las bases de una sociedad capitalista.⁸

Jacinto Oddone opinaba que la tardanza del socialismo en tener en cuenta a los trabajadores del campo se debió a su origen urbano. Hasta 1901 su programa mínimo sólo había contemplado las reivindicaciones de un sector de la clase trabajadora, la ocupada en las industrias y que habitaba en las ciudades, sin considerar el trabajo rural. “más importante que el anterior, dada la condición

⁵ De aquí en más, JE y FSB, respectivamente.

⁶ Jeremy Adelman, *ob. cit.*, p. 325.

⁷ Aquí no analizaremos otras causas para entender mejor el limitado respaldo que obtuvo el PS en la sociedad rural en este período. Debe señalarse al respecto la incidencia de la violencia que marcó a la política en la década de 1930, la cuál generó numerosas dificultades a los simpatizantes socialistas que se acercaban a los establecimientos rurales para realizar propaganda; o el posterior acceso al gobierno del peronismo, que aplicó a través de diversa medidas algunos de los postulados socialistas vinculados a la sociedad rural. Aquí nos centraremos en estudiar las ventajas y las limitaciones que a nuestro entender tuvo la propaganda partidaria para llegar hasta los integrantes de la sociedad rural.

⁸ Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino, 1896-1911*, Buenos Aires, CEAL, 1983 (1934), tomo II, p. 269.

agrícola-ganadera que tiene la república". Pero a medida que el PS se extendió por el interior debió incorporar en su programa disposiciones que contemplaran "todo el problema social argentino".⁹

Tras abandonar Buenos Aires y radicarse en Junín por dos años, donde trabajó como médico rural, Juan B. Justo analizó con detenimiento a la sociedad rural. Para José Aricó, esa experiencia y el viaje de estudios que Justo había realizado a Estados Unidos en 1895 lo llevaron a formular una propuesta para Argentina partiendo del rechazo al modelo estadounidense, basado en la industria.¹⁰ Ante el hecho de que en su país el desarrollo capitalista se había vinculado a las actividades rurales, a diferencia de otras economías contemporáneas (especialmente de Europa pero no de América Latina), Justo dejó de considerar a la industrialización como condición necesaria para la transformación socialista; en Argentina los cambios recaerían sobre la clase obrera urbana, los pequeños productores rurales y los trabajadores rurales.¹¹ Se conformaría un "bloque urbano rural", una democracia rural basada en el desarrollo agrario.¹² Por eso el "Programa Socialista del Campo" se dirigía a los trabajadores y ciudadanos: asalariados y pequeños productores urbanos y rurales, que posibilitarían al PS llegar al poder, y esa alianza acabaría con los latifundios y el sistema oligárquico, destruyendo a la "política criolla".¹³

El 21 de abril de 1901 Justo pronunció una conferencia en el club Vorwärts, en la que expuso las ideas que debía impulsar el PS para mejorar la vida de arrendatarios, braceros y peones de estancia. A los primeros había que asegurarles un plazo mínimo de arriendo, la inembargabilidad de sus elementos de trabajo, la indemnización por las mejoras que dejaran al retirarse de los campos, la abolición de los impuestos que gravaban la producción, y la exoneración del pago de la contribución directa a la pequeña propiedad rural. A los obreros del campo había que garantizarles la reglamentación del trabajo y un alojamiento higiénico.¹⁴ Esas eran las reformas que Justo pensaba que se podrían realizar en el corto plazo. Medidas más profundas, como expropiar los latifundios sólo podrían realizarse cuando el país tuviera un gobierno compuesto por hombres "elegidos y vigilados por el pueblo".¹⁵ Las ideas de Justo fueron tratadas en el Cuarto Congreso Nacional Ordinario del PS, realizado en La Plata en julio de 1901, en el que las agrupaciones del partido

⁹ Ibidem.

¹⁰ J. Aricó, ob. cit., p. 70.

¹¹ J. Adelman, ob. cit., p. 300.

¹² J. Aricó, ob. cit., p. 133.

¹³ María Cristina Tortti, "Crisis, capitalismo organizado y socialismo", en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel, comps., *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1995, p. 202; José Aricó, *La hipótesis de Justo*, ob. cit., p. 113.

¹⁴ J. Adelman, ob. cit., p. 329.

¹⁵ Juan B. Justo, ob. cit., pp. 20-32.

incluyeron en el programa mínimo las cláusulas para solucionar los problemas de la sociedad rural. La mayor parte de ellas coincidían con las expuestas por Justo en abril de ese año.¹⁶

De acuerdo al "Programa Socialista del Campo", el objetivo principal del PS debía ser "la defensa y la elevación del trabajador asalariado". En 1901, para el PS el trabajador asalariado rural era más importante que el pequeño productor. Pero Juan B. Justo mencionaba que los beneficios no podían limitarse a los asalariados rurales diseminados por la pampa. Dudaba que la voz socialista llegara a ellos si antes no la conocían los productores independientes, que hacían vida común con los proletarios. El socialismo necesitaba apelar también a los agricultores y criadores que producían en una escala moderada, en tanto sus costumbres eran similares a las de los asalariados. A pesar de que en ciertas épocas del año eran "capitalistas y empresarios", integraban la clase trabajadora, pues todo trabajador del campo aspiraba a ser un productor independiente. Esa clase robustecería los núcleos socialistas del campo si el partido sabía atraerlos. Los socialistas debían hacer causa común con los chacareros, los cuales debían tomar conciencia de sus necesidades políticas, lo que les permitiría constituirse en una clase democrática y progresista como la que existía en Estados Unidos.¹⁷ Por ende, se observa una diferencia fundamental en este escrito primigenio de Justo con respecto a los discursos socialistas de la década de 1930: el énfasis estaba puesto sobre los asalariados rurales, y no sobre los pequeños productores. Si bien Justo apelaba a éstos, lo hacía luego de describir las reformas que debían beneficiar a los primeros. En los años posteriores, el discurso socialista acentuó el rol de los chacareros arrendatarios y propietarios en lugar de los trabajadores asalariados del campo. La reforma de la Ley Sáenz Peña y los procesos iniciados en 1912 en Alcorta, movimiento en el que el rol de los socialistas en un primer momento fue muy importante, pueden explicar ese cambio.¹⁸

Los "comités de zona"

En la década de 1930, los partidos políticos dispusieron de un mayor número de medios de comunicación para expandir sus ideas. A los tradicionales periódicos orgánicos se agregaron el uso de altoparlantes, películas y la radiotelefonía. Este último aporte tecnológico fue aprovechado por los socialistas para acceder

¹⁶ Jacinto Oddone, ob. cit., pp. 271 y 272.

¹⁷ Idem, pp. 13-14.

¹⁸ Aníbal Arcondo, "El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, n° 79, octubre-diciembre 1980, pp. 351-381; Jeremy Adelman, ob. cit.

a los hogares agrícolas.¹⁹ Los socialistas también pegaban afiches y repartían volantes, práctica constante en este período. Así por ejemplo, en 1941 desde la FSB se remitió a los centros varios carteles murales, entre ellos uno denominado "Trabajadores de la ciudad y del campo".²⁰ Se destacaba como una de las actividades centrales y previas a los comicios la realización de conferencias públicas, en las que los socialistas exponían sus puntos de vista. La propaganda oral continuó siendo importante en los años '30, debido a que a pesar de las innovaciones mencionadas, las relaciones "cara a cara" continuaron siendo importantes en el período de entreguerras e incluso durante el peronismo.

Una de las fuentes en las que mejor se observa el interés de los socialistas por acercarse al campo es en los informes partidarios, elevados a los congresos de la FSB, que se realizaban cada dos años. A los mismos concurría un delegado de cada centro, discutiéndose los asuntos elevados desde las asambleas partidarias y los informes presentados por la JE sobre las tareas realizadas en los dos últimos años. La dimensión rural siempre estuvo presente en esas reuniones, incluso en los congresos partidarios de Capital Federal, espacio en el que lo rural era cada vez menor: en 1936, por ejemplo, la Federación Socialista de la Capital imprimió 20.000 carteles titulados "El trabajador rural".²¹ Las referencias a la sociedad rural fueron mayores aún en los congresos de la FSB, lo cual es comprensible si se consideran las características estructurales de la provincia de Buenos Aires.

Los cambios que se produjeron en la economía mundial hacia 1930 afectaron a la economía agroexportadora pampeana. En el plano interno aquellos cambios generales implicaron una mayor intervención regulatoria del "Estado neoconservador" en las actividades agropecuarias, así como el inicio de la industrialización por sustitución de importaciones en las ciudades del Litoral. Vinculado a esos procesos, en lo social se produjo el fenómeno de las migraciones internas desde el campo hacia la ciudad.

Ante esas variaciones, también el PS renovó sus propuestas. La dirigencia socialista bonaerense había llevado su propaganda al interior de la provincia a través de giras de oradores a los principales pueblos. Sumada a esa práctica, en los años '30 se consolidaron los "comités de zona", de los cuales las primeras referencias se observan en el congreso partidario bonaerense de 1926. En esa

¹⁹ Así, por ejemplo, desde octubre hasta diciembre de 1941 la FSB utilizó esa radio, estando Jerónimo Della Latta a cargo durante 15 minutos diarios de las transmisiones partidarias, entre ellas "Problemas del Campo" sección a cargo de Guillermo Korn.

²⁰ FSB, *XV Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva y del Grupo Legislativo. Proposiciones de los centros*, La Plata, 26-27 de abril de 1941.

²¹ Federación Socialista de la Capital, *X Congreso Ordinario*, Capital Federal, 16-18 de abril de 1937, p. 43.

ocasión, el secretario general de la FSB, José Ernesto Rozas, informó que desde el congreso anterior había variado el sistema tradicional de realizar la propaganda oral en el campo. En vez de hablar en los núcleos urbanos con mayor población, ahora los oradores se dirigirían a núcleos urbanos más pequeños en los que residieran campesinos, espacios a los que definían como "tierra virgen para nuestra siembra". La JE había comprendido que la propaganda domiciliaria persistente, que se relacionaba en forma más directa con los sujetos, tenía mayor éxito que la conferencia pública, en la que muchos de los oyentes podían ser "inmunes a la penetración socialista".²²

Vinculado con ese cambio se concretó la idea de generar dichos comités, núcleos que agruparían a varios centros y cuyo principal objetivo sería facilitar la propaganda socialista en el campo. Las largas giras de los oradores se sustituirían por la presencia de delegados de zonas, que penetrarían en campos y villas llevando folletos y volantes, pronunciando a veces conferencias breves ante auditorios más reducidos pero "más necesitados" de su palabra. La JE también quería que los centros mantuvieran los frutos que la propaganda había cosechado en el campo, conservando los vínculos conseguidos con los simpatizantes de la sociedad rural, y fortaleciéndolos con los que parecían que en un futuro cercano pudieran ser afectos al socialismo.

Con ese informe de Rozas se impuso en los congresos de la FSB la idea de desarrollar los "comités de zona". Sin embargo, sobre todo por razones presupuestarias, esa estrategia no pudo seguir desarrollándose. Además de mencionar la disminución de centros y de afiliados, Jerónimo Della Latta, nuevo secretario general de la FSB, informó al IX congreso ordinario de 1928 que en el período anterior se había enviado en las épocas electorales delegados por zonas que permanecían en el campo 8 o más días, pero

"no ha podido seguirse por falta de compañeros dispuestos a ello, en unos casos y, en otros, porque las exigencias de la propaganda los reclamaba para giras o conferencias sueltas. Pero estima la Junta de valor positivo estas delegaciones y habría que ponerlas en práctica cuanto antes, tratando para ello de aumentar el número de compañeros con disposición para tomar sobre sí esta tarea (...)".²³

Del testimonio de Della Latta queda claro que la finalidad de enviar delegados a diferentes zonas rurales se vinculaba a los comicios, período en el cual la apelación socialista a los integrantes de la sociedad rural se acentuaba. Si por el

²² FSB. *Informe de la Junta Ejecutiva y de la Diputación Provincial al VIII Congreso Ordinario*, 10-12 de octubre de 1926. Mar del Plata, p. 5.

²³ FSB. *Informe de la Junta Ejecutiva y de la Diputación Provincial al IX Congreso Ordinario*, 12-14 de octubre de 1928. Buenos Aires, La Vanguardia, p. 4.

momento no se podía continuar con el plan de implementar los comités de zona, la FSB no renunciaba a seguir llevando su propaganda al campo, organizando excursiones en automóvil y en tren para visitar chacras, estancias y pueblos agrícolas, además de apoyar sus palabras con la remisión de impresos.

Por referencias de afiliados y de centros la Junta creía que esa acción había surtido "efectos locales provisorios", lo que creía lógico que aconteciera, pues la masa de chacareros arrendatarios y los asalariados en las actividades agrícolas eran "campo fértil y virgen para el socialismo". El acceso a los lugares de trabajo era difícil porque el partido no contaba ni con hombres ni con medios para llegar hasta allí, y lo poco que había podido hacer le había costado caro. Sin embargo, no consideraban difícil la asimilación de las ideas socialistas en materia rural por parte de los trabajadores del campo, pues su programa era comprendido y sus "ideales de emancipación campesina" se vislumbraban con claridad. Para eso, nuevamente enfatizaban la necesidad de no perder los vínculos con la sociedad rural, que era lo que no se podía mantener debido a la falta de medios. Mientras el partido llevaba sus ideas de organización y rebeldía "cada largo período y en contadas regiones", sus rivales (terratenientes, caudillos y comisarios), se mantenían en permanente contacto con los chacareros y trabajadores en toda la provincia. El día que la FSB consiguiera solucionar el problema del acceso a las zonas del trabajo agrícola, el avance del PS sería firme y acelerado.²⁴

Entre 1930 y 1932 los afiliados socialistas bonaerenses pasaron de 3.000 a 8.000, creciendo también el número de agrupaciones socialistas, fenómeno presente a nivel nacional tras la abstención radical. Tras el reingreso de la UCR a la contienda electoral, el número de centros y de afiliados socialistas entre 1935 y 1937 disminuyó, pasando de 6.897 a 5.583.²⁵ En ese contexto, hacia 1930 las experiencias de los comités de zona se vieron interrumpidas por los conflictos suscitados en el orden político nacional y los cambios socioeconómicos ya mencionados.

El nuevo secretario general de la FSB, José Lemos, señalaba en el informe elevado en el congreso ordinario de 1932, que el "problema agrario", ya presente en años anteriores, se había agravado por la crisis económica. Por eso la FSB, a través de sus agrupaciones y con la intervención de sus oradores y parlamentarios, contribuyó a la campaña realizada por el Comité Ejecutivo Nacional del PS a favor de los agricultores, difundiendo sus ideas sobre el problema en todas las

²⁴ Ibidem.

²⁵ En el caso del centro socialista de Tandil, por ejemplo, se observa el mismo fenómeno. Véase L. Barandiarán, *Sembrando ideas*, ob. cit.

zonas agrícolas de la provincia.²⁶ También se favoreció una campaña de difusión de los principios de la cooperación y el gremialismo por medio de actos públicos y la distribución de propaganda.²⁷ Allí nuevamente cumplieron un rol importante “los comités de zona”, nombrando la JE comisiones con ese objetivo en algunas secciones electorales. Consideraban que la acción por zonas era un método que se estaba generalizando en la provincia, por estímulo de la Federación o por iniciativa de los centros. Ese sistema de propaganda se había impuesto siendo numerosos los centros que tenían establecido el intercambio de oradores y que mantenían relaciones permanentes para coordinar la acción en varios distritos electorales. A eso no había sido ajena la FSB, que a través de su secretaría intentó facilitar el intercambio en la medida que sus recursos lo permitían.²⁸

En abril de 1937 la JE presentó en el XIII congreso ordinario un plan de organización interna, cuyo primer objetivo fue el de mejorar la organización de los centros socialistas. Esa reorganización implicaba armar dos registros en cada centro: el primero de simpatizantes y de probables simpatizantes, para crear y mantener relaciones permanentes de preparación socialista; el segundo debía ser un “registro de agrarios”, con el mismo fin pero en el espacio rural.²⁹

Es justamente en el congreso ordinario de 1937 en el que más claramente se observan algunas de las modalidades empleadas por los socialistas para llevar a cabo la propaganda rural. Desde mediados de los años '30 habían comenzado a editar un medio de propaganda socialista específico para el campo, “Trilladora”, del que se repartieron en las zonas rurales 1.670 ejemplares enviados a simpatizantes que vivían allí,³⁰ y 60.000 a centros ubicados en pueblos y ciudades.³¹ Editado por la FSB para “difundir su programa de fomento rural”, el espacio rural en el que vivían los simpatizantes a los que se envió ese material de propaganda en 1937 permite observar una gran concentración de afiliados socialistas en el campo, al menos en tres áreas. Una era la más cercana a La Plata, cerca de la cual residían nueve simpatizantes. Otra zona a la que se enviaba esa propaganda era la que limitaba con Entre Ríos y Santa Fe. En la zona sur de la provincia, próxima a Bahía Blanca, vivían cinco simpatizantes, si bien estaban más dispersos que en las dos zonas mencionadas anteriormente. En el centro norte de la provincia había siete simpatizantes que residían en espacios cercanos, y otros cuatro que estaban

²⁶ FSB. *Informe de la Junta Ejecutiva al XI Congreso Ordinario*, Buenos Aires, 16-18 de diciembre de 1932, p. 5.

²⁷ *Ibidem*, p. 24.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ FSB. *XIII Congreso Ordinario*, La Plata, 23-25 de abril de 1937, p. 10.

³⁰ *Ibidem*, p. 32.

³¹ *Ibidem*, p. 37.

muy dispersos y lejos, todos cerca de Coronel Seguí. El resto de los simpatizantes, que se hallaba distribuido en forma muy dispersa, se localizaban en el sudeste de la provincia. Por ende, la mayor parte de los pueblos y partidos del centro y del oeste de la provincia carecía de simpatizantes socialistas a quién la FSB pudiera enviar material de propaganda.

En ese informe también se hizo referencia a la intensificación de la propaganda agraria.³² Para “crear ambiente favorable en las zonas rurales”, la FSB realizó reuniones de propaganda sobre temas agrarios. Allí se distribuyeron 170.500 volantes, con el título “El campo y sus problemas”, además del ya mencionado periódico “Trilladora”, del que se estaba preparando otra edición. También se ayudó a los centros a través de consejos y de dinero, “para que proyectaran al campo su acción”. Finalmente, se enviaron 21 delegaciones a cargo de José María Lemos a centros y comités de zona entre julio y diciembre de 1936.

De acuerdo al informe del posterior congreso provincial, “Trilladora” se imprimió nuevamente en el período 1937-1938, editándose dos números, con un tiraje de 120.000 ejemplares.³³ Sin embargo, el periódico no fue mencionado en los informes posteriores, desapareciendo hacia enero de 1939. En el informe de ese año, realizado para el XIV congreso ordinario, el nuevo secretario general de la FSB, Pedro Verde Tello, daba cuenta de la paulatina reducción de centros partidarios (de 164 a 123 con respecto a 1937). Eso se debía a la separación que sufrió el partido en 1937, de la que surgió el Partido Socialista Obrero, la morosidad en el pago de las cotizaciones y la situación política de la provincia. Pero fundamentalmente Verde Tello vinculó la disminución de afiliados con las migraciones del campo a la ciudad, lo que surgía de los informes de los delegados. En cada localidad visitada, al adoptarse medidas para normalizar la marcha de los centros, se consignaban bajas por ausencia de la localidad.³⁴

Debido a la falta de fondos, hacia 1941 se suspendieron las visitas a los centros socialistas, viéndose afectada también la propaganda rural. Así, al informar sobre encuentros ya no se hablaba de los “comités de zona” sino de “reuniones de las secciones electorales”.³⁵ También la secretaría general de la FSB organizó

³² FSB, *XIII Congreso Ordinario*, La Plata, 23-25 de abril de 1937, p. 73.

³³ PS, *XXIV Congreso Ordinario/XXXII Congreso Nacional*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1938, p. 73.

³⁴ FSB, *XIV Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva y del Grupo Legislativo*, La Plata, 14-16 de abril de 1939, p. 11.

³⁵ Así, por ejemplo, en agosto de 1940 se reunieron en Junín los delegados de los centros socialistas de la sección cuarta, concurriendo José Lemos en representación de la JE. En octubre de ese año en Quilmes se juntaron los delegados de la sección tercera, concurriendo por la JE Lemos, Della Latta y Verde Tello. En diciembre de 1940 se reunieron en Pergamino representantes de los centros socialistas de la sección segunda, yendo en representación de la FSB Rogelio Ameri. En el mismo mes se reunieron en San Martín delegados de la sección primera, estando representada

conferencias entre diciembre de 1939 a diciembre de 1940, algunas de las cuales fueron "concentración de zonas", por ejemplo los actos realizados en Junín el 19 de septiembre de 1939, al que concurrieron Verde Tello y Lemos; o "concentración de centros" como la realizada en Tandil el 3 de abril de 1939, a la que concurrieron Bessaso, Sánchez Viamonte, Lemos y Hermida.³⁶ El objetivo de esas reuniones fue el de considerar los problemas políticos de la provincia y la necesidad de intensificar la actividad socialista, pero la propaganda rural ya no se mencionaba.

La FSB informaba al Congreso Nacional realizado en 1942 que había realizado reuniones periódicas por zonas, para estimular la acción de los centros y de las comisiones de propaganda, a través de reuniones de delegados seccionales o por zona. Creían que era una experiencia que se debía repetir, en tanto ponía en contacto a afiliados de diferentes localidades, lo que permitía coordinar mejor la propaganda. En los encuentros que se realizaron en San Martín y San Fernando se juntaron delegados de la sección electoral primera, en Pergamino los de la segunda, en Quilmes y Remedios de Escalada los de la sección tercera, y en Chivilcoy y Junín los de la sección cuarta.³⁷ En Tandil y Tres Arroyos se reunieron los delegados de la quinta sección. La sección sexta había sido atendida por la Junta Central de Bahía Blanca. Las Juntas Centrales se localizaban en los distritos con más de dos centros, y eran las encargadas de coordinarlos. En cada una de esas oportunidades la JE de la FSB había estado representada por delegados.³⁸ A través de esas reuniones se ponían en contacto afiliados de distintos centros, que podían cambiar ideas sobre "la mejor eficacia de la propaganda". El procedimiento era particularmente útil en momentos de dificultades económicas, circunstancia que había contribuido a hacer imposible poner en práctica algunos planes trazados.

Las actividades realizadas en el período 1941-1943 fueron escasas, debido a la falta de recursos de la FSB y de los centros socialistas.³⁹ La situación empeoró entre el congreso de 1943 y el siguiente, en el que medió el golpe de estado de junio de ese año. Eso explica que, habiendo sido elegida la JE fuera disuelta por la policía sin que se trataran los asuntos que aparecían en el orden del día del congreso partidario bonaerense. En diciembre de ese año, tras dictarse el decreto de disolución de los partidos políticos, la policía incautó los libros y los materiales

la JE nuevamente por Lemos, Della Latta y Verde Tello. FSB. *XV Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva y del Grupo Legislativo. Proposiciones de los centros*, La Plata, 26-27 de abril de 1941, p. 13.

³⁶ *Ibidem*, pp. 26-27.

³⁷ PS. *XXVI Congreso Ordinario/XXXIV Congreso Nacional. Informes*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1942, p. 75.

³⁸ FSB. *XVI Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva. Proposiciones de los centros*, 1943, p. 31.

³⁹ *Ibidem*, p. 7.

de la FSB.⁴⁰ Eso implicó, entre otras cosas, que entre fines de 1943 y principios de 1945 los socialistas bonaerenses no pudieran llevar a cabo “campañas de educación política en la provincia”, así como que la Federación careciera de recursos pues los centros no habían podido pagar sus cotizaciones ni los afiliados pagar sus cuotas.

Un organismo difícil de constituir

Sabemos poco sobre cuantos comités se constituyeron y como se determinaba la inclusión en ellos de los centros socialistas del interior de la provincia. Lo cierto es que a mediados de la década de 1930 muchos de ellos funcionaron, generalmente antes de los comicios. En un caso parece que los centros eran los que querían acordar cómo sería su formación: tras el golpe de Estado de 1930, por ejemplo, el centro de Trenque Lauquen propuso la formación de un comité de zona en su distrito, en el oeste de la provincia, estableciendo su asiento en esa ciudad, que abarcaría los partidos de América, Pehuajó y Pellegrini, es decir, partidos de la cuarta y la sexta sección electoral.⁴¹

La fuente que más datos proporciona al respecto es nuevamente el informe para el XIII congreso ordinario de la FSB de 1937, al referirse específicamente al funcionamiento de los “comités de zona”. Estos habían sido creados para facilitar el desarrollo de la propaganda en el campo, pues al reunirse delegados de varios centros podrían coordinarla mejor dentro de una determinada región, y economizar esfuerzo y dinero. Sin embargo, implementarlos era más difícil de lo que se había pensado. Poco a poco se observa la intervención de la FSB, que debió modificar la estructura interna de algunos comités, corrigiendo los agrupamientos de centros de acuerdo a sus propias indicaciones.

La dirigencia socialista bonaerense opinaba que el funcionamiento de los comités de zona era muy difícil por la diversidad de factores y circunstancias que debían conciliarse. En primer lugar, la “geografía política de la provincia”: dividida en ocho secciones electorales desde 1934, era indispensable agrupar a los centros socialistas de manera que no pertenecieran a un comité centros de secciones electorales diferentes. Además había que tener en cuenta la facilidad de comunicaciones, distancias, etcétera. Ilustraban esa afirmación con

⁴⁰ FSB, *XVII Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva. Proposiciones de los centros*, La Plata, 8-9 de diciembre de 1945, p. 5.

⁴¹ FSB, *Orden del día, reglamento de discusión, proposiciones. Orden del día, XI Congreso Ordinario*, Buenos Aires, 16-18 de diciembre de 1932, p. 11.

la convocatoria de comités de zona realizada con motivo de las elecciones del primero de noviembre de 1935. En esa ocasión se constituyeron los comités de zona con asiento en Campana, Junín, Pergamino, Adrogué, Chascomús, 9 de Julio, Chivilcoy, Mar del Plata y Las Flores. También se habían reunido delegados de diversos centros en La Plata, Lomas de Zamora, Quilmes, Avellaneda, San Martín y Bahía Blanca, aunque en estos puntos era más fácil su formación, ya que se habían reconocido como comités de zona a las Juntas o Comisiones Centrales de las agrupaciones de cada uno de esos distritos, que se hicieron cargo de la propaganda en los partidos limítrofes.

Sin embargo las dificultades habían sido notorias al intentar formarse otros comités. Se había intentado constituir uno en Saliquelló, pero para eso la FSB tuvo que abonar los gastos de traslado de la delegación del centro de Bonifacio, que carecía de recursos. El comité con asiento en Bolívar se había formado, pero el centro de Veinticinco de Mayo no concurrió por la distancia. Al no poder formar parte de ese comité, dicho centro quedó aislado ya que los centros próximos, que tampoco eran muy cercanos y con los cuales no tenía comunicación directa, pertenecían a otras secciones electorales. A la reunión del comité con asiento en Arrecifes no concurrieron los centros de Baradero y Villa Lía, y a la que se debía hacer en Tandil no asistieron representantes de los centros de San Cayetano y La Dulce. Al constituirse el comité con asiento en Tres Arroyos estuvieron ausentes los delegados de los centros de Coronel Dorrego y Copetonas. En otros casos, aun no se habían constituido los comités, por ejemplo el que debía tener asiento en Saavedra, al cual debían pertenecer los centros socialistas de Puán, Coronel Suárez, Olavarría, Luján y Trenque Lauquen.

Citaban como un ejemplo típico de cómo conspiraba la distancia para el regular funcionamiento de los comités de zona, en mayor proporción cuando se trataba de centros de escasos recursos, con el caso del "comité de la zona cuarta, región E". Mientras que zona cuarta se refería a que era la cuarta sección electoral, carecemos de referencia en torno al origen a la denominación de "región E". Comprendería a los centros de Lincoln, Arenaza, Roberts, Pasteur, General Pinto, Ameghino, General Villegas, Banderol, Villa Sauze y Carlos Tejedor. A la reunión convocada para constituirse solamente concurrieron los delegados de Lincoln, Arenaza, Roberts, General Pinto y Ameghino. Los delegados presentes acordaron que ese comité no se formaría, y decidieron que desde ese momento el centro de Lincoln atendería a las localidades de su distrito, y el de Ameghino a las del partido de General Pinto, desentendiéndose ambos de los distritos de General Villegas y Carlos Tejedor, que no enviaron delegados. Esos centros aducían que los gastos que originaba el envío de representantes a los comités de zonas eran altos en proporción a sus recursos, por lo que era mejor aplicar los recursos en su

distrito; tanto Lincoln como General Pinto debían llevar la propaganda a núcleos poblados importantes dentro de sus propios distritos que estaban a 80 y 90 kilómetros del centro socialista. Esa situación también se podía aplicar a otros distritos, especialmente en el sur y en el oeste de la provincia.

Como se vio en el ejemplo anterior, buena parte de los comités de zona funcionaron en forma incompleta, no concurriendo algunas de las agrupaciones que debían integrarlos. Muchos de los organismos así constituidos sólo atendían la propaganda en sus propios distritos, de modo que no eran “comités de zona”, pues para eso al menos cada comité debía tener su radio de acción en dos distritos. Algunos de los comités sólo contaban con los recursos que les proporcionaba la FSB. Al contrario, en otros casos, fuera de los que funcionaban en la periferia de la Capital Federal, tenían a su favor las distancias muy cortas y la existencia de medios de comunicación económicos, pudiendo desarrollar una actividad estimable en relación a los fondos de que disponían y con el interés que despertara en esa zona el acto eleccionario en el que debían intervenir.

En términos generales sus resultados distaban de ser auspiciosos, y la tendencia no se acercaba a la planificada, pues en algunos casos terminaban disgregándose y convirtiéndose en “uniones electorales de distrito”, propósito que no habían sido los pensados cuando se alentó su formación. Por eso debía realizarse un nuevo estudio del asunto para introducir los cambios que fueran necesarios.⁴²

La distribución de los centros en los comités no solía tener una lógica clara desde el punto de vista geográfico ni de la división electoral existente. Si se analiza uno de los casos ya mencionados, eso lo demuestra la inclusión del centro de Lujan (que integraba la primera sección) o Trenque Lauquen (que integraba la cuarta) en el comité que debía tener asiento en Saavedra, integrado en su mayor parte por centros de la sexta sección electoral. Posiblemente haya que pensar en la existencia de vínculos personales (familiares, amicales, etcétera), o el traslado de simpatizantes de un centro a otro.

En otros casos se observa una vinculación explícita de los comités de zona con las necesidades de la propaganda electoral. Eso surge claramente si se compara la inclusión en los comités de zona de algún centro en particular, antes y después del cambio introducido en las secciones electorales a raíz de la ley provincial 4.202 de 1934, que dividió al territorio provincial en ocho secciones electorales, en lugar de las siete existentes hasta ese momento.⁴³ Antes de ese cambio, el centro de Tandil participaba en las reuniones del comité de zona con asiento en Benito Juárez. En

⁴² FSB. *XIII Congreso Ordinario*. La Plata, 23-25 de abril de 1937, pp. 71-72.

⁴³ María Dolores Bejar. *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

uno de esos encuentros, que tuvo lugar en febrero de 1933, el objetivo del comité fue coordinar un plan de acción para una campaña electoral próxima. Participaron delegados de los centros de Tandil, Tres Arroyos, Benito Juárez, González Chávez y Orense, ciudades y pueblos que integraban la sexta sección electoral. Su secretario general fue Ángel Sebastián, de Benito Juárez, el secretario de actas fue Antonio Chapela (Tres Arroyos), el tandilense Antonio Nigro fue su tesorero. Sus vocales fueron A. Manzi y V. Di Santi, que representaban a los otros dos centros.⁴⁴ Como se desprende de este caso, su estructura interna era similar a las empleadas en las comisiones administrativas de los centros socialistas.⁴⁵

En el marco de los viajes ya mencionados de Lemos en la segunda mitad de 1936, en agosto de ese año se efectuó una reunión de delegados de los comités de zona en Olavarría, convocada por la JE. Participaron los centros de Olavarría, Azul, Tandil, Sierras Bayas, Hinojo, General Lamadrid, Coronel Pringles, General Alvear, Coronel Suárez, Pigüé y Saavedra. La mayor parte de esos centros integraban la sexta sección electoral (General Lamadrid, Coronel Pringles, Coronel Suárez y Saavedra), con las excepciones de Tandil, que desde 1934 integraba la quinta sección electoral, y de Olavarría, Azul y General Alvear, que integraban la séptima. El objetivo era acordar la realización de un amplio plan de propaganda especialmente agraria para que "los trabajadores de la tierra conocieran las soluciones que el Partido Socialista propugnaba para resolver el problema agrario".⁴⁶

En octubre del mismo año, hubo otra reunión de delegados para tratar problemas agrarios en la Casa del Pueblo de Tandil. Allí concurrirían delegados de los centros de Las Flores, General Belgrano, Ayacucho, Maipú y Dolores, con el fin "de extender la propaganda a las zonas rurales", presidida nuevamente por José M. Lemos, en representación de la JE.⁴⁷ Todas esas ciudades integraban la quinta sección electoral desde la reforma de 1934. Además de la participación de Lemos en los dos encuentros de 1936, lo que llama la atención es el cambio de ciudades con los que el delegado del centro de Tandil se reunía con respecto a 1933. El cambio parece responder, como ya se dijo, a que ahora Tandil pertenecía a otra sección electoral. En 1941 se realizó una reunión de los centros socialistas de la zona, que tuvo lugar en Mar del Plata, para tratar asuntos de la quinta sección electoral, a la que concurrió el delegado de Tandil.⁴⁸ Como se ve a partir del estudio del centro de Tandil, paulatinamente los comités de zona fueron adaptándose

⁴⁴ *Germinal*, 16 de marzo de 1933, p. 1.

⁴⁵ L. Barandiarán, *Sembrando ideas*, ob. cit.

⁴⁶ *Germinal*, 27 de agosto de 1936, p. 2.

⁴⁷ *Germinal*, 29 de octubre de 1936, p. 2.

⁴⁸ *Germinal*, 10 de octubre de 1941, p. 1.

de mecanismos para llevar la propaganda al campo a mecanismos para concertar la forma de optimizar recursos en una sección electoral de cara a los comicios.

Esto ya había sido criticado por la dirigencia socialista a mediados de los 30', criticando la FSB en esa oportunidad que la tarea de los comités de zona debía desarrollarse en forma permanente, no sólo en forma coyuntural, ni debía estar dedicada a tratar temas electorales. Como su actividad implicaba el desplazamiento de oradores, estos debían ser de los centros que integrara cada zona. Una circular con directivas para la propaganda agraria fue remitida a los secretarios de las agrupaciones socialistas el 21 de noviembre de 1936 por José E. Rozas, Secretario General de la FSB, momento en el cual los comités de zona ya estaban trabajando. Tras analizar las informaciones recogidas en las reuniones de comités de zona, daban seis recomendaciones para coordinar la propaganda rural:

1) Cada agrupación debía concebir la acción partidaria en el campo como una tarea permanente que se debía realizar todo el año. Debía utilizarse a los afiliados, encomendando a uno de ellos o a un grupo la realización de giras a zonas con las que existiera alguna vinculación. La distribución debía tener en cuenta el mejor aprovechamiento del tiempo, el lugar y las personas.

2) La propaganda en el campo debía ser escrita, siendo su base la distribución del periódico "Trilladora" y los folletos dedicados al campo, desarrollando "simples conversaciones con los pobladores del campo, especialmente individuales"; la alternativa serían las conferencias, en las que participarían oradores locales, y en casos excepcionales, delegados de la FSB, aunque estos no podrían atender todas las necesidades de la propaganda socialista en el campo.

3) Una acción central de los socialistas en el campo debía ser la de individualizar a los pobladores rurales dispuestos a colaborar en la acción socialista, dándoseles "claras y sencillas instrucciones", en especial con la distribución de sus impresos entre los vecinos, llevándose un registro de sus nombres y direcciones.⁴⁹

4) Cuando se tuviera conocimiento de su eficacia, debería remitirse el periódico "Trilladora" por correo, al contar con la tarifa reducida de medio centavo por ejemplar.

5) Los ejemplares de "Trilladora" que remitía la FSB debía distribuirse sólo entre los pobladores del campo y no en la planta urbana. Al editarse cada tres o cuatro meses, creían natural que su distribución se hiciera en ese período de tiempo, fuera la distribución personal o por correo.

6) La FSB sólo podía secundar a los centros con dinero para la propaganda en el campo de acuerdo al estado financiero de su tesorería.

⁴⁹ FSB, *XIII Congreso Ordinario*, La Plata, 23-25 de abril de 1937, p. 74.

Estas medidas demostraban ciertos prejuicios de parte de los socialistas con respecto a la población rural. Por una parte, a los que simpatizaran con sus ideas debían dárseles instrucciones “claras y sencillas”; por otra, las conversaciones que se establecieran con los pobladores del campo debían ser simples, en especial cuando fueran charlas individuales. Es decir, pareciera que percibían a los habitantes del campo como individuos con un entendimiento limitado. Y también demostraban cierta contradicción, porque si la mayor parte de esa población se caracterizaba porque su capacidad de razonamiento era limitada, y por ser muchos de ellos analfabetos, ¿porque enfatizar que la propaganda debía ser escrita? Aquí es donde surge con más nitidez algunas de las contradicciones de la propaganda socialista frente al campo. Al respecto debemos recordar, como menciona Lacoste, que la orientación ideológica del socialismo le aseguraba ciertas ventajas y desventajas para obtener el respaldo de los sectores populares. Si su posición internacionalista facilitó la incorporación de los inmigrantes, su sentimiento anticriollo distanciaba a los sectores del Interior del país. Allí es posible observar la aproximación del socialismo argentino, que se concebía como una vanguardia esclarecida frente a las masas, con la elite liberal de la generación del '80, al distanciarse de las tradiciones populares y los sectores criollos, al compartir “cierto desprecio por lo criollo”.⁵⁰

Algunas propuestas de los afiliados

La idea de implementar los “comités de zona” fue muy bien recibida por la masa partidaria, que desde los centros socialistas presentaron proposiciones en los congresos para llevar a cabo la experiencia. En las propuestas elevadas por los centros para el XIV congreso ordinario de 1939 se observa que el interés de los afiliados por los comités de zona continuaba, a pesar de que hacia ese año ya era visible que la falta de recursos conspiraba contra su funcionamiento. En esa ocasión, el centro de Chivilcoy propuso que la organización partidaria se basara en comités de zona y no en centros, para coordinar mejor la difusión de los ideales socialistas y realizar con más precisión la propaganda. Esto también podía estar significando que el menor número de afiliados hacía menos viable la existencia de centros, muchos de los cuales estaban siendo reemplazados por “comisiones de propaganda”, al no contar con el número de afiliados necesarios. Se dividiría a los centros de la provincia en zonas de acuerdo a su posición geográfica y las cabeceras de zona se establecerían por turno al final

⁵⁰ Pablo Lacoste, *El Socialismo en Mendoza*, ob. cit., pp. 21 y 29.

de cada reunión; en cada zona se realizarían reuniones trimestrales, analizándose las necesidades de cada centro y de las respectivas zonas. Cada comité de zona estaría integrado por dos delegados de cada centro y por un delegado de la Federación Socialista Bonaerense, y los centros de cada zona pondrían todo su material oral y escrito a disposición para realizar los planes de acción elaborados por el comité.⁵¹ Como es posible observar, en ese caso la propuesta era realizar algo semejante a lo implementado en la segunda mitad de 1936 por la FSB, cuando envió a Lemos como su representante.

El centro de Junín propuso que la JE realizara congresos regionales por zonas en cada una de las secciones electorales, participando los centros socialistas de cada sección. En esos congresos debía estar representada la JE y allí debían estudiarse los problemas de cada una de las secciones representadas.⁵²

Los afiliados de Mercedes asociaban directamente las zonas rurales con las comisiones de propaganda, al proponer que los comités de zona se constituyeran con el fin de agilizar la propaganda permanente y electoral en la provincia, pero a diferencia de las otras propuestas, pedían que se prescindiera de las divisiones electorales provinciales, localizándose cerca de las ciudades cuyos ramales ferroviarios convergieran desde el mayor radio posible de influencia. En cada comité de zona se constituiría un fondo común, integrado con el aporte de cinco centavos mensuales por afiliado de cada centro, así como con el resultado de beneficios, rifas y suscripciones. El comité de zona realizaría por turno alfabético de localidades adscriptas actos públicos de propaganda política, electoral, agraria o cultural, a medida que la caja común reuniera los recursos necesarios para financiar los actos, hablando oradores designados por la FSB, que contribuiría con el 50% del importe de los pasajes del orador.⁵³

Los afiliados percibían que era necesario introducir cambios en la organización interna partidaria. Mas sus propuestas no fueron votadas en los congresos. De todos modos, posiblemente eran soluciones que carecían de sentido en un contexto político como el de los '30, en el que los socialistas tuvieron poco margen de acción tras 1935. Además, es difícil saber si las propuestas de los centros tenían la función de innovar su organización o la de cristalizar lo que había funcionado a mediados de esa década. Aunque los logros de los "comités de zona" no resulten evidentes, tal vez uno de sus mayores atractivos fue el de haber sido un mecanismo adecuado para afrontar la actividad política cuando los recursos de los que dispuso

⁵¹ FSB, *XIV Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva y del Grupo Legislativo*, La Plata, 14-16 de abril de 1939, p. 77.

⁵² *Idem*, p. 82.

⁵³ FSB, *XV Congreso Ordinario. Informe de la Junta Ejecutiva y del Grupo Legislativo. Proposiciones de los centros*, La Plata, 26-27 de abril de 1941, p. 53.

el PS fueron menores, por la disminución de los afiliados y de la media dieta que habían aportado los legisladores socialistas en la primera mitad de esa década.

Palabras finales

El campo fue un elemento siempre presente en el discurso socialista, y ocupó un lugar privilegiado en la estrategia política que intentó implementar Justo. Pero además del escaso apoyo conseguido por los socialistas de parte de los sectores populares rurales, una de las causas por las cuales puede no haber sido oída su propuesta fueron las limitaciones y contradicciones que contenía su propaganda. Un intento por superarlas fue la implementación de los comités de zona, modalidad que se desarrolló a mediados de los años '30, si bien su idea estaba en germen desde la década anterior. Entre sus objetivos estaba el de organizar a los centros cercanos para afrontar la propaganda rural, coordinándola y ahorrando esfuerzos y recursos. Fue justamente la escasez de estos lo que poco a poco fue tornando a esas reuniones en "uniones electorales", tendencia denunciada por la FSB pero que no pudo ser evitada: ya a principios de los años '40, el término comité de zona había sido modificado por el de "comité de centros" o "reuniones de las secciones electorales", y sus funciones también habían variado.

Mientras que en un primer momento las reuniones de delegados de zona solo involucraban a los representantes de los centros, luego se caracterizaron por la intervención de representantes de la FSB. Esa intervención de la junta provincial central no fue cuestionada por los centros, cuyos afiliados a fines de los años 30' propusieron su plena intervención para modificar a los "comités de zona". De este modo, la verticalidad que caracterizaba a otras dimensiones del PS también se fue filtrando en estos organismos, los cuales parecen haber disminuido a principios de la década posterior.

Resumen

A pesar del escaso peso del socialismo en el campo, éste fue un elemento central en el discurso del Partido Socialista. Muchas de esas ideas intentaron ser implementadas a través del ámbito parlamentario. Paralelamente, los socialistas también llevaban su propaganda al campo. En la década de 1930 cobraron importancia en la provincia de Buenos Aires los "comités de zona", pensados para mejorar e intensificar la evolución de la propaganda en ese espacio. Este trabajo analiza como se desarrollaron esos organismos, los inconvenientes que surgieron a la hora de constituirlos, y las propuestas de los afiliados para mejorar su funcionamiento.

Palabras claves: Partido Socialista; Sociedad Rural; Comités de Zona.

Abstract

In spite of the scant weight of the socialism in the rural field, this was a central point in the address of the Socialist Party. Through the parliamentary field, many of those ideas tried be implemented. Similarly, socialists also took his propaganda to the rural field. In the decade of 1930 charged importance in the province of Buenos Aires "committees of area", reasoned to improve and intensify the evolution of the propaganda in that space. This work analyzes as they took place those organisms, disadvantages that emerged when constituting, and proposals of the affiliated ones to improve his operation.

Keywords: Socialist Party; Rural Society; Area Committees.

Charles Tilly (1929-2008)

Agustín Santella¹

Charles Tilly se destaca como uno de los principales investigadores de las protestas sociales en el mundo moderno. Sus términos se han difundido enormemente entre los estudiosos de los movimientos sociales, tales como el de “repertorios de la acción colectiva”. A pesar de su simpatía con los activistas y los movimientos sociales, su biografía se ubica dentro del sistema académico, sin haber tomado una forma de intervención concreta por fuera de los “campus”. Lo cual no significaría participar de la “neutralidad valorativa” académica. Para los historiadores se trata de un sociólogo formalista; para los marxistas, un weberiano o un simmeliano; para los europeos, un americano; y para la culturalistas, un estructuralista. ¿Cómo y para qué leer a Charles Tilly?

Biografía intelectual

“Chuck” Tilly es el primero en su familia en graduarse en una universidad. Ayudado por una beca, cursa estudios de grado y se doctora en Harvard orientado por George Homans y Barrington Moore. El primero representa su introducción a la teoría social, en el Departamento de Relaciones Sociales, mientras que el segundo simboliza su conexión con la historia, a través de la disciplina de la sociología histórica. Como parte de una dinámica típicamente norteamericana, en su carrera ha recorrido el periplo de distintas universidades: Michigan, New School of Social Research, y finalmente Columbia. Su investigación doctoral sobre la contrarrevolución en Francia en los 1790s (*The Vendee*, 1964) le involucró en la vida intelectual europea, permitiéndole tomar distancia del *establishment* académico norteamericano. De sus primeros años Tilly dice: “hice la mayoría de mi trabajo de grado y posgrado en Harvard cuando Talcott Parsons llevaba la voz cantante ahí. Naturalmente, me uní a la oposición”.² Habrá influido también su opción

¹ Comiket, UBA. E-mail: agustinsantella@gmail.com. Este texto fue tomando forma en charlas previas con Lucas Rubiniich, Eduard Shorter y Roberto Franzosi, a quienes agradezco conjuntamente con las observaciones de los compañeros de *Nuevo topo*.

² Entrevista en *Tiempo social*, vol. 16, N° 2, 2004, pp. 289-297; en inglés en <http://essays.ssrc.org/tilly/wp-content/uploads/2008/07/tilly-interview-2004.pdf>.

política: “Me estaba definiendo a mi mismo como no parsoniano. Estaba desarrollando cierto tipo de conciencia política, alguna vaga conciencia socialista...”³ Sobre esta base, Tilly dirige su crítica al funcionalismo teórico por construirse a expensas de la historia, allí “la gente no tiene ninguna agencia”. El encuentro de la sociología con la historia se establecerá desde entonces como uno de sus objetivos centrales de trabajo, dando lugar a la pregunta por las formas históricas del conflicto y la acción colectiva.

Su etapa en la Universidad de Michigan, un foco de la protesta contra la guerra de Vietnam, influirá en su crítica a los estados como formas fundamentales de la violencia, un concepto crítico en el contexto “americano”. Del mismo modo que su conceptualización más tardía del terrorismo –en una opinión sobre los atentados del 11 de septiembre de 2001– como un medio igualmente usado por los estados para cuya definición debe rehuirse al criterio de legitimidad o ilegitimidad subrayado por la política exterior norteamericana. Para Tilly compromiso académico y político no son contradictorios. “De alguna manera puedes al menos proyectar de otros futuros u otras posibilidades de otros mundos haciendo investigación social. Esto te provee más que una base instrumental simple para colaborar [con los movimientos de protesta]”.⁴

Sociología con historia

A fines de los 60s Tilly había sido invitado a participar en un ambicioso proyecto de investigación financiado por SSRC (Social Science Research Council) bajo la dirección de Gabriel Almond. Este buscaba comparar a los estados políticos nacionales respecto de un modelo normativo democrático liberal. Para Tilly el análisis de la formación de los estados no podía regirse por una comparación normativa, pero tampoco en torno a una teoría general sobre el estado y la democracia surgida de la filosofía política. En contraste, la teoría social debía pasar de las construcciones vacías a situar sus conceptos con referencia a espacios y tiempos concretos, que pasen la prueba de los datos históricos. Así Tilly prefiere entender el estado como una organización de la fuerza, cuyas variaciones seculares reflejan las relaciones con otros estados territoriales, principalmente a través de las guerras, pero también en la relación de dominio interno con la población. Los regímenes políticos como la moderna democracia serán producto de una historia

³ Bruce M. Stave, “A conversation with Charles Tilly”, en *Journal of Urban History*, vol. 24, n° 2, 1998, pp. 184-225, 189.

⁴ Ob. cit., p. 209.

de luchas entre estados, entre regímenes y pueblos, y de la estructuración social capitalista, conjunto de relaciones en torno a las cuales se configurarán los estados. La democratización no es un punto externo final de comparación, sino un resultado contingente de luchas políticas. La confrontación con Almond no había sido el único diferendo. El gobierno norteamericano les había negado la visa a varios historiadores sociales marxistas que fueron invitados por Tilly al proyecto.

La crítica de la herencia de Parsons llega hasta Emile Durkheim.⁵ El francés representa varios de los “postulados perniciosos” traídos por las filosofías evolucionistas del siglo XIX, que de no removerse impiden la construcción teórica a la vez que histórica en las explicaciones del cambio social.⁶ Y la cuestión del cambio social es *el* problema de la sociología.⁷ Empero, no se trata de elaborar una teoría general del cambio, sino de la construcción teórica en un proceso específico. La teoría se construye mediante el análisis empírico de casos, no como forma previamente formulada y aplicada a los objetos a explicar.

Claro que los datos históricos son datos teóricos. Tilly le critica a Arthur Stinchcombe que la construcción de conceptos en el análisis histórico no puede reducirse a un conjunto de inferencias de los casos empíricos, ya que las predisposiciones teóricas determinan la construcción de las categorías.⁸ Del mismo modo, abandonar las teorías generales del cambio (así como de la revolución) no nos salva de la reintroducción de otro tipo de generalidades (concepto general de estado, de acción económica, etc.). Tilly distingue en su ensayo *Grandes estructuras...* cuatro tipos de comparaciones posibles para las teorías históricas del cambio (“histórico mundial”, “sistémico mundial”, “macrohistórico”, “microhistórico”). Sólo funcionarán aquellas que se sitúan en niveles analíticos controlables por los datos. Pero estas comparaciones dejan de lado problemas planteados por las “teorías generales” tales como el cambio de los modos de producción (modos de producción históricos como unidades analíticas), muy difíciles de estudiar históricamente, pero que para la teoría marxista es el campo en donde se definen las luchas de clases. Además esta abstracción parte de las categorías políticas y económicas propias de cierto tipo de estructura social histórica. Esto limitaría el marco del programa de investigación de Tilly. Partiendo de la distinción de los estados y el capitalismo, Tilly se centra en las luchas que transforman a la organización política de los estados. Así, su objeto se define como el estudio de

⁵ C. Tilly, *As Sociology meets History*, Nueva York/Londres, Academic Press, 1981.

⁶ C. Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991 (Nueva York, 1984).

⁷ Phillip Abrams, “The Sense of the Past and the Origin of the Sociology”, en *Past and Present*, n° 55, 1972, pp. 18-32.

⁸ A. Stinchcombe, *Theoretical methods in social history*, Nueva York, Academic Press, 1978.

la transformación histórica de los estados y la acción política de los movimientos sociales. El costo es soslayar a la lucha de clases como crítica histórica del capitalismo, esto es como dinámica de cambio “histórico mundial”.

Revoluciones sociales y/o políticas

Esta construcción del objeto histórico social es coherente con el estudio sobre revoluciones. Las situaciones revolucionarias que estudia Tilly son fundamentalmente mecanismos de cambio político al interior de los estados.⁹ El académico norteamericano se inspira en León Trotsky, aunque para Tilly la situación revolucionaria conforma un mecanismo en la transferencia de poder entre categorías sociales que se definen por la pretensión antagónica del poder en un territorio organizado por el estado. Lo que se conserva en Tilly es la misma noción de “mecanismo explicativo” construido como analogía entre procesos distintos (distintos casos revolucionarios, desde la Inglaterra de 1600 hasta la Rusia de 1900). Sólo que para Trotsky, si bien la identificación del mecanismo es crucial en la explicación histórica, es también un engranaje en la “rueda de la historia”, el pasaje de las épocas históricas (revoluciones como motores del desarrollo de las fuerzas productivas). Así las revoluciones no tratan sólo de transferencias (exitosas) de poder, sino que estas transferencias de poder entre las clases son necesarias para las transformaciones de las condiciones globales de la vida social, definidas por las relaciones sociales de producción. A su vez, en la teoría (¿“histórico-mundial”?) de Trotsky esta transferencia en el poder es necesaria para el desarrollo de la sociedad, imponiéndose como ley histórica. En Tilly, la lucha por el estado es propia de formaciones políticas (organizaciones de poder) con distintas bases sociales. En contrapunto con el materialismo histórico, las luchas de clases no explican las luchas políticas sino que éstas adquieren sus propias formas, en una relación contingente con las luchas de clases y las leyes de desarrollo histórico.

Estructuras de la acción colectiva populista

Desde los primeros escritos Tilly manifiesta simpatía por lo que llamará “historia social populista”, destacando en ella a Edward P. Thompson. Como

⁹ C. Tilly, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona. Crítica. 2000 [1996].

éste. Tilly estudió profusamente a los trabajadores y los sectores populares de Francia y de Inglaterra. Pero a diferencia del inglés, en Tilly lo que se constituyen en las luchas no son clases, sino organizaciones y movimientos sociales como formas de las interacciones conflictivas y continuas entre los sectores populares y las elites.

En *From mobilization to revolution* (1978), Tilly formaliza su teoría de la acción colectiva. En la teoría marxista de la acción colectiva, los grupos (clases) son resultado directo de la conciencia que surge del antagonismo nacido en el ámbito de la producción, mientras que una teoría más adecuada al objeto—argumenta nuestro autor—debería tener en cuenta que la organización es una variable fundamental. La organización es un resultado de una lucha de poder (movilización de recursos, interacción con el estado) según reglas no reductibles a las relaciones de producción. En esta esfera podrán los trabajadores ser movilizados en defensa de sus intereses. Asimismo, los procesos de movilización generalmente son realizados en el marco de coaliciones sociales heterogéneas, a través de alineamientos que cruzan a las distintas clases.

El descentramiento de la relación clase-acción colectiva es notable en su estudio posterior sobre las luchas populares en la industrialización inglesa. Reaparece aquí de una manera muy fuerte la idea de una historia social populista, en donde los agentes de las transformaciones son los sectores populares y las coaliciones sociopolíticas. La acción colectiva popular es transformada por la proletarianización, pero ésta es históricamente limitada en su capacidad de transformación del capitalismo. Si bien Tilly se declara thompsoniano ya desde *Las huelgas en Francia* (1974), no aceptará que el tema principal sea la formación de una clase como resultado de procesos culturales e históricos. Lo que busca en su estudio sobre Inglaterra es explicar la democracia como resultado de las luchas. La historia inglesa clásica de las luchas populares deriva en parlamentarización y nacionalización. Para Tilly la interacción entre el capitalismo y los estados producen la proletarianización y la modificación de la protesta popular en Europa. Pero “comprender estos cambios en la ‘formación de clase’ niega la amplia disponibilidad de alianzas de clase en las formas decimonónicas (...) ninguna clase, fracción, instinto, o ley histórica buscó las profundas mutaciones de la política popular que ocurrieron en Gran Bretaña desde 1750s a los 1830s, o aún las causara inintencionadamente”.¹⁰

¹⁰ C. Tilly, *Popular contention in Great Britain, 1758-1834*. Cambridge, Harvard University Press, 1995, p. 354.

Un cacho de cultura

“Uno de mis mayores proyectos intelectuales de la última década aproximadamente ha sido construir una noción más adecuada de la identidad, agencia y la cultura. La más obvia, y pienso que es la más exitosa, ha sido mi idea de repertorios de contención, que es una noción eminentemente cultural...”¹¹ Estas nociones le permitirían tomar distancia de la derivación de la “agencia” por los intereses estructurales en *From Mobilization*. La aparición de las nuevas formas de protesta es producto de un aprendizaje en el seno de culturas compartidas. “Los repertorios cambian como una función de la organización del grupo y de la experiencia, pero también cambian como una función de las obligaciones impuestas por otros grupos, incluidas las autoridades”.¹² Como expresión de este proyecto de investigación, no sólo los datos del “contexto estructural”, sino las palabras de los actores en los eventos conflictivos serán registrados.

Dynamics of Contention modifica los parámetros analíticos previos, “rígidos”, “estructuralistas”, de la acción colectiva por enfoques relacionales.¹³ Se postula asimismo que en estos procesos de confrontación las identidades tienen un papel, aunque siempre como conjunto de relaciones propias de las confrontaciones, no como entidades culturales autónomas. La idea era sugerida en *Las huelgas en Francia*, donde la huelga como forma de acción colectiva se transformaba históricamente por causas estructurales y políticas. Ya se presentaba el espíritu de E. P. Thompson en aquella obra, específicamente en la explicación “por intereses” y en la elección de una temporalidad en el largo plazo para el estudio de los trabajadores. Sin embargo, la conciencia era entendida de modo objetivo, visualizada por el comportamiento huelguístico, sin dejar rastros propios en las identidades, lenguajes compartidos, formas subjetivas de interpretación. Para que un movimiento social aproveche una coyuntura como una “oportunidad política” deberá poder interpretarla así, a partir de cierta disposición subjetiva interpretativa que se construye socialmente. En *Dynamics* la organización y las identidades son mecanismos cognitivos y relacionales que se producen en las luchas entendidas como procesos de interacción.

¹¹ B. M. Stave, “A conversation with Charles Tilly”, p. 203.

¹² *As sociology meets history*, p. 151.

¹³ Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Dynamics of Contention*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

Legados y recepciones

Tilly ha tenido un impacto importante en la discusión metodológica sobre la sociología histórica, en la historia social y en el estudio contemporáneo de la política y los movimientos sociales. Para Sidney Tarrow o Rod Aya representa un teórico completo de los movimientos sociales. “El poder intelectual de Tilly es prodigioso”, escribe el último.¹⁴ Una vertiente académica ha tendido un puente mayor con las categorías analíticas marxistas. Roberto Franzosi sistematiza la explicación de las huelgas como lucha de clases a partir del “modelo de poder de las huelgas” de la teoría organizativa política.¹⁵ Tilly influye en trabajos recientes como el de Beverly Silver, quien parte de la “explicación por mecanismos”, una herramienta metodológica acentuada desde los años 1990. En *Dynamics* se lee una amplia discusión metodológica sobre la diferencia entre la explicación por mecanismos causales y la explicación por leyes, tomada de John Elster y antes de A. Stinchcombe. Silver critica que Tilly privilegie los mecanismos que expresan relaciones directas entre actores contenciosos, y de índole cognitiva, antes que los indirectos y “contextuales”, tales como las relaciones de la lucha de clases a nivel mundial.¹⁶

En nuestros pagos Tilly recibe una atención creciente. Practicantes de la sociología histórica local como Waldo Ansaldi lo incorporaron tempranamente. Más recientemente, la crisis del neoliberalismo y la emergencia de las protestas sociales impulsaron una revitalización de los estudios sobre la conflictividad social, desprestigiados por el predominio de los temas de la democracia o la gobernabilidad, pero esta vez desde los marcos de la acción colectiva y los movimientos sociales. Empero, mientras que el concepto de “repertorios de acción colectiva” originalmente intenta captar cambios de largo plazo, en la recepción local se ha usado para el análisis del presente por sociólogos y politólogos por fuera de procesos históricamente documentados. Morigerando levemente esta situación, encontramos un aporte en el ensayo de Mirta Lobato y Juan Suriano sobre los cambios de la protesta social en el siglo XX. En el campo historiográfico hay otro uso de conceptos vinculados a Tilly ya para períodos y temas acotados, como la insurrección indígena del Potosí en el siglo XVIII (Sergio Serulnikov), o las estructuras del partido comunista como “recursos organizativos” en el caso argentino de los años 20 y 30 (Hernán Camarero).

¹⁴ R. Aya, *Rethinking revolutions and collective violence*, Amsterdam, Het Spinhuis, 1990, p. 114.

¹⁵ R. Franzosi, *The puzzle of strikes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

¹⁶ B. Silver, *Fuerzas del trabajo*, Madrid, Akal, 2005 [2003].

Los investigadores de la acción colectiva han privilegiado el enfoque de la "identidad", con base en Antonio Melucci, sobre el de la "movilización de recursos", aunque ambos buscan superar el "viejo paradigma" de la lucha de clases. Nicolás Iñigo Carrera, desde el marxismo, ha reaccionado en una crítica frontal a las bases metodológicas de Tilly, remanentes en el individualismo metodológico. Otro tipo de crítica marxista sostiene que las teorías de la acción colectiva no hacen poco más que generalizar acríticamente ciertos términos empíricos sin construirlos en una teoría explicativa (Alberto Bonnet). Son menos quienes no aceptan esta mutua exclusión entre lucha de clases y acción colectiva (Anibal Viguera). Más allá de su lectura crítica, escritos como el de Raúl Zibechi sobre la revuelta social de Argentina en el 2001 documentan el uso por parte de la intelectualidad activista de los lenguajes académicos, como punto de apoyo para una nueva agenda de movilizaciones. Maristella Svampa ha sintetizado cierta renovación del compromiso crítico la intelectualidad académica como un importante efecto de la rebelión social y popular, apoyándose en el lenguaje de los movimientos sociales y la acción colectiva. Aquí se plasmarían algunos efectos de la búsqueda de transformación que la práctica investigativa debía tener para Tilly.

Desde la perspectiva latinoamericana resta la pregunta por una recepción de estudios históricos anclados en el Atlántico Norte. Los casos fundamentales de Tilly fueron Francia e Inglaterra en el proceso de la modernización estatal capitalista. La mirada periférica resaltaría la ausencia de un enfoque mundial. Desde este contexto, cuestiones tales como populismo, revoluciones, transformaciones de la acción colectiva, mecanismos causales, enfoques relacionales, adquieren significación. Los debates políticos en los movimientos sociales se enriquecerían con estudios sistemáticos de la protesta popular, explícitos en las categorías analíticas, que incluyan la larga duración y que "tomen en serio a la historia". Siguiendo a R. Franzosi, el trabajo de Tilly es un impulso para volver a las Grandes preguntas, los proyectos importantes, y la idea de que "la historia importa".¹⁷

¹⁷ Exposición de R. Franzosi en el Homenaje a C. Tilly, SSRC, 5 de octubre de 2008.

Historia y política desde una perspectiva de género

Adriana María Valobra, *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1945-1955*, Rosario, Prohistoria, 2010, 189 p.

Claudia Anzorena y Laura Rodríguez Agüero
INCIHUSA-CONICET

Las investigaciones y los debates en torno al recorrido transitado por la ciudadanía de mujeres han tenido un vasto desarrollo en las últimas décadas. La cantidad y la importancia de trabajos que desde las ciencias sociales, la filosofía política y la historia se han dedicado a este tema dan cuenta de que, lejos de haber sido agotado, continúa ofreciendo claves de interpretación para la comprensión de procesos que, sin lugar a dudas, han sido –y son– objeto de fuertes disputas.

Del hogar a las urnas recorre, en cinco capítulos, los escenarios en los que se enmarcó un momento fundacional en el proceso de ciudadanía de las mujeres en la Argentina: la sanción de la Ley 13.010 de derechos políticos femeninos de 1947. En esta dirección, el libro rescata tanto los antecedentes de las luchas sufragistas y las experiencias de las mujeres, como las redefiniciones que se vieron obligados a realizar los partidos políticos para incorporar a las “nuevas” ciudadanas al juego electoral. En este sentido, aporta un fragmento a la (re)construcción de la historia de las mujeres en clave de genealogía feminista, a través de dos preguntas que guían su investigación: “¿Qué aporta la comprensión del período peronista a la problemática de la ciudadanía política femenina?” y “¿Cuál es el aporte que puede hacer la comprensión de la ciudadanía política desde la historia de mujeres y de género a la interpretación de ese período histórico?” (p. 167).

A lo largo del libro se busca dar cuenta de cómo fueron pensadas, practicadas y vividas las diferentes dimensiones de la ciudadanía política (simbólica, normativa, institucional y subjetiva) en el período que va desde 1945 a 1955, desde una mirada de género, para lo cual la autora se basa en un corpus documental que incluye tanto fuentes escritas como orales e icónicas. A partir de una concepción de ciudadanía construida desde la categoría de género, que aporta Joan Scott para el análisis histórico, y desde los debates en torno a los límites y las posibilidades de la noción de ciudadanía marshalliana, el libro recoge cómo las mujeres en Argentina adquirieron derechos políticos en un recorrido tensado por una serie de paradojas, que

permanecen presentes en los debates en torno a la ciudadanía hasta la actualidad: la sustitución del privilegio por el derecho, la escisión entre ser mujeres y ser ciudadanas, la abstracción de los derechos políticos de las condiciones materiales de existencia, la existencia de un sujeto sexualmente neutro y las marcas corporales que se resisten a desaparecer.¹ Como señala Alejandra Ciriza: "*Feministas, proletari@s, colonizad@s, subaltern@s de todo tipo combatirán en el borde de la contradicción de un orden que se proclama igualitario a la vez que realiza exclusiones, desiguales distribuciones del poder, y organiza inequitativas posibilidades de satisfacción de las necesidades. Como Marx señala, los sujetos tienen como citoyens derechos que, en su condición de mujeres y hombres reales, el orden establecido les niega*".²

El primer peronismo se inscribe en un proceso donde se reacomodan las relaciones en el contrato político-social, donde la irrupción de las mujeres en el espacio político ya no puede ser ignorado y debe ser encauzado: la pregunta implícita fue ¿cómo hacerlo sin modificar el contrato sexual? La autora muestra las estrategias de tres partidos políticos –la Unión Cívica Radical, el Partido Comunista y el Partido Peronista– y del feminismo en esta empresa.

La UCR y el PC se acomodaban con mayor o menor éxito a los nuevos tiempos que corrían, intentando procesar qué hacían con el creciente número de mujeres que reclamaban un lugar en la historia, sin crear al interior de la estructura partidaria una rama femenina como hizo el Peronismo. La UCR, frente al peligro que para ellos constituía la apropiación del sufragio femenino por parte de Evita, decidió impulsar la organización femenina. Sin embargo, "*mantuvo la lógica liberal de la ciudadanía con un perfil profundamente masculinizado*" (p. 170): la mención formal de los derechos políticos femeninos no se vio reflejada en la conformación de las listas para las elecciones de 1951, donde las mujeres no fueron incluidas. En cuanto al PC, el libro muestra cómo, en pos de hacer frente a lo que consideraban una manipulación estatal del sufragio femenino, se delineó una estrategia dual a través de la cual las mujeres debían organizarse tanto dentro como fuera del partido produciéndose una división de tareas "*en la que persistía un modelo sexualizado y diferencial*" (p. 171). No obstante, pese a que la identidad partidaria primaba sobre otras "sensibilidades", las comunistas lograron ocupar importantes lugares en el partido, lo que les permitió subjetivarse políticamente.

Fue el flamante peronismo el que, en la figura y en el discurso de Evita, logró "iluminar" el camino, posicionarse como el "abanderado" de un objetivo y hacerlo masivamente compartido, convertirse en dirigencia de una demanda que lo precedía

1 Alejandra Ciriza. "Genealogías feministas y memoria: a propósito de la cuestión de la ciudadanía de mujeres", en A. Ciriza, coord., *Intervenciones sobre ciudadanía de mujeres, política y memoria. Perspectivas subalternas*, Buenos Aires, Feminaria, 2003.

2 Ídem, pp. 55-56.

en tiempo y lugar. Para el feminismo sufragista argentino es para quien se presentó más “trágica” la historia. La clausura de una lucha que venía impulsando desde hacía varias décadas le dejó gusto amargo, ya que la victoria le fue arrebatada. Indica la autora que las feministas-sufragistas y sufragistas en esta coyuntura, debieron redefinir sus espacios de actuación y se inclinaron por los partidos políticos, a partir de lo cual se abrió un proceso que llevó a que la identidad partidaria primara sobre la identidad feminista. En este sentido deja abierto el campo de análisis en torno a la tensión histórica entre feminismo y peronismo en Argentina, que ha configurado una concepción de los derechos individuales de las mujeres como antagónicos a los derechos de la familia.

En síntesis, desde nuestra perspectiva, este trabajo aporta algunas claves para analizar un proceso histórico fundante, atravesado por contradicciones, por fuerzas liberadoras y restrictivas. Por un lado, pone en evidencia una problemática que inclusive en la actualidad rodea a la cuestión de la ciudadanía desde un punto de vista feminista: la ampliación de los derechos de las mujeres parece ser sólo procesable mientras no se modifique el contrato sexual. Por otro lado, en contraposición al consenso historiográfico que ha sostenido el carácter homogéneo del peronismo respecto de los derechos políticos de las mujeres, Valobra rescata el carácter disruptivo del discurso de Evita en las experiencias de las militantes peronistas y de muchas mujeres. Si bien a la luz de nuestros días podemos evaluar al fenómeno peronista como reproductor de un discurso opresivo y un orden patriarcal, también es un momento donde las mujeres en Argentina comenzaron a hacer algo que ninguna había hecho antes: elegir y ser elegidas. El otorgamiento de los derechos políticos no modificó las relaciones de género ni las convirtió en ciudadanas plenas, pero legitimó un lugar para las mujeres en la política. Aunque algunas eligieran –o fueran obligadas a– permanecer ajenas, recluidas en lo doméstico; para otras significó inaugurar un lugar de enunciación y acción política, un poder nuevo que habilitaba discursos y prácticas contrahegemónicas y posibilitó el surgimiento y la participación de mujeres en la arena de decisión política.

* * *

Carolina Barry, *Evita Capitana. El Partido Peronista Femenino, 1949-1955*, Buenos Aires, Eduntref, 2009, 359 p.

María Mercedes Prol
Universidad Nacional de Rosario

Con el libro *Evita Capitana*, tesis doctoral de Carolina Barry, salen a luz un conjunto de problemas de análisis que tienen como eje el estudio del Partido Peronista

Femenino (PPF), desde su creación en 1949 hasta su disolución en 1955. La autora explora un aspecto bastante desconocido del peronismo hasta el día de hoy. Pero la investigación efectuada por Barry trasciende las fronteras de la estructura partidaria propiamente dicha para considerar una trama política, y en cierto sentido social, más amplia que el eje propuesto. Esta trama refiere a la construcción de liderazgos, en este caso el de Eva Perón, a su impacto dentro del peronismo, a la inserción de las mujeres peronistas en diversos ámbitos de la política nacional y a cómo las mismas interpretaron dicha inclusión.

Para ello, la autora recurre una vez más a la literatura clásica sobre partidos políticos. De esta manera, efectúa un recorrido obligado para todo investigador que pretende abordar el objeto antes mencionado. El mismo se asienta sobre la clasificación propuesta por Angelo Panebianco y los tipos de dominación elaborados por Max Weber. En este sentido, Barry sostiene que el PPF fue un *partido carismático*, una *estructura altamente centralizada*, una obra de ingeniería finamente elaborada. Esta estructura que cubrió todo el territorio nacional tenía su centro en Eva Perón, que ejerció un control exhaustivo sobre las designaciones en las funciones partidarias, seguía con las delegadas censistas, las subdelegadas, las secretarías y las subsecretarías hasta llegar a las *Unidades Básicas Femeninas*. Ahora bien, la autora indica que este proceso de penetración territorial ejercido desde un centro comandado casi exclusivamente por Eva y basado en vínculos personales no se montó desde la nada, en algunas provincias estuvo antecedido por la aparición de distintos centros femeninos.

Como adelantamos más arriba, la construcción del PPF estuvo precedida por la producción de un liderazgo carismático. La autora se ocupa de reconstruir cómo Evita armó su lugar dentro del peronismo. Su liderazgo se potenció progresivamente en un momento en el que también se estaba afirmando el de su esposo y presidente de la Nación, Juan Perón, y en un contexto de fuertes conflictos internos dentro del Partido Peronista, que había sido creado en enero de 1947 después del frustrado intento por poner en marcha el Partido Único de la Revolución Nacional. Y la posición de Eva apareció ligada a otro actor extra partidario que fue adquiriendo peso en la constelación peronista: la Confederación General del Trabajo. El PPF nació en 1949 de manera autónoma del resto de los actores del movimiento e hizo tambalear el equilibrio preexistente. Esto obligó a buscar un nuevo equilibrio y surgió así la división en ramas y el reparto en cuotas de las candidaturas a cargos públicos electivos. La rama femenina no sólo fue un factor de desequilibrio sino que, además, Eva hizo suyo – desplazando a los legisladores peronistas – un reclamo desde antaño postergado que culminó en la sanción del voto femenino y la ampliación de la participación electoral. La tensión interna dentro del peronismo tuvo su máxima expresión en la coyuntura política que se inició en la segunda mitad del año 1951, y es conocida como el “Renunciamento”.

Barry muestra aspectos en general soslayados en los estudios sobre el funcionamiento de los partidos políticos. Estos aspectos remiten a quiénes fueron las mujeres peronistas encargadas de armar el partido en las provincias, sus nombres, sus profesiones, sus escasos conocimientos sobre el ejercicio de la política y también su osadía. Y cómo éstas penetraron en sitios recónditos del interior del país, en la vida cotidiana de las mujeres que adscribieron al peronismo. De esta manera salta de las altas esferas a las bases. También realiza una descripción pormenorizada de las actividades realizadas en las *Unidades Básicas Femeninas*. Se observan los instrumentos con los que se forjó la mística de la militancia femenina dentro del peronismo. A ello sigue cómo se desempeñaron las mujeres en el proceso electoral de noviembre de 1951 y luego las legisladoras en el Congreso Nacional, una vez que les fue permitido el acceso a la política. Sus prácticas originaron ciertas tensiones, por un lado, estas defendieron una forma del hacer que pretendió insertarse en el marco de la negación de la política. Ese ejercicio tuvo sus peculiaridades pero fue tan politizado como el que realizó la rama masculina. Así como también la tensión que se desprende de su identidad, fueron mujeres "peronistas", estuvieron encuadradas bajo la tutela de la señora de Perón que, como ya anunciamos, no fue exactamente el clon de Perón, y aunque esta afirmó incesantemente trabajar en pos de su obra y reproducir su ideario, en un punto sus intereses se independizaron de los del líder. La misma operó con un séquito propio que hizo tambalear a más de una figura. Con la muerte de Eva surgió para Perón y las mujeres peronistas un nuevo desafío: qué hacer con el partido luego de la desaparición física de su líder.

Es necesario destacar que esta investigación se asienta sobre un exhaustivo análisis de fuentes de distinto tipo: diarios de la época, revistas oficialistas, escritos de dirigentes, documentos partidarios, archivos privados de las delegadas y una extensa serie de entrevistas a las mujeres que hicieron el partido. Las entrevistas son un material de relevancia porque le permiten a la autora mostrar los pormenores de la militancia peronista femenina y con estas fuentes hace explícito su escaso temor para entrar en el terreno de las subjetividades, del cual más de un historiador pretende huir.

Por lo tanto con *Evita Capitana* el lector descubre un nuevo aspecto del peronismo, antes un tanto borroso o reconstruido parcialmente, y a partir de esta publicación refinadamente estudiado y documentado. Insistimos con la idea originaria de esta reseña, esta investigación va más allá del objeto PPF y al mismo tiempo muestra una opción para abordar el funcionamiento de los partidos políticos en general, sean estos peronistas o no. Sus resultados permiten implícitamente revisar una tendencia que presentan las investigaciones sobre partidos políticos de forma recurrente y de la que el libro cae preso en un principio. La misma consiste en buscar en la bibliografía clásica sobre organizaciones partidarias los primeros paradigmas para efectuar su abordaje. Rápidamente se descubre que esta literatura no alcanza. Luego queda claro

que esta reconstrucción histórica no está pegada a ningún paradigma, pero en ciertos tramos llama la atención el reconocimiento de la efectiva capacidad del centro, la impecable tarea de montar un partido desde esa posición y la ausencia casi total de conflictos. Se puede reconocer que por una especie de (de)formación profesional tendemos a buscar en la historia de los partidos políticos los conflictos, a resaltar las tensiones, aún en situaciones de liderazgos carismáticos y la forma de resolverlos.

Por todo lo que está, lo que permanece implícito y por los interrogantes que se desprenden de él, este libro aporta sin dudas nuevos conocimientos sobre uno de los fenómenos políticos más estudiados de la historia argentina, pero al mismo tiempo también sobre una de las tantas expresiones de la política de masas que no había sido suficientemente abordada hasta este momento.

* * *

Alejandra Ciriza, coord., *Intervenciones sobre ciudadanía de mujeres, política y memoria. Perspectivas subalternas*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 2008, 310 p.

Adriana Boria
Universidad Nacional de Córdoba

Ciertas lecturas suponen sin lugar a dudas un “recogimiento de la memoria” en el sentido de volver a tomar, juntar, reunir, situar algo en un lugar más seguro. No todos los libros proponen esta operación de lectura y no todos los lectores reales se permiten estos recorridos. En este juego se sitúa el texto que seguidamente paso a comentar, no sin antes aclarar que en esta tarea de lectura me permitiré operar con una libertad interpretativa, delimitada sin duda por el universo de discurso, pero adoptando los vaivenes de mis propios interrogantes.

Quizás por un vicio (defecto, hábito, exceso) de cierta competencia teórica, acostumbro a presentar un libro desnudando esto que los formalistas rusos llamaron su “estructura”. Este primer momento, reviste para mí una utilidad descriptiva, esto es, me permite abrir el texto a modo de un relato topográfico.

Así el libro que coordina Alejandra Ciriza supone un trabajo colectivo dividido en tres partes más una introducción escrita por la autora. Los contenidos de cada una de ellas están indicados por un título, que como eje conceptual, permite un primer acercamiento a los contenidos del libro: Primera parte: Intervenciones sobre memorias y política; Segunda parte: Los años ‘70. Militantes, maestras, mujeres; Tercera parte: Recorridos sobre ciudadanía de mujeres. Encrucijadas, escenarios, debates, genealogías”.

Releo el sintagma de esa primera parte y observo una reiteración que proviene del título general del libro: es el término "intervenciones". Me reenvía al concepto derridiano, que a su vez, señala la copertenencia entre filosofía y política, o entre teoría y política. Intervenir, es indicador en Derrida de ese límite difuso y móvil entre teoría y praxis, o entre las posibilidades de una intervención política en la construcción de los conceptos y aun más, en un campo de saber. Así, intervenir implica perturbar, molestar que, en términos materialistas, señala una de las posibilidades de modificación o de transformación de esto que se denomina "lo real".

Me pregunto: ¿Qué "intervención" posibilita este libro? Por un lado señala el campo de la teoría feminista, y propulsa la necesidad del debate de términos tales como ciudadanía, subalternidad, memoria, genealogía. Pero también desmonta jerarquías e intenta reorganizar un sistema marcado por la cultura androcentrista. Así, Ciriza señala en la introducción un horizonte teórico, el de los clásicos críticos (Marx, Engels, Benjamin) pero aquí situando como clásica Wollstonecraft. Si bien hoy esa mirada se dice feminista, allá en 1794 Mary Wollstonecraft era, apenas, una mujer transgresora y trastornada, "mujer de" un filósofo conocido, rupturista de las normas de la época: su temprana muerte fue casi un presagio del castigo para las transgresoras y su reconocimiento como pensadora fue invisibilizado por la misma y crítica tradición clásica:

"Bajo la invocación de Benjamin y Marx, de Engels y Wollstonecraft, desde este libro se procura por una reflexión acerca de la cuestión de la memoria, se disputa el terreno de la ciudadanía desde el punto de vista de género y se intenta, a la vez que ampliar el horizonte político y público, contribuir a la recuperación de las memorias de los '70" (p. 8).

Lo notable aquí es la intervención. Hace tiempo ya que el feminismo como teoría crítica reivindica y estudia a aquellas mujeres pensadoras que lucharon por visibilizar discriminaciones y olvidos. Sin embargo, el cruce en este libro de una posición de sujeto latinoamericana y la reivindicación de Wollstonecraft en la búsqueda de una genealogía (otro término condensador de la problemática del texto), impulsa a trabajar en la puesta en diálogo de saberes tan alejados espacialmente en el sentido geográfico y concomitantemente existencial como es la reflexión de Wollstonecraft y Manuela Sáenz. Como dije, lo notable es la intervención. Lo destaco especialmente puesto que así entiendo una investigación genealógica. De allí la semejanza —en cuanto a la concepción del tiempo histórico— con Benjamin.

En la lectura me atrapan otras nociones, que avanzan en estas líneas de problemas. Por ejemplo la noción de testimonio y de género testimonial (Rodríguez Agüero y Grasselli) y su contribución al relato de la memoria. Las convergencias con Benjamin y la importancia de la memoria (Salomone) como una acción caústica de recuperación del pasado, se trasladan a la reflexión de un acontecimiento como el Mendozazo (Scodeller). Otro problema crucial, situado en el corazón generacional

de muchas de nosotras: las militantes mujeres de los 70. Recobrar la experiencia de aquellas que pagaron con su vida el protagonismo político-existencial – revisando la perspectiva de género de la época– no es tarea fácil (Rodríguez Agüero, Grasselli). Se juega aquí la genealogía como política de representación.

La lectura de la tercera y última parte del libro me conduce a debates actuales que recuerdan por un lado las reflexiones de Nancy Fraser: es el caso de conceptos como ciudadanía y globalización (Anzorena, Collado, Llaver). Pero también a núcleos conceptualmente densos como los problemas de salud reproductiva (Brown) y políticas de género en los medios (Fernández Hasan).

En suma, el libro se propone como un disparador de problemas teóricos actuales en el campo del feminismo, pero sobre todo destaca lo que, siguiendo a Lotman se puede denominar “políticas de traducción”. Tomamos del autor la noción de cultura y de texto, o más precisamente la idea de “texto cultural”. La operación de *traducción* constituye un mecanismo básico en la concepción de cultura como “memoria no hereditaria de una colectividad”³ puesto que sin una *traducción* constante de lenguajes y de textos no sería posible la existencia de una sociedad ni su diferenciación cultural. Esta idea es retomada luego por Judith Butler.

“Hay un nuevo territorio para la teoría donde esta surge en el acto mismo de la traducción cultural y como tal”.⁴ Quizás esta pueda ser una punta para pensar las complicadas relaciones entre las producciones de los países centrales y los latinoamericanos. Tal vez el “tráfico de teorías” –aun constatando el problema de la hegemonía y el poder– pueda comprenderse desde otra perspectiva si concebimos a los textos como condensadores de la memoria colectiva, puesto que allí se abre un espacio testimonial en donde la memoria, como significativa material atraviesa fronteras en este proceso de mundialización de la cultura.

* * *

Paola Martínez, *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009, 181 p.

Alejandra Oberti

UBA-Facultad de Ciencias Sociales; IIEGE

Género, política y revolución en los años setenta de Paola Martínez se propone analizar la militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército

³ J. Lotman. *La semiosfera. Semiótica de las artes y de la cultura*. Madrid. Fronsies. Cátedra. Universidad de Valencia, 2000, p. 173.

⁴ J. Butler, *El género en disputa*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 11.

Revolucionario del Pueblo poniendo el foco en el lugar que ocuparon las mujeres en esa organización. La “radicalización de la violencia política donde muchos jóvenes ingresaron a la guerrilla” (p. 5) constituye el marco desde el cual la autora se pregunta acerca de las posibilidades y limitaciones que tuvieron las mujeres para ser parte de ese proceso e integrarse activamente a la militancia revolucionaria. Los “móviles” que las impulsaron, los modos en que se ejerció la militancia, las posiciones que ocuparon en la organización, el intento de formar un frente de mujeres son algunos de los temas que recorre este texto.

El material documental sobre el que se basó la investigación que dio origen al libro está conformado por entrevistas a veinte mujeres y dos varones, todos ex militantes del PRT-ERP, que fueron realizadas por la propia autora, y por documentos de la organización (prensa partidaria, boletines internos, documentos). Las entrevistas constituyen, sin embargo, el fundamento del texto, ya que, como sostiene Martínez desde las primeras páginas del libro, la subjetividad del hablante presente en este tipo de material “nos abre una puerta para ver el pasado desde otro ángulo, es decir, la experiencia individual y cómo a partir de la singularidad de cada testimonio de vida podemos entender la realidad colectiva” (p. 17).

Considerar la política revolucionaria de los años setenta desde una perspectiva de género implica para la autora rescatar a las mujeres como actores sociales y, a la vez, analizar las relaciones entre los sexos. En este sentido, Martínez incorpora a su planteo algunos elementos provenientes de los estudios de género: la lectura de Joan Scott acerca del género como una categoría relacional; el análisis de la dicotomía entre lo público y lo privado a partir de las formulaciones de Carol Pateman y numerosos textos sobre historia de las mujeres componen el mosaico heterogéneo del que parte.

Si el uso de relatos personales y la asunción de una perspectiva de género contribuyen a visualizar nuevos protagonistas de la historia y a la vez complejizar y enriquecer el conocimiento del pasado, esta historia de la militancia revolucionaria debería, entonces, aportar a formular nuevas preguntas y a ensayar respuestas distintas de las que solemos encontrar. Y justamente son de ese orden las preguntas que orientan la indagación de Martínez, ¿hasta qué punto la lógica del poder revolucionario cuestionó las configuraciones tradicionales atribuidas a hombres y mujeres?; ¿el PRT-ERP tuvo un discurso innovador en lo que hace a las relaciones de género? El punto de partida de este texto es contundente en este sentido: “el PRT-ERP fue una de las organizaciones que más hincapié hizo en este tipo de transformaciones morales” (p. 35), señala la autora al referirse al modo en que se expresaba en esa organización la nueva moralidad propuesta por las organizaciones armadas, las cualidades que debía tener un militante revolucionario y la visión que tenían de la mujer. Pero, además, es necesario señalar que la hipótesis principal del libro no se detiene en la formulación de esas preguntas sino que elabora una

tesis que contiene un ensayo de respuesta: el PRT-ERP tuvo un discurso innovador con relación a las mujeres, sin embargo ese discurso no se expresó del todo en las prácticas. Las relaciones de género tradicionales pervivieron en los sujetos y en sus experiencias cotidianas y al partido le faltó tiempo para desarrollar plenamente su programa de avanzada (en relación al resto de la sociedad).

Con el objetivo de desarrollar su tesis, Paola Martínez, se referirá extensamente a la vida cotidiana, las relaciones de pareja y la maternidad destacando los momentos en los cuales los preceptos partidarios igualitarios parecen entrar en tensión con las prácticas concretas y cotidianas de los y las militantes. El mandato de la proletarianización, el peso de la maternidad totalmente desigual en relación a la paternidad y la doble moral a la hora de juzgar las infidelidades en las relaciones de pareja son algunas de las cuestiones en las cuales se expresan esas tensiones y donde, en consecuencia, el texto se hace fuerte para desarrollar la tesis que señala que el discurso de avanzada del PRT-ERP no terminó de plasmarse en las prácticas de los militantes. Menos tensionante parece ser el caso del frente militar, con su importante presencia de mujeres, ya que allí Martínez encuentra que la igualdad se desarrolló más acabadamente.

Se puede señalar que, de alguna manera, estas tensiones se trasladan a la lectura del mismo libro de Martínez. En efecto, la afirmación de que el discurso del PRT-ERP era innovador en cuanto a las relaciones de género, aseveración que ya está desarrollada en intervenciones de otros autores, se sostiene en un cierto interés demostrado por esa organización por plantear la cuestión y por integrarla al programa a través de una serie de intervenciones de las cuales, sin duda, la más significativa es "Moral y proletarianización".⁵ Sin embargo, una consideración más detenida del texto, indica que el cuidado puesto en estas cuestiones se relaciona antes con la producción de una normativa que tiene por objetivo el disciplinamiento de los cuerpos para ponerlos al servicio de la revolución, que con una atención a la problemática de género en sí misma.

En este sentido, la lectura del texto de Martínez me provoca un interrogante: ¿en qué lugares estarían localizadas las innovaciones en las relaciones de género?,

⁵ El documento "Moral y proletarianización" fue escrito por Luis Ortolani en la cárcel de Rawson en 1972. En un testimonio realizado este año, Ortolani, al referirse a la escritura de este texto, señaló que: "la proletarianización era la línea del partido, la moral una preocupación mía, una preocupación por lo que pasaba en las casas operativas que corrían el riesgo de transformarse en un quilombo. Y eso era muy injusto con las compañeras". Ver Memoria Abierta. *Testimonio de Luis Ortolani*, Rosario, 2010. "Moral y proletarianización" se publicó de manera completa en *Políticas de la Memoria*, n° 5, verano de 2004/5, en un *dossier* titulado "Militancia y vida cotidiana en los sesenta/setenta". Fue acompañado de dos intervenciones críticas: "Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP" de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero y mi texto "La moral según los revolucionarios".

¿En el discurso oficial del PRT-ERP? ¿O en las prácticas de los y las militantes? ¿Y dónde persisten las prácticas tradicionales? La insistencia por plantear que esa organización ha sido innovadora en esta problemática, obtura lo que un análisis de un documento como *Moral y proletarización* habilitaría. Pero, además como el texto está basado en relatos personales, deja entrever –aunque apenas, debido al uso muy entrecortado de fragmentos de las entrevistas– que las prácticas de quienes militaban muestran más fisuras que el discurso institucional y están tanto más permeadas por los aires de aquella otra revolución que en aquellos años prometía la liberación de los cuerpos y los placeres.

Sospecho que de la lectura de los testimonios (los que la autora presenta y tantos otros a los que hoy se puede acceder) se desprende que, si bien las normas internas han tenido influencia en el modo en que los y las militantes se pensaban a sí mismos en relación a los objetivos de la revolución, la aplicación práctica de sus mandatos era más que dudosa. Los testimonios otorgan sentido –mejor que cualquier otra fuente porque incorporan el tiempo transcurrido– a la falla, a los desplazamientos interpretativos mostrando que la máquina de construir “sujetos revolucionarios” está llena de fallas. Considero, a la vez, que los relatos de las militantes inducen a pensar que sus prácticas cotidianas eran tantísimo más cuestionadoras de las relaciones de género tradicionales que la letra impresa.

Para que un texto de esta naturaleza realice plenamente su objetivo de enriquecer el conocimiento del pasado debería radicalizar las preguntas que se formula e ir más allá de las hipótesis preexistentes.

* * *

Andrea Andujar y otras, comps., *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburg, 2009, 224 p.

Alejandra Ciriza
INCIHUSA - CONICET

El libro reúne los trabajos de doce mujeres, historiadoras en su mayoría, que abordan desde ángulos múltiples el tiempo de revolución y derrota que transcurrierá entre los años 60 y los tempranos 70 en Argentina.

Las autoras recorren una suerte de travesía que, aunque emprendida en los últimos años con frecuencia al ritmo de la expansión de la llamada “cultura de la memoria”, supone afrontar desafíos, tensiones, dilemas. Desafíos ligados a la disputa por la toma de palabra debido a la politicidad del asunto; tensiones vinculadas a la temporalidad, a las inflexiones de un tiempo marcado por acontecimientos históricos

complejos atravesados a la vez por el pulso mayor de la historia y por el pulso singular de las subjetividades. Tensiones inherentes a la carga emocional que estos asuntos implican para una sociedad marcada profundamente por los acontecimientos sobre los que se escribe: un período de auge de masas y fuerte movilización social y política, seguido de una brutal respuesta represiva que ha dejado marcas duraderas en el cuerpo abstracto y real de la nación. Dilemas vinculados a un material complejo, hecho de experiencias encarnadas en cuerpos de mujeres, que exige una tensa atención para no despeñar en interpretaciones precipitadas y simplificadoras.

Publicado en 2009, a cuarenta años del Cordobazo y más de 30 del golpe militar de 1976, el texto se ubica en una distancia temporal ambigua. Si la rememoración de aquellos años ha sido marcada por otros acontecimientos, se trata de un tiempo a la vez breve, para la historia, y largo para una vida humana singular. Jugar en el campo de esa densidad temporal de ubicaciones diferenciales, de rememoraciones y transmisiones, es uno de los logros del libro.

Toma la palabra sobre el pasado común de quienes vivimos esos días como los de nuestra juventud Marta Vasallo, autora de un artículo sobre militancia y transgresión incluido en la primera de las tres partes que organizan el libro, titulada "Espacios de militancia y conflictividad". El apartado comprende además un trabajo de Karin Grammatico sobre las disputas en el Movimiento Peronista durante el Segundo Congreso de la Rama Femenina, otro de Claudia Touris sobre las trayectorias de religiosas tercermundistas en la Argentina y uno de Luciana Seminara y Cristina Viano sobre los senderos de la militancia de mujeres desde las organizaciones revolucionarias de los 70 al feminismo. Las autoras ofrecen lecturas sobre aspectos específicos de las vidas políticas de las mujeres en un contexto marcado por importantes transformaciones en la vida cotidiana, en el mercado de trabajo, en las familias, en las formas de significar la política, el lugar de los y las jóvenes, la religiosidad, los proyectos vitales. Si para Vasallo la sublevación contra los valores dominantes en la experiencia de las mujeres guerrilleras se dio produciendo una ruptura con los roles tradicionales que no se distinguió, por las características de la época, de la crítica a la dominación colonial y de la sublevación contra la injusticia; Touris y Grammatico se concentran en la ambivalencia de las religiosas tercermundistas ante la política la una y en la relevancia que revistiera la ruptura intergeneracional para las jóvenes que intervinieron en el Congreso de la Rama femenina de 1971, la otra. Del trabajo de Viano y Seminara, un seguimiento de trayectorias vitales de mujeres militantes que transitaron desde las experiencias políticas de los 70 al feminismo, destaca un uso cuidadoso de la historia oral como herramienta de recuperación de la trama sociopolítica de la época y de los recorridos de mujeres y varones específicos. Una suerte de relato a cuatro voces sobre el devenir feminista surge del texto, en el cual se entrelazan las voces de protagonistas e historiadoras en el difícil proceso de no tutelar a esx otrx sujeto que es, no obstante, el "objeto" de estudio de humanistas

y científicos sociales. Se juega en este caso lo que Donna Haraway ha llamado el carácter situado de la mirada, la puesta en cuestión del *God trick* como modelo de objetividad científica en beneficio de un proceso de construcción capaz de develar cómo se llegó a sostener el propio punto de vista.

La segunda parte del libro, "Prácticas terroristas, prácticas de resistencia" incluye artículos de Débora D'Antonio, sobre la experiencia en las cárceles del Estado Terrorista; de Laura Rodríguez Agüero, sobre el accionar represivo del Comando Moralizador Pío XII en Mendoza; y de Marina Franco, sobre relaciones intergenéricas y exilio. Este grupo de trabajos da cuenta, en diferentes registros, de las herramientas represivas utilizadas y de los procedimientos discursivos, legales y materiales a través de los cuales la dictadura y sus cómplices justificaron la brutalidad de la represión sobre los cuerpos de quienes eran considerados extraños al cuerpo de la nación. El texto de D'Antonio relata las prácticas perpetradas por los agentes del régimen contra los prisioneros políticos y las tácticas de resistencia puestas en marcha desde un punto de vista que permite advertir los entrelazamientos entre formas de castigo/represión y políticas sexuales. Precisamente esta articulación es el objeto de análisis de Laura Rodríguez Agüero. El ensayo represivo descargado sobre los cuerpos de mujeres en situación de prostitución fue, para las fuerzas del orden y los grupos parapoliciales que se organizaron en Mendoza a partir de 1975, una suerte de tiempo de entrenamiento para el que perpetrarían sobre quienes eran considerados como subversivos. La autora evidencia el lazo entre política sexual y política, por así decir, sin más: prostitutas y subversivos debían y podían ser castigadas pues su sola existencia ponía en riesgo el cuerpo de la nación. Instituidos en restauradores del orden político y sexual policías y paramilitares realizaron en los cuerpos de las mujeres en prostitución un ejercicio preparatorio peculiar.

El texto de Marina Franco sobre exilios responde a la pregunta por las transformaciones en las relaciones intergenéricas entre los y las argentinas exiliados en Francia. De la militancia al exilio, varones y mujeres transitaban de maneras diversos procesos de transformación marcados por el dolor, la fragilidad emocional, la pérdida de sus proyectos vitales. Desde el mundo de la militancia política, descrito como lugar de reproducción y aún acentuación de estereotipos de género, muchas mujeres desembocaron en la militancia feminista. Se trata de un tópico recurrente en las interpretaciones sobre los 70: insensibles al feminismo, las antiguas guerrilleras devinieron en el exilio, bajo la influencia/contacto con el feminismo francés, feministas. Franco logra interpretaciones complejas proponiendo una lectura densa: no sólo fueron los efectos de la pérdida, el contacto con las feministas francesas, los tránsitos diferenciales desde lo público hacia lo privado tras el derrumbe del horizonte de la revolución lo que pudo haber producido una cierta precipitación en el devenir feministas, no sólo el exilio, sino que algo en el orden de la singularidad fue puesto en juego.

La tercera parte, "Representaciones, imágenes y vida cotidiana", incluye textos de Andrea Andújar, sobre el amor en tiempos de revolución; de Isabella Cosse, sobre las significaciones del tránsito de 'mujer doméstica' a 'joven liberada'; de Rebekah Pite, sobre las relaciones sociedad, cocina y política entre 1970 y 1983; y de María Laura Rosa, sobre arte y política en la obra de Claudia Contreras. Andújar se detiene a leer las formas del amor en ese tiempo de puesta en cuestión de la mujer doméstica, por decirlo con palabras que elige retomar Cosse. En un mundo que se hallaba en transformación recorre las tensiones, los posibles nexos y desconexiones entre espacios sociales diversos a la vez que coexistentes: el del rock, el de las telenovelas, el de la militancia, en procura de los significados asignados al amor. Si lo nuevo pugnaba por nacer, las formas tradicionales de comprender el amor y la vida cotidiana no terminaban de morir. Si Migré tejía para la televisión amores en clave más o menos tradicional y el rock se presentaba como un lugar de transgresión, el mundo de la militancia mostraba una amalgama compleja y contradictoria de discursos y prácticas, cruzado como estaba por conflictos entre horizontes normativos, tradiciones arraigadas y las prácticas posibles en un mundo sujeto a transformaciones abruptas, un mundo que sujetaba a los sujetos a profundas ambivalencias entre lo que habían sido (y aún eran) y lo que deseaban devenir transformando el mundo. Entre el futuro anticipado de emancipación e igualdad y el presente cruzado por conflictos, el peso de las tradiciones respecto del amor, las relaciones entre varones y mujeres, la heterosexualidad se hacía sentir. Cosse por su parte se concentra en las formas de discursivización de la crisis del modelo de mujer doméstica a través del seguimiento de discursos y debates en revistas de la época. En una encrucijada de importantes cambios para las mujeres en lo relativo al mercado de trabajo y la educación, la autora lee el entrecruzamiento entre transformaciones sociales y significaciones sobre los roles de las mujeres analizando las variaciones en las formas a través de las cuales las revistas procuraban acomodar los mandatos domésticos a la modernización social.

Los últimos dos textos pertenecen a Rebekah Pite y María Laura Rosa. Pite estudia las transformaciones políticas y económicas habidas entre 1970 y 1983 ligándolas a las inflexiones de una trayectoria ejemplar: la de una mujer que emblemizó la cocina en Argentina, Doña Petrona de Gandulfo. El texto entreteje los indicios del mundo de la cocina y las variaciones en el comer vinculándolas con la historia política y económica del país. María Laura Rosa en cambio escribe, en un registro apasionado, sobre las relaciones entre arte y política a propósito de la representación de la desaparición en la obra de Claudia Contreras. Las relaciones entre figuración/desfiguración, individualización/despersonalización, olvido/memoria, arte/vida cotidiana emergen como cruces posibles para la lectura de producción e interpretación de la obra de la artista.

El libro ofrece un panorama complejo a la vez que polifónico sobre un tiempo cuya singularidad consistió en hacer visible la politicidad del amor y la vida

cotidiana, un tiempo que convoca pasiones y polémicas pues se trata de un pasado que retorna sobre el presente removiendo certezas sobre una multiplicidad de asuntos: la transmisión, las formas de hacer historia, la escucha de la palabra de la/los otra/s, los límites de la interpretación y sus violencias. Las lecturas ensayadas se hallan tensadas por múltiples dilemas: si algunas autoras sostienen que la militancia política de los 70 reforzó estereotipos de género y que el feminismo nació del contacto con otras en el exilio o de la importación de ideas; otras interpretan la militancia misma como una transgresión de mandatos tradicionales y el devenir feminista como una amalgama de experiencias, tránsitos, transformaciones sociales y personales y reflexiones sobre ellas. De allí la relevancia de leer este libro como sitio de cruce de múltiples horizontes de lectura, pues diferentes sujetos en distintos tiempos hacen (y harán) de ese pasado diversas lecturas, como tan bien ha sabido verlo Marta Vassallo. Lecturas polémicas, de la misma manera que las palabras de quienes aún estamos vivxs y vivimos esas historias, del mismo modo que las interpretaciones que sobre ellas se construyan. Es que se trata de un asunto de debates nacido de desacuerdos más que de malentendidos, de temas que no sólo atañen al pasado, sino a la relación entre pasado y presente. Si es preciso dejar el horizonte abierto a las generaciones venideras, pues es imposible saber cómo será su futuro, tal vez habrá que limitar la omnipotencia interpretativa y advertir, a la manera de una idea reguladora, que no sólo nada devolverá el clima de esa época singular, marcada por la puesta a la orden del día de la utopía de la revolución, sino que ese tiempo, que concierne a muchas y muchos, nos implica, política, intelectual y teóricamente, de muy diversas maneras.

Números anteriores de *Nuevo Topo*

Nº 1 - Setiembre/Octubre de 2005

Editorial / Artículos: O. Acha, Las narrativas contemporáneas de la historia nacional; J. Hernández, La historiografía socio-económica colonial y los debates teórico-metodológicos; G. Di Meglio, La historia popular de la Argentina del siglo XIX / H. Camarero, La izquierda como objeto historiográfico; A. Valobra, La relación entre historia de las mujeres y género en la Argentina; K. Ramacciotti, El estudio de la política social en la Argentina; M. Franco, La historiografía argentina y la historia reciente de los años '70 / **Perfiles:** J.-P. Sartre, por O. Acha y H. Camarero / **Crítica de libros:** sobre J. C. Torre, D. Kersfeld, L. Caimari.

Nº 2 - Abril/Mayo de 2006

Presentación / Artículos: S. Ferreyra, Mariátegui y la Internacional Comunista; A. Santella, Trabajadores, peronismo y protesta en Argentina / **Ensayos y Debates:** P. Ben, Presentación; J. D'Emilio, Capitalismo e identidad gay; M. Bergel, La idea de Europa en el pensamiento radical italiano / **Dossier: ¿Girar a la izquierda? Disidencias en el socialismo argentino:** A. Belkin, La "revolución" radical de 1905 y los orígenes del sindicalismo revolucionario / C. Herrera, Co-rrientes de izquierda en el socialismo argentino / **Perfiles:** C. Hill, por N. Kwiatkowski. **Crítica de libros y películas:** sobre A. Chavolla, A. Bisso, O. Terán, G. Clooney.

Nº 3 - Setiembre/Octubre de 2006

Artículos: C. Belini, La historia industrial argentina, 1870-1976; G. Queirolo, *Mujeres que trabajan*. Una revisión historiográfica del trabajo femenino / **Entrevistas:** Clases subalternas, etnicidad y política. Una entrevista con R. Melgar Bao / **Dossier: Problemas teóricos y metodológicos en la historia y las ciencias sociales:** N. Lavagnino, Narrativismo, historiografía y después; O. Acha, Historia y psicoanálisis; D. Sazhón, La "decomposición de lo social". La sociología de Gabriel Tarde y sus lecturas recientes; J. Balsa, Notas para una definición de la hegemonía / **Perfiles:** A. Flores Galindo, por J. L. Hernández. / **Crítica de libros y películas:** sobre G. Grandin, I. Cosse, B. Kagarlitsky, H. Abu-Assad.

Nº 4 - Setiembre/Octubre de 2007

Presentación / Dossier: El concepto de clase social y su porvenir en los estudios históricos: E. Adamovsky, Historia y lucha de clase; H. Camarero, Consideraciones sobre la historia social en la décadas de 1920 y 1930; A. Gurbanov y S. Rodríguez, La huelga metalúrgica de 1942; E. Garguin, El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina / **Artículos:** A. Bonnet, "La imaginación histórica" en la obra de Juan José Hernández Arregui; / **Perfiles:** A. Gunder Frank, por D. Mayer / **Ensayos y debates:** J. Hernández, Las coordinadoras fabriles y la huelga general de junio y julio de 1975 / **Crítica de libros y películas:** sobre R. Fradkin, L. Doyon y M. V. Murillo.

Nº 5 - Setiembre/Octubre de 2008

Dossier: Lo "revolucionario" en las revoluciones de independencia iberoamericanas: G. Di Meglio, Introducción; R. O. Fradkin, ¿Qué tuvo de revolucionaria la revolución de independencia?; F. Wasserman, Una pregunta en dos tiempos: ¿Qué hacer con la Revolución de Mayo?; J. P. G. Pimenta, La independencia de Brasil como revolución; A. Avila y R. Moreno, El vértigo revolucionario. Nueva España 1808-1821 / **Artículos:** E. Campos, *Cristianismo y Revolución*: ¿un proyecto de hegemonía alternativa? / **Encuesta:** ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina?; E. Adamovsky, Introducción; Respuestas de D. Lvovich y A. Grimson / **Perfiles:** I. Deutscher, por A. Petruccelli / **Crítica de libros:** historia de la izquierda en la Argentina; sobre H. Tarcus, H. Camarero, E. Weisz, N. Galasso.

Nº 6 - Setiembre/Octubre de 2009

Editorial / Dossier: Pensar la relación entre intelectuales e izquierda en América Latina hoy: O. Acha, Intelectuales en el caso de la ciudad letrada; A. Petruccelli, Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones); M. Mazzeo, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual; C. Castillo y M. Maiello, Hacia la superación de una generación intelectual domesticada; E. Molinari, "Justo llegaba"... o la lengua del 2001; Entrevista a E. Palti, por B. Fornillo; Entrevista a "Beto" Pianelli, por A. Belkin y R. Moreno / **Artículos:** Hegemonía, lucha de clases y estado, por A. Piva / **Encuesta:** ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina? (segunda parte), responden J. Vezub, M. Lobato y C. Briores / **Perfiles:** N. Poulantzas, por C. Herrera / **Crítica de libros:** Teorías e historias de la clase obrera: sobre M. van der Linden, J. Womack, O. Acha, R. Izquierdo, M. Schiavi, J. Brennan y M. Gordillo, F. Aziczon.

Impreso por TREINTADIEZ S.A en octubre de 2010
Pringles 521 | (C11183AEI)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Teléfonos: 4864-3297 / 4862-6294
editorial@treintadiez.com

Nuevo Topo

ISSN: 1669-8487



Revista de Historia y Pensamiento Crítico

Nº 7 - Setiembre/Octubre de 2010

**Dossier: Hacia un debate sobre el concepto de
"burocracia sindical"**

Escriben: Victoria Basualdo, Héctor Löbbe, Guillermo Colombo, Gonzalo Pérez Álvarez, Paula Varela, Marcelo Raimundo, Alejandro Belkin y Pablo Ghigliani

Entrevista a: Nicolás Iñigo Carrera

Artículos: El Partido Socialista

Escriben: Pablo Pérez Branda y Luciano Barandarián

Perfiles: Charles Tilly (1929-2008)

**Crítica de libros: Historia y política desde una
perspectiva de género**

prometeo
libros